
Vanny Ferrufino
Atormentar a un Duque
El club de las solteronas III

© 2025 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Atormentar a un duque

Portada: Arianne Farfán

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

Sinopsis
Prólogo I
Prólogo II
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Epílogo

Sinopsis

Augustus Humphrey, duque de Richmond, ha sobrevivido al peso de un crimen, a la sombra de un linaje corrupto y al legado oculto de su padre. Pero hay un deseo que lo consume en silencio: Olivia Fletcher, la mujer que podría ser su hermana y su más grande pecado.

Porque cada vez le resulta más difícil mantenerse lejos de la única mujer que ha amado.

Prólogo I

Londres, Inglaterra. 1850

"Un duque puede hacer todo lo que desee, pero me pregunto si lo sucedido ayer puede pasarse por alto con tanta facilidad. La ruina de los Humphrey ha llegado, pero ahora no puedo hacer más que preguntarme cuál de los hermanos es el más escandaloso. Después de todo lo ocurrido, doy por sentado que Arabella Humphrey ahora pertenece al club de las solteronas"

***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**.*

Drogar a un duque era, posiblemente, un crimen muy grave.

Sin embargo, para Olivia Fletcher fue la más grande prueba de amor que podía ofrecer. Lo hizo para evitar que Augustus se entregara a la justicia por haber matado a su padre siete años atrás, en un acto desesperado por salvar a su hermana de un matrimonio terrible.

La garganta se le cerró.

Él era tan noble… como idiota. Y por eso lo amaba.

Sabía que el único culpable de las desgracias de los Humphrey era el conde de Warrington, quien tenía a la familia amenazada y por eso Olivia tomó la decisión de ocupar el lugar de Penelope en el altar.

A cambio de una esposa, él los dejaría en paz.

—Es lo mejor —se susurró, intentando convencerse mientras esbozaba una sonrisa temblorosa—. Augustus debe cuidar de sus

hermanas, Penelope está junto al hombre que ama y yo… necesito un esposo dispuesto a protegerme, pese a mi pésima situación.

Estaba sola. Su tía había muerto hacía tres meses, y no le quedaba un solo penique. Casarse con el conde era la única vía para sobrevivir.

«Pero morirás, él es el conde maldito», le recordó esa vocecilla cruel y tragó con fuerza.

Nadie la extrañaría. No tenía nada que perder.

El carruaje se detuvo frente a la iglesia y al mirar por la ventanilla, vio al conde de Warrington esperándola, acompañado por no más de seis personas. Él había dicho que sería una ceremonia discreta, pero no imaginó algo tan… vacío.

Por un instante, quiso huir. Pero sus impulsos se congelaron cuando el rubio se acercó con el ceño fruncido y abrió la puerta con brusquedad.

—¿Qué significa esto? —espetó, escudriñándola con ojos filosos.

Olivia tembló.

Además del arañazo en la mejilla, también tenía un hematoma en el labio.

—Usted dijo que Penelope sería libre si Spinster encontraba otra novia —respondió con voz baja.

—Eso lo sé —replicó con sequedad, examinándola de arriba abajo. Luego asintió, conforme—. Me refiero al carruaje. Este no es el coche nupcial que envié.

La tensión se intensificó, pero Olivia se dejó guiar cuando él la tomó del brazo para ayudarla a bajar. El día estaba empezando y no pudo evitar preguntarse cuántas sorpresas más le aguardaban.

—¿No está molesto? —preguntó en un susurro, sin atreverse a mirarlo directamente.

—Solo necesito una esposa lo bastante fuerte como para darme un hijo —siseó con frialdad y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Warrington era conocido como el conde maldito porque perdió a tres esposas durante el parto, ¿ella sería la cuarta o realmente podría darle el hijo que tanto deseaba?

—¿Ah, sí? —musitó, arrastrando las palabras.

—Adoras a los Humphrey. Recibiste el impacto de una bala para impedir que Richmond matara al hombre que su hermana ama —añadió con desdén. Ella reprimió un espasmo al recordar aquella noche sangrienta en la que Augustus perdió el control—. Y ahora estás aquí. Tiene sentido.

—Entonces… ¿procedemos?

—Sí. Quiero acabar con esta farsa cuanto antes.

—Yo también —susurró.

Él le tendió el brazo, como dictaba el protocolo, y ella lo contempló en silencio. Sujetarlo sería caminar hacia su perdición, pero ¿qué opción tenía?

Augustus nunca podría ser suyo. No después de drogarlo y traicionarlo.

Estuvo a punto de posar la mano sobre el brazo del conde cuando una voz rasgó el aire como un trueno:

—¡Olivia!

El corazón de Olivia dio un vuelco, como si hubiese olvidado cómo latir durante semanas.

No podía ser.

Lo había dejado inconsciente en su despacho. ¿Cómo era posible que estuviera de pie, montado en su caballo, con la furia de un huracán en los ojos?

—No puede ser… —susurró, helada.

Augustus galopaba a toda velocidad, montando su semental como un hombre que no temía morir.

—Maldición —farfulló el conde, y antes de que pudiera cubrirla con su cuerpo, el duque subió las escalinatas con rabia imparable. Olivia se apartó instintivamente de Warrington, y el hombre terminó lejos de su alcance.

—Debes irte, Augustus —tiritó ella cuando él descendió del caballo y la sujetó del brazo con fuerza contenida.

—¿Cómo te atreviste a traicionarme? —escupió él, y su mirada la atravesó como un puñal.

Su alma se encogió, él estaba muy molesto.

—No quiero que te entregues —la voz se le quebró.

Él no respondió. Simplemente la alzó con decisión y la montó sobre su caballo, sin darle oportunidad de resistirse.

—¡¿Qué estás haciendo?! —bramó Warrington.

Olivia forcejeó, pero Augustus se colocó tras ella, rodeándola con su brazo firme como el acero por la cintura.

—Este no es tu carruaje nupcial. Tu futura esposa está en camino —soltó el duque con voz helada.

El conde vaciló.

—¿Qué? —musitó Olivia, atónita.

¿Otra mujer? ¿Quién en su sano juicio aceptaría casarse con Warrington?

—Si me estás engañando, juro que estaré en primera fila el día que te cuelguen —espetó el conde.

La amenaza le revolvió el estómago y comenzó a forcejear con desesperación.

—¡No! ¡No me iré! ¡Yo…!

—Tú vienes conmigo —dictaminó él, y el frío de su voz le caló hasta los huesos.

Warrington intentó ponerse en su camino, pero entonces se oyó el galope de otro caballo acercándose. El sonido confirmó que Augustus no mentía: esa mañana, el conde conseguiría una esposa.

Warrington no dijo más. Selló los labios en una fina línea y les lanzó una mirada cargada de advertencia.

«Si me engañan, los mataré», decían sus ojos.

Olivia gritó cuando Augustus espoleó al animal, ignorando al rubio, y el caballo se alejó de la iglesia a todo galope.

Cerró los ojos con fuerza.

Aquello sería un escándalo.

Y se suponía que los Humphrey nunca protagonizaban uno.

Prólogo II

Nueve años atrás

Situada en las suaves colinas de West Sussex, a pocas millas de Chichester, Rosemoor Hall se alzaba como un testimonio de la vieja nobleza inglesa. Rodeada por jardines de rosas y vastos campos de caza, la casa combinaba la severa elegancia georgiana con detalles góticos que hablaban de generaciones pasadas. Su fachada de piedra clara, enmarcada por hiedra, dominaba el paisaje con discreta autoridad.

Desde la terraza se divisaban los límites del bosque de South Downs, y en las tardes de verano, los ciervos cruzaban lentamente por los prados mientras el sonido de un piano escapaba por las ventanas del salón. Sin embargo, esa tarde no se podía escuchar absolutamente nada, y Augustus Humphrey, marqués de Ashcombe, conocía la razón.

La noticia lo había alcanzado en Londres hacía apenas unos días. Tenía diecinueve años, y nadie esperaba su regreso por una muerte que, estaba seguro, a su padre le resultaría insignificante. Pero ahí estaba él, anunciando su presencia porque sabía que más de una persona lo necesitaba en ese lugar.

Su nana —la mejor amiga de su madre y la mujer que cuidó y adoró a sus pequeñas hermanas durante años— estaba muerta.

—¿El duque está en casa? —preguntó con aspereza, sin expresión alguna, y su mayordomo le informó que su padre había salido por una “emergencia” esa misma mañana.

Las emergencias de su padre casi siempre incluían cortesanas y burdeles de mala muerte, así que no se molestó en ahondar. Subió al segundo piso, donde encontró a su madre junto a sus hermanas en el salón de música, mirando el piano vacío con tristeza.

Aurora no volvería a tocarles sus hermosas melodías.

—Madre… —anunció su presencia con cierta incomodidad. No le agradaba espiarlas, y no le sorprendió que sus hermanas —Penelope, Charlotte y Arabella— corrieran a abrazarlo. Lo que sí lo inquietó fue notar que alguien faltaba.

Barrió el salón con la mirada.

—No esperábamos tu regreso, cariño —musitó su madre con ternura, y él le devolvió una mirada cálida. Aunque su padre nunca le permitió pasar demasiado tiempo con su madre y hermanas, eso no impidió que desarrollara por ellas un amor profundo y protector —. ¿Estás al tanto de la situación? —preguntó, con preocupación.

Él asintió.

Penelope, con sus catorce años, sollozó suavemente y Augustus acarició su oscura cabellera para consolarla.

—Tranquila, cariño. Ahora Aurora está descansando.

—¿Olivia se quedará con nosotros? —preguntó de pronto, y la tensión lo recorrió. Dirigió la mirada a su madre, inquieto—. ¿Qué será de ella? No tiene familia.

—Ya hablé con el duque. Permitirá que siga aquí —respondió la duquesa. Augustus se relajó visiblemente.

Si era sincero, Olivia Fletcher era la principal razón de su regreso.

—¿Dónde está? —buscó con la mirada a Penelope, sabiendo que eran cercanas porque compartían la misma edad.

—No lo sé. Salió muy temprano y no dijo adónde —murmuró, restregándose los ojos con tristeza.

—¿Podrías ir a buscarla? —intervino su madre con elegancia—. Me inquieta que cometa una locura. La muerte de su madre la ha afectado más de lo que deja ver.

Augustus no lo dudó. Tal como Penelope había dicho, ellos eran lo único que Livy tenía. Así que se dirigió hacia los establos por su caballo, pero se detuvo en seco al oír un sollozo suave.

Bajó el rostro, lleno de tristeza.

Nunca fue bueno consolando a las personas, pero no podía ignorar a la única mujer que siempre había estado a su lado cuando su padre decidía castigarlo. Livy nunca le temió al duque. Nunca obedeció sus órdenes. En más de una ocasión, bajó al sótano por voluntad propia para hacerle compañía, a pesar de que era cinco años menor que él.

Inhaló profundamente y se acercó con cautela. Al llegar al establo, vislumbró su espalda encorvada. Sonrió con ternura: estaba más grande de lo que recordaba.

—¿Por qué estás aquí? —Su voz sonó más áspera de lo esperado. Dio un paso y se detuvo cuando ella se enderezó y giró hacia él—. Hola, Livy —intentó sonar sereno, pero un escalofrío recorrió su espalda.

—Augustus —sollozó ella y corrió hacia él, abrazándolo por la cintura—. Mi madre se murió —rompió en llanto, y la sostuvo con fuerza—. ¿Qué haré ahora? No tengo a nadie.

—Me tienes a mí. —Besó su coronilla. Jamás pensó que le afectaría tanto verla tan rota—. Y siempre cuidaré de ti.

—¿Lo dices en serio? —levantó el rostro y sus narices quedaron a pocos centímetros de distancia.

Él asintió.

—Tu padre…

—Complacerá a mi madre. Sabe que te necesita para mantener serenas a sus mujercitas.

Por eso siempre permitió que Aurora y su hija permanecieran allí: porque así evitaba que su esposa le hiciera reclamos o buscara su atención.

Livy se frotó los ojos y apoyó la mejilla en su pecho, tomándolo por sorpresa.

En los últimos años, él había aprendido muchas cosas sobre las mujeres, y ahora ese gesto —tan íntimo— le resultaba extraño.

No eran hermanos. Nunca la había visto como tal.

Y empezaba a entender por qué ella nunca salía de sus pensamientos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella.

—Porque sabía que me necesitarías —respondió, con una leve sonrisa.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana a primera hora —admitió, y ella se tensó.

—¿Por qué tan pronto? —su voz se quebró y Augustus la apretó contra sí.

—Tengo deberes, Livy… pero te prometo que regresaré pronto.

Ella lo miró con los ojos brillantes.

—¿De verdad? ¿No volverás a irte por dos años?

—Te lo prometo —susurró—. Aunque quiero pedirte algo.

—¿Qué? —sorbió su nariz, apenada.

—Quiero que estés bien. Que compartas tu dolor con mi madre y hermanas. Si te escondes, ¿cómo podremos ayudarte?

Los ojos de Livy se llenaron de lágrimas, pero asintió.

—Está bien —aceptó en voz baja. Augustus acunó su rostro y dejó un casto beso en su frente—. Haré lo que me pides.

Eso era lo que más adoraba de Livy: su sensatez y la forma en que siempre lo escuchaba.

—Te prometo que estaré en Rosemoor Hall más pronto de lo que imaginas.

Pensó que regresaría en unos dieciséis meses. Como hijo de un duque, tenía deberes en la ciudad, pero nada lo preparó para la misiva que llegó un año después.

Su madre se estaba muriendo.

Comprendió entonces el dolor de Livy, y por primera vez en años lloró con verdadera tristeza. Sentía una urgencia visceral por llegar a su hogar, despedirse de su madre y buscar consuelo en su amiga.

Pero si pensó que ya no podía despreciar más a su padre, todo cambió al leer las palabras que acompañaban la carta.

—¡¿Cómo pudo, padre?! —bramó al regresar, su voz cargada de furia, y el duque lo miró con desdén—. Olivia es amiga de mis hermanas, ¿cómo enfrentarán la muerte de nuestra madre sin ella?

—La gente muere todos los días, Ashcombe. Tus hermanas deben entender cómo funciona el mundo —respondió con frialdad.

—Olivia…

—Está bien. Su madre era hermana de una burguesa acaudalada, así que la envié con ella.

—¿Dónde está?

Necesitaba encontrarla. Decirle que, sin importar la distancia, regresaría por ella.

Los ojos oscuros del duque se posaron sobre él, reprendiéndolo con dureza.

—Olvida a esa joven, Augustus.

Se tensó. Odiaba que lo conociera tan bien.

—¿Por eso la echó? —La verdad le golpeó con fuerza.

—Es una criada. Nunca podrás elegirla.

—¿No se supone que ahora tiene dinero?

—¡Suficiente! —El duque golpeó el escritorio con violencia, pero Augustus no se inmutó. No le temía—. La razón por la que eché a Olivia Fletcher de mi casa es porque no planeo relacionarme con ninguno de mis hijos bastardos, ¿me entiendes?

La sangre se le congeló.

—¿Cómo dijo?

Su padre rió con sorna.

—La mantuve aquí porque tu madre no deseaba abandonarla a su suerte. Decía que todos mis hijos merecían un techo. Pero ahora que ella no está…

—¿Olivia es…?

—Ella lleva tu sangre, Ashcombe.

En ese momento, Augustus supo que había perdido algo que nunca fue suyo.

Y que jamás podría reclamar.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra. 1843

La paz nunca reinaría en Richmond House. Al menos no mientras su padre siguiera siendo la cabeza de su casa, dado que el duque estaba plenamente convencido de que la forma más efectiva de educar a sus hijas era a través del castigo, algo que su madre nunca había hecho ni permitido.

Para Augustus, la situación era insostenible. Durante años permitió que su padre lo moldeara con violencia a su antojo, creyendo que eso implicaba ser el heredero de un duque. Soportó abusos e insultos con estoica resignación. Pero ahora, con veintiún años, era plenamente consciente de cuánto detestaba que sus hermanas se hubieran convertido en nuevas víctimas.

Penelope solo tenía dieciséis años, y su padre estaba decidido a comprometerla con el duque de Rutland, un hombre de más de setenta que jamás sería de su agrado, muy acostumbrado a comprar a sus esposas. La garganta se le cerró. No había manera de que pudiera aceptar esa locura, menos cuando sabía muy bien lo que sucedería después.

«Una vez que Penelope se case, no tardaré en entregar a Charlotte y Arabella», recordó las frías y despectivas palabras de su progenitor, y negó lentamente con la cabeza.

Charlotte ni siquiera había cumplido trece años, y Arabella solo tenía diez. ¿En qué diantres estaba pensando su padre?

«En deshacerse de ellas y crear nuevas alianzas», concluyó una voz amarga en su interior, y apretó la mandíbula con disgusto. «No

lo permitiré», pensó con determinación.

Estaba decidido a cumplir la última promesa que le hizo a su madre, y solo había un camino que seguir, uno que cambiaría sus vidas para siempre.

—¿No cree que debería reconsiderar la situación? —preguntó, intentando apelar a su juicio—. Penelope ni siquiera ha sido presentada en sociedad. Estoy seguro de que podría atraer a hombres más poderosos que Rutland.

«Y agradables», pensó con rabia.

—¿Crees que tengo la paciencia para lidiar con tu hermana otro año más? —su padre ni siquiera se molestó en mirarlo—. En unos días se irá Penelope, pero te garantizo que Charlotte y Arabella no tardarán en seguir sus pasos.

—¡Son niñas! Ellas...

—Deberías sentirte contento. Te quitaré la peor de las cargas.

—¿Qué?

—Si se casan ahora, no tendrás que buscarles marido más adelante. Y ninguna se quedará para vestir santos.

Augustus prefería cuidar de sus hermanas toda la vida antes que entregarlas a hombres crueles y asquerosos, pero suponía que su padre jamás pensaría de ese modo.

—Padre...

—No cambiaré de parecer —zanjó con frialdad—. Mientras yo viva, ellas me pertenecen. Yo decido sus destinos.

Sus hermanas no eran pertenencia de nadie.

—Yo las cuidaré —dijo con firmeza—. No hay necesidad de ser tan cruel.

—¿Por qué eres tan blando? —escupió Alaric Humphrey, duque de Richmond—. Te alejé de tu madre y hermanas precisamente para evitar esto.

Porque su crianza, fría y carente de afecto, jamás definiría el hombre que él era.

—La distancia no eliminará los lazos que tengo con ellas —sentenció con seguridad.

Su padre se rió con sorna.

—Lamento informarle que sus esfuerzos fueron en vano. Amo a mis hermanas, y no permitiré ese compromiso.

Estaba harto de vivir en ese infierno. Su padre no descansaría hasta hacerlos miserables y por esa razón debía frenar esta locura. Odiaba admitirlo, pero él era el único que podía detenerlo.

—No me digas —lo desafió, burlón—. ¿Qué podrías hacer tú, un hombre sin coraje ni maldad en la sangre, para salirse con la suya?

—No me rete, padre —advirtió—. No sabe de lo que soy capaz cuando se trata de proteger a mis hermanas.

El duque rió por lo alto, como si no lo viera como un rival digno. Augustus se irguió con resolución. Jamás olvidaría esa imagen: su padre era un manojo de alegría y perversidad, una mezcla escalofriante que dejaba en evidencia lo placentero que le resultaba torturar a sus hijos.

—¿Cómo esperas arruinar mis planes si ni siquiera puedes impedir que las encierre en el sótano como castigo? —su frialdad le heló las venas, pero se juró que todo empezaría a cambiar desde ese momento—. Debo admitir que fuiste valiente al recibir más de un golpe por tus hermanas, pero nunca serás un rival digno. Tu deber es ceder e inclinarte ante mí.

—Penelope no se casará con Rutland.

—Eso lo veremos.

Augustus abandonó el despacho. Pero no se dirigió a su alcoba, sino al sótano, donde su hermana llevaba encerrada horas. Bajó las escaleras con paso firme, deseando llegar a ella para liberarla, y se detuvo al oír una suave voz.

—No tengas miedo, Pen. Yo me quedaré contigo toda la noche —musitó la dulce Arabella.

Augustus siguió bajando sin hacer notar su presencia.

Charlotte estaba sentada en los escalones con los brazos cruzados, mirando la puerta con impotencia. Era su hermana más gruñona, pero algo le decía que, pese a su genio, nunca sería capaz de abandonarlos.

—Regresen a sus dormitorios —pidió Penelope desde dentro—. Si él las encuentra aquí, también las castigará.

La tristeza que percibió en sus hermanas multiplicó su resolución.

—Mejor —siseó Charlotte—. Al menos así no estarás sola ahí dentro.

Su corazón se oprimió. Ellas eran las niñas que su padre quería destruir, seres inocentes que no merecían sufrir más abusos.

Augustus se acercó a la puerta con paso firme. Arabella jadeó al verlo.

—Hermano, nosotras...

—Hazte a un lado —pidió con suavidad.

Charlotte apartó a Arabella y él se colocó frente a la puerta.

—Aléjate de ahí, Pen —avisó.

No recibió respuesta, pero le dio tiempo antes de arremeter con todas sus fuerzas contra la madera.

Estaba harto. No quería que sus hermanas vivieran lo mismo que él. Se rehusaba a dañarlas de esa manera. En el pasado, él no había tenido a nadie que derribara esa puerta por él, pero sí tuvo una compañera que se atrevió a escurrirse por una diminuta ventana para hacerle compañía.

—¿Qué haces aquí, Livy? —recuperó la compostura al ver que no estaba solo, y gruñó al notar que la castaña quedaba atascada en la pequeña ventana que daba al jardín, por culpa de su falda.

—En vez de mirarme con esa cara, podrías ayudarme —siseó.

La estancia estaba oscura, pero pudo intuir que se ruborizó.

—Ve a tu habitación. Pasar la noche aquí es horrible y...

—Justamente por eso he venido —replicó con frustración—. No quiero que estés solo, Augustus.

Sus palabras le encogieron el pecho. Se acercó a ella para ayudarla a entrar. No era una niña pequeña, pero tampoco lo intimidaba su peso.

—Ve por las mantas que traje —ordenó ella, como si fuera la dueña del lugar, y él obedeció, casi sonriendo.

—Esto no está bien. Este lugar es desagradable. No deberías estar aquí, Livy.

—Quiero hacerte compañía. ¿Qué tal si tendemos las mantas aquí? —señaló un espacio y, como de costumbre, él no tardó en complacerla.

—¿No me preguntarás por qué me castigaron?

—Seguro fue otra injusticia —dijo, y él tragó con fuerza—. No te preocupes, Augustus. A partir de ahora no volverás a estar solo en este lugar.

«Gracias», pensó con impotencia. No era fácil lidiar con la soledad, el silencio y la oscuridad.

La puerta del sótano cedió y Augustus recibió el abrazo de Penelope sin dudar. Conocía su desesperación y odió que su cuerpo tiritara sin control.

¿Por qué pensó en Olivia justo ahora?

Ella no estaba en Londres. Tal vez nunca regresaría de su viaje por el continente, y lo más sano era olvidarla. Eran hermanos. Jamás podrían ser nada más. Albergarla en su corazón de forma romántica era impensable.

—¿Qué haré, hermano? —sollozó Penelope—. No quiero casarme con ese hombre.

—Tranquila, cariño. Encontraremos una solución.

Echó un vistazo a sus otras dos hermanas. Estaban asombradas de que se hubiera enfrentado a su padre.

—Vamos. Quiero que hoy duerman juntas —pidió, y subieron al segundo piso en silencio.

No se sintió tranquilo hasta dejarlas en el dormitorio de Charlotte y se enderezó con lentitud al sentir una penetrante mirada clavada en su espalda.

—Fuiste en contra de mis deseos —siseó el duque.

—Los míos también cuentan —dijo Augustus, y desvió la vista hacia la botella de coñac que su padre sostenía.

A los ojos de la nobleza, su padre era el hombre más respetable. Para él, era solo un borracho.

—Sorprendente —murmuró el duque y se dirigió a su habitación con pasos tambaleantes—. Después de todo, quizá sí tienes madera

para ser el futuro duque de Richmond.

Augustus torció los labios con disgusto. Lo último que deseaba era parecerse a él.

Se quedó allí, en medio del pasillo, y no se movió hasta que su reloj marcó la medianoche. Abrió la puerta del dormitorio de su padre con sigilo y se acercó a la cama con cautela. El duque estaba despierto y respiraba con dificultad.

—¿Qué… qué me hiciste? —farfulló con voz pastosa.

—No permitiré que siga lastimándolas —espetó con frialdad.

—Eres un imbécil —susurró el duque—. Aún no estás listo para asumir una responsabilidad tan grande como el ducado.

—Es probable —dijo Augustus—. Pero incluso así, no dejaré que se salga con la suya.

Incluso en sus últimos minutos de vida, su padre le sonrió con malicia.

—Claro que me salí con la mía —tosió—. Olivia nunca podrá ser tuya y por ende siempre vivirás atormentado por el deseo que sientes por ella.

Así que no era el único que pensaba en Olivia.

No le sorprendía. Su padre siempre se regodeó con su dolor.

—Es hora de que se vaya al infierno, padre —murmuró—. Le aseguro que estaremos bien sin usted.

A la mañana siguiente, todo Londres se conmocionó por la muerte del duque de Richmond. Para las hermanas Humphrey, fue una excelente noticia que no podían celebrar.

Su verdugo estaba muerto. Augustus era libre de anular el compromiso de Penelope con el duque de Rutland.

Durante la investigación, se declaró que el duque murió por un problema cardíaco, y Augustus renovó a casi todo su personal días después, pues la mayoría adoraba al difunto y cruel duque.

Richmond House siguió siendo un hogar silencioso y tranquilo, pero nadie volvió a ser golpeado. Augustus aceptó el ducado y, pese a las adversidades, llevó las cuentas con sabiduría, demostrando que estaba a la altura del título.

Sin embargo, el verdadero reto comenzó dos años después, cuando presentó a Penelope en sociedad y no fue su hermana quien lo inquietó. Sino ella: Olivia.

Había regresado. Más hermosa y radiante que nunca.

Y estaba allí para encontrar un esposo.

«Sobre mi cadáver», pensó. Cerró los puños, nervioso ante el cambio de niña a mujer.

Su cabello castaño brillaba más que antes, largo y suelto. Sus ojos almendrados resplandecían con gozo. Amaba estar de regreso, y él mentiría si dijera que no sentía lo mismo.

La vio reír, conversar y moverse con gracia. Su piel parecía besada por el sol. Y al mirarla, Augustus supo que estaba en peligro.

La deseaba, pero no debía hacerlo.

Ella debió notar su mirada, porque su sonrisa tembló, y muy lentamente, giró el rostro en su dirección y sus enormes y castaños ojos se abrieron con sorpresa.

Augustus esperó. Por un segundo pensó que correría a abrazarlo.

Pero no fue así.

Olivia se aferró a la falda de su vestido celeste y, con firmeza, se giró y caminó hacia su tía. Juntas abandonaron el salón.

¿Lo acababa de rechazar?

¿Ella, una plebeya con suerte, le estaba diciendo que no quería tener ninguna relación con él ni con su familia?

Capítulo 2

De regreso a Richmond House, en el silencio de su carruaje, Augustus jugueteó con el gemelo de su abrigo con impaciencia, no muy seguro de cómo reaccionar respecto al regreso de Olivia. Si era sincero, por un momento se atrevió a pensar que ella nunca regresaría, pero al parecer pecó de iluso al creer que podría librarse de la presencia de su mayor tormento con tanta facilidad.

La boca se le hizo agua al recordarla, tan hermosa como siempre, y el cómo sonreía a todos los buitres que rondaban a su alrededor.

Se frotó la barbilla con fingida calma.

Estaba claro que nadie sabía que era hija de una criada; seguramente su tía la había presentado como una señorita de bien. Sin embargo, Augustus no quería que Olivia concretara ningún matrimonio, así que tendría que pensar muy bien sus siguientes movimientos.

—Vi a Olivia —la voz serena y entristecida de Penelope captó su atención—. Me ignoró. Podría jurar que huyó de mí.

Así que no fue el único que sufrió su rechazo.

—Es lo mejor. Es una simple criada.

—No digas eso, hermano —gruñó la pelinegra, negando con la cabeza—. Es mi mejor amiga. No me gustó que me diera la espalda y se marchara.

—En el fondo te hizo un favor —dijo con dureza, aunque sabía que Olivia solo estaba siendo racional—. Es la sobrina de una burguesa, y tú la hija de un duque. Hay una gran brecha entre ustedes. No deberías juntarte con ella.

«Porque si lo haces, todo se complicará para ambos», pensó sin decirlo. Lo último que necesitaba era que Olivia volviera a entrar en su vida.

—Suenas igual que nuestro padre. —Se le erizó la piel. Jamás pensó que esas palabras podrían dolerle tanto—. Olvidaste muy rápido todo lo que vivimos con ella, ¿no crees?

¿Olvidar?

Esbozó una sonrisa amarga. Tenía muy presentes todos esos recuerdos, y por eso debía mantenerse alejado. Porque si ella lo tentaba, lo perdería todo.

«No puedes pecar. Ella es tu media hermana», recordó.

—La señorita Fletcher nos olvidó primero —dijo al fin, odiando cómo le raspaba la garganta—. Nunca escribió, jamás intentó comunicarse con nosotros. Esta noche dejó claro que no quiere tener relación alguna.

—No creo...

—No está a nuestra altura —la interrumpió—. Quiero que mantengas tu distancia de esa mujer, Penelope. Lo digo en serio.

—Pero...

—Sin peros —ordenó, tajante. Penelope se tensó—. Soy tu hermano mayor. Harás lo que te diga, ¿entiendes?

Quizá sonaba como su difunto padre, pero debía protegerlas. Olivia era un riesgo para su reputación. Si se descubría su parentesco, sus hermanas no podrían aspirar a buenos matrimonios.

—¿Qué haré si ella se acerca?

—No lo hará —aseguró con frialdad.

Él mismo se encargaría de mantenerla a raya. No permitiría que Olivia volviera a sus vidas como si nada.

***

—Hiciste lo más sensato. —Las palabras de Honoria, su tía, hicieron que Olivia apartara la vista del fuego y mirara por encima del hombro.

¿En qué momento había entrado?

—Lo sé —susurró con una sonrisa amarga.

Honoria se acercó con su bastón, y Olivia la ayudó a sentarse junto a ella. Era claro que tendrían aquella conversación inevitable.

—Son nobles. Jamás estaremos a su altura, y será un milagro si no desmienten todo lo que dijimos sobre tu pasado.

Para Londres, ella era hija de comerciantes acaudalados, huérfana desde joven, criada por su tía. Una historia creíble y aceptable. Nadie la admitiría en sociedad si supieran que era hija de una criada y un lacayo que las abandonó.

—Lo sé —repitió con tristeza—. Pero verlos… me llenó de nostalgia.

Penelope estaba más hermosa de lo que recordaba. Y Augustus… él ya no era el joven de antes. Se había convertido en un hombre. Su rostro, sus hombros, su porte… todo en él le resultaba imposible de ignorar.

Su corazón se encogió. ¿Qué pensaría él de ella?

Se había marchado sin despedirse. Nunca escribió. Y esa noche, había huido.

«Fue lo correcto», se recordó. «Jamás podrás formar parte de esa familia».

—Hoy captaste la atención de muchos hombres —dijo Honoria—. Con suerte, podrías atrapar a un barón. O un vizconde.

—¿Atrapar? —frunció el ceño.

—Si nos esforzamos, quizás hasta un conde —continuó su tía.

—¿No sería mejor mantenernos al margen de la nobleza?

Honoria la fulminó con la mirada.

—No me quedan muchos años —suspiró—. Quiero encontrarte un esposo que pueda cuidar de ti.

—Entiendo —la voz le tembló.

—Estamos solas, Olivia. No tenemos a nadie más. Necesito que formes tu propia familia.

No estaba segura de querer casarse.

—¿Qué tan mala puede ser la soltería?

—Mucho. De no haber sido por ti, la soledad me habría matado.

Olivia la miró con ternura. A pesar del poco tiempo que llevaban juntas, su conexión había sido inmediata. Siempre estaría agradecida con el difunto duque de Richmond. Al final, él le había permitido conocer a otra parte de su familia.

—Me esforzaré.

—Es lo mejor. Mis fondos son cada vez menores —le recordó.

Olivia se tensó. Había olvidado ese detalle.

—Entiendo.

Honoria se incorporó con dificultad, pero antes de irse, le sostuvo la mano con ternura.

—Recuerda, cariño. El duque de Richmond jamás estará a tu alcance —la garganta se le cerró—. Lo suyo nunca podrá ser. Aléjate de Augustus Humphrey.

—Soy consciente de que mi amor por él es imposible. Jamás intentaría acercarme.

Porque eso abriría una herida que nunca cicatrizaría.

—Eres inteligente, bondadosa y hermosa —susurró su tía—. Encontrarás un hombre que te valore.

Pero no sería Augustus. Y eso la partía por dentro.

—Gracias, tía —musitó.

Una vez sola, Olivia no apagó las velas y se metió bajo las sábanas, agotada. La semana había sido dura, y ver a Augustus y Penelope solo había profundizado su cansancio. Bastó que su mejilla rozara la almohada para quedarse dormida.

—A veces quisiera que él pase más tiempo conmigo. —Olivia apartó la vista de las flores que estaba cortando en el jardín y observó a Penelope, quien tenía la mirada verde perdida en la pradera—. Mi padre nunca lo deja acercarse, ¿crees que Augustus me sigue queriendo?

—Claro que tu hermano te quiere —afirmó con tal seguridad que el semblante de su amiga se iluminó con alegría—. Estoy segura de que Augustus sólo hace todo lo que el duque le pide por ustedes.

—¿Por nosotras?

Olivia asintió.

—En un futuro tendrá que cuidarlas y si quiere ser un gran hermano, primero debe ser un buen duque, ¿no crees?

La hermosa pelinegra acarició su mentón, pensativa.

—¿Crees que he sido dura al juzgarlo injustamente?

—Creo que lo que sucede es que extrañas mucho a tu hermano. —La abrazó por los hombros y su amiga asintió, cabizbaja.

Ella también lo extrañaba, no había día que no pensara en Augustus.

—Eres la única que me entiende —su comentario la tomó por sorpresa—. Charlotte dice que siempre me quejo de todo, que nunca entiendo nada, y Arabella aún es muy pequeña para entender mi dolor.

—Tenemos mayor afinidad —se vio obligada a aclarar, en el fondo al tener la misma edad y ser las mayores, tuvieron más oportunidades para tratar con Augustus y por ende generar una linda amistad entre los tres—. Eso es todo, no culpes a Charlotte por no pensar igual que tú.

La castaña sólo pensaba como lo haría la hija de un duque, alguien que estaba bastante segura de que jamás tendría la libertad de elegir por sí misma y lo mejor que podía hacer era obedecer las órdenes de su padre.

—Prométeme que nunca dejarás de ser mi amiga —pidió, regresando a su labor, y Olivia forzó una débil sonrisa—. ¿Por qué no dices nada?

La garganta se le cerró y se rascó la nuca con nerviosismo.

—Soy la hija de una criada, Pen —musitó con vergüenza—. Con suerte me convertiré en tu dama de compañía, no sé si será bien visto que me consideres una amiga.

—Pase lo que pase, siempre te querré a mi lado —confesó, apenada, y esas palabras le brindaron un poco de consuelo a su débil corazón.

Lady Richmond fue muy amable con ella al permitirle quedarse en su casa después de la muerte de su madre, pero... ¿cuánto tiempo más duraría esa amabilidad?, ¿la generosidad del duque duraría años o sólo era cuestión de tiempo para que empezara a incomodarse con su presencia en Rosemoor Hall?

Olivia abrió los ojos, exaltada. Odiaba soñar con su pasado; ya sea con su madre, Penelope o Augustus, dado que era una época a la que jamás podría regresar y la cual extrañaba con cada fibra de su ser.

Rodó sobre la cama y lanzó un suave suspiro, ¿qué hora sería?, ¿de verdad tendría otra noche de insomnio?

Juntó los párpados, obligándose a sí misma a conciliar el sueño de nuevo, pero ahogó un lamento al darse cuenta que eso sería simplemente imposible.

Un extraño olor a tabaco hizo que arrugara el entrecejo y abrió los ojos con lentitud.

Nadie en esa casa fumaba.

Se sentó sobre el mullido colchón, ¿podría ser que algún criado se estuviera pasando de listo?

Hizo el ademán de salir de su cama, pero lo siguiente que escuchó hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal y su corazón empezara a latir sin control alguno.

«Estoy segura de que lo imaginé», pensó con nerviosismo y estiró el cuello para estudiar su habitación. El fuego del hogar seguía vivo, aunque las llamas ya no alumbraban tanto, y como era de suponerse no había nadie.

Sin embargo, aún faltaba tirar de las cortinas del otro lado de su cama, las cuales siempre cerraba para que durante las mañanas el sol no la cegara, y la garganta se le cerró cuando muy lentamente empezó a retirar las pesadas telas.

La sangre se le congeló al ver la silueta masculina junto a la ventana de su habitación.

Era Augustus.

Su corazón dio un vuelco y el pánico, la emoción y el miedo la invadieron a escalas similares, ¿qué hacía el duque de Richmond en su habitación a horas tan inadecuadas de la noche? O peor aún, ¿cómo descubrió dónde vivía y cuál era su alcoba?

Olivia salió de la cama con timidez —enviando sus bucles castaños tras su oreja—, no muy segura de con qué tipo de persona estaba a punto de lidiar, pero antes de que pudiera dar un solo paso en su dirección, él conectó sus miradas y le dio una calada a su puro, un gesto que podía considerarse grosero porque los hombres no fumaban en compañía de mujeres.

Ya no se veía como el joven gentil y educado que conoció, él... tenía un aura oscura que, curiosamente, le fascinaba.

—Y bien —arrastró sus palabras y aplastó su puro contra el marco de la ventana—, ¿no dirás nada?

¿Decirle algo?

Ladeó el rostro, consternada.

¿Él se atrevió a burlar toda la seguridad de su casa y los protocolos sociales, sólo para saber si tenía algo que decirle?

«Tengo mucho que decirle, pero no me siento lista para abrir mi corazón», reconoció para sí misma e hizo lo que le pareció más sensato y prudente.

Negó lentamente con la cabeza, haría bien en recordar que estaba frente a uno de los nobles más importantes y acaudalados de Londres.

Su respuesta debió irritarlo porque pudo ver como respingaba, imperceptiblemente, en su lugar.

—Veo que el dinero te sentó mal —ironizó, avanzando con esa elegancia felina que siempre la había intimidado. No retrocedió. Aunque debería—. A veces me pregunto cuánto puede cambiar una persona en cuatro años —murmuró, mirándola como si pudiera desnudarla con los ojos—. Pareces otra.

Se plantó frente a ella y Olivia no lo pensó, simplemente lo abrazó.

Lo había extrañado tanto que el buen juicio se le nubló.

—¿Qué haces? —preguntó él, sorprendido. La sujetó por los brazos, pero no la apartó de inmediato.

—Te extrañé —susurró con voz rota.

Él le sostuvo la mirada. Luego la rodeó por la cintura y la llevó al colchón. No fue brusco, pero sí inevitable. Se cernió sobre ella, y el peso de su cuerpo contra el suyo hizo que el aire se le secara en los pulmones.

—Augustus...

—Háblame con propiedad —dijo con un susurro que ardía.

—¿Cómo hacerlo si irrumpiste en mi habitación a medianoche? —replicó ella, temblando.

—No me tutees —gruñó, presionando su cuerpo al de ella—. Vine porque necesitaba verte. Necesitaba… recordarte que no eres parte de mi mundo.

—No hacía falta venir hasta aquí. Sé que nuestra amistad no será bien vista —intentó apartarse, pero su intento fue débil.

—Eres la hija de una criada —dijo con voz baja, oscura—. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que no vuelvas a acercarte a mi hermana. —La sujetó por las muñecas, llevándolas sobre su cabeza.

El contacto la electrizó. Debería sentirse ultrajada. En cambio, algo dentro de ella ardía.

—¿Eso viniste a decirme? —preguntó, jadeando.

—También vine a advertirte —dijo, bajando el rostro hasta que su aliento acarició su mejilla—. No quiero verte cerca de los míos. No quiero sentir esto otra vez.

—¿Esto?

—Este deseo… —rozó su nariz con la de ella—. Esta rabia de no poder tocarte como quisiera.

Ella contuvo el aliento. Su mirada bajó a los labios de él, que temblaban de contención.

—Te estás contradiciendo —susurró.

—Lo sé —admitió, con los ojos ardiendo—. Pero eso no cambia nada.

Entonces la soltó de golpe y se incorporó. Dio unos pasos hacia la ventana, respirando con dificultad.

—No me provoques, Olivia. Porque si me tientas… no sabré detenerme.

Ella se sentó en la cama, todavía sin aliento.

—¿Eso fue una amenaza o una confesión?

Él no respondió. Se giró solo para decir:

—Te estaré vigilando.

Y se marchó por la ventana, sin mirar atrás.

Olivia no se movió por largo rato. No sabía si aquello fue una advertencia… o el inicio de algo mucho más peligroso, por lo que durante los siguientes dos años, hizo hasta lo imposible por mantenerse lejos de los hermanos Humphrey.

Capítulo 3

Decir que se sentía angustiada era poco para explicar lo que estaba sintiendo.

Olivia no podía entender la razón que llevaba a todos sus pretendientes a declinar sus intenciones para con ella, pero claramente todos esos hombres tenían un factor en común: después de alejarse, terminaban recibiendo el favor del duque de Richmond.

—Me está saboteando —gruñó con disgusto, y su tía Honoria apartó la vista del fuego del hogar para prestarle toda su atención. La anciana cada vez estaba más débil y eso no hacía más que angustiarla.

¿Qué haría ella sin su tía cuidando sus pasos?

—No seas tan pesimista, querida.

—Tía... —la miró con obviedad.

—Está bien, entiendo —asintió con sabiduría—. He pensado que quizá debas encontrar a un hombre que esté dispuesto a huir contigo a Escocia. Así el duque no sabría sobre tus intenciones y no podría interferir en tus planes.

Por alguna extraña razón, la piel se le erizó solo de pensar en lo que Augustus sería capaz de hacer si huía con otro hombre a Escocia.

Olivia apretó los puños y subió los escalones de Richmond House con el corazón palpitando con furia. Sabía que era imprudente presentarse sin carabina, pero estaba cansada de sentirse perseguida, anulada y arrinconada. Esta vez iba a enfrentarlo.

No le importaba que Penelope no estuviera en casa ni que su presencia allí pudiera arruinar su reputación. Iba a decirle todo lo que pensaba. Iba a dejar de huir.

Apenas el mayordomo la condujo a la biblioteca, Augustus se levantó del sillón de cuero con expresión sombría. El marqués de Carisbrooke, a su lado, entrecerró los ojos al verla entrar.

—Srta. Fletcher —musitó el marqués, sorprendido.

Pero ella no le prestó atención. Con pasos firmes, se acercó a Augustus y sin pensarlo demasiado, le cruzó la cara de una bofetada que resonó como un látigo en la habitación.

—¡¿Cómo te atreves?! —escupió.

Carisbrooke hizo un ademán de interponerse, pero Augustus lo detuvo con una mano alzada. El duque se giró lentamente hacia Olivia con la mejilla roja y la mandíbula tensa.

—Déjanos solos —ordenó al marqués sin apartar los ojos de ella.

Cuando la puerta se cerró, Olivia se sintió por primera vez nerviosa. El silencio era demasiado denso, y la mirada de Augustus... demasiado intensa.

—Saboteaste mis propuestas de matrimonio —acusó, la voz firme pese a su temblor interior—. Golpeaste al conde de Pembroke y manipulaste a mis pretendientes. ¿Qué derecho tienes sobre mi vida?

Él dio un paso hacia ella. Luego otro.

—¿Y qué si lo hice? —preguntó con una calma peligrosa—. ¿De verdad te molesta tanto que los haya alejado? ¿A hombres como Pembroke?

—¡No te corresponde decidir! —replicó ella, y retrocedió un paso sin querer, sintiéndose acorralada por su presencia más que por sus

acciones.

Augustus avanzó y ella tropezó con el borde del escritorio. Él no la tocó. Solo se inclinó levemente hacia ella.

—No tienes idea de lo que soy capaz cuando te acercas a otros —su voz era apenas un murmullo—. Me vuelvo alguien que no reconozco, Livy.

—No me llames así —susurró ella, tragando con fuerza.

—¿Por qué viniste? —inquirió él, con los ojos ardiendo—. Sabías lo que podía pasar. Sabías que encontrarte conmigo a solas en mi casa solo podía terminar de una manera.

—Vine a exigirte que me dejes vivir mi vida —replicó, con el mentón en alto.

Augustus enarcó una ceja. Con un movimiento suave, se apoyó en el borde del escritorio, acortando aún más la distancia entre ellos.

—¿De verdad quieres que me aleje? —su voz bajó una octava—¿Qué te deje ir? ¿Que otro hombre te posea sin que yo haga nada?

El rubor se le subió al rostro. El aire entre ambos crepitaba.

—No soy tuya —dijo, aunque su voz sonó más temblorosa de lo que quiso.

Él se inclinó hasta que sus labios rozaron su mejilla, sin besarla. Sólo calor, solo amenaza.

—No. No lo eres —afirmó con severidad—. Pero no dejaré que seas de nadie más.

Olivia sintió que le fallaban las rodillas y empujó una mano temblorosa contra el pecho masculino.

—Tienes que parar. Esto no está bien.

Augustus asintió, pero no se movió.

—Lo sé. Y aun así, aquí estamos.

El silencio fue casi íntimo. Como una confesión sin palabras.

Finalmente, él se apartó. Dio unos pasos hacia la ventana y le dio la espalda.

—Vete, Olivia. Antes de que cometa una locura.

Ella no se movió al principio. Luego, con el corazón latiendo en los oídos, recogió sus faldas y salió de la estancia sin mirar atrás.

Él no la detuvo.

Y eso fue lo que más la desarmó.

Olivia negó lentamente con la cabeza, al tiempo que admitía que Augustus le había salvado de un hombre sin escrúpulos que al parecer sólo quería jugar con ella, dado que no podía pasar por alto el hecho de que Pembroke jugó con los sentimientos y arruinó a la señorita Devine la temporada pasada.

—Estoy perdida, nadie se casará conmigo.

—Podrías buscar un hombre que no le tenga miedo a Richmond —sugirió Honoria de pronto, captando su atención—. El duque utiliza sus influencias y posición para sobornar a tus pretendientes, pero no creo que ese hombre tenga poder sobre todos los nobles de Londres.

—Pero no es que yo tenga a un sinfín de nobles interesados en mí —pateó el piso y su tía asintió.

—Mañana será el baile de los marqueses de Sutherland y no quisiera presionarte, pero debes empezar a poner de tu parte.

—¿De mí parte? —la miró con temor.

—Sólo atrapa a un hombre, Olivia, una vez que el escándalo inicie, ni el duque ni nadie podrá ir en contra de tu compromiso.

La garganta se le cerró. Nunca quiso casarse por medio de un escándalo, pero todo parecía indicar que, a estas alturas y con Augustus como rival, ese era el único camino que le quedaba, puesto que, claramente, él no tenía la menor intención de hacerla su duquesa.

***

Augustus abandonó la cama del establecimiento que solía frecuentar más de lo que le gustaría admitir con movimientos escuetos y empezó a vestirse con fría indiferencia, observando de reojo a la morena que dormía plácidamente en el mullido colchón. Desde ese enfoque, la cabellera castaña le hacía un favor al cubrir el rostro femenino, pero por mucho que él quisiera imaginar a otra mujer sobre ese lecho, no podía hacerlo porque no existía nadie que compartiera el mismo color de su piel.

La amante que tuvo ese día era tan blanca como la leche.

Empezó a anudar su pañuelo y se acercó al espejo para recomponer su peinado y aspecto. Para todo Londres, era un hombre de reputación intachable y decente que odiaba la decadencia, pero lo cierto era que Augustus tenía un secreto: adoraba los clubes de perdición y siempre iba en busca de nuevas mujeres.

Nunca repetía amantes; su objetivo era encontrar a alguien que se pareciera a Olivia, y como nadie estaba a su altura, siempre regresaba a su hogar frustrado.

—¿Ya te vas? —inquirió la mujer en tono meloso, y él sólo dejó unas cuantas monedas sobre la mesa antes de abandonar la habitación.

No era un hombre cariñoso, al menos no con extrañas, por lo que no veía razón alguna para ser amable con esas mujeres que sólo le prestaban sus servicios.

Cuando llegó a Richmond House, no le sorprendió oír los gritos de su hermana más pequeña. Arabella sólo tenía catorce años, y la idea de que su hermana mayor estuviera comprometida con un hombre de su agrado le llenaba el pecho de alegría.

—¿Por qué gritas, Arabella? —quiso saber, y la castaña paró en seco cuando reparó en su presencia.

—Hermano. —Corrió a él para abrazarlo—. Hoy es el baile de los marqueses de Sutherland y el vestido de Penelope aún no ha llegado. —Infló sus lindos cachetes con disgusto y él se rió.

—Descuida, madame Gale es una mujer responsable. —Aunque debía reconocer que, debido a su edad, la mujer se había vuelto algo lenta y ya no aceptaba pedidos tan grandes—. ¿Por qué no vas con Penelope? Ella debe sentirse muy nerviosa.

Porque cada vez que Penelope debía reunirse con el vizconde de Hereford, ella ingresaba en una crisis nerviosa. Y no era para menos: su hermana no sólo había conseguido atrapar la atención de un noble respetable, sino de uno muy apuesto y, gracias a los santos, decente.

—Tienes razón —asintió Arabella, extasiada—, pero la entiendo, cualquiera se pondría nerviosa ante el vizconde de Hereford.

Augustus soltó una ronca carcajada.

La felicidad con la que sus hermanas vivían, a pesar de todas sus obligaciones, era un hecho que le permitía sentirse tranquilo y no vivir con remordimientos. Acabar con la vida de su padre fue lo mejor que pudo hacer por su familia.

Penelope se casaría por amor y el próximo año Charlotte sería presentada en sociedad. Todo estaba marchando a la perfección: tenían prestigio, dinero y belleza. Podía sonar un poco arrogante, pero eran la familia perfecta.

Después de aplacar los gritos de su hermana menor, Augustus se refugió en su despacho para encontrar un poco de tranquilidad; no obstante, esta no duró mucho, porque recibió una misiva de su futuro cuñado, quien necesitaba hablar con él lo antes posible.

No muy deseoso de acudir a su encuentro —porque lo vería esa noche en el baile de los marqueses—, pasó deliberadamente por alto la misiva y se dirigió a su dormitorio para descansar un poco.

—Richmond —Augustus apartó la vista de su taza de café en el club de White's y vislumbró como Thaddeus Wolfbridge, marqués de Carisbrooke avanzaba hacia él con paso severo, pero con un deje nervioso en el rostro.

—¿Todo en orden? —enarcó una ceja cuando el marqués tomó asiento frente a él—. Parece que viste un fantasma.

—Tengo que informarte algo. Creo que esta noticia no te hará nada feliz.

—¿De qué se trata? —se mantuvo impertérrito. No era dado a expresar sus emociones.

—El conde de Pembroke quiere cortejar a la Srta. Fletcher, y ambos sabemos lo que eso significa.

Esa noticia hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal. Para nadie era un secreto que ese hombre era simplemente despreciable con las mujeres.

—¿De dónde sacaste esa información? —su fría fachada cayó, y su amigo, el único que se percató de sus sentimientos hacia Olivia, inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Lo dijo en el club. Le parece una mujer exótica y está seguro de que su tía lo aceptará porque la mujer está más cerca del cementerio que de conocer a los hijos de su sobrina.

Augustus cerró las manos en dos puños, totalmente furioso.

—¿Qué sabes de él? No puedo permitir que se acerque a Livy —soltó con impotencia, y su amigo lo observó con fijeza por largos segundos—. ¿Qué?

—Si tanto te gusta, ¿por qué no pides su mano en matrimonio?

«Porque es mi media hermana», respondió mentalmente, y negó con la cabeza.

—Ella jamás estará a mi altura.

Era una excusa baja, pero creíble para el imponente duque de Richmond.

—Puede que en un principio tu matrimonio cause conmoción, pero tarde o temprano todos terminarán aceptando tu decisión —soltó con rapidez—. Sólo piénsalo: tu hermana se casará con un vizconde respetable, Charlotte no demorará mucho en cautivar a otro noble importante y aún falta mucho tiempo para la presentación de Arabella.

Él tenía razón. Su familia tenía todo para triunfar en sociedad, pero él jamás podría cometer un pecado tan grande como el de desposar a su propia hermana.

Poco importaba que jamás la hubiera visto de esa manera.

—Impide que el conde se acerque a la Srta. Fletcher —sentenció, comprendiendo que decirle "Livy" frente a su amigo jamás sería bien

visto, y el castaño suspiró con pesar—. Puedes amenazarlo con revelar sus secretos si eso te hace sentir mejor.

—¿Por qué yo? —siseó.

—Porque me lo debes —soltó sin titubear, y su amigo suspiró.

—Tienes suerte de que lady Berricloth no tenga los ojos puestos en ti. El regreso de lady Taylor la tiene muy ocupada.

Augustus no dijo nada al respecto. Quería creer que, mientras menos nombrara a la chismosa más grande de Inglaterra, menos posibilidades habría de que ella se atreviera a poner su apellido de manera negativa en sus notas.

—Si él no entiende por las buenas, búscame para que le dé un golpe de realidad.

Olivia nunca estaría al alcance de ese hombre.

Augustus lavó su cuerpo con fría calma.

Ya había pasado un año desde aquel suceso, y aún podía recordar que la víctima de Pembroke, la Srta. Devine, quedó muy afectada después de atravesar el "cortejo" de ese sinvergüenza, que sólo consistía en conseguir lo que quería para después dejar tirada a la fémina.

Le parecía curioso que Olivia y esa mujer hubieran terminado siendo amigas.

—Es hora, milord. —Su valet lo hizo volver en sí, y a regañadientes salió de la bañera para que su criado pudiera alistarlo.

No se molestó en elegir las prendas que usaría esa noche, ni en pensar en sus accesorios. Ese era un trabajo que prefería dejárselo a alguien más, pero sí preguntó por Penelope, quien al parecer llevaba más de una hora alistándose para la velada.

—¿Cómo te sientes? —inquirió una vez que estuvieron en su carruaje, y su hermana jugueteó con sus manos enguantadas, con nerviosismo.

—Un poco nerviosa y cansada.

—Te ves un poco pálida, ¿estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, sí, no quiero dejar plantado a lord Hereford.

Penelope estaba decidida a todo con tal de impresionar a su futuro esposo.

—Está bien, pero si en algún momento quieres abandonar el salón, no dudes en buscarme.

Porque, como de costumbre, él pensaba vigilar todos los movimientos de su hermana.

***

Olivia no podía negar que se sentía muy feliz por Penelope, dado que después de dos años en sociedad, ella por fin había encontrado un hombre decente y respetable, además de apuesto —debía agregar—, que estuviera dispuesto a casarse con ella y formar una familia.

Sonrió con genuina alegría, mientras observaba a la pareja en la pista de baile.

—Se ve radiante esta noche, Srta. Fletcher. —Evitó rodar los ojos con aburrimiento y giró el rostro hacia el conde de Westmorland con una sonrisa forzada.

Su tía le había pedido que fuera amable con el noble.

—Muchas gracias, milord.

El conde había llegado a la ciudad hace poco y no había tenido reparo alguno a la hora de mostrar un interés genuino por ella. No

obstante, su reputación de mujeriego dejaba mucho que desear, y no estaba segura de querer tratar con un hombre así.

¿Qué tal si le sucedía lo mismo que a Katherine?

Su amiga fue víctima de las mentiras del conde de Pembroke, y ahora no sólo era una paria social, sino que sus posibilidades de encontrar un esposo eran nulas.

—¿Me concede la siguiente pieza? —sonrió el castaño con galantería, y ella se ruborizó. Quizá no era de su agrado, pero debía admitir que era un hombre muy guapo.

—Me temo que no será posible —musitó, apenada, y él enarcó una ceja.

—No debería decirlo, pero ¿sabe lo grosero que es rechazar una invitación de baile?

Olivia se ruborizó todavía más.

—No lo rechazo por grosera —explicó con nerviosismo—. Me lastimé el tobillo —confesó en voz baja. Bailar solo empeoraría su estado.

El conde la miró por varios segundos y luego lanzó una suave carcajada.

—Nadie me ha rechazado con tanta delicadeza.

—Es verdad —musitó apasionadamente, y sin medir sus movimientos, lo sujetó del antebrazo—. De verdad lo siento. Quizá cometí un error al asistir a este baile en este estado —empezó a divagar en sus pensamientos—. Yo...

—Si no puede bailar —el hombre la sujetó de la muñeca y la obligó a rodear su brazo con elegancia—, sea mi acompañante esta noche.

¿Rechazarlo sería prudente?

«Claro que no, ya rechazaste su oferta de baile. Debes ir con él».

—Está bien.

¿A quién quería engañar?

Él era el único hombre dispuesto a cortejarla, y ella debía aferrarse al conde tanto como fuera posible, puesto que su tía estaba muy enferma y su situación económica cada vez era peor. Según tenía entendido, Westmorland tenía dinero de sobra, y lo único que le faltaba era una esposa saludable que pudiera darle muchos hijos.

Olivia se perdió en sus pensamientos, imaginando cómo sería una vida junto a ese mujeriego, y en ningún momento se percató de que el castaño estaba haciendo de las suyas para alejarla de la multitud.

***

¿Era impresión suya o Hereford estaba más serio de lo normal?

¿Podría ser que estuviera molesto con él porque no acudió a su llamado?

Augustus encogió imperceptiblemente los hombros, observando a su hermana desde la distancia. Ella estaba conversando con su futura suegra, quien al menos parecía agradable, mientras el vizconde recorría el salón con sus ojos grises. No había que ser un genio para saber que el hombre estaba malditamente aburrido.

—¿Por qué dejas que tu hermana se ilusione con el vizconde? —respingó en su lugar al ver a Carisbrooke junto a él. ¿Por qué nunca anunciaba su llegada?—. Es evidente que no la quiere.

—Pocos matrimonios son a base de amor —fue sincero—. Con que a ella le guste es más que suficiente —le dio un sorbo a su copa de champagne.

—¿Eso crees? —preguntó distraídamente, y él asintió—. La Srta. Fletcher está aquí.

¿Qué?, ¿Olivia fue tomada en cuenta para el baile de los marqueses de Sutherland?

La garganta se le cerró. Se enfocó tanto en Penelope y el vizconde que ni siquiera se molestó en observar a los presentes.

—¿Y qué se supone que debería hacer? —fingió indiferencia.

—Westmorland ha puesto los ojos en ella y lo sabes. ¿De verdad no harás nada?

—El conde aún es joven, no buscará una esposa y...

—Se la llevó al salón de música que está en desuso. —En ese momento, cada músculo de su cuerpo entró en tensión y apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus dientes chirriaron—. ¿De verdad ya no estás interesado en ella? Porque de ser así, tal vez lo mejor que podemos hacer es dejarlos solos y...

—Vigila a mi hermana —siseó, y dejando su copa de lado, se encaminó hacia el pasillo que no estaba habilitado para la velada.

Capítulo 4

El salón de música estaba en penumbras, y fue Westmorland quien se encargó de prender unas cuantas velas para que Olivia pudiera desplazarse por el lugar con mayor confianza. Hizo una mueca al sentir una punzada en el tobillo derecho y se sentó en el diván más cercano para descansar un poco. Estaba siendo algo irresponsable al ocupar un salón que no fue dispuesto para la velada, pero ya no podía más.

En el salón de baile no tenía dónde sentarse y el aire cada vez era más sofocante; en cambio ahí, la estancia era acogedora y fresca.

—¿Por qué me trajo hasta aquí? —inquirió, y barrió el lugar con la mirada, centrándose en el piano que estaba en el lateral más alejado del salón.

Su madre solía tocarle hermosas melodías antes de morir. A veces la echaba mucho de menos.

—Pude percatarme de su inquietud y palidez, así que deduje que necesitaba descansar un poco y por eso busqué un salón tranquilo.

Olivia parpadeó varias veces, sorprendida.

—Qué observador —le puso voz a sus pensamientos, y el castaño lanzó una ronca carcajada—. Muchas gracias.

—¿Por qué vino si está tan delicada? —observó la falda de su vestido rosa—. Podría empeorar su lesión.

—Una nunca sabe cuándo encontrará a su futuro esposo —bromeó. Pero, lejos de reírse, el conde se sentó junto a ella, con un deje pensativo—. No es necesario que se quede. Si gusta, puede regresar al salón de baile.

Westmorland chasqueó la lengua, entretenido.

—El baile me está resultando aburrido. Estoy seguro de que junto a usted la pasaré mejor.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Qué es lo que quiere? —decidió enfrentarlo con valentía, y él enarcó una ceja, gratamente sorprendido—. Es un hombre joven. ¿Por qué se fijaría en mí?

—No soy tan joven. Ya tengo veintitrés años —aclaró, y Olivia lo miró con obviedad—. Prefiero librarme de mis responsabilidades lo antes posible —admitió con desinterés, y luego barrió el lugar con la mirada—. No tengo amigos. Llegué a Londres hace poco, así que supuse que formar una familia podría resultar interesante.

Estaba solo. Él sólo quería compañía.

«Al menos ya tenemos algo en común», pensó con amargura.

—¿Y quiere formar esa familia conmigo?

—Así es —fue sincero.

—¿Por qué?

—Porque es la única mujer que no me mira como si fuera un pedazo de carne. —Olivia se ruborizó; él estaba siendo demasiado sincero—. Conozco su situación. Me he tomado la molestia de hacer un par de averiguaciones y no me interesa que su dote sea tan bajo.

La garganta se le cerró.

—Milord...

—Quiero casarme, y creo que usted es perfecta para el puesto de condesa.

¿Cómo condesa sería digna de la amistad de Penelope?

«Es posible. Después de todo, ella se convertirá en vizcondesa».

—¿Y bien? —la piel se le erizó cuando él sujetó su mano con delicadeza—. ¿Acepta ser mi condesa?

—Mi tía...

—Primero necesito su aprobación, Srta. Fletcher.

Una vida junto a Westmorland era poco alentadora en temas del amor, pero en el ámbito social le mostraba un escenario conveniente, lo cual le brindaba muchos puntos a su favor, más si sumaba lo atractivo que era. Sin embargo, aún había una prueba que debían pasar, y no estaba segura de querer enfrentar a ese joven con el duque de Richmond.

Westmorland parecía una persona agradable.

—Yo...

—Déjeme convencerla a mi manera —espetó él, y sin previo aviso sujetó su mentón e hizo que lo mirara—. No sé si ya se lo habían dicho antes, pero usted es demasiado hermosa, Srta. Fletcher.

Olivia abrió los ojos con sorpresa al sentir cómo los labios del hombre se posaban sobre los suyos, y por varios segundos no pudo respirar. El conde de Westmorland acababa de robarle su primer beso. Se quedó congelada, no por la sorpresa, sino porque era su primer beso y no sabía qué sentir. La visión se le cristalizó. Siempre pensó que ese momento lo compartiría junto a alguien más, pero al parecer la vida tenía otros planes para ella.

La puerta del salón de música se abrió con violencia, y cuando hizo el ademán de alejarse del castaño, este fue empujado hacia atrás por una fuerza mayor. El gruñido masculino hizo que se despabilara y lanzó un jadeo al ver cómo Augustus estampaba un puño en el rostro del conde y lo enviaba hacia atrás.

—¡No, pare! —intentó acercarse, pero unas manos se cerraron en sus brazos y la instaron a retroceder, provocando que el tobillo le doliera.

El marqués de Carisbrooke estaba ahí, y fue lo suficientemente sensato como para ir por Richmond y sujetarlo del brazo.

—¿Qué haces? ¿Acaso quieres iniciar una pelea y provocar un escándalo? —siseó el marqués, y Olivia se tensó al ver cómo el conde se incorporaba con una sonrisa retorcida en el rostro.

—Otro hombre me habría pedido que cumpliera con mi deber —acarició su mejilla—. La Srta. Fletcher y yo vamos a casarnos, así que no hay razón alguna para que...

—¡No! —gritó al ver cómo el pelinegro se abalanzaba sobre el castaño, y por suerte Westmorland pudo esquivar el puño y rodear al duque para posicionarse junto a ella.

—Debería retirarse, Srta. Fletcher.

¿Qué?, ¿retirarse?

Negó lentamente con la cabeza. No quería que Augustus cometiera una locura.

—Sal de mi vista, Westmorland, o juro que te mataré —sentenció el duque, condensando el ambiente con su fría advertencia, y ambos se tensaron.

—¿Por qué debería obedecerte? —farfulló el hombre.

—Porque es lo más sensato —sentenció Carisbrooke y sujetó al conde del brazo—. Si aprecia su vida, vendrá conmigo.

—¿Qué? —la miró con sorpresa—, ¿tiene algo con el duque?

—No, claro que no —respondió con nerviosismo, y sin previo aviso Augustus la sujetó del brazo y tiró de ella en su dirección—.

¿Qué hace? ¡Suélteme! —luchó contra él, a pesar del lamentable estado de su tobillo.

—Lárguense. Ella y yo tenemos una charla pendiente.

Todo su cuerpo se estremeció en respuesta ante la frialdad que implementó en sus palabras, y observó con decepción cómo el marqués se llevaba al conde, quien salió en contra de su voluntad y en más de una ocasión miró por encima de su hombro, titubeando.

Al final de todo, la dejó totalmente sola junto al pelinegro.

¿No se suponía que Westmorland quería casarse con ella?

¡¿Qué tipo de hombre abandonaba a su prometida de esa manera?!

—Pero ¿qué cree que está haciendo? —se zafó de su agarre y lo empujó por el pecho, ofuscada—. ¿Quién se cree para meterse en mis asuntos? —Hizo una mueca; el tobillo le estaba doliendo—. ¡El conde y yo...!

—¡Silencio! —ordenó, perdiendo los estribos, y Olivia intentó apartarse, pero él afianzó su brazo—. ¿Te das cuenta de lo que acaba de suceder? ¿Accediste a tener una cita clandestina con ese hombre y dejaste que te besara? —Se puso tan rojo como un tomate. Estaba furioso—. ¿Qué diantres tienes en la cabeza?

—Quiere casarse conmigo.

—¡Tú no vas a casarte con nadie! —la zarandeó, tomándola por sorpresa, y lo miró con preocupación—. Antes muerto, ¿me entiendes? —La pegó a su cuerpo y, cuando intentó besarla, ella apartó el rostro con rapidez.

—Suélteme —ordenó. Él estaba muy equivocado si creía que podría jugar con ella y sus sentimientos a su antojo—. No... —suspiró con nerviosismo, sintiendo cómo sus brazos la apresaban.

Por un momento no supo cómo respirar al sentir cómo su aliento rozaba su cuello y sus manos moldeaban su cuerpo—. Su excelencia...

—¿Cómo te atreves, Livy? —escupió con enojo, haciéndola tiritar en respuesta—. ¿Qué diablos viste en ese idiota que le permitiste besarte? —Afianzó sus caderas y se pegó a ella con descaro, enviándole un escalofrío por toda la espina dorsal.

—No, pare —rogó cuando una de sus manos se posó a la altura de su cintura, más cerca de su busto de lo adecuado, y empezó a respirar con dificultad—. Por favor, suélteme, yo... Ah —jadeó cuando la empotró contra la pared más cercana con delicadeza y cerró los ojos con fuerza al sentir su firme cuerpo contra el suyo.

Esto no estaba bien. Ese tire y afloja con Augustus la llevaría a la ruina. Él no quería nada serio con ella, solo deseaba sabotear sus proyectos de vida, por lo que brindarle ese tipo de acceso a su cuerpo era un terrible error. No obstante, ¿cómo podría detenerlo cuando internamente lo deseaba con tanta intensidad?

—Westmorland ha pedido mi mano en matrimonio —susurró con esfuerzo y conectó sus miradas. Los ojos verdes de él la reprendían y deseaban castigarla—. Él no se aprovechó de mí, ni yo estoy intentando ser una desvergonzada. Simplemente le permití tomar mi primer beso a mi futuro esposo.

—Eso lo veremos —masticó sus palabras antes de acunar sus mejillas con violencia y unir sus labios con hambre voraz.

El pánico la invadió y su corazón empezó a bombear sin control alguno.

Él la estaba besando. No con dureza, sino con rabia. Fue un castigo, un reclamo y un recordatorio. Y lo peor de todo fue que ella

terminó aceptando sus besos y lo abrazó por el cuello sin dudar, dejando que los labios masculinos la exploraran con más violencia de la esperada.

—Mmm... —gimió cuando penetró su boca, tomándola por sorpresa.

—Separa las piernas —ordenó entre besos, y Olivia jadeó cuando la sujetó de los muslos y la elevó sin esfuerzo alguno para que lo rodeara por la cintura con las piernas.

La fricción de su ingle con la del duque hizo que su cuerpo tiritara, y lo besó con mayor profundidad, odiando su falta de experiencia. Entrelazó sus lenguas con timidez y su cuerpo se estremeció cuando él arremetió contra ella, frotando sus pelvis.

—Mmm... —No opuso resistencia alguna cuando él empezó a restregarse contra ella—. Ah... —liberó sus labios y tiró la cabeza hacia atrás, dejando que los labios masculinos se posaran en su cuello—. Ah, sí, Augustus... —lloriqueó con éxtasis, no muy segura de poder asimilar todo lo que estaba sintiendo. En ese momento comprendió que cometió un terrible error al llamarlo por su nombre de pila, porque él se alejó de su cuerpo como si su tacto quemara.

Se tambaleó en su lugar, más aturdida de lo esperado, y lo miró con frustración.

¿Tan malo era quererla, desearla y anhelarla a su lado? ¿No se suponía que los duques hacían lo que se les viniera en gana? ¿Por qué no podía aceptarla?

La respiración jadeante del pelinegro y su semblante horrorizado hizo que se cuestionara muchas cosas. ¿Podría ser que se hubiera arrepentido de sus acciones? ¿Solo ella quería volver a sus brazos y besarlo con mayor intensidad?

—Yo... —recuperó la voz, pero no pudo acomodar sus ideas—. Lo mejor será que me marche —aferró la falda de su vestido y, cuando intentó salir huyendo, ahogó un lamento y se encogió en su lugar para sujetar su tobillo derecho.

—Livy —soltó él, asustado, y se arrodilló junto a ella—, ¿qué sucede?

—Es mi tobillo —confesó con un hilo de voz, y él la tomó en brazos sin dudar para sentarla sobre el gran piano y así poder inspeccionar su lesión—. No, ¿qué hace? —se alarmó al ver cómo le quitaba su escarpín derecho.

—Descuida, déjame revisarte —susurró con aspereza y empezó a masajear su tobillo.

—No te entiendo —dejó las formalidades de lado, y él la miró de reojo—, me pediste que me alejara, pero tú...

—Te pedí que te mantuvieras al margen justamente por esto —reconoció, y dejó su tobillo de lado para centrarse únicamente en ella—. Cuando de ti se trata, no tengo control.

—Debes parar —rogó con angustia. ¿Cómo seguiría con su vida si él le decía algo así?

—Nos abandonaste —el reclamo tan repentino y sincero hizo que el aire se le atorara en los pulmones.

—Debía irme. Ese no era mi hogar —trató de ser racional. Por un momento pensó que él entendería mejor que nadie la situación.

—Nunca intentaste escribirnos. Está claro que tu cariño hacia nosotros nunca fue real.

—No sabes lo que dices —su voz se quebró. Abandonarlos fue lo peor que pudo pasarle en la vida—. Hazte a un lado, por favor. —

Necesitaba huir de ese lugar, pero como era de esperarse, él apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y la acorraló.

—¡Te fuiste cuando más te necesitaba! —escupió con ira contenida, y ella se encogió en su lugar—. Mi madre se murió y tú no estuviste ahí para mí —soltó con aspereza, y su corazón se encogió al darse cuenta de lo mucho que él debió sufrir por su repentina partida.

Su cariño nunca fue una mentira. Ellos dos llegaron a adorarse de una manera irracional y poco conveniente. Por esa razón, el duque se encargó de sacarla de su casa y de la vida de sus hijos.

—Lo siento mucho, Augustus —lo abrazó por el cuello, odiando sentirlo tan vulnerable—. Yo también sufrí mucho con la muerte de Clara.

—No me llames así —se apartó de su cuerpo, dejando un enorme vacío entre ellos—. Para ti siempre seré el duque de Richmond, ¿me entiendes?

—Lo sé —respondió con sencillez. No quería pelear con él.

Se bajó del piano con delicadeza y se puso su escarpín con movimientos torpes.

—¿Por qué no huyes? —la voz masculina bajó una octava, y ella negó lentamente con la cabeza antes de conectar sus miradas.

—Porque sé que no me hará nada.

—No tienes idea de lo que dices —farfulló e invadió su espacio en un abrir y cerrar de ojos—. Tú no tienes idea de todo lo que quiero hacerte.

—Ambos sabemos que después de esta noche nuestros caminos volverán a separarse.

A menos que ella consiga un nuevo pretendiente que los guíe hacia un nuevo enfrentamiento.

—Para ser la obra de caridad de mi familia, eres muy malagradecida.

Olivia se tensó ante sus duras palabras. Todo indicaba que él no dejaría de tratarla con crueldad.

—De verdad está molesto —sonrió con amargura—. Pero no entiendo qué habría hecho mi presencia para hacerlo sentir mejor. No iba a devolver a su madre a la vida.

—Cuando yo te consolé, tu madre no regresó, pero te sentiste mejor —masticó con desprecio, y ella bajó el rostro, apenada—. ¿Ahora entiendes por qué eres una malagradecida?

—¡Es suficiente! —su docilidad llegó a su fin, y Augustus se sorprendió cuando lo empujó por el pecho—. No estuve junto a ustedes porque su padre no me lo permitió, así que no permitiré que me acuse de nada. No podía quedarme en un lugar donde no era bienvenida —soltó con impotencia, y cuando giró hacia la puerta con toda la intención de huir, un estruendo en el exterior hizo que todas sus alarmas se prendieran y no supo cómo reaccionar cuando él la cubrió con su cuerpo—. ¿Qué fue eso? —lo sujetó del chaqué, totalmente inquieta, y él la miró con fijeza—. Penelope...

Augustus se tensó al recordar a su hermana y entró en un debate interno consigo mismo.

—Debes ir por ella. Estaré bien.

—Estás demente si crees que te dejaré sola con un hombre armado vagando por el lugar.

¡Justamente por esa razón no podían dejar a Penelope en el salón de baile!

—Richmond, lamento interrumpirlos, pero esto se puso feo. —El marqués de Carisbrooke abrió la puerta sin previo aviso y paró en seco al verlos tan tranquilos—. ¿Todo en orden?

—Cuida de la Srta. Fletcher. Tiene el tobillo lastimado.

Augustus llegó al salón de baile como alma que lleva el diablo y se alarmó al no ver a su hermana por ninguna parte. Unos jadeos femeninos en el exterior captaron su atención y se acercó a la multitud, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

«¿Dónde estás, Pen?»

Si por un momento pensó que su familia siempre gozaría de una excelente reputación, esa noche todas sus expectativas se vinieron abajo, porque pudo ver, al igual que muchos de los presentes, cómo un hombre se robaba su carruaje familiar, con su hermana dentro. Y, para su disgusto, Hereford, en vez de ir en busca de su hermana, solo se marchó, dejando claro que después de esto el compromiso no podría continuar.

Estaban arruinados.

Capítulo 5

Él era el único culpable de que las cosas hubieran terminado de esa manera.

Por todos los cielos, ¿en qué estuvo pensando al perder el control de esa manera?

No solo golpeó a un conde por su media hermana, sino que después se atrevió a besarla a la fuerza solo para borrar cualquier rastro de sensaciones que el castaño hubiera dejado en los labios de su mujer.

La garganta se le cerró y empezó a respirar con dificultad.

«Olivia no es tuya», le acusó una voz, y alborotó su cabellera con desespero.

Por cuidar de una mujer que jamás podría ser suya, descuidó a Penelope y ahora mismo no tenía la menor idea de dónde y cómo se encontraba. La guardia real le había pedido que esperara, que no hiciera nada que pudiera complicar la situación, pero él no lograba entender por qué le pedían paciencia en vez de iniciar con la búsqueda.

¡Ella podría estar en peligro!

—¿Qué diantres está sucediendo? —siseó con ira contenida, y no se sintió mejor cuando cinco minutos después su mayordomo le informó que tenía una visita.—. Es medianoche, ¿quién diablos vendría a verme a esta hora?

—Es el vizconde de Hereford.

Así que ese miserable al final de todo decidió dar la cara.

—Hazlo pasar.

Había esperado que el hombre mostrara más interés y preocupación por Penelope, pero su rostro impávido le informó que a él lo tenía muy sin cuidado la situación. Era un desgraciado; quizá lo mejor para su hermana era no casarse con ese idiota.

—Hasta que te dignaste a dar la cara —soltó con frialdad, y el vizconde enarcó una ceja, levemente sorprendido por su actitud—. Ignoraste la situación como si mi hermana no fuera nadie importante para ti.

Augustus utilizó todo su ingenio para no derrumbarse ahí mismo; nadie sería capaz de entender su dolor y desesperación, porque nadie era consciente de todo lo que era capaz de hacer por sus hermanas.

—¿Lo dice el hombre que no acudió a mi llamado?

—Íbamos a vernos en la fiesta de Sutherland. Estaba agotado —farfulló.

—Lo sé, Richmond. No todos tenemos la capacidad que tú tienes de lidiar con cinco mujeres a la vez. —Se tensó, ¿cómo diablos estaba al tanto de algo así?—. Descuida, tu secreto está a salvo conmigo —se mofó y lo miró con rencor, por fin mostraría su verdadera cara—, al menos ese no saldrá a la luz por mi boca.

Se estremeció.

—¿A qué te refieres? —achicó los ojos, receloso.

—¿Cuándo pensabas decirme que tienes tres hermanas bastardas?

La sangre se le congeló.

—¿Qué dices? —la voz le tembló.

Él solo sabía de la existencia de Olivia, pero...

«La razón por la que eché a Olivia Fletcher de mi casa es porque no planeo relacionarme con ninguno de mis hijos bastardos, ¿me entiendes?»

Las palabras de su difunto padre retumbaron en su cabeza y la piel se le erizó. ¿Podría ser que fueran más de tres bastardas?

—Por tu semblante, deduzco que no lo sabías.

—¿Cómo diablos sabría algo así? —trató de mantenerse sereno—. ¿De dónde sacaste esa información?, ¿cómo sé que no me estás mintiendo?

—Eso es lo de menos —espetó con severidad—. La cuestión es que existen tres bastardas que en un futuro podrían representar un gran problema, y no quiero relacionarme con tu familia.

Si lo que decía era verdad, Hereford tenía todo el derecho del mundo de dar un paso hacia atrás en cuanto a su compromiso, pero...

—Ella nunca te importó, ¿no es así?

—Lamento mucho lo que sucedió esta noche, pero creo que es mejor decir que doy un paso hacia atrás por el incidente, antes que mencionar a tus hermanas perdidas.

Por todos los santos, ahora resultaba que tenía otras dos hermanas de las cuales desconocía su paradero.

—Lárgate —ordenó con voz oscura, y el vizconde enarcó una ceja —. Se cancela todo, no hay más que decir. Ahora lárgate de mi casa.

Ellos no necesitaban del vizconde, ni de nadie, para salir de ese problema. Además, si ese hombre no fue capaz de ir en busca de su hermana después de ver cómo era secuestrada, claramente no era apto para cuidar de ella.

—Espero que lady Penelope aparezca pronto.

Si no le lanzó su cuaderno de cuentas fue porque no quería agredir a alguien que conocía un secreto tan importante de su familia.

Tres hijas...

—Por Dios, ¿cómo diantres haré para encontrarlas? —se frotó el rostro con cansancio.

Si las palabras de Hereford eran ciertas, lo mejor que podía hacer era encontrar a esas jóvenes, darles una vida decente e impedir a toda costa que terminen convirtiéndose en una amenaza para la reputación de los Humphrey.

Asintió con nerviosismo: una vez que diera con su hermana, iniciaría con la búsqueda de sus hermanastras.

Dos horas más tarde, Augustus recibió una carta de la guardia real donde le informaban que su hermana estaba en perfecto estado, pero que hablar de lo ocurrido estaba totalmente prohibido, ya que Penelope terminó involucrada en una misión de la Corona relacionada con el conde de Grafton. Lo mejor, decían, era dejar que la gente pensara lo que quisiera.

Lo que quería decir que no les importaba en lo más mínimo la reputación de Penelope.

—¡Maldita sea! —golpeó su escritorio y volvió a observar la misiva.

Le aliviaba que Penelope estuviera bien, pero odiaba la idea de que ahora su reputación se viera manchada por culpa de un inepto que tomó su carruaje con ella dentro por error.

A los pocos minutos, la puerta de su despacho se abrió con violencia y Augustus rodeó su escritorio para envolver a su hermana

en brazos. Ella tenía los ojos verdes llenos de lágrimas y era incapaz de emitir palabra alguna.

Estaba tan asustada que ni siquiera tenerlo cerca ayudaba a mermar los temblores de su cuerpo. No quería ni imaginarse lo que tuvo que vivir esa noche.

Observó con rencor cómo tres hombres ingresaban a su despacho, y no le sorprendió ver a Zachary Aldrich allí. Sin importar qué miembro de la familia fuera, los Aldrich siempre estaban presentes en todos los escándalos de la ciudad.

El conde de Grafton estaba junto a un hombre de cabellera castaña y aspecto fiero que él pudo reconocer de inmediato: ¡era el americano que estaba decidido a inmiscuirse con la nobleza inglesa!

Una rata con ambiciones.

Travis Spinster se las pagaría.

—¡Ustedes arruinaron a mi hermana! —bramó, y envió a Penelope detrás de su cuerpo—. Todos en el baile vieron cómo se la llevaban en el carruaje. Su prometido ni siquiera intentó ir por ella y solo dio por terminado el compromiso.

El sollozo de Penelope le rompió el corazón, pero era mejor que conociera esa versión de la historia y no la verdadera. Vio cómo el americano exteriorizaba su inquietud, pero pronto convirtió esos sentimientos en enojo.

—Tal vez ella acaba de librarse de un maldito cobarde —escupió sin educación alguna, y Augustus se rehusó a darle la razón.

—¡Usted qué sabe! —Perdió los estribos—. Es un simple y corriente americano.

Spinster intentó acercarse, pero Aldrich lo sujetó del brazo con rapidez para instarlo a recuperar la compostura.

—¿De qué sirve un esposo que no puede proteger a su mujer?

—¡Todo es su culpa! —descargó su ira en él, comprendiendo que nada de lo que dijera lo haría odiarlo menos.

—Si eso es lo que cree, está bien. Cumpliré con mi deber y me casaré con su hermana.

Augustus rompió en una sonora carcajada.

—Prefiero verla como una solterona antes que con un americano como usted —aseveró, y Spinster apretó la mandíbula con disgusto.

—Bien, supongo que acaba de salvarme de tener que relacionarme con gente tan desagradable como usted.

Enrojeció de la pura rabia. Nunca nadie se había atrevido a hablarle de esa manera, y odiaba que el primero fuera un insípido americano.

—¡Largo de mi casa! —ordenó furioso—. Y, por su bien, no se atrevan a mencionar el nombre de mi hermana en voz alta, porque los hundiré. ¡No quiero que nadie nos relacione con ustedes!

Los hombres no demoraron mucho en seguir su orden. Una vez que estuvieron solos, se volvió hacia su hermana.

—¿Te hicieron algo? —acunó su rostro y empezó a inspeccionarlo —. Dime la verdad, esos hombres…

—¿Es en serio? ¿El vizconde de Hereford canceló todo?

La garganta se le cerró.

—Lo siento mucho, Pen, yo…

—No puede ser —sollozó con congoja—. Haz algo, hermano, yo lo quiero.

No había nada que él pudiera hacer para retener al vizconde; el hombre ya había decidido que Penelope no sería su futura esposa.

—Encontraremos a alguien mejor.

—Nadie me querrá. No podemos aclarar la situación porque la reina prohibió que se hablara del tema.

¿Cómo era posible que las cosas hubieran cambiado tanto de un momento para otro?

—No puedo hacer nada, Pen. Él dejó claro que no quiere seguir con el compromiso.

Su hermana sollozó, y durante las siguientes horas se vio obligado a consolarla. No obstante, a la mañana siguiente, cuando se dio cuenta de que durmió más horas de las necesarias, abandonó su cama de un salto al ser informado de que ella salió de casa a primera hora del día.

Se alistó tan rápido como pudo, y cuando llegó al primer piso, su mayordomo le entregó una misiva.

Algo en su interior se oprimió al ver el nombre de Olivia en el sobre.

"Ella vino a verme, no pude echarla".

¿Por qué no le sorprendía que Penelope hubiera recurrido a su única amiga? Quizá Olivia los evitó por muchos años, pero eso nunca impidió que su hermana dejara de pensar en ella.

La casa de Honoria Wood podía considerarse una residencia agradable, con las comodidades necesarias para vivir bien, un hecho que relajaba en demasía a Augustus mientras esperaba en el recibidor. Le aliviaba que Olivia hubiera podido tener una buena vida después de abandonar su hogar; en el fondo, los años que no supo nada de ella fueron un verdadero suplicio.

—Lord Richmond —giró sobre su eje y se tensó al ver cómo bajaba las escaleras con movimientos errantes y cansados.

¿Por qué se preocupaba tanto por su hermana?

Otra mujer le habría cerrado la puerta en la cara, dado que ahora mismo lo más probable era que nadie de la nobleza inglesa los quisiera en sus salones de baile.

—Cuidado, aún tienes el tobillo herido —espetó, y ella lo miró con sorpresa cuando logró alcanzarlo.

—Penelope llegó esta mañana, me informó lo que sucedió con el vizconde y hace apenas veinte minutos logró dormirse. No creo que sea conveniente despertarla, se veía muy exaltada y cansada.

—Ya veo… —musitó con aspereza, y la pena destelló en los ojos castaños—. Me sorprende que las cosas puedan cambiar de manera tan radical en un abrir y cerrar de ojos.

Olivia tragó con fuerza.

—Ayer éramos una familia respetable, con un gran futuro por delante, y ahora estamos en la boca de todos y la reputación de mi hermana se encuentra por los suelos.

—Pero ella está bien —le dijo con suavidad, erizándole la piel—. Se la llevaron, las cosas pudieron terminar peor. Es un milagro que Penelope esté sana, ¿no cree?

Por eso la adoraba, porque para ella el prestigio y el dinero eran lo de menos. Olivia tenía un corazón puro y noble, y siempre pondría lo que realmente importaba como prioridad.

—Sí —la voz le tembló.

Penelope se vio envuelta en una misión de la corona; pudo haber terminado muy herida, pero gracias a los santos regresó a él intacta.

¿Por qué no pensó en eso antes?

—¿Debería despertarla?

—No —pidió con aspereza, y ella lo miró con inquietud.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Quédate a su lado —rogó, y ella lo miró con sorpresa.

—Soy una don nadie, yo…

—Ella te necesita, Olivia —no se atrevió a llamarla de otra manera —. No me importa el qué dirán. Sé que eres una mujer decente y estoy seguro de que eres la más indicada para ayudar a Penelope.

«Y a mí», pensó con amargura.

—Entiendo —musitó.

—No quiero que te sientas presionada.

—No estoy presionada —se obligó a decir—. Es sólo que nunca pensé que me permitiría algo así —admitió con voz débil—. Después de todo, Pen es mi mejor amiga —soltó finalmente, y él cerró las manos en dos puños para no tirar de ella y envolverla en sus brazos.

«Mientras sólo te relaciones con mi hermana, todo estará bien».

Él era demasiado peligroso para su bienestar. La noche anterior estuvo a punto de tomar más que un beso, incluso cuando ella se resistió. Y él era muy consciente de su parentesco, uno que debería instarlo a alejarse tanto como fuera posible.

—Lo mejor será que me vaya. —Después de todo, Penelope no podía estar en mejores manos—. Y sobre lo que sucedió ayer… —la sintió tensarse—, sólo olvídalo, por favor. Cometí un terrible error al actuar de esa manera. Te prometo que no volverá a repetirse.

Ella asintió, pero ¿fue tristeza lo que vio en su semblante?

—Entiendo.

Augustus salió de la casa de Honoria Wood con los ánimos por los suelos, pero recordó un asunto de suma importancia que lo hizo dirigirse a Las garras de Lucifer a horas tan inadecuadas del día.

—Sabía que vendrías —siseó Carisbrooke, poniéndose a la par suya mientras ingresaban al club por la puerta trasera—. ¿No crees

que esto es demasiado? Sólo déjalo pasar, Westmorland se hará a un lado. No es un mal chico.

—Tomó su primer beso, te aseguro que esto no se quedará así. —Bajaron al sótano, y tal como lo dedujo, el conde se encontraba entrenando boxeo—. ¡Westmorland!

El castaño volvió el rostro con semblante tranquilo, indiferente al peligro que corría.

—¿Sí? —se atrevió a preguntar, y Augustus se quitó el chaqué y el pañuelo sin problema alguno.

—Vamos a pelear. —Se despojó del chaleco y la camisa, ignorando la inquietud en el rostro de su amigo, y aceptó los guantes de boxeo que uno de los criados le entregó antes de subir al ring.

—¿Y a qué se debe esto? —inquirió el conde, apartando el sudor de su rostro.

—Quiero que te alejes de ella —escupió, y los ojos del castaño brillaron con interés.

—Pues tendrás que ganarme si eso es lo que deseas.

—Si te derroto, ¿olvidarás tu absurda idea de casarte con la Srta. Fletcher?

—No lo sé —respondió con retintín—, tendrás que probar suerte.

Y ese día, más de una persona se dio cuenta de que el duque de Richmond no era un hombre que pudiera tomarse a la ligera. Peleaba mejor de lo que uno podría imaginarse, y no era para menos: Augustus no solo fue sometido a largas clases de matemáticas, geografía e historia por su padre, sino que el difunto duque estaba obsesionado con que su heredero fuera perfecto en

todo, y en más de una ocasión no le importó que quedara demasiado herido en sus entrenamientos.

«No basta con ser inteligente, debes ser más fuerte que los demás», solía decirle como consuelo. «Tienes tres días para recuperarte, me encargaré de que en el próximo entrenamiento sean más duros contigo».

—Pobre Westmorland —susurró Carisbrooke, frotándose la nuca con cansancio—. Él solo está buscando una esposa y le diste una paliza.

—Ahora ya sabe que con Olivia no debe meterse. —Augustus ajustó su pañuelo y le hizo una seña para salir del club, pero una voz los hizo parar en seco.

—¿Ya nos vamos? —Enarcó una ceja; a pesar de estar todo magullado y herido, el conde se puso a la par suya como si fueran amigos de toda la vida.

—¿Qué quieres?

—Me iré con ustedes.

Miró al marqués, confundido, y su amigo se encogió de hombros.

—Lárgate, Westmorland —zanjó y salió del club con paso certero, pero a medio camino volvió a parar en seco porque el conde los estaba siguiendo—. Pero ¿qué diantres quieres?

—Sé tu secreto y no pienso divulgarlo —explicó—. Eso me hace tu amigo, ¿verdad?

Se tensó. ¿Un nuevo amigo?

Él no hacía amigos; era un milagro que Carisbrooke lo soportara.

—Claro que no… —siseó, ni siquiera lo conocía y…

—Entonces iré a buscar a la Srta. Fletcher y le contaré todo.

—Espera —lo sujetó del brazo con rapidez al ver que pretendía subirse a un carruaje de alquiler, y la sonrisa del conde se ensanchó, al tiempo que Carisbrooke se reía por lo bajo—. Está bien, puedes quedarte con nosotros.

—¿De verdad? —Los ojos del joven brillaron con ilusión.

Era un sujeto extraño.

—Si nos traicionas, te mataremos —zanjó con enojo. No era bueno encariñándose con las personas, y él era más joven que ellos, por lo que seguramente tenía pensamientos más positivos y risueños.

—No los traicionaré —aclaró con disgusto—. Acabo de heredar el título y no conozco a nadie, ni siquiera tengo amigos. Por eso estaba buscando una esposa.

«Habla mucho», pensó Augustus, viendo de reojo cómo Carisbrooke se encargaba del conde.

No parecía un mal hombre, y por esa razón se adaptó con bastante facilidad al grupo.

Olivia no solo lo estaba ayudando a lidiar con la tristeza de Penelope, sino que, sin siquiera preverlo, acababa de brindarle un nuevo amigo.

Capítulo 6

"Puede que lady Penelope Humphrey sea una solterona y se haya quedado para vestir santos. No obstante, eso no quiere decir que su intachable hermano esté dispuesto a ver a su hermana menor dentro del club de las solteronas
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

Londres, Inglaterra. 1849

Las garras de Lucifer era el lugar seguro de Augustus, dado que su íntima amistad con Rosemary le permitía tener un sinfín de comodidades, y eso implicaba el uso del sótano, donde podía entrenar boxeo junto a sus amigos sin que nadie estuviera atento a su conversación ni lo mirara con asombro por sus violentas habilidades.

Quizá el costo de ese privilegio era elevado, porque Rosemary no era dada a perder dinero, pero valía la pena.

—Han pasado dos años, ¿de verdad no harás nada al respecto? —inquirió Carisbrooke, esquivando los puños de Westmorland, y Augustus se llevó la cantimplora de agua a la boca para hidratar su garganta—. Charlotte ya tiene diecinueve, y Arabella pronto cumplirá los diecisiete. ¿No crees que es alarmante que ahora dos de tus hermanas estén solteras?

Claro que era alarmante, porque mientras Penelope no se casara, Charlotte no recibiría ninguna propuesta matrimonial.

—Después del incidente —del cual no podía hablar y, por ende, tampoco podía dar nombres—, Penelope no volvió a recibir propuestas que pudieran considerarse interesantes.

Todos eran granujas que venían tras su dote o viejos decrépitos necesitados de una mujer joven y hermosa que los acompañe en sus últimos años —o meses— de vida. Se llevó los cabellos húmedos por el sudor hacia atrás y negó lentamente con la cabeza.

Travis Spinster había arruinado la vida de su hermana, y por esa razón él no se tocaba el corazón a la hora de sabotear sus alianzas y negocios. No permitiría que ese idiota brillara en sociedad; poco le importaba que tuviera el favor de la reina.

Por su parte, él nunca tendría un aliado.

—Extraño. Su dote no sólo es cuantiosa, sino que tiene más de quince propiedades en ella.

Augustus soltó una carcajada seca, teñida de rencor. El americano se dedicaba al negocio inmobiliario y él adoraba quitarle ciertos terrenos; no obstante, cada pérdida del hombre era una ganancia para su hermana.

Le parecía un intercambio justo.

—Ahora que lo pienso... —Westmorland se unió a la conversación, pero se hizo a un lado para que la pelea con el marqués finalizara—. Aún no encontré una esposa.

—Ni siquiera lo pienses —farfulló, y el conde se rio, al tiempo que el marqués ladeaba el rostro con diversión. Claramente sólo lo estaba molestando.— Eres uno de los peores mujeriegos de la ciudad, y mi hermana tiene la tonta idea en la cabeza de que los matrimonios deben ser a base de amor.

—¿Por qué no? —preguntó el marqués con molestia—. Conozco a unos cuantos libertinos que son muy felices con sus esposas.

—Son excepciones —subió al ring, listo para una nueva ronda, y sus amigos dudaron un poco. Ninguno quería recibir una paliza.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Dejarás que sea parte del club de las solteronas?

Siseó un juramento.

—Nunca quise que terminara involucrada con esas mujeres —aclaró. Todo sucedió de manera muy repentina, porque de un momento a otro, tanto Olivia como su hermana empezaron a ser consideradas unas solteronas, y el hecho de que se juntaran con la peor paria de la ciudad, la Srta. Devine, no había hecho más que empeorar la situación.

Sin embargo, a pesar de todo lo que se decía de ella, su hermana estaba feliz.

«Es una locura», pensó. Nunca le gustó estar en la boca de los demás.

—No tengo nada contra la Srta. Fletcher, y comprendo que la Srta. Devine fue víctima de la maldad del difunto conde de Pembroke —empezó a decir Carisbrooke, dubitativo—. Sin embargo, me veo en la obligación de decirte que lady Lilias Aldrich está en Londres.

Se tensó.

—¿Lady Aldrich? —frunció el ceño—. ¿No se supone que se divorció de Randall Aldrich?

A veces se preguntaba si algún día esa familia dejaría de ocasionar tantos problemas.

—¿No leíste a lady Berricloth? —el conde se rió con cinismo.

—¿Crees que gasto mi dinero en esa porquería? —farfulló.

—Su divorcio nunca se validó, y regresó con una hija. Todo indica que ahora jugarán a la familia perfecta para tratar de apagar los rumores.

Augustus siseó un juramento.

—Si Sutherland no fuera dueño de los clubes más importantes de la ciudad, ellos ya habrían sido excluidos de todo —observó, y sus amigos asintieron—. Pero no diré nada al respecto. —Barrió el solitario lugar con la mirada—. Después de todo, él es uno de los dueños de Las garras de Lucifer.

Y ese era su lugar favorito.

—La cuestión es —espetó el marqués, demandando su atención —, que lady Aldrich es muy amiga de la Srta. Devine, y hubo una temporada en que también lo fue de la Srta. Fletcher. Sólo es cuestión de tiempo para que se reúnan y...

—No quiero que mi hermana se vincule con ella —confesó, y sus amigos asintieron—. Supongo que tendré que buscarle un esposo.

Sólo así la mantendría lo suficientemente ocupada como para alejarla del club de las solteronas.

—¿Qué opinas del conde de Herlton? —sugirió Westmorland.

—Tiene cincuenta y cinco años.

—Pero es educado, acaudalado y se lo puede considerar un hombre apuesto —aclaró Carisbrooke, pensativo—. No tiene ninguna mancha, se lo considera un amante generoso y su círculo amistoso es bastante decente.

Augustus asintió.

—Creo que empezaré a considerarlo.

Porque si no quería que su hermana se quedara para vestir santos, lo mejor que podía hacer era buscarle un esposo lo antes posible.

***

Lilias estaba en Londres y no había manera de que Olivia fingiera ignorancia en cuanto al tema; no obstante, miró a Penelope y a su tía de reojo. Ellas se llevaban muy bien y eran bastante racionales, por lo que le pedirían que se mantuviera al margen de la pelirroja, dado que ahora mismo era todo un escándalo.

—Penelope, querida —empezó a decir la avejentada Honoria—, ¿por qué te empeñas en seguir soltera? Eres una mujer hermosa, y estoy segura de que tu hermano podría encontrar a un buen hombre para ti. Quizá ya tienes veintidós años, pero tu linaje y fortuna pueden minimizar esa falencia.

La respuesta era bastante sencilla: ella seguía con el corazón roto.

—Me gustaría casarme por amor —admitió su amiga, y su tía hizo un gesto de asco. Olivia se rio por lo bajo—. Después de que Hereford me abandonó con tanta facilidad, me prometí a mí misma que encontraría un hombre que estuviera dispuesto a dar todo lo que tiene por mí.

—Qué ambiciosa —observó Honoria, y Olivia ya no pudo contenerse más y rió por lo alto.

—Lo siento, Pen, mi tía no ve el amor de esa manera.

Y por esa razón nunca tuvo la suerte de enamorarse, casarse y tener hijos.

Su amiga le sonrió con sabiduría; al parecer ya se había acostumbrado a los comentarios viperinos de su tía.

—No entiendo cómo pueden estar tan tranquilas. La gente no deja de decir que son miembros del club de las solteronas. Quizá todo sería más fácil si se alejaran de Katherine —gruñó.

—Muchas gracias, tía Honoria —espetó la aludida con ironía, haciendo notar su presencia, y su tía respingó en su lugar al ver

cómo la hermosa rubia se adentraba al salón.

—Seamos sinceras, las estás perjudicando —musitó ruborizada, y Kathe le dio un sonoro beso en la mejilla.

A pesar de todo, la rubia adoraba a su tía, porque Honoria le abrió los brazos y las puertas de su casa cuando más sola se sentía. Si Olivia era sincera, durante todo este tiempo lograron subsistir gracias a la generosidad de la rubia, quien tenía el dinero suficiente como para gozar de una vida de excesos por más de cuatro generaciones.

—No es verdad —espetó Olivia, dado que el único culpable de su soltería era Augustus.

—Lilias está en Londres —su amiga fue directa al grano, y Penelope se tensó—. Le envié una nota, iremos a verla en la tarde.

Kathe estaba muy acostumbrada a hacer lo que se le viniera en gana, puesto que ya se decía lo peor de ella y nada podría perjudicar más su reputación.

—Morirán solteras —dijo su tía desdeñosamente, y Penelope forzó una débil sonrisa.

—No es necesario que vengas —musitó.

—Augustus se enojaría mucho —admitió su amiga—. Quizá más adelante se me brinde una oportunidad menos escandalosa para tratar con lady Aldrich. —Era muy probable, dado que los duques de Kent siempre se salían con la suya, y sólo era cuestión de tiempo para que su nuera estuviera muy bien posicionada en sociedad.

Una vez que despachó a sus amigas, acordando con Kathe en que pasaría por ella esa tarde, su tía demandó su presencia en su habitación, y Olivia no tuvo más remedio que acudir a su llamado.

—La situación se está saliendo de nuestro control —reconoció Honoria, y ella asintió—. Richmond te ha arruinado, y ahora no existe ni una oferta matrimonial para ti.

—Lo siento mucho —la voz le tembló.

—No lo sientas por mí —aclaró la anciana con enojo—. Eres tú la que me preocupa —aferró su bastón.

—En los últimos dos años, él se ha mantenido al margen —le contó, dado que, desde que Penelope y ella volvieron a ser amigas, Augustus no volvió a atacarla, ni mucho menos a acercarse más de lo necesario.

Él la estaba evitando y estaba haciendo un excelente trabajo a la hora de marcar su distancia, algo que no sabía si debía generarle tranquilidad o angustia.

—Ya no tenemos dinero en nuestras arcas —confesó su tía, helándole las venas—. Acudiré a un par de prestamistas. ¿Crees que puedas hacer un último intento de encontrar un esposo?

—Lo intentaré —susurró, deseando que la tierra se la tragara antes de volver a mendigar afecto de algún hombre respetable.

¿Qué tipo de futuro le esperaría una vez que Honoria le faltara?

No era tonta; su tía cada vez estaba más delicada, y la única razón por la que luchaba contra su malestar era ella.

No quería dejarla sola.

Esa tarde, Olivia no sólo se enteró de lo que llevó a Lilias a huir de Londres hace tres años, sino que ahora su amiga tenía nuevas ambiciones, y entre ellas estaba abrir un club para mujeres.

Le parecía una idea arriesgada, pero el hecho de que ese establecimiento pudiera brindarle un puesto de trabajo era una oportunidad que no pensaba desaprovechar. Si su destino era ser

una solterona, lo aceptaría con valentía; no obstante, no por eso dejaría que la vida fuera dura con ella.

***

Días más tarde, Augustus se sorprendió de la osadía de los duques de Kent al invitarlo a una fiesta campestre. Por un momento quiso rechazar rotundamente la invitación, pero reconsideró las cosas, puesto que uno de los invitados seguramente sería el conde de Herlton.

Tal vez podría hacer una excepción y juntarse con esas lacras por primera y última vez.

—¿Por qué no puedo ir? —inquirió Charlotte con fría calma, pero sus ojos relampaguearon con ira desmedida.

—Porque buscaré un esposo para Penelope, no para ti —zanjó, y la castaña apretó la mandíbula.

—¿Ella es lo único que te importa?

—Claro que no —respondió con desagrado. Que tuviera mayor afinidad con Penelope no significaba que quisiera menos a sus otras dos hermanas—. Sin embargo, sabes que es ella quien necesita más ayuda.

—Quizá todo sería más fácil si aceptas que es un fracaso. —La reprendió con la mirada, pero su hermana ni siquiera titubeó—. El siguiente año tendrá veintitrés, debes empezar a enfocarte en nosotras.

—Penelope fue víctima de un escándalo, no puedo dejarla sola...

—¡Nosotras también estamos siendo víctimas de ese escándalo! —perdió los estribos y se frotó las sienes con cansancio.

Pocas veces Charlotte le hacía una escena, y eso quería decir que estaba perdiendo la paciencia. Cada vez era más evidente su falta de oportunidades y su fracaso en sociedad.

—No irás —zanjó con firmeza, y ella lo miró con sorpresa—. Así que no sigas, no grites ni pretendas obtener tus objetivos a base de reclamos. Conmigo, esas artimañas no funcionan —fue contundente, y se sintió un poco culpable cuando ella se marchó.

¿Por qué nadie le dijo que sería tan difícil lidiar con tres jóvenes en edad casadera?

«Él te lo dijo», recordó las palabras de su padre, y negó con la cabeza.

Esto estaba resultando agotador, y nada mejoró cuando su mayordomo le entregó una extraña misiva.

—El conde de Warrington solicita su presencia en su casa, su excelencia.

¿Por qué ese hombre querría verlo?

—¿Te dijeron algo más?

—Me temo que no. El lacayo sólo me trajo la misiva y el mensaje de que el conde quiere verlo esta misma tarde.

Soltó una maldición y, contra todo deseo, se dirigió hacia Warrington House. Después de lo que sucedió con Hereford hace dos años, Augustus determinó que nunca más ignoraría ese tipo de llamados.

—Lord Richmond —el conde alzó las cejas con sorpresa al verlo en su despacho—. No esperaba verlo tan pronto.

—Su llamado me tomó por sorpresa y tenía un poco de tiempo libre —admitió, y el conde le señaló el asiento frente a él.

—Entiendo. No hemos tenido la oportunidad de tratar. —Caminó hacia su aparador.

¿Por qué trataría con uno de los mejores amigos del hombre que le rompió el corazón a su hermana?

—¿Podemos abordar la razón por la cual mandó a buscarme?

—Siempre admiré al difunto duque de Richmond —empezó con una sonrisa cortés, sirviéndose una copa de brandy—. Hombre brillante, ambicioso, aunque... propenso a ciertos excesos.

Augustus se tensó.

—¿A qué viene eso?

¿Por qué un hombre como Warrington le hablaría de su difunto padre?

—A que me temo que algunos de esos excesos tienen nombre, apellido... y sangre. —Hizo una pausa significativa, y él retuvo el aliento en sus pulmones—. Sé que su padre tuvo tres hijas bastardas.

Finalmente se sentó frente a él y deslizó una copa de brandy en su dirección.

Esto tenía que ser una maldita broma.

—Y antes de acusar al vizconde, debe saber que fui yo quien le dio esa información a Hereford.

—¿Cómo dice? —La sorpresa lo golpeó con fuerza.

—Es uno de mis mejores amigos —se encogió de hombros—. No podía permitir que se casara con una mujer propensa a traerle muchos problemas con el pasar de los años.

—Si usted puede afirmar algo así, supongo que tiene las pruebas suficientes para hablar.

El hombre analizó su respuesta antes de asentir.

—Sí, tengo pruebas. —La piel se le erizó—. Y mi deber es informarle que una de sus hermanas es mi hermana, Graciela.

¿Graciela Lacey era su media hermana?

¿Qué tan miserable debió ser su padre que ni siquiera tuvo vergüenza alguna a la hora de embarazar a las mujeres de otros hombres?

—Es imposible, mi padre...

—Mi madre me lo dijo antes de morir, Richmond —zanjó con frialdad, y él selló los labios en una fina línea. Por un momento pensó que nadie más volvería a abordarle ese tema.

—¿Qué diablos quieres? —farfulló—. No me citaste aquí para hablar únicamente de ese tema, ¿verdad?

—Me temo que no —fue sincero, y se dio unos segundos para meditar la situación—. Debido a mi situación...

—¿Quieres dinero?

—No, soy malditamente rico.

—¿Entonces qué quieres? —gruñó—. Ve directo al grano, Warrington.

—Quiero que me cedas la mano de tu hermana, lady Penelope —aclaró—, en matrimonio.

—No —soltó con rapidez, y el rubio se rió sin humor alguno.

—¿Por qué no? —lo desafió con la mirada.

—Se te murieron tres esposas durante el parto; estás maldito.

El hombre se tensó.

—No me dirás que crees en esas cosas —masticó sus palabras.

—No suelo creer en eso —admitió—, pero no por eso pondré a mi hermana en una situación tan peligrosa.

—Pero me temo que no tienes otra opción más que aceptar mi oferta o te verás envuelto en serios problemas.

Se tensó. ¿Por qué se oía tan seguro de sí mismo?

—Si revelas mi secreto, tu hermana se verá afectada —el rubio lo miró con fijeza—. ¿Sabes algo de las otras dos jóvenes? —Evitaría mencionar a Olivia.

—No sé si deba decírtelo —sonrió con malicia.

Augustus abandonó su lugar con toda la intención de marcharse, pero lo siguiente que escuchó hizo que la sangre se le congelara.

—Sé que mataste a tu padre. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal, y giró muy lentamente sobre su eje para mirar al conde—. Si no quieres que todo Londres se entere de tu más grande secreto, lo mejor que puedes hacer es cederme la mano de tu hermana.

—Es una acusación muy grave —arrastró sus palabras. No pensaba aceptar su crimen tan fácilmente.

—Pero es real.

—¿Tienes pruebas?

—Puedo conseguir un testigo.

Augustus se rió sin humor alguno.

—Consíguelo y luego hablamos.

Debía salir de Londres lo antes posible. Sólo así haría que el conde desviara su atención de Penelope.

—Si tu secreto sale a la luz, serás colgado por asesinar a un noble, y tus hermanas se quedarán sin título, sin dinero ni protección.

La piel se le erizó. Debía reconocer que, por un momento, pensó que nadie se enteraría de su más grande secreto.

—Te daré hasta el siguiente año. Acabo de enviudar y no tengo prisa por casarme.

La garganta se le cerró. ¿Cómo podía ser tan cruel?

—¿Acaso no quieres un esposo para tu hermana?

Claro que quería un esposo para su hermana. Uno que la amara, que la protegiera y que la honrara. No uno que la matara.

Si para salvarla debía volver a ensuciarse las manos, lo haría sin remordimientos.

Capítulo 7

"No existe mujer capaz de resistirse a los diamantes. No obstante, me queda claro que no todas son dignas de uno. Me pregunto si el nuevo club de la ciudad será muy exclusivo con sus miembros
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Londres, Inglaterra. 1850

Olivia siempre supo que este día llegaría, pero nunca se imaginó que sucedería tan pronto y de manera tan repentina. Tal vez debería sentirse feliz; la muerte no se estaba llevando a Honoria causando un gran dolor, su desgaste era paulatino y tranquilo. Apartó las lágrimas de su rostro al ver a su tía tan vulnerable y odió no tener a nadie a su lado.

Honoria le había pedido que no hablara de su malestar y, por ende, ni Kathe, ni Lilias, ni Penelope conocían la situación. Incluso Augustus, quien llevaba meses viajando de un lugar a otro, no podía estar enterado del estado de su tía.

—Olivia… —abandonó su letargo y sujetó la mano que su tía le tendía.

—¿Sí, tía?

—Hay algo que debo decirte —musitó con esfuerzo, y la piel se le erizó—. Yo te quiero mucho.

Sollozó. Esta despedida sería muy dolorosa.

—Yo también, eres lo más bonito que me pasó en los últimos años —reconoció, y la anciana le sonrió con esfuerzo.

—Pero no soy tu tía.

Su corazón se encogió, y por un momento no pudo respirar.

—El duque de Richmond me contrató para que te alejara de su familia. Gracias a él gozamos de toda una fortuna en un principio.

—¿Qué? —una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Nuestras finanzas fallaron después de su muerte, ¿recuerdas?

—No lo entiendo —presionó su agarre, y su tía dejó que una lágrima se deslizara por su mejilla.

—En un principio lo hice por el dinero —admitió con pena—, pero luego aprendí a amarte. Eras la hija que la vida nunca me dio, y ambas necesitábamos de mucho amor.

Olivia cerró los ojos con fuerza, ¿todo este tiempo estuvo viviendo una mentira?

No, claro que no. Ella amaba a Honoria.

—Lo siento mucho —sollozó su tía, y ella le sonrió.

—Siempre serás mi familia —zanjó con ternura y besó su frente.

—Eres tan buena —empezó a toser—. Mi administrador te ayudará con mi entierro y tratará de hablar con mis acreedores. No puedes permitir que la gente se entere de mi muerte.

—¿Qué? —la miró con sorpresa—. ¿Por qué?

—Porque ellos vendrán, querrán jugar contigo, y Richmond no está cerca para protegerte. —Se tensó. Ahora que tenía veintitrés años, entendía muy bien sus palabras—. Si se enteran que estás sola y no tienes dinero, te querrán como amante e intentarán aprovecharse.

—Pero tía…

—Sé que no tengo mucho tiempo —espetó de pronto, helándole las venas—, pero por favor, Olivia, encuentra un esposo. —No era tan sencillo. Ahora no tenía dinero y atrapar a un hombre sería muy

complicado—. La temporada iniciará pronto, tienes que poner de tu parte.

—Tía…

—Aléjate del duque de Richmond. —Se tensó, ¿de verdad le diría algo así justo ahora?— No caigas en sus promesas; por muy vulnerable que te sientas, no creas en sus palabras. Ustedes nunca podrán estar juntos.

—Lo sé, él es…

—Es tu medio hermano, Olivia.

En ese momento, Olivia pudo sentir como el mundo se movía a sus pies y la cabeza comenzaba a martillearle.

—¿Qué dices? —apartó su mano, como si su tacto quemara, y su tía asintió.

—Por esa razón el duque los separó, él…

—¿Era mi padre? —la garganta se le cerró y recordó todo lo que hizo con Augustus hace unos años.

La bilis trepó por su garganta. ¿Ellos eran… hermanos?

—Tiene que haber un error —musitó cuando ella asintió—. Nunca vi al duque como un hermano, él…

—Pero con Penelope es diferente, ¿verdad?

—Es mi mejor amiga.

—Es tu media hermana —le sonrió con pesar—. Lo siento tanto, Olivia.

—¿Por qué me lo dices recién? —sollozó.

—Porque creí que podrían olvidarse. El difunto duque me habló de sus sentimientos y me exigió que nunca permitiera un encuentro entre ustedes.

—¿Entonces por qué me trajo a Londres?

—Porque estaba vieja y pensé que lo mejor para ti era volver a tu hogar. —Esto no podía ser verdad. ¡Augustus no podía ser su hermano!—. Pensé que lo olvidarías, incluso deduje que él te ignoraría, pero en los últimos años me di cuenta de que esto se estaba saliendo de control.

Olivia negó lentamente con la cabeza, aturdida.

Eran medios hermanos. Augustus y ella compartían el mismo padre.

—¿Él lo sabe?

—No —susurró con esfuerzo—, y lo mejor para ti es que nunca se entere.

—¿Por qué? —preguntó con voz aguda.

—Porque eres un peligro para su reputación. Él podría hundirte si lo quisiera.

Ya estaba en su punto más bajo. Saber que todo este tiempo había amado a su medio hermano, e incluso deseado terminar en sus brazos, era escalofriante. Ahora entendía por qué la vida los había separado; lo más sensato para ambos era marcar una gran distancia.

—Prométeme que te alejarás de él —rogó, y ella asintió.

—Sí, en los últimos meses ni siquiera hemos podido tratar.

Él estaba ensimismado en sus asuntos. Suponía que sus últimos negocios no estaban yendo nada bien porque, según Penelope, Augustus estaba insoportable.

—Es lo mejor, cariño.

Olivia apartó las lágrimas de su rostro y miró a su tía con angustia. Estaba a punto de perder a la única persona que la amaba

de verdad y que estaba dispuesta a todo con tal de que ella encontrara la felicidad.

—Ve a tu alcoba —le pidió, y la piel se le erizó.

—Tía…

—Ahora que tú y yo ya nos dijimos todo, me retiraré al campo para tener una muerte tranquila.

Olivia sollozó con impotencia. ¿Esta era su despedida?

—Para mí, siempre será mi tía.

—Y tú mi niña, Olivia —le dio unas palmaditas en la mano—. Cuídate mucho, estoy segura de que encontrarás la felicidad.

—¿Cómo lo sabe? —tiritó.

—Porque eres buena y bondadosa. Dios no se olvidaría de ti.

Olivia salió de la habitación de Honoria casi a la fuerza, porque las criadas así se lo pidieron, y a los tres días se vio obligada a seguir todas las órdenes de su administrador, quien, tal y como su tía le dijo, la ayudó a mantener todo en discreción y se encargó de que el entierro fuera silencioso.

Pero ¿qué podía esperar? Era una Fletcher; ella nunca sería alguien interesante para lady Berricloth.

—Lamento mucho su pérdida, señorita Fletcher —espetó el hombre mayor con preocupación, y ella asintió—. Sin embargo, me veo en la obligación de informarle que debe cubrir un par de deudas.

Ella llevaba unos meses trabajando en el club de Lilias; quizás podría pedir un adelanto.

—Entiendo, ¿de cuánto estamos hablando?

—Por ahora, mil libras.

Esto era una locura. ¿De dónde sacaría ese dinero?

—Yo…

—Podríamos vender unos cuantos muebles —sugirió el hombre, y ella asintió—. Disminuir el personal y…

—Haga lo que crea conveniente.

Ahora mismo no tenía cabeza para lidiar con todo eso.

Sin embargo, nunca se imaginó que en menos de tres semanas su casa se quedaría totalmente vacía y ya no tendría el dinero suficiente para quedarse con un solo criado.

—Estoy perdida —susurró, mirando el gran recibidor.

—Vender la casa revelaría su situación —informó su administrador, abatido.

—Lo sé —bajó el rostro, apenada.

—Tal vez debería buscar a una amiga. Esta casa es inhabitable.

¿Una amiga?

No quería molestarlas. Ellas tenían sus propios problemas, y ninguna estaba al tanto del fallecimiento de su tía. Un ruido sordo hizo que sus alarmas se activaran, y tanto el administrador como ella corrieron hacia la cocina, donde una de las ventanas había sido forzada.

—Ay, qué dolor —se quejó Penelope, disparando todas sus alarmas, y la vergüenza la carcomió por dentro cuando ella se levantó y vio la estancia vacía—. ¿Qué sucedió? —preguntó con preocupación, y sus ojos castaños se llenaron de lágrimas—. Olivia… —corrió hacia ella y la abrazó por los hombros—. Sabía que algo no andaba bien.

Su administrador carraspeó, haciendo notar su presencia, y se vieron en la obligación de contarle lo ocurrido a Penelope, quien esperó a que el hombre se marchara para centrarse en ella.

—Debes venir a Richmond House.

¿Volver al hogar del que fue expulsada?

La miró con fijeza. Aún no podía creer que fueran medias hermanas. Eran muy diferentes.

—¿Tu hermano…?

—Él está de viaje y no podrá hacer nada una vez que te instales.

¿Sería verdad?

—No puedo, Pen, yo…

—Tú nos necesitas —sujetó sus manos y la miró con firmeza—. No seas necia, Olivia. Tú eres nuestra amiga y siempre serás bienvenida en nuestra familia.

¿Pensaría igual si supiera que era la hija bastarda de su padre?

—Está bien.

Por mucho que quisiera, no podía rechazar su invitación. Ya ni siquiera tenía dinero para comer, y quizá sería prudente aprovechar la ausencia de Augustus para obtener un techo seguro.

***

Honoria Wood estaba muerta y todo indicaba que la situación de Olivia era muy delicada; no obstante, por mucho que Augustus quisiera centrarse en el problema de la morena y buscar una manera de ayudarla, era simplemente imposible que apartara la vista de sus investigaciones.

Los amigos del difunto duque eran igual de despreciables que su padre, y ninguno quiso recibirlo; al parecer, no pensaban traicionar a su buen amigo. En sus últimas averiguaciones, pudo descubrir que el antiguo conde de Warrington no fue ningún santo, pues solía disfrutar viendo cómo otros hombres poseían a su mujer.

Augustus sabía que su padre tuvo que haber entrado en ese perverso juego.

Se encontraba en su residencia de soltero, una casa que ninguno de sus allegados conocía y que resultaba un perfecto escondite para huir del conde maldito. De no haber sido por la carta que Charlotte le envió, en la que le informaba que estaba preocupada por Penelope debido a su cercanía con el club de las solteronas, Augustus no estaría planeando su regreso a Richmond House.

Ya habían pasado más de nueve meses desde la amenaza de Warrington, y tenía la leve sospecha de que solo era cuestión de tiempo para que volviera a saber de él.

Su carruaje tomó la ruta más larga para llegar a casa, pero en el camino tuvo que frenar en seco para no atropellar a una transeúnte irresponsable.

Augustus salió del vehículo con elegancia y se acercó a la mujer tendida en el adoquinado. Por su atuendo dedujo que era alguien de fortuna.

—¿Se encuentra bien? —se inclinó con la intención de ayudarla, y la sangre se le congeló cuando la rubia levantó el rostro hacia él. Algo en su interior se estrujó: era la primera vez que veía a esa joven que destilaba pureza y delicadeza, pero había algo en ella que le resultaba familiar.

Ella aceptó la mano que él le tendió, y ambos respingaron al sentir una descarga eléctrica.

¿Quién diablos era?

—Sí, sí, lo siento. He sido algo descuidada —desvió sus ojos verdes para evaluar su vestido rosa—. Soy un desastre —musitó

ruborizada, un hecho que no le causaba sorpresa a Augustus, pues siempre generaba eso en las féminas.

—¡Milady! ¿Se encuentra bien? —una criada algo ruidosa logró alcanzarlas, y Augustus aguzó la mirada. Debía de ser una debutante —. Lord Richmond —lo reconoció la mujer, y Augustus se tensó al ver cómo la joven jadeaba con sorpresa.

—Dios santo, su excelencia, lamento tanto haberme cruzado en el camino de su carruaje —empezó a excusarse, y él no pudo dejar de mirarla.

¿Por qué la sentía tan familiar?

—Mi cochero tuvo la culpa —reprendió al criado, y este se encogió —. Disculpe que le pregunte, pero usted es...

—Graciela Lacey —musitó con un hilo de voz, y las piernas le temblaron.

«Es mi hermana».

Augustus no tenía pruebas ni indicios concretos para asegurar algo así, pero algo en su interior gritaba que esa mujer era una de las hijas de su padre. Warrington nunca le mintió. Esa mujer...

—Richmond... —un escalofrío le recorrió la espina dorsal, y se giró lentamente hacia el hombre que justamente estaba en sus pensamientos—. Ha pasado tiempo sin saber de ti —le regaló una sonrisa socarrona—. Sigue con tus compras, hermana, tengo algo que discutir con el duque.

La joven se despidió con un tierno rubor en las mejillas, y Augustus se limitó a inclinar imperceptiblemente el rostro.

—¿Ella lo sabe? —inquirió una vez que estuvieron solos.

—Claro que no —farfulló—. Mi hermana no merece conocer una verdad tan cruel.

Augustus tragó con fuerza, viendo a la dama alejarse.

—Tengo al testigo —las piernas le temblaron—. Así que tú decides: podemos ir con mi abogado y firmar los papeles que validan nuestro compromiso, o puedo ir a poner una demanda en tu contra.

—¿Por qué tiene que ser mi hermana? —preguntó con impotencia.

—Porque nadie quiere entregarme a su hija en matrimonio y necesito un heredero lo antes posible.

¡¿Por qué?! ¿A cuántas mujeres más pensaba matar?

—¿Quién es tu testigo? —tragó con fuerza; no podía caer en su engaño.

—El antiguo valet de tu padre.

Uno de sus criados más queridos y el único que sufrió por su muerte.

«Estoy perdido», farfulló para sí mismo y siguió al conde en silencio.

Charlotte no pudo elegir un peor día para enviarle su carta. Nada de esto habría sucedido si no hubiera salido de su residencia de soltero.

Capítulo 8

"¿Alguien podría explicarme por qué la gloriosa fiesta de Diamantes terminó antes de tiempo? No sé mucho del tema, pero algo me dice que la repentina llegada del duque de Richmond provocó un gran inconveniente para la dueña del club.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

¿Con qué cara volvería a su casa ahora que había firmado un acuerdo matrimonial para Penelope con el conde maldito?

Augustus no tenía el valor para entrar a Richmond House, ni mucho menos fingir que todo estaba bien, por lo que hizo lo que le pareció más sensato y fue a la casa de Carisbrooke, quien se sorprendió mucho al verlo ahí.

—¿No estabas de viaje?

—Ahora ya no lo estoy —se limitó a decir y se dejó caer en su lugar, molesto.

—¿Todo en orden? —lo miró con frialdad—. Bien, es evidente que las cosas no andan nada bien para ti.

Se frotó el rostro con cansancio, no quería hablarle de los secretos de su familia porque, mientras más personas lo conocieran, más riesgo existiría de que esa verdad saliera a la luz.

—¿Qué es esto? —observó el sobre guindo que portaba un gran lazo dorado y lo sujetó—. ¿Diamantes?

—Es el nuevo club de la ciudad —le informó y barrió su despacho con la mirada, como si temiera que alguien pudiera escucharlo—. Esto no puede salir de aquí —asintió—, es un club para damas solteras y viudas.

—¡¿Qué?! —por todos los santos, esto era una barrabasada.

—Como oyes, está dirigido a solteronas sin suerte y te sorprendería saber que ha llamado mucho la atención.

—¿Y por qué te envían una invitación a ti? —achicó los ojos.

—Porque soy un hombre que adora a las mujeres y sé cómo tratarlas. Hoy es una fiesta especial y por eso abrirán sus puertas.

Hizo una mueca, él no recibió ninguna invitación.

—¿Irás?

—No, si gustas puedes usarla. Tengo una cena familiar y mi madre no me quitará el ojo de encima.

—Está bien. —Guardó la invitación dentro de su abrigo. Ir a un club parecía mil veces más interesante que volver a Richmond House —. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—El terreno que Spinster quería para su más grande proyecto es tuyo. —Augustus sonrió con malicia, esa sí que era una buena noticia—. Ya fue incluido a la dote de Penelope, ahora sólo debes cuidarte del americano.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Le robaste mucho, él podría hacerse de Penelope y recuperarlo todo.

—Por favor —bufó—, ese hombre nunca haría algo tan estúpido.

Eso sólo lo llevaría al cementerio.

—¿Qué me dices de la Srta. Fletcher? —Su silencio hizo que buscara al marqués con la mirada—. ¿Qué sucede?

—No se ha dejado ver mucho.

Porque ella no quería llamar la atención, lo menos que necesitaba era que la gente se enterara de que su tía falleció hace un mes.

—Entiendo. ¿Dónde está Westmorland? —frunció el ceño.

—Fue por el duque de Manchester, últimamente ha estado algo ausente.

Augustus asintió, lo cierto era que no tenía interés alguno de abordar ningún tema. La cabeza no dejaba de martillearle y sentía que pronto perdería el control; nada estaba saliendo como él quería y, si las cosas seguían así, su vida no haría más que complicarse.

Lo único que le generaba paz era pensar en Livy, pero cuando recordaba lo mucho que la deseaba y lo imposible que era tenerla, su humor no hacía más que empeorar.

***

Olivia observó en silencio cómo Penelope se adentraba por uno de los salones de Diamantes y rezó en silencio para que, después de esa noche, su amiga dejara de frecuentar el establecimiento. Comprendía su necesidad de experimentar y encontrar un marido, pero estaba segura de que en ese club Penelope no hallaría lo que quería.

Diamantes no era un lugar apropiado para la hija de un duque.

Al menos no para la hija legítima de un duque, puesto que todo parecía indicar que el destino de Olivia era quedarse en ese lugar como administradora. Lilias le había abierto las puertas, era buena en lo que hacía y la paga era decente, pero ¿ella deseaba esa vida?

—Lilias tiene tanta suerte, su marido vino por ella y creo que se reconciliarán —musitó Kathe, poniéndose a la par suya, y ella asintió —. ¿Por qué estás tan seria? Se supone que estamos en una de las mejores fiestas de la temporada.

—No lo sé —musitó, cabizbaja—, no siento que este sea mi lugar.

La rubia la miró con fijeza.

—¿Por qué no? Aquí nadie te juzga y todo es un juego, ¿por qué simplemente no te diviertes?

¿Divertirse?, ¿hace cuánto que Olivia no se divertía?

Llevaba tantos años pensando en su futuro, en la muerte y la soledad, que se olvidó completamente de vivir; no obstante, si era sincera, no se le apetecía hacer algo diferente. Estaba agotada y, desde que se enteró de que era la hija bastarda del difunto duque de Richmond, su ánimo no había hecho más que empeorar.

—¿Cómo lo toleraste? —quiso saber, y la rubia respingó—. Él te rompió el corazón y te recompusiste, ¿cómo lo hiciste?

—Bueno… —acarició su mentón, pensativa—. A veces tenemos que entender que no le gustaremos a todo el mundo y no todos podrán amarnos.

—¿Fue fácil?

—Claro que no. El idiota de Pembroke me destrozó con su rechazo, pero nada de lo que yo hubiese hecho habría cambiado mi situación.

—Ahora está muerto —observó, y ella se tensó—, ¿por qué no buscas un nuevo inicio?

La rubia soltó una risa amarga, llena de decepción.

—Porque él mató todas mis posibilidades.

—¿Por esa razón vives sin límites?

—Sí —respondió con sencillez—, porque si no aprovecho el ahora, no sé qué pasará mañana.

—Kathe…

—Busca un esposo, y si crees que no necesitas uno, busca un amante.

La piel se le erizó.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque te sorprendería saber todo lo que un hombre puede darte si haces lo que te pide.

—¿Tienes un amante? —la miró con curiosidad, y la hermosa rubia de vestido azul y antifaz plateado le guiñó el ojo—. Kathe…

—Deja que la vida te seduzca, Olivia —fue su último consejo antes de adentrarse por las cortinas y perderse entre la multitud.

Tal vez pensaría de la misma manera cuando cumpliera veinticinco años. Ahora mismo sólo veía la actitud de su amiga como una gran irresponsabilidad. Observó la puerta principal de reojo, preguntándose si su presencia ahí era realmente necesaria —porque tenía cuatro empleados en el puesto—, y finalmente se armó de valor y decidió participar de la fiesta.

Ella hizo la lista de invitados, sabía quiénes asistirían, por lo que no había nada de qué preocuparse.

***

En otras circunstancias, quizá Augustus habría podido disfrutar correctamente de la fiesta de Diamantes. Pero ahora mismo, estando en el pequeño apartado en el que podía hacer lo que se le viniera en gana con su amante, sólo quería largarse.

—¿Por qué estás tan serio? —musitó la mujer que debía complacerlo esa noche, regando un camino de besos por su rostro, y él la apartó de su cuerpo con un poco de torpeza.

—No estoy de humor —siseó.

Cometió un terrible error al creer que ese lugar sería más cómodo que Richmond House.

Los labios femeninos intentaron llegar a los suyos y Augustus abandonó el apartado, decidido a alejarse de esa mujer. Como era de esperarse, la fémina intentó persuadirlo para que se quedara con ella, pero él se zafó de su agarre y siguió por su camino con fría calma.

Estaba demasiado tenso. Visitar el nuevo club de la ciudad no fue la mejor de sus ideas, pero le urgía beber un poco; posiblemente, con la ayuda del alcohol, podría encontrar el entusiasmo para enredarse con una de las miembros de ese club.

Un club hecho para solteronas.

Se rió sin humor alguno, ¿acaso esto podía ser más absurdo? ¿Desde cuándo se pensaba tanto en las mujeres?

—Es una tontería —le dio un sorbo a su copa de whisky y recordó la misiva de Charlotte, esa que le informaba que Penelope estaba actuando un poco extraño y se requería su presencia en Richmond House.

Tal vez cometió un terrible error al permitir que su hermana se juntara con el club de las solteronas. Una cosa era que fuera amiga de Olivia, pero ¿la Srta. Devine y lady Aldrich?

Dios, eso era una locura.

«Pero Penelope es feliz junto a esas mujeres», le dijo una voz, y él ahogó un juramento. Por esa razón nunca la apartó de ellas: porque nunca había visto a su hermana tan contenta y no quería ser el causante de su sufrimiento.

«Estás a poco de ser el causante de su muerte». La sangre se le congeló ante el nuevo pensamiento, y cuando dejó su copa sobre la barra, dispuesto a largarse de una vez por todas, una esbelta espalda captó su atención.

La piel se le erizó y su cuerpo reaccionó en contra de su voluntad. Conocía el color de esa piel, pero… imposible, ¿por qué Olivia estaría en un club de perdición? La boca se le hizo agua y observó la cabellera castaña con interés. Tal vez no era Olivia, quizá por fin encontraría un reemplazo digno para ella, pero… la castaña giró sobre su eje, sonriendo a un par de mujeres, y una ira inconfundible se extendió por todas sus extremidades.

«Es ella», zanjó con ira desmedida. Cuando sus miradas se encontraron, él apenas y pudo percibir cómo cuadraba los hombros. Dudó, ¿podría ser que la estuviera confundiendo? Miró su copa, ¿qué tanto había bebido?

Cuando volvió a levantar la vista, sus alarmas se prendieron al ver que ella se estaba alejando del salón.

—¡Espere! —bramó, importándole muy poco los códigos de etiqueta, y lanzó un gruñido cuando ella desapareció de su campo de visión.

Si era Olivia, debía confirmar ese hecho con sus propios ojos. Y si no era ella, esa misma noche la haría suya.

***

Esto tenía que ser una pesadilla. Se suponía que Augustus estaba de viaje, ¿cómo llegó a la fiesta de Diamantes sin que ellas lo supieran?

¡Ella misma se encargó de enviar las invitaciones!

«Es un duque, siempre tendrá acceso a donde se le apetezca», le aclaró una segunda voz, y ella tragó con fuerza, adentrándose en los pasillos secretos del establecimiento. Debía encontrar a Penelope; si

Augustus las descubría, estarían perdidas, y no era el mejor de los momentos para perder el favor del pelinegro.

Estaba arruinada, no tenía dónde vivir, pero… «Si las cosas se complican, Lilias me abrirá las puertas de su club y me dará un trabajo», trató de ser optimista. «Pero no quiero vivir dentro de un club, ni mucho menos quedarme como una solterona», determinó con inquietud y aceleró su marcha.

Como si Dios hubiera escuchado sus rezos, pronto su camino se encontró con el de Penelope.

—¿Qué sucede, Olivia? No te ves bien.

—Es tu hermano. Creo que me reconoció porque lleva varios minutos persiguiéndome y está causando todo un revuelo en el club.

Su amiga palideció.

—Tenemos que irnos.

Lograron huir del duque y llegaron a Richmond House a tiempo; no obstante, Olivia no se sintió nada tranquila, mientras caminaba de un lugar a otro en la habitación de su amiga.

—Estamos perdidas —susurró—. Estoy segura de que me reconoció y, por ende, jamás aceptará la oferta que tienes para él. Creo que lo mejor es que me marche —dijo aceleradamente, y Penelope la sujetó del brazo con firmeza.

—Pronto será medianoche. No puedes irte, y se supone que ambas llevamos horas durmiendo en nuestras respectivas habitaciones —farfulló con enojo, y Olivia empezó a relajarse al comprender la situación—. ¿Podrías calmarte? Ya estamos con nuestra ropa de dormir, nos deshicimos de los vestidos y no hay manera de que mi hermano dé por sentado que la mujer que vio en Diamantes eras tú.

—¿Estás segura de lo que dices? —la voz le tembló.

—Tú sólo ve a tu habitación y métete bajo las sábanas. Le diré que te invité a pasar la noche en casa, y te aseguro que todas sus dudas se disiparán.

Torció los labios con cierto nerviosismo, no muy segura de querer ser optimista, pero al final dedujo que no tenía más opción que seguir las indicaciones de la pelinegra y tener un poco de fe. Él la estuvo tratando con mucho respeto y cuidado en los últimos años. Con suerte, no cuestionaría a su hermana y terminaría creyéndose la historia.

—Está bien.

Se retiró en silencio hacia su habitación y rezó en silencio para que Augustus no descubriera toda la mentira que estuvo armando. No fue a Diamantes porque quisiera un amante o una vida de libertinaje; lo hizo porque necesitaba el empleo.

«Ese no es su problema. Si él descubre la verdad, te sacará de su casa y de la vida de Penelope en un abrir y cerrar de ojos».

Se estremeció en su lugar.

Lo mejor que podía hacer era meterse bajo las sábanas y conciliar el sueño. Sólo así, la mentira de Penelope ganaría mayor credibilidad.

Capítulo 9

Augustus era muy consciente de que mandar a llamar a Penelope a horas tan altas de la noche era, posiblemente, la estupidez más grande que estaba cometiendo. Sin embargo, no había manera de que él pudiera sacar de su cabeza a la mujer que vio en Diamantes, por lo que sólo había una persona capaz de informarle en qué diablos estaba metida Olivia, y esa era su hermana.

—¿Me mandaste a llamar? —Penelope ingresó a su despacho en su ropa de dormir, y él se sintió un poco culpable por haberla sacado de su cama sin motivo alguno—. ¿Por qué no me escribiste para informarme sobre tu llegada?

—Quería tomarte por sorpresa —fue directo al grano, y ella frunció el ceño, no muy segura de estar entendiendo sus palabras—. Charlotte me escribió una misiva y me informó que estás actuando muy extraño. Está claro que ella tampoco apoya el tipo de amistades que tienes.

No podía mencionar a Olivia de un momento para otro, por lo que debía abordar subtemas que lo ayudaran a llegar al tema de su interés.

—Charlotte me odia y lo sabes. Para ella siempre seré la responsable de su fracaso en el mercado matrimonial —masticó sus palabras, y él quiso objetar, pero prefirió dejar ese punto para más adelante.

—Por lo que jamás se sentirá tranquila si me ve feliz con mis amigas —ella había cambiado mucho en los últimos años.

Demasiado para su gusto, debía admitir—. No he hecho nada malo —musitó con inocencia.

—¿Qué me dices de tus amigas? ¿Qué sabes de la Srta. Fletcher? —Ya no podía seguir esperando; quería respuestas y las quería ahora mismo.

—Olivia se encuentra bien, pero si deseas hablar con ella o hacerle alguna pregunta en específico, puedo ir a despertarla. —Esa respuesta hizo que cuadrara los hombros con rapidez—. La invité a pasar un par de días en casa. Su tía salió de viaje y no vi conveniente que se quedara sola en su casa. Como ya sabes, una dama soltera debe estar bajo el cuidado de una chaperona —añadió con fingida ignorancia—. La conocemos desde que somos unos niños y no pude hacer más que extenderle una invitación para quedarse con nosotros.

Olivia estaba en su casa, lo que quería decir que la mujer que vio esa noche era alguien más. Pero ¿quién? Maldita sea, no había manera de que él confundiera a la morena. La veía todas las noches en sus sueños; la conocía demasiado bien como para equivocarse de esa manera.

—¿Su tía salió de viaje? —su voz bajó una octava, y la miró con fijeza. Honoria había fallecido hace un mes—. ¿La anciana apenas y puede moverse? ¿Cómo salió de viaje?

¿Podría ser que Penelope estuviera al tanto de la situación de Olivia?

—Se fue con una prima lejana que accedió a cuidarla.

—¿Sin la Srta. Fletcher?

—Su tía quiere que siga participando de la temporada, no pierde la esperanza de que Olivia encuentre un buen esposo.

Esbozó una sonrisa socarrona. ¿De verdad Olivia creía que iba a casarse?

—¿Qué es tan gracioso? —gruñó su hermana.

—No encontró un marido en cinco años, ¿por qué lo haría ahora? —soltó con desdén, y ella cerró las manos en dos puños—. Mejor explícame de cuántos días es tu generosa invitación —hizo un gesto con la mano para que continuara. El enojo de la pelinegra se disipó y lo miró con súplica—. Pen… —le advirtió con la mirada.

—Un mes y medio.

Augustus presionó el puente de su nariz con cansancio y guardó silencio por varios segundos. ¿Cómo diablos haría él para sobrellevar una convivencia con la mujer que lo atormentaba día y noche con su sola existencia?

—¿Quieres que Olivia Fletcher se mude con nosotros durante el siguiente mes y medio? —su voz sonó peligrosa y oscura. Había tanto que él podía hacer en esos cuarenta y cinco días—. ¿No tiene otro familiar?

Conocía la respuesta.

—Me temo que no —bajó el rostro, apenada—. Por favor, te prometo que no te causaremos problemas.

—La Srta. Fletcher no es el tipo de amiga que me gusta para ti y lo sabes. Es un tema que se trató desde hace muchos años —fue sincero—. No quisiera que nuestro apellido se vea tan involucrado con ella y…

—Está bien, hablaré con Lilias el día de mañana —le cortó con enojo, y la mención de lady Aldrich prendió sus alarmas—. Quizá ella pueda hablar con su suegra, la duquesa de Kent, para que cuide de

Olivia en lo que queda de la temporada. Si lo pensamos detenidamente, esa mujer logró casar a todos sus hijos.

—Todos se casaron de manera escandalosa, y uno de los gemelos se divorció —le recordó, y ella tragó con fuerza.

—Pero la mayoría de sus hijos están felizmente casados —asintió, pensativa—. Creo que no es tan mala idea.

—Si ella se va con los Aldrich, lo menos que querré será verte a su lado —espetó Augustus con frialdad—. Ellos son un escándalo. Ese divorcio los envió a la ruina total.

—No lo veo de esa manera.

Esa familia era demasiado poderosa y, a su punto de vista, eran intocables.

—Mejor dejemos a la Srta. Fletcher donde está —zanjó. No permitiría que los duques de Kent le buscaran un esposo. Una cosa era ir contra insulsos nobles, y otra muy distinta era ir contra los Aldrich y su gente—. No es de mi agrado, pero sabe manejar tus emociones, y supongo que te ayudará a ir por un buen camino.

—Ella sólo quiere verme feliz —aclaró con cierto disgusto—. No se trata de si me maneja o no. Olivia entiende mis sentimientos.

—Ay Dios —se frotó el rostro con cansancio—. Desde que empezaste a juntarte con esas mujeres comenzaste a quejarte más y no dejas de sobrepensar las cosas.

Y eso estaba resultando demasiado agotador.

—¿Y eso está mal? —quiso saber.

—Un poco —reconoció—. Es tedioso, y no fuiste educada para desobedecer mis órdenes ni ir contra tus deberes. Eres la hija de un duque, Penelope. Se espera mucho de ti.

—Hermano…

—Hay algo que quiero decirte —le informó con sequedad, dejando el tema de Olivia de lado.

—¿De qué se trata? —la voz femenina tembló. Quizá ya sabía lo que vendría a continuación.

—He añadido un nuevo terreno a tu dote —otro proyecto del Sr. Spinster que saboteó con mucho gusto—, y dentro de poco sabrás quién es tu futuro esposo.

—¿Qué? —lo miró con horror—. Las cosas no funcionan así, yo…

—Claro que funcionan así —gruñó—. Mi deber es encontrar un marido para ti, y lo he hecho, así que te pediré que guardes silencio y hagas lo que te ordeno.

Porque no tenían otra opción. Porque si no seguían las órdenes de Warrington, todos los Humphrey caerían en desgracia.

—Dijiste que me darías tiempo.

—Estamos yendo al cuarto año, y Charlotte necesita tener el camino libre. No puedo permitir que tu pasado afecte su futuro —fue sincero—. Sé que estoy siendo duro, pero ya no puedo seguir tolerando esto.

—Lo que sucedió no fue mi culpa —la visión se le cristalizó.

—Todo fue culpa de ese americano salvaje, pero me temo que para la sociedad sólo hay una responsable, y esa eres tú.

—¿Y tú qué piensas al respecto? —quiso saber. Era la primera vez que tocaban ese tema, dado que nunca permitió que ella lo abordara en el pasado.

—Pienso que, si me hubieras esperado, nada de esto estaría pasando.

De cierta manera, ella tenía parte de la culpa, porque nunca debió subirse a su carruaje totalmente sola.

—No me casaré con quien tú quieras —lo desafió, y la miró con dureza.

—No tienes más opciones —siseó con enojo, y ella negó con la cabeza—. Creo que he sido muy suave contigo —abandonó su lugar con lentitud, inquietándola—. Vas a casarte en tres semanas con el hombre que elegí para ti, porque ese es tu deber y para eso fuiste criada y educada, ¿me entiendes?

—No lo haré.

Augustus se cruzó de brazos con un semblante impertérrito, y luego negó lentamente con la cabeza.

—Te irás a Gales en tres días y te quedarás con nuestros tíos por dos semanas —su hermana palideció—, y para tu regreso, tu futuro esposo estará esperando por ti.

—¿Qué? —la voz le tembló—. Pero…

—Sin peros. La última palabra siempre la tendré yo —la miró con dureza—. Tu vida y futuro estarán en mis manos hasta el día que te cases —elevó la voz, llevándola a bajar la mirada.

—Entiendo —una lágrima se deslizó por la mejilla femenina, y él utilizó todo su ingenio para no caer ante sus caprichos.

Penelope debía entender que en esa casa siempre se haría lo que él quisiera.

—El vizconde de Gormanston quiere cortejar a Charlotte, y Archie Kilbrenner ha captado la atención de Arabella. Es momento de que enfoque mis esfuerzos en ellas, ¿no crees? —trató de hacerla sentir mejor, pero no lo consiguió—. Ellas saben muy bien lo que quieren y necesitan de mi apoyo.

—Yo también sabía lo que quería —empuñó las manos con impotencia, y la miró con pesar—, pero Spinster lo echó a perder. —

Era injusto que la gente la culpara por algo que ella nunca provocó ni llegó a entender con claridad—. La gente cree que estoy arruinada, que tengo un defecto, cuando la única verdad es que el vizconde fue un cobarde.

—El mundo no se termina en el vizconde de Hereford. Eres una mujer hermosa e inteligente, pero en los últimos años no has hecho más que ahuyentar a tus pretendientes.

—Porque todos estaban a un paso de acompañar a nuestro padre en el cementerio —chilló con desespero, y Augustus suspiró con cansancio.

—Eres muy exigente. ¿Por qué simplemente no comprendes cuáles son tus alcances?

Quizá estaba siendo algo duro con ella, pero ya no podían seguir tapando el sol con un dedo: Penelope no era un buen partido. No importaba qué tan grande fuera su dote, nadie de su total agrado vendría a ella con buenas intenciones.

—Retírate a tu habitación. No he tenido un buen día y quiero estar solo.

No quería ni imaginarse el tipo de reacción que ella tendría cuando descubriera que el hombre que se convertiría en su futuro esposo era nada más y nada menos que Gabriel Lacey, el conde de Warrington y la persona que cargaba una horrible maldición consigo.

Esperó un par de minutos a que el enojo y la frustración se disiparan, y subió al segundo piso con pasos cautelosos, preguntándose qué habitación estaría ocupando Olivia, pero luego negó lentamente con la cabeza y se refugió en su alcoba.

La decisión estaba tomada, pero una vez más el destino jugó con Augustus, dado que dos días más tarde, Travis Spinster secuestró a

su hermana —quien curiosamente se mostró bastante renuente a la idea de casarse con el conde—, declarándole una guerra abierta e iniciando una persecución que quizá, sólo quizá, nunca debió haber iniciado junto a Olivia, el cebo perfecto para traer a su hermana de regreso a Londres.

Capítulo 10

Olivia se abrazó por la cintura con nerviosismo, tratando de procesar todo lo ocurrido en los últimos siete días con más calma de la que claramente tenía, y se llevó una uña a la boca al darse cuenta de que el panorama no era el mejor de todos. Augustus la había llevado a Escocia en contra de su voluntad, asegurando que sólo ella haría entrar en razón a Penelope, pero después de pasar por más de cinco posadas y no obtener información alguna de la pareja, tuvieron que aceptar el hecho de que el americano decidió tomar otra ruta —por el momento—, y emprendieron camino de regreso a Londres.

Nadie sabía de la situación. Augustus terminó anunciando que Penelope se retiró a Gales con unos familiares hasta el día de su boda —junto a ella—, y ahora Olivia tendría que mantenerse oculta una vez que llegaran a la ciudad.

Si alguien se enteraba del secuestro, la reputación de Penelope quedaría arruinada. No obstante, haría bien en recordar que la noche que el americano se la llevó, el plan era que su amiga huyera y se escondiera de su hermano y su absurdo deseo de casarla con el conde maldito.

La intervención de Spinster podía tomarse como un golpe de suerte, pero… Observó a Augustus de reojo, quien estaba con la vista en el fuego de la chimenea de la habitación, y, armándose de valor, abandonó su lugar en el diván para sentarse junto a él.

—¿Crees que Spinster es peligroso? —no emplearía las formalidades en un momento tan delicado como este. Ella no había

tratado con el hombre, conocía muy poco de él.

—¿Al fin te atreverás a hablarme?

Durante todo ese viaje, sólo habían hablado para discutir, mas ella nunca intentó brindarle un poco de consuelo a pesar de la horrible desesperación que brillaba en su rostro.

La culpabilidad la invadió, pero en el fondo entendía que lo más sano para ambos era mantener su distancia. No deseaba que los sucesos de años anteriores se repitieran. Augustus era muy impulsivo y ella era gelatina en sus brazos; un hecho que podía considerarse un terrible pecado ahora que sabía que eran medios hermanos.

—Trata de calmarte —pidió con voz débil y posó una mano sobre la suya—. Tu hermana es fuerte y podrá marcar límites.

—Es mi culpa. Nunca debí quitarle su terreno y ponerlo en la dote de mi hermana. Fui irresponsable, debí sospechar que ese salvaje tramaría algo —confesó abrumado y alborotó su cabellera—. Te juro que, si la lastima, lo mataré.

—Tranquilo, tal vez lo más sensato sea ir a hablar con su gente. —No quería que él se manchara las manos con sangre—. Puede que no lo delaten, pero al menos te darán un indicio de lo que él quiere conseguir.

Él no le brindó una respuesta y abandonó su lugar para caminar por la habitación de la posada como si se tratase de un animal enjaulado. Esa era la única habitación disponible, por lo que estaban obligados a pasar esa noche juntos.

—Todo es culpa de Warrington. Desde que ese miserable llegó a mi vida, todo se ha salido de mi control.

—¿Cómo dices? —frunció el ceño y se incorporó con lentitud, estudiando cómo la tensión se apoderaba de Augustus—. ¿Hay algo que no nos hayas dicho?

—No es asunto tuyo —siseó y le dio la espalda.

Él les estaba escondiendo algo.

—Me pareció extraño que comprometieras a Penelope con ese hombre de un momento a otro, pero nunca me imaginé que pudiera existir un secreto —insistió.

—Ya te dije que no es asunto tuyo —la advertencia retumbó en su voz.

—¿Por qué no hablas con la verdad? Tu hermana estaba dispuesta a huir la noche que la secuestraron y… —Olivia calló abruptamente al percatarse de su error y respingó en su lugar cuando Augustus se volvió hacia ella con un semblante amenazante.

—¿Cómo dijiste?

—No, yo…

—¿Penelope pretendía huir?

Por todos los santos, ¿en qué estuvo pensando al revelar un secreto tan importante?

—No, me escuchaste mal.

—¡Claro que escuché bien! —bramó, como si fuera un animal herido, y Olivia dio un paso hacia atrás—. Pensabas traicionarme. Después de que te permitiera juntarte con mi hermana y te aceptara en mi hogar, tú tenías pensado ayudar a Penelope a huir.

—Estaba desesperada, no puedes casarla con ese hombre —confesó con lágrimas en los ojos y él rugió con ira contenida.

—¡¿Cómo pudiste, Olivia?! —se plantó frente a ella y la sujetó de los brazos—. Dime qué más sabes, tú fuiste la que vio cómo Spinster

se la llevaba.

—No sé nada —negó rápidamente con la cabeza—. Te juro que todo me tomó por sorpresa, tú mismo estuviste ahí cuando me desmayé después de que me dispararan.

—¡No me mientas!

—Te juro que estoy tan preocupada como tú por el estado de Penelope —las lágrimas bajaron por sus mejillas—. Tienes que creerme.

—¿Creerte?

Augustus inhaló con pesadez, ¿cómo diantres iba a creer en una mujer que llevaba una semana viajando con él y en ningún momento pensó en decirle que su hermana pensaba huir de su casa la noche que fue secuestrada?

—Mejor sé sincera y dime la verdad, ¿qué relación tienen Spinster y mi hermana?

Olivia odió que el aire se atorara en sus pulmones. Un día después de la noche que compartieron en el club, Penelope le había confesado que ella y el señor Spinster tuvieron un momento de intimidad en Diamantes, pero nunca le habló de sus sentimientos ni de cómo se sentía en cuanto al castaño.

—No lo sé.

—Dudaste.

Odiaba que la conociera tan bien.

—Todo es tu culpa —se atrevió a acusarlo y se zafó de su agarre —. Nada de esto estaría pasando si no pretendieras casar a tu hermana con un hombre tan peligroso.

—¡Tú no sabes nada!

—Entonces explícamelo —pidió, desesperada—. Dime qué escondes para que así pueda entender tu situación.

Quería ayudarlo, pero él no hacía más que contenerse y guardar secretos.

—¿Por qué debería? —escupió con desprecio—. Tú no eres nadie importante en mi familia.

La sangre se le congeló, suponía que eso era bastante normal cuando de hijos bastardos se trataba.

—Tienes razón —bajó los hombros, apenada—. No debí tomarme atribuciones que no me corresponden.

Pero ¿qué más podía hacer?

Estaba demasiado preocupada por su amiga. ¿Ella estaría bien bajo el cuidado del mayor enemigo de su hermano?

Dio un respingo en su lugar cuando Augustus abandonó la habitación y lamentó con creces haber abierto la boca. Ahora él empezaría a dudar de su palabra y la tendría más vigilada que nunca.

«Quiero llegar a Londres», pensó con amargura y se acercó a la cama con lentitud.

Lo intentó, realmente trató de ver al pelinegro como a un hermano, pero le resultó simplemente imposible.

Lo amaba demasiado como para mentirse tan cruelmente.

***

Augustus se había encargado de mantener en secreto el secuestro de Penelope, hasta ahora todo Londres creía que ella se encontraba en Gales, pero comprendía que si no quería problemas,

porque ya habían pasado más de quince días desde aquel día, debía hablar con Warrington.

—Esperaba todo, menos una visita tuya, Richmond —reconoció el conde una vez que ingresó a su despacho y le señaló el asiento que tenía en frente—. ¿Qué te trae por aquí? Supongo que tu hermana ya está de camino de regreso, ¿verdad?

Al no recibir una respuesta, Warrington inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Ella llegará a Londres en cuatro días, ¿verdad?

—Me temo que ha surgido un inconveniente —espetó con frialdad, y el rubio abandonó su lugar con elegancia para rodear su escritorio.

De no haber estado maldito, él no habría necesitado chantajearlo para conseguir una esposa. Era alto, atractivo, poseía dinero, una reputación envidiable y era todo un dechado de virtudes; Richmond lo habría elegido para cualquiera de sus hermanas sin dudarlo.

—¿Qué tipo de inconveniente? —quiso saber.

—Mi hermana fue secuestrada después del baile de los duques de Windsor por Travis Spinster. —El conde lo miró con fijeza, la noticia ni siquiera lo inmutó—. Tomé la ruta a Escocia, pero él nunca siguió ese camino, y su búsqueda me está tomando más tiempo del deseado.

—Esto no fue lo que acordamos, Richmond —farfulló.

—La he buscado sin descanso alguno, pero todo indica que no podrá llegar a tiempo.

El conde acarició su mentón con un deje pensativo y finalmente asintió. Con suerte cancelaría todo y se olvidaría de su absurda idea de casarse con Penelope.

—Fue sabio de tu parte no hacerlo público; diecisiete días lejos de su hogar podrían condenarla socialmente.

¿Eso era lo único que le importaba?

A él le urgía saber cómo se encontraba y si ese americano la estaba tratando bien. Después de todo, eran enemigos, y si Spinster tenía un ápice de cerebro, sabría que tenía uno de sus puntos más débiles bajo su poder.

La piel se le erizó en respuesta ante dicho pensamiento, y presionó las manos con impotencia. ¿Dónde diablos se habían metido? ¿Qué tan lejos estaban que le estaba resultando simplemente imposible dar con ellos?

—Sin embargo, tú y yo tenemos un trato —la voz del conde lo arrancó de su letargo, y lo buscó con la mirada—. Debemos encontrarla antes de que la temporada termine.

—¿Qué? —lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Te casarás con ella a pesar de lo ocurrido?

—Claro —espetó con indiferencia—, sólo hay que matar al americano por arruinarla y seguir con los planes.

Él quería matar a Spinster, nada le daría más gusto que eso, pero…

—¿Por qué tiene que ser Penelope? ¿Acaso no puedes casarte con cualquier otra mujer?

Si de algo estaba seguro era de que Warrington no estaba enamorado de su hermana.

—Nadie quiere entregarme a su hija —soltó con amargura—. Conoces la historia.

Y por esa razón se sentía frustrado con el giro de los acontecimientos; se suponía que él debía olvidar a su hermana y

buscar una nueva víctima, pero no, Penelope seguía siendo su objetivo.

—¿Y si me rehúso a seguir con tu juego?

El conde se rio sin humor alguno.

—Será la ruina de tu amada y respetable familia.

—¿Y qué haremos si no los encontramos o llegamos tarde? —preguntó con impotencia; estaba a punto de derrumbarse. Odiaba que la situación se le estuviera saliendo de control—. ¿Elegirás a Charlotte?

—No —la respuesta fue inmediata y le pareció percibir cómo la tensión se expandía por los hombros masculinos—, pero ahora que lo dices, reserva a tus hermanas en caso de que la primera siga la mala costumbre de mis difuntas esposas.

Cerró las manos en dos puños.

¿Estaría haciendo bien al buscar a Penelope con tanto ahínco?

De cierta manera, aunque odiara admitirlo, ella estaba mejor junto a Spinster.

Giró sobre su lugar para marcharse, pero la voz del hombre no le permitió avanzar.

—Ah, por cierto, si llegas a encontrarlos primero, tu tarea es matar al americano y luego traer a tu hermana a Londres para planificar nuestra boda. —Se tensó; le parecía irónico que un conde le estuviera dando órdenes—. Estamos de acuerdo con eso, ¿verdad?

—¿Tengo otra opción?

—Me temo que no —soltó con sorna, y Augustus abandonó Warrington House con las venas ardiendo en llamas.

En su vida pensó que un simple conde lo tendría en sus manos. No importaba cuánto lo pensara, no había manera de quitarse al hombre de encima sin arruinar a su familia en el proceso.

—Augustus —la voz de Charlotte llegó a sus oídos unos días más tarde y paró en seco al verla tan molesta, ¿ahora qué diantres quería?— ¿Por qué no permites que Olivia salga de su habitación? —porque era una traidora y quería tenerla muy bien vigilada—. Entiendo que para todo Londres ella está en Gales con Penelope, pero ¿acaso no puede ni caminar por la casa?

—No te metas en mis asuntos —zanjó y se dirigió al segundo piso, donde les hizo una seña a sus lacayos y los hombres se apartaron para que pudiera adentrarse a la habitación de la castaña.

—¿Tiene noticias de Penelope? —inquirió ella nada más verlo y Augustus cerró la puerta a su espalda.

—Seré claro contigo —arrastró sus palabras—, sé que sabes muchas cosas de Penelope, por lo que te sugeriré que cooperes conmigo.

Quizá la adoraba y era uno de sus puntos más débiles, pero jamás sería más importante que su hermana.

—Ya le dije todo lo que sé —soltó con impotencia y, como era de esperarse, no le creyó.

—El conde no anulará nada —le informó—, acabo de contarle todo y ahora quiere la cabeza de Spinster.

—¿Qué? —lo miró con horror—, ¿es que ese hombre está loco?

—Probablemente —siseó. Cada vez que la veía, algo en su interior ardía. No era culpa, no era rabia… era deseo. Y eso lo enloquecía más que todo lo demás—. Ponte esto —recordó la razón por la que estaba ahí y le entregó una capa—, vendrás conmigo a un lugar.

Ella dudó, pero finalmente se cubrió con la prenda y lo siguió. Augustus la sacó por la puerta trasera de su casa y se montó al carruaje de alquiler que había contratado hace unos minutos.

No quería llamar la atención.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás —arrastró sus palabras, comprendiendo que, si quería respuestas, tendría que empezar a jugar sucio—. Baja —ordenó ni bien bajó del carruaje una vez que llegaron a su destino y ella cerró las manos en dos puños.

—¿Por qué estamos aquí?

—Tú sólo has lo que te digo —farfulló y la obligó a bajar del vehículo, para después adentrarse a la casa de la difunta señora Wood.

Augustus la llevó hasta el recibidor, ignorando la ausencia de los muebles, y no la soltó hasta que pudo dejarla en medio de la estancia para que pudiera asimilar la dura realidad que estaba evitando y a la cual podría regresar si no ponía de su parte.

Su silencio lo sacó de quicio y no le gustó la sonrisa amarga que se dibujó en su lindo rostro. Nunca quiso ser el villano de su historia, pero ella debía elegir de qué bando estaba: era Penelope o él.

—¿Y bien?, ¿no piensas decir nada? —estaba perdiendo la paciencia.

—Ya le dije que no sé nada, ¿de verdad cree que de saber dónde se encuentra Penelope no se lo diría?

—Si es para protegerla, estoy seguro de que callarías. —La conocía demasiado bien—. Habla, Olivia, o juro que todo Londres sabrá que tu tía murió y pronto tendrás que vender esta pintoresca,

pero vacía casa —le indicó la estancia con una sonrisa maliciosa y ella tiritó en su lugar con impotencia.

—No sé nada.

—Si no piensas serme de ayuda, no dejaré que te quedes en mi casa.

Sabía que era una amenaza vacía, jamás podría abandonarla en ese lugar, pero necesitaba hacerla entrar en razón.

¡Penelope debía casarse con Warrington!

—No te pareces en nada a tu difunta y encantadora madre —se atrevió a decirle, tocando una fibra muy sensible, y abrió los ojos con sorpresa—. Eres tan cruel y déspota como tu padre.

—¿Qué dijiste? —masticó sus palabras con ira contenida y ella soltó una risa amarga, harta de fingir que lo respetaba y admiraba.

—Sé que escuchaste muy bien, así que no pienso repetirlo.

—Háblame con propiedad.

¡¿Por qué tenía que ser tan insolente?!

—No volveré a tu casa, no volveré a recibir tu ayuda, así que no veo razón alguna para seguir soportándote.

—Sé tu secreto —dio dos pasos en su dirección y detuvo su marcha cuando ella corrió hacia el otro extremo del recibidor—. Vuelve aquí o lo divulgaré.

Ella no debía temerle, ¡jamás la lastimaría!

—Yo divulgaré el tuyo.

Su amenaza hizo que la rabia lo carcomiera por dentro.

—Haré que manden tus cosas esta misma tarde —se encaminó hacia la puerta de salida, decidido a asustarla un poco, y lo siguiente que escuchó hizo que sus pies se clavaran en el piso.

—Mejor envía todo a Diamantes.

«Era ella, nunca me equivoqué».

Se volvió muy lentamente en su dirección y Olivia dio un paso hacia atrás al percibir su enojo, ella sabía que esto no se quedaría así.

—Eras tú, ¿verdad?

Salió corriendo en su dirección para sujetarla. Esa mujer estaba demente si creía que permitiría que terminara en un club de perdición. Olivia intentó huir al segundo piso, pero para Augustus no representó un reto alcanzarla y aprisionarla en sus brazos, antes de que lograra finalizar el tramo.

—¡No! ¡Suéltame! —forcejeó.

—Siempre lo supe, jamás me equivocaría en algo así.

—¡Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no es tu problema! —vociferó y al darse cuenta que podrían caerse si seguían peleando, Augustus la sujetó con firmeza y la tendió sobre las gradas para después inmovilizarla con su cuerpo—. Para, Augustus —lo llamó por su nombre de pila, totalmente agitada.

Estaba más furioso que nunca, ¿por qué Olivia tenía que sacarlo de quicio en un momento así? Se suponía que todo este tiempo le dio su voto de confianza, la dejó ser y todo para ¿qué?

Para que terminara trabajando en un club de solteronas.

«Debes controlarla, ella no puede ser tan insolente», ronroneó una segunda voz en su cabeza y todo su cuerpo se estremeció al darse cuenta que, después de mucho tiempo, volvía a tenerla a su merced.

«Es tu hermana», le advirtió otra voz y él tragó con fuerza.

—Puede que tu madre haya sido la dama de compañía de mi madre —recuperó la voz—, pero recuerda que, sin importar el

vínculo que ellas formaron y el hecho de que mi madre te acogió hasta que tu tía hizo acto de presencia en tu vida, Aurora sólo fue una empleada más.

La tristeza tiñó su hermoso semblante y él aflojó su agarre.

—Suélteme, por favor —musitó con temor y Augustus inclinó el rostro en su dirección.

—Te soltaré cuando me digas ¿por qué estabas en Diamantes?

—Necesitaba un empleo y Lilias me lo ofreció, pero no pude regresar después de esa noche.

Porque él la tuvo muy bien vigilada.

—Ya no tienes a nadie, Olivia, ¿y sabes lo que eso significa? —Ella negó con la cabeza y él enterró el rostro en su cuello, ansioso por aspirar su deliciosa fragancia—. Significa que tú dependes de mi generosidad y ahora estás en mis manos.

«Siempre fue así», se rió una oscura voz en su cabeza y él se relamió los labios con ansiedad.

—Suélteme —su petición lo hizo volver en sí, no podía besarla, tocarla, ni mucho menos tomarla. Lo mejor sería apartarse antes de cometer una locura—. Nosotros no somos nada y…

—He cambiado de parecer, te mantendré cerca porque sé que tarde o temprano serás el cebo perfecto para traer a Penelope a Londres. —Se incorporó con rapidez e hizo que se levantara—. Cambia esa cara —ordenó— y ni se te ocurra contarles nada de esto a mis hermanas, ¿entiendes?

Olivia asintió, cabizbaja, y no opuso resistencia cuando la llevó nuevamente hacia el carruaje y la instó a subir.

—¿Me dejará en paz cuando encontremos a su hermana?

Él se rio por lo bajo y no le brindó una respuesta, ¿algún día ella entendería que siempre sería de su pertenencia?

Capítulo 11

Una semana después, Olivia se encontraba entre la espada y la pared, incapaz de seguir soportando la situación. Augustus había dado con Penelope, no porque su gente la hubiera encontrado, sino porque el mismo señor Spinster le anunció su paradero tras un accidente a caballo que mantuvo a su amiga inconsciente durante más de cinco días.

Como era de esperarse, el duque la llevó consigo sin dudarlo, y Olivia no tardó en notar que el conde los estaba chantajeando, porque se sumó al viaje para vigilarlos de cerca. Desde el inicio, fue evidente que Warrington alteraba la estabilidad de Augustus con su sola presencia y constantes exigencias.

Sin embargo, Olivia ya no tenía interés en averiguar nada. Él la había decepcionado profundamente, y ella ya había elegido su bando.

Sólo necesitó ver a su amiga escondida en una carreta llena de heno junto a Spinster para saber que, por fin, había encontrado al hombre que amaba, con quien quería quedarse y quien merecía su voto de confianza. Pero…

—Trata de calmarte —pidió Augustus en mitad del bosque, sujetando sus cabellos castaños mientras Olivia seguía vomitando, convulsionada por los espasmos que recorrían su cuerpo.

Desafiar al duque de Richmond tuvo sus consecuencias.

—Livy… —intentó posar una mano en su hombro.

—No me toques —rogó ella, con lágrimas en los ojos, encogiéndose con angustia.

¿Cómo se atrevía a llamarla de esa manera después del trato que le dio junto a Warrington? Ambos la habían reducido a una moneda de cambio, y aunque siempre se sintió pequeña frente a ellos, jamás imaginó que Augustus también sería capaz de maltratarla.

—Me mentiste, estaba furioso… nunca quise lastimarte.

Ella se apartó de su cercanía, y el estómago se le revolvió de nuevo.

Era cierto: cuando cruzaron camino con Spinster y Penelope, Olivia montó todo un espectáculo para desviar a Augustus, guiándolo en dirección contraria a Escocia. Si bien todo empeoró para ella cuando atraparon a los hombres del americano, no se arrepentía. Sólo quería que Penelope fuera feliz.

—Si sigue así, tendremos que dejarla —siseó Warrington, mirando con desprecio a Olivia, que apenas podía mantenerse en pie. Augustus se incorporó para enfrentarlo.

Tal vez estaban en medio de la nada, pero algo le decía que caminar sola por el bosque era más seguro que seguir con esos hombres.

La brisa helada le acarició la piel sudorosa, y se abrazó a sí misma con debilidad. Cerró los ojos con fuerza cuando él la cubrió con su abrigo y no opuso resistencia cuando la ayudó a levantarse.

—Ten —le entregó una cantimplora y polvo dental—. Trata de calmarte, por favor.

Lloró en silencio y se apartó cuando intentó tocarle el rostro. Augustus cerró la mano en un puño, impotente.

—Quiero quedarme en la siguiente posada —rogó ella, pálida como un fantasma.

—Lo siento mucho, pero sabes que te necesito.

A pesar de todo lo ocurrido, Augustus seguía decidido a utilizarla como cebo para chantajear a Penelope.

—Ella lo ama, ¿por qué no puedes entenderlo? —preguntó Olivia, al borde del llanto.

—Porque nosotros no nos casaremos por amor —soltó él con frialdad, helándole las venas—. Nuestras responsabilidades no incluyen esas cursilerías.

Olivia se alejó del carruaje tambaleándose, se lavó la boca, el rostro y las manos. Lo único que deseaba con todo su corazón era que Penelope ya estuviera casada con Spinster.

***

Augustus estaba inquieto. Más de lo habitual.

¿En qué demonios había estado pensando al tratar a Olivia de esa manera?

¡Ella sólo protegió a Penelope!

—No ha hecho más que distraernos —siseó Warrington, señalando a Olivia, que dormía vencida por el agotamiento.

—He sido tolerante contigo —espetó Augustus con frialdad—, pero no pongas a prueba mi paciencia.

—Eres tú quien está jugando con la mía —replicó el conde con aspereza—. Te he dado más tiempo del acordado. Deberías agradecer que tu cabeza aún está en su sitio y tus hermanas siguen viviendo con comodidades.

Augustus contuvo el aliento. No podía olvidar quién tenía el poder ahora.

—He pensado que puedo casarme con tu hermana en Gretna Green —sugirió el conde, y un tenso silencio se apoderó del

ambiente—. No seas necio, Richmond. ¿Por salvar a una hermana permitirás que las demás caigan en la ruina?

—Yo…

—Si te entregas, te colgarán por traición y ellas lo perderán todo. Serán el entretenimiento de la nobleza.

Las manos le temblaron de rabia. Había demasiada verdad en sus palabras.

—Tengo un plan. Te aseguro que tu hermana no morirá en el parto —añadió Warrington.

—¿Cuál es tu plan?

—Prefiero mantenerlo en secreto —zanjó—. No existe tal maldición —insistió con desdén—. Mis esposas murieron por embarazarse demasiado jóvenes. Sólo fue mala suerte.

—Yo…

—Tú harás lo que yo diga, ¿entendido? —le clavó los ojos—. Sigue mis órdenes o seré yo quien destruya a tus hermanas.

Augustus tragó con dificultad. Lo fulminó con la mirada, pero Warrington se limitó a señalar a Olivia.

—¿Quieres despertarla? Está tan asustada que vomitará otra vez.

Su corazón se encogió. ¿Algún día ella podría perdonarle todo esto?

***

Cuando Olivia volvió en sí, el miedo la invadió al notar que estaba en una habitación extraña. El conde estaba junto al hogar, observándola con interés contenido. No había rastro alguno de Augustus.

—¿Dónde estamos? —se frotó los ojos con cansancio.

—En la casa del herrero. Su amiga aún no llegó y le estamos preparando una sorpresa.

¿Qué? ¿Cómo era posible que Penelope y Spinster no se hubieran casado ya? ¡Les habían dado muchas horas de ventaja!

—No puede ser —murmuró, dejando la manta a un lado con rapidez. La piel se le erizó al ver cómo el rubio se plantaba frente a ella.

—Yo que usted me quedo quieta. Sepa que ahora mismo, ni Richmond ni yo estamos siendo tolerantes.

La garganta se le cerró y el aire se le atoró en los pulmones justo cuando alguien llamó a la puerta.

—Llegaron —el conde esbozó una sonrisa perversa, y Olivia cerró las manos en dos puños—. Me pregunto si debería casarme ahora mismo con lady Penelope.

—Las bodas en Escocia se efectúan por amor —farfulló—. El herrero no aceptará la unión.

—Eso ya nos lo dijo él —aclaró con sorna—, pero para eso está usted aquí. —La sujetó de la muñeca, haciéndola respingar.

—¿Qué? —frunció el ceño. No estaba entendiendo nada.

—Sólo le diré que, si no consigo lo que quiero, los Humphrey caerán en la ruina.

Por todos los cielos… ¿qué era lo que ese hombre sabía que ellos desconocían en su totalidad?

—Es hora de hacer acto de presencia. —Tiró de ella y la condujo por un pasillo angosto. A lo lejos pudo escuchar la discusión entre Penelope y Augustus. Todo indicaba que ninguno pensaba entrar en razón.

—Lo sé —escuchó decir al duque con arrogancia—, está a punto de convertirse en la condesa de Warrington.

El conde la empujó a una pequeña estancia con una chimenea encendida y una sola ventana que daba a la calle. Olivia contuvo el aliento, pero al ver a su amiga, le brindó una mirada firme. Penelope no debía preocuparse por ella

—No me casaré con él —afirmó su amiga con valentía—. No puedes obligarme y el herrero no aceptará la unión si yo me niego.

Olivia sintió cómo la angustia le estrujaba el pecho. Había cometido un terrible error al quedarse dormida. Ahora no tenía la menor idea de a qué acuerdo había llegado Augustus con el herrero. ¿Y si había cedido a las amenazas del conde? ¿Y si la usaba como ficha de cambio?

—Lo sé, llevo horas negociando con él —soltó el pelinegro con frialdad y, sin previo aviso, la sujetó y la atrajo contra su cuerpo—. Por eso vine con ella.

El contacto con su cuerpo fue un golpe seco de realidad. Olivia tiritó de pies a cabeza al sentir cómo su primer amor posaba el cañón de la pistola contra su sien. Algo en su interior se rompió sin posibilidad de volver a unirse. ¿Qué tan lejos estaba dispuesto a llegar con tal de salirse con la suya?

—¡No, hermano! —gritó Penelope, asustada—. Es nuestra amiga, ¡crecimos junto a ella! —sollozó.

—No le hagas caso, Pen —espetó Olivia con valentía, obligándose a ocultar su terror tras una voz firme—. Huye con el señor Spinster, yo…

—Tú te quedaste sin familia, tu tía murió hace dos meses y tu casa apenas y está amoblada porque tuviste que vender todo —la

interrumpió él con frialdad, inclinándose hasta que su aliento le rozó el oído—. Si mi hermana se va con Spinster esta noche, haré que termines en la cárcel porque tienes un par de cuentas que no estás pudiendo saldar.

Olivia palideció al oírlo. Pero incluso así, no pensó en su bienestar. Ella ya no tenía nada que perder, pero para Penelope las cosas eran muy distintas.

—Vete, Pen —susurró con fuerza quebrada.

—No puedo casarme con el conde —sollozó su amiga con desespero, y entrelazó su mano con la del señor Spinster—. Lo nuestro es inevitable, esto ya no puede romperse.

—¿Estás diciendo que se aprovechó de ti y tomó tu virtud? —inquirió Richmond con furia desmedida.

Olivia se estremeció; esto no terminaría bien.

—Bueno, ahora mismo lo único que puedo hacer es defender tu honor y matar a este desgraciado. —El cañón dejó de apuntarla y se dirigió hacia Spinster.

Sin pensarlo, Olivia reaccionó. Su cuerpo se movió por instinto, alimentado por el miedo.

—¡Arg! —rugió Augustus cuando ella le propinó un cabezazo en el rostro y luego se abalanzó hacia su brazo para impedir que el arma siguiera apuntando a Travis.

Sabía que Penelope nunca perdonaría a su hermano si llegaba a cometer un acto tan atroz. El forcejeo fue breve, brutal. Olivia luchó con toda la fuerza que su desesperación le otorgaba, pero Augustus fue más rápido y más fuerte. Con un empujón seco, la lanzó hacia el suelo.

—¡Ah! —cayó pesadamente sobre unas maderas que servían de bancas en la habitación. El dolor la atravesó como un relámpago, pero no se rindió. Se arrastró hacia su amiga, ignorando el ardor que le palpitaba en el costado.

¿Por qué Spinster no se marchaba? ¿No entendía el riesgo real que corría en ese lugar? ¡No era el momento para heroicidades!

—¡Olivia! —Penelope quiso correr hacia ella, pero recapacitó y se colocó frente a Travis, era un escudo viviente entre él y la furia del duque—. Es suficiente, Augustus —lo desafió—. No seguiré tus órdenes, amo a Travis y no me casaré con otro hombre que no sea él.

—Hazte a un lado —ordenó Augustus con voz temblorosa. Olivia, aún débil, comenzó a incorporarse—. Tengo una puntería maravillosa, dispararé contigo ahí si es necesario.

Olivia sintió la crudeza de sus palabras, y supo que Spinster también. El americano no dudó un instante: apartó a Penelope de su lado.

—¡No, Travis! —sollozó su amiga, desesperada, mientras el disparo retumbaba como un trueno en la pequeña sala.

El impacto llegó antes que el dolor. Un ardor abrasador se extendió en el brazo izquierdo de Olivia, y supo, sin necesidad de ver, que lo había logrado. Había impedido que Augustus matara al hombre que su hermana amaba.

Su cuerpo se desplomó y fue el señor Spinster quien la sujetó para impedir su dura caída. No gritó, no lloró y la oscuridad la envolvió con su abrazo piadoso y frío.

«Está bien así», pensó, mientras rezaba en silencio para que Augustus dejara de torturar a su hermana.

¿No se suponía que sus pequeñas hermanas eran lo más valioso para él?

Después del disparo, la furia que dominaba al duque de Richmond se disolvió, dejándolo atrapado en una desesperación desquiciada. Todo lo que podía pensar era en la mujer que ahora yacía en sus brazos… y en lo urgente que era encontrar un doctor antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 12

Los gritos de ayuda, de súplica y dolor de Olivia nunca dejarían de retumbar en su cabeza. Ya había pasado más de una hora desde que ella cayó profundamente dormida, tras la extracción de la bala, pero Augustus no podía dejar de tiritar.

Pudo haberla matado.

Había cruzado una línea que ni siquiera él podía justificar. La había llevado hasta ese punto, empujado por amenazas y decisiones egoístas.

Olivia jamás lo perdonaría.

La visión se le cristalizó. ¿Qué le quedaba si ella se alejaba para siempre?

—No lo entiendo —sollozó Penelope, clavando sus ojos en él con indignación—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? —Dejó a Spinster a un lado y lo empujó por el pecho—. Amenazaste a nuestra amiga con una pistola, nunca aceptaste mis sentimientos, intentaste matar al hombre que amo y trajiste al conde contigo. ¡Jamás te lo perdonaré!

Merecía su rencor. Olivia había vivido un infierno durante el último mes y él, que una vez le juró protegerla, se había convertido en su peor verdugo.

Spinster la sujetó con firmeza para evitar que siguiera golpeándolo, pero Augustus no pudo contenerse más.

—¿Crees que quería traer a ese imbécil conmigo? —masculló, mirándola con los ojos encendidos—. ¿Crees que disfruto esta situación? ¿Que mi intención era dispararle? —Señaló a Olivia con un

temblor en la voz—. Desde que Spinster te secuestró, todo se ha venido abajo en Richmond House.

—Vi cómo peleaste con ella. La lanzaste al piso. Cualquiera pensaría que tu intención siempre fue deshacerte de Olivia.

—¡Eso no es verdad! —estalló.

Olivia era la única persona que había querido conservar a su lado para siempre.

Spinster, atento, cubrió a Penelope con el cuerpo. Una advertencia silenciosa de que estaba cruzando otro límite.

—Deben calmarse —intervino—. No ganarán nada discutiendo junto a la señorita Fletcher.

—Nunca quise lastimarla —insistió Augustus, aún con el corazón en la garganta.

Penelope lo observó con dureza.

—Tus acciones dicen lo contrario.

Enderezó los hombros, buscando recuperar algo de autoridad.

—Durante mucho tiempo dejé que pensaras lo que querías. Pero ya no. Ha llegado el momento de que abras los ojos.

«No puedo seguir solo. No sé cómo salir de esto sin destruir a todos a mi alrededor».

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que te entregaría al conde sólo porque él pidió tu mano? —inquirió con amargura—. ¿Tan poco me conoces?

—Admite que quieres deshacerte de mí. Que arruino tus planes.

—¡Eso no es cierto! —replicó, la frustración haciéndole temblar las manos.

—Empieza a controlar tu ira —intervino Spinster, con tono firme—. O esto terminará muy mal.

Augustus soltó una risa amarga.

—Si realmente la amas, supongo que terminarás haciendo lo correcto.

—¿Qué quieres decir? —Penelope frunció el ceño.

—¿De verdad crees que nuestro padre murió milagrosamente la noche antes de que te llevara con el duque de Rutland? —El silencio se volvió denso. Penelope lo miró como si no pudiera comprenderlo —. Warrington tiene poder sobre nosotros porque sabe que yo maté a nuestro padre.

—¿Qué? —dijo ella con un hilo de voz, acercándose con paso vacilante.

—Estaba harto de sus abusos. Sabía que, una vez te alejara, haría lo mismo con Charlotte y Arabella. No podía permitirlo. Le prometí a mamá que las protegería hasta el final.

Pero, en el camino, había traicionado también a Livy.

«Me tienes a mí. Y siempre cuidaré de ti», le había prometido.

—¿Me eligió a mí?

—Sí —susurró él, con una mezcla de vergüenza y pena.

—Si la verdad se supiera, te colgarían por asesinato —dijo ella con voz quebrada.

—Y ustedes perderían todo: título, derechos y su herencia. Busqué alternativas, incluso formas de evitar la concepción… pero no termina ahí.

—¿Hay más?

—Tenemos tres hermanas bastardas. Y él las tiene en la mira. Ya encontró a dos… sólo falta una para completar su ecuación.

Aunque aún no sabía que esa última pieza era Olivia.

—Creí que, con el secuestro, se daría por vencido. Pero me tenía tan vigilado que se unió al viaje apenas llegó la carta de Spinster. Nunca quise dispararle —la voz se le rompió—. He sido horrible con ella.

Penelope se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza. Durante todo ese tiempo se había perdido. Había tratado a Olivia como si no valiera nada, y tal vez, cuando despertara, ella decidiría alejarse para siempre.

No podría culparla. Pero tampoco pensaba dejarla ir.

—Eres una Humphrey, hija de un duque. Puede que te pida más de lo justo, pero no quiero imaginar qué sería de ustedes si yo falto. Esta cuna es una bendición y una carga: hay que sacrificar cosas por la familia.

—Entiendo —dijo Penelope en voz baja, antes de volver la mirada hacia Spinster—. Perdóname, Travis.

—¿No hay otra opción? —preguntó él, esperanzado—. ¿Podemos pagarle?

—He intentado todo. Pero Warrington sólo quiere una esposa.

—Pen... —Travis intentó acercarse, pero ella se apartó.

—Te amo —dijo sin vacilar—. Eres mi primer y único amor.

—Yo también te amo —su voz tembló—. Tanto que entiendo lo que me pides.

—Quiero tu felicidad. Pero no puedo dártela.

—Buscaré una solución —le prometió—. No me rendiré.

—Te deseo lo mejor —susurró, segura de que nada cambiaría—. Es mejor que te vayas.

Cuando él salió, Augustus se quedó solo con su hermana.

—Lo siento, Penelope. Llevo meses buscando una salida. No quiero entregarte a ese hombre, pero no sé qué más hacer.

—Ahora entiendo muchas cosas —musitó ella con aspereza.

—Está obsesionado contigo.

—¿Por qué no dijiste la verdad desde el principio? —preguntó, posando la vista en Olivia—. ¿Era necesario llegar a esto?

—Créeme, lo último que quería era verla herida.

—Amo a Travis. Y a partir de ahora, deja de interferir. —Se acercó a la cama y tocó la frente de su amiga—. Olivia no tiene a nadie. Yo cuidaré de ella.

—Está bien.

—Consigue otro carruaje. Ella no necesita verte cerca.

—Penelope…

—Por favor.

Él asintió. La voz se le quebraba.

—Las personas como nosotros… casi nunca nos casamos por amor.

—¿Cuándo regresamos a Londres? —cambió de tema—. No me casaré en Escocia.

—En tres días. Debemos esperar a que Olivia se recupere.

—Guarda su secreto —ordenó ella, mirándolo fijamente.

—Siempre supe la verdad —confesó él, y ella rió sin humor—. ¿Por qué te ríes?

—Porque ni así la ayudaste. Después de todo lo que compartimos con ella y su madre…

—Tú no entiendes nada. Mi vida ha sido una cadena de sacrificios —soltó él, amargo.

—Ya entendí que ser una Humphrey es un sacrificio. No hace falta que me lo recuerdes. Puedes irte. No huiré. Volveré a Londres. A partir de ahora, Olivia está bajo mi protección.

La conversación había terminado. Él lo supo. Y se retiró de la habitación sin más.

Durante los días siguientes, se mantuvo al margen. Penelope se encargó de Olivia y Augustus observó en silencio cómo el conde comenzaba a lamentar cada una de sus decisiones.

—¿Por qué no volver a Londres antes? —sugirió, con frialdad. Warrington se tensó—. Spinster se ha ido. Mi hermana accedió a casarse contigo. Ya no necesitas vigilarnos.

—Lamento que las cosas terminaran así —dijo el conde con cansancio—. Si mi situación fuera distinta, jamás me habría fijado en tu familia.

—¿Tan difícil te resulta conseguir esposa?

—Nadie me acepta —confesó, casi en un susurro.

—¿Por qué no renunciar a tu heredero? Tienes un hermano.

—Es mi deber —respondió con frialdad.

—¿Y cuántas mujeres más estás dispuesto a enterrar por ese deber?

—Te prometo que, si algo sale mal, no volveré a casarme.

—Eso no me devolverá a mi hermana.

Warrington apretó los labios con frustración.

—Le propuse a Spinster que me consiga otra mujer decente. Si lo logra en cuatro semanas, dejaré libre a tu hermana.

Eso explicaba por qué el americano se había marchado.

—¿Cómo sigue la señorita Fletcher? —preguntó el conde.

—Ya despertó. Mañana partiremos.

Warrington asintió, pensativo.

—Es fuerte. Por un momento, creí que moriría.

Augustus no respondió. Esa posibilidad aún lo descomponía.

—No estoy buscando una heredera —añadió el conde—. Si es más fácil… puedo casarme con ella. Dijiste que no tiene a nadie.

—Es mía —espetó Augustus con voz gélida y el conde palideció.

—¿Cómo dices?

—No te acerques a ella. Ni una oferta, ni una palabra. Si lo haces… te mataré.

Y Warrington supo que no mentía.

Ni sus hermanas, ni Olivia serían víctimas de su maldición.

Augustus encontraría la manera de liberarse de ese hombre, no estaba dispuesto a perder nada ni a nadie.

Capítulo 13

"¿Qué es mejor, ser una solterona o la siguiente condesa de Warrington?
Es evidente que para Penelope Humphrey, una unión matrimonial es más importante que cualquier otra cosa.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Augustus se encontraba en medio del pasillo, rodeado de una falsa calma, y solo se atrevió a inhalar un poco de aire cuando la puerta de la habitación de Olivia se abrió y Penelope apareció en su campo de visión.

Esperó unos segundos a que su hermana cerrara la puerta y se acercó a ella.

—¿Te dijo algo?

—No —musitó con tristeza, y su corazón se encogió—. Ya han pasado once días y sigue sin hablarnos. ¿Crees que nos odia? —La voz femenina se quebró, y aunque él quiso ser positivo, tiritó.

—Está aturdida, lo que vivió fue algo horrible —soltó con esfuerzo y clavó la vista en la gran puerta—. Pide que le suban el desayuno, tengo un plan que podría funcionar.

Se dirigió a su despacho e hizo lo que nunca pensó que haría en el pasado: se tomó la molestia de escribir dos cartas para las mujeres que jamás imaginó desear en su casa con tanta urgencia.

Olivia necesitaba a sus amigas, por lo que quizá lady Aldrich y la señorita Devine serían de mucha ayuda.

—Envíalas ahora mismo —le entregó las misivas a su mayordomo —. Que cada una vaya en diferente carruaje. Es muy probable que

ellas los utilicen para transportarse.

—Como usted ordene, su excelencia —respondió el hombre, desapareciendo de su campo de visión, dejándolo completamente solo en medio del recibidor.

Si Olivia no deseaba hablar con Penelope, la mujer por la que recibió un disparo, mucho menos querría hablar con él, el hombre que fue lo suficientemente idiota como para generarle ese daño.

—Estás pálido —respingó en su lugar y se volvió hacia Charlotte. ¿Por qué nunca anunciaba su llegada?—. ¿Ya puedes contarme lo que sucedió?

—No sé de qué hablas —siseó, y la castaña enarcó una ceja, con sabiduría.

—Te vas con Olivia de un momento para otro y, cuando regresas, no solo llegas con Penelope, sino con Olivia herida. Está claro que algo sucedió y no quieres hablar del tema.

Apretó la mandíbula.

—Si te resulta tan claro, ¿por qué haces preguntas? —farfulló y la pasó de largo para refugiarse en su despacho, pero incluso así, su hermana lo siguió.

—¿De verdad Penelope se casará con el conde maldito? —continuó con su interrogatorio—. Ella está muy triste, no puedes obligarla.

—Charlotte —se volvió hacia ella, frustrado—. Solo déjame tranquilo, ¿sí?

—Pero…

—Hay cosas que es mejor que no sepas.

Lo cierto era que tenía miedo de que alguna de sus hermanas lo odiara por haber matado a su padre. Después de todo, nunca se

puso a pensar si ellas estaban listas para quedarse sin su progenitor.

—¿Por qué nunca me tomas en cuenta? —pateó el piso, dolida.

«Porque quiero protegerte».

—Porque no —respondió con poca madurez, y su hermana salió de su despacho, furiosa.

Tal y como lo predijo, las amigas de Olivia no demoraron mucho en hacer acto de presencia, y Augustus tuvo que observar desde la distancia cómo se adentraban a la habitación de Olivia.

¿Ella se alegraría?

¿Lograrían por fin levantarle los ánimos?

Las respuestas llegaron cuando, minutos después, Penelope ingresó a su despacho, sonriente.

—¿Y bien? —preguntó, exaltado.

—Funcionó, ella… está contenta.

Su corazón se encogió. Por fin había un avance.

—Invítalas a almorzar. Pueden comer en su alcoba —espetó atropelladamente, y su hermana lo miró con sorpresa.

—Pero no te agradan, tú…

—Por favor, ellas son justamente lo que Olivia necesita.

—Está bien.

Ambos salieron del despacho y Augustus se tensó al ver cómo Charlotte se escondía detrás de un pilar. Tenía la leve sospecha de que su hermana no descansaría hasta saber qué diablos estaba sucediendo.

Ella podía llegar a ser muy terca cuando se lo proponía.

Despachó a Penelope y vigiló a Charlotte durante las siguientes horas, viendo en silencio cómo aprovechaba que su hermana por fin estaba sola para adentrarse en su habitación.

Suspiró.

Era hora de hablar con la verdad.

Para su sorpresa, Charlotte fue igual de comprensiva que Penelope en cuanto a sus acciones referentes a su padre, y no dudó un solo segundo en abrazarlo y brindarle consuelo. No obstante, al igual que todos, sintió una gran preocupación por el futuro de Penelope.

—El conde nos tiene en sus manos, y si Penelope no se casa con él, las consecuencias serán muy graves —explicó finalmente, y su hermana la buscó con la mirada.

—¿Y qué pasó con Spinster todo este tiempo que te tuvo secuestrada? —quiso saber, y la pelinegra sonrió con amargura.

—Prefiero no hablar de eso.

Charlotte abrió los ojos con sorpresa.

—¿Te enamoraste de él? —Augustus no pudo tolerar ver cómo las lágrimas humedecían el rostro de su hermana—. Lo siento tanto, Pen. —Charlotte se acercó a ella y posó una mano en su hombro. Su relación era tan distante que no tenían la menor idea de cómo brindarse consuelo—. Yo… no lo sabía.

—No tenías por qué saberlo.

Augustus la abrazó en respuesta.

—Perdóname, hermana, nunca quise que las cosas terminaran así.

—Ya nada importa —respondió ella con voz débil—, lo importante es que este secreto nunca salga a la luz.

Al querer protegerlas, terminó provocando su propia ruina.

Charlotte se quedó en silencio, no muy segura de qué más decir, y Augustus se encargó de escoltarla a su habitación para que

Penelope pudiera descansar. Ahora que ella sabía la verdad, esperaba que dejara de ser tan dura al juzgarlos.

***

Olivia apenas podía creer que ya hubieran pasado once días desde la noche en que recibió un disparo. La recuperación no estaba siendo del todo agradable, pero al menos Penelope estaba a su lado y Augustus aceptó que sus amigas empezaran a visitarla.

Augustus.

No había vuelto a verlo, ni mucho menos a hablar con él.

El duque ni siquiera le había pedido perdón, y suponía que no podía esperar mucho de él. De todas formas, ya estaba haciendo bastante al dejarla vivir en su casa después de la gran mentira que inventó durante su viaje.

Su cuerpo se estremeció al recordar su trato, cómo solía tirar de ella sin cuidado alguno, lanzando órdenes a diestra y siniestra para que todo se efectuara a su antojo.

«Quiero irme», reconoció para sí misma, bastante consciente de que, si permanecía en ese lugar, él no demoraría en someterla a su antojo.

La puerta de su habitación se abrió con lentitud, prendiendo todas sus alarmas, y simuló que se encontraba dormida al determinar que podía tratarse de una criada. No tenía la menor idea de qué hora era; quizás eran las dos o tres de la mañana, por lo que quien sea que hubiese entrado a su habitación pronto se marcharía si la veía dormida.

Sin embargo, pudo percibir cómo esa persona se acercaba a la cama, y lamentó encontrarse boca abajo. Tal vez debía empezar a

poner de su parte y tratar de dormir en otra posición. Le dio la sensación de que esa persona estaba más cerca de lo que debía, y abrió los ojos con lentitud.

La sorpresa la golpeó con fuerza al ver que se trataba de Augustus. Se incorporó con lentitud y se aferró a las sábanas con esfuerzo. Su camisola tenía un par de arreglos, lo que implicaba que sus hombros y brazo izquierdo estuvieran a la intemperie.

—Tranquila, yo…

—¿Qué hora es? —Se frotó el rostro con cansancio. No quería ni imaginar la razón de su visita.

—Son las tres de la mañana.

Se tensó. ¿Por qué estaba ahí a horas tan inadecuadas de la madrugada? ¿Podría ser que pensara aprovechar la ausencia de Penelope para darle un ultimátum?

Asintió para sí misma. Era lo más probable.

—¿Qué haces aquí? Dudo que seas capaz de echarme a las tres de la mañana.

—Mi intención no es echarte —aclaró, y la piel se le erizó cuando se sentó sobre el mullido colchón y, sin previo aviso, la envolvió en sus brazos. La visión se le cristalizó—. Perdóname, Olivia. Perdóname por todo, por favor.

¿Podía creer en su arrepentimiento? ¿Cuánto tiempo le duraría su generosidad?

Cuando de ella se trataba, él era tan… irracional.

—Voy a compensarte —acarició su espalda y enterró el rostro en su cuello, inquietándola—. He sido un salvaje, pero te juro que tengo mis razones y…

—Lo sé —le cortó con brusquedad, y él presionó su agarre—. Quizá no estuve en mi mejor situación, pero los escuché en Escocia.

Él mató a su padre para rescatar a sus hermanas de horribles matrimonios, por lo que jamás podría juzgarlo por su decisión. Si lo pensaba detenidamente, el difunto duque nunca fue un buen hombre, y su muerte fue lo mejor para los hermanos Humphrey.

Augustus la buscó con la mirada. Se veía un poco tenso y nervioso.

—¿Estás al tanto…?

Asintió lentamente, y cuando intentó empujarlo por el pecho, él presionó su agarre.

—Suéltame, no diré nada.

—Sé que no dirás nada —musitó con aspereza y, sin siquiera pensarlo, besó su frente con ternura—. ¿No me juzgas?

—Lo hiciste por tu familia —susurró con voz tensa.

—Es verdad, yo…

—Pero es una lástima que, al final de todo, no pudiste salvar a Penelope. —Sus miradas se encontraron—. Si ella se casa con Warrington, todos sabemos lo que sucederá.

—Encontraré una solución —presionó su abrazo y apoyó la frente en su hombro—. Yo… tengo tanto miedo —confesó, abrumado, y Olivia lo abrazó por la cintura, no muy segura de estar haciendo lo correcto.

—Sé que lo harás —susurró con ternura—. Eres un duque, Warrington nunca será rival para ti.

—¿Eso crees? —preguntó con voz ronca, y no le brindó una respuesta, pero tiritó en su lugar al sentir sus labios contra la piel de su cuello.

—Augustus… —musitó con desespero, y el aire se atoró en sus pulmones cuando él enterró la mano en su nuca y ahora fue su lengua la que tocó su piel—. No, espera, yo…

Eran hermanos. Él no podía seguir con esa locura.

—Estaba tan asustado —confesó con voz ronca, rodeando su cintura—. Creí que te perdería, Livy.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno. Esto no estaba bien.

Él no haría nada de eso si supiera de su parentesco.

—No sucederá —suspiró, inclinando el rostro hacia un costado para brindarle mayor acceso, y pronto los labios masculinos regaron un camino de besos por su hombro—. Yo…

—Tú eres mía.

Sus palabras hicieron que la sangre se le congelara y volviera en sí, por lo que rápidamente lo empujó por el pecho, y gracias a los santos, él se incorporó con rapidez.

Acababa de recuperar la cordura.

El pánico que vio en sus ojos le dejó muy en claro que Augustus solo se dejó llevar por el momento.

—Lo siento, yo…

—Quiero descansar —le cortó y se cubrió con las sábanas, abrumada.

Su amor era imposible. Caer en las garras del deseo solo los llevaría a cometer el peor de los pecados, y ella no podía permitirlo.

Quizá nunca lo vio como un hermano, pero eso no cambiaba el hecho de que compartían la misma sangre.

—Entiendo —la tensión en el ambiente fue palpable—. Quería informarte que ya cubrí tus deudas y me encargué de comprar

nuevos muebles para tu casa. Nadie más volverá a molestarte. —La garganta se le cerró. ¿Pensaba pedirle algo a cambio o esa era su manera de disculparse?—. Lamento mucho no haber hecho algo por ti desde un principio. Por un momento olvidé la promesa que te hice.

Esa promesa que le hizo hace muchos años y le aseguraba que siempre cuidaría de ella.

—Gracias.

No era un buen momento para ahondar en el tema. Su cuerpo aún estaba afectado por lo ocurrido y sabía que, para él, la situación no era diferente.

—Livy —cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué simplemente no se iba?

—Olivia suena mejor.

—Nunca dejaré que seas de nadie más. —La sangre se le congeló y lo observó con horror. ¿Por qué le decía algo así justo ahora?—. Eres mía y lo mejor para ti es empezar a aceptar esa verdad.

Sus palabras la llenaron de pánico. Y no precisamente porque no deseara que fueran verdad, sino porque… lo eran. Y no deberían serlo.

—¿Qué dices? —La voz le tembló—. No puedes protegerme mientras me encadenas, Augustus —soltó con desespero—. Eso no es amor, es condena.

—Descansa.

Por todos los cielos, ¿es que ese hombre había enloquecido?

¡Ella no era propiedad de nadie!

Tenía que huir antes de que la ternura de Augustus la encadenara más fuerte que sus órdenes… y ella le permitiera hacerla suya sin atreverse a decirle la verdad sobre su parentesco.

Capítulo 14

"Me pregunto si en esta ocasión, la futura cuarta esposa del conde de Warrington podrá cambiar la maldición de su esposo. **Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".

«Nunca dejaré que seas de nadie más. Eres mía y lo mejor para ti es empezar a aceptar esa verdad», las palabras de Augustus volvieron a retumbar en su cabeza, y Olivia ladeó el rostro con frustración. Ya habían pasado dos semanas desde aquella noche, y estaba usando toda su energía para evitar encuentros incómodos con el pelinegro. No estaba lista para decirle que eran medios hermanos; tenía miedo del tipo de reacción que él tendría y de lo que esa noticia podría causar en su relación.

La garganta se le cerró.

Debía huir de él. Cualquier persona con sentido común saldría de esa casa, pero aún no estaba lista para soltarlo.

—¿Por qué nunca sales de tu habitación? —siseó Charlotte, adentrándose en su dormitorio sin permiso, y Olivia esbozó una débil sonrisa—. Penelope salió de paseo con Warrington. No entiendo por qué ese hombre no la deja tranquila. Ya consiguió la prometida que tanto quería, ¿por qué torturar a mi hermana de esa manera?

—Porque no quiere que las habladurías se extiendan —musitó, distraída.

—¿De verdad no hay nada que podamos hacer por mi hermana?

Olivia tragó con esfuerzo.

—Por más que analizo y analizo la situación, no puedo encontrar una respuesta —admitió, y la castaña de ojos ambarinos titubeó. Era evidente que la situación le angustiaba.

—Mi hermano sale todos los días, casi nunca está en casa, y me preocupa lo que pueda estar tramando. —La entendía; Augustus era como una bomba con patas. Una nunca sabía qué esperar de él—. Le escribiré a Carisbrooke. Quiero saber dónde está.

Salió de la habitación sin siquiera despedirse, y Olivia se frotó las sienes con cansancio.

¿Es que los Humphrey nunca encontrarían un poco de paz en sus vidas?

¿Cómo era posible que las cosas hubieran cambiado tan drásticamente para ellos en tan poco tiempo?

¿Por qué la noticia de que existían tres bastardas recién salía a la luz? ¿Quién estaba divulgando el secreto?

«No lo sabemos, pero ojalá nunca mencione que tú eres una de esas mujeres», le dijo una vocecilla, y sudó frío.

¿Sus amigas seguirían aceptándola si supieran que era la bastarda de su padre?

Lo más probable era que no. Ellos no necesitaban más escándalos en sus vidas.

Cuando su doncella le informó que Penelope estaba en casa, un mal presentimiento se alojó en su pecho. La pelinegra siempre venía a visitarla para quejarse sobre sus citas con el conde, así que algo en su interior le pidió actuar. Fue a su alcoba y la encontró más nerviosa y ansiosa de lo normal.

—¿Sucedió algo?

—¿Qué? —Se volvió hacia ella con rapidez. Sus ojos estaban muy abiertos.

Olivia la miró con recelo.

—Pen… —le advirtió con la mirada y le hizo una seña para que cerrara la puerta.

Esto era malo.

—¿Qué sucede? —avanzó en su dirección.

—El conde me informó que Travis estará en Las garras de Lucifer esta noche —se tensó. ¿Por qué el conde le diría algo así?—. Me dijo que lo buscara, que él no está bien, y me envió con Lilias para que pida su ayuda.

—No puede ser —susurró con nerviosismo—. Tú…

—Sí, iré. Necesito verlo —admitió con congoja, y su corazón se encogió—. Ayúdame a huir sin que mi hermano se dé cuenta. Lilias pasará por mí junto a su esposo. Te prometo que me apresuraré.

—Pero…

—Me casaré en una semana. Quiero despedirme de él —suplicó con ojos llorosos, y Olivia asintió.

Vivir un amor imposible no era sencillo, y su amiga merecía una despedida.

—Está bien, te ayudaré.

Augustus le había causado demasiado daño hacía más de un mes, incluso fue responsable de que recibiera un impacto de bala en el brazo, así que le debía más de un favor. Él debía entender que Penelope necesitaba a Spinster.

Por Dios, parecía un ser sin alma.

Doce horas más tarde, Olivia y Penelope se escabulleron por las escaleras de servicio. Ella rezó en silencio para que Augustus no las

descubriera. No obstante, a pesar de la tensión y la adrenalina que sentía en el pecho, no podía negar la felicidad de ver a su amiga sonreír, por primera vez en semanas, con auténtica emoción.

—¿Estás segura de que el carruaje pasará por ti? —musitó Olivia, preocupada, mirando sobre su hombro cada tres segundos, y Penelope abrió la puerta de servicio para estudiar el exterior por una delgada ranura.

—Sí. Lilias me dijo que será puntual y falta menos de un minuto para que venga por mí.

—Trata de ser rápida. Si tu hermano descubre que te fuiste, se enfadará. No quiero que vuelva a arrastrarme en contra de mi voluntad.

—Te prometo que seré rápida. Yo…

—¿De verdad creen que podrán engañarme tan fácilmente? —La voz de Augustus hizo que el aire se atorara en sus pulmones, y muy lentamente giraron sobre su eje para ver cómo el pelinegro emergía de las penumbras.

Había estado detrás de un árbol todo ese tiempo.

—Por favor, hermano, déjame ir a buscarlo. Él no está bien —rogó Penelope, y el pelinegro avanzó hacia ellas con paso firme y resuelto.

—¿Estás loca? —acusó a su hermana—. No puedes ir a un club solo para perseguirlo. Tu reputación…

—Yo lo amo, y estoy preocupada por él —le cortó apasionadamente, y la piel se les erizó a ambas cuando el sonido de los cascos anunció la llegada de Lilias—. Solo será una hora, Travis no está bien.

Olivia se dio cuenta de que esa discusión no terminaría bien, así que se armó de valor y abrió la puerta de servicio para ayudar a su amiga a huir.

—Solo vete, Penelope —espetó, y cuando se aseguró de que se trataba del carruaje de Lilias, cerró la puerta sin dudar y la atajó con su cuerpo.

—¿Por qué lo hiciste? —inquirió él, furioso, y Olivia se giró con valentía.

—Ella ya ha sacrificado mucho por esta familia. Déjala reunirse con Spinster.

Contuvo el aliento cuando, con dos simples zancadas, él se plantó frente a ella.

—Sabes que puedo apartarte de esa puerta con bastante facilidad.

Sí, lo sabía. Pero incluso así, no se movió.

—Ya déjala en paz, Augustus. Va a casarse con Warrington en una semana. ¿No crees que merece despedirse de Spinster?

—Tú… —su cuerpo empezó a tiritar al rodearle los brazos, y ella rezó en silencio para que no le hiciera daño—. Si quieres impedir que vaya por ella, vas a quedarte a mi lado hasta que regrese.

El pánico la invadió y lo miró con pesar; no obstante, él no dio más explicaciones. Con más sutileza de la que esperaba, la llevó a su despacho para que tomara asiento en el sofá, mientras él se refugiaba tras su escritorio.

«Bien, al menos no estropeará la noche de Penelope».

Ella podía quedarse ahí y cumplir con la tarea. Era una experta en observar a Augustus desde la distancia y en silencio.

Llevaba años haciéndolo sin que él ni nadie lo notara.

Sin embargo, ¿podría él quedarse tranquilo durante las siguientes horas?

***

Charlotte Humphrey no era una mujer que estuviera acostumbrada a exteriorizar sus sentimientos, y todo porque, cuando su madre estaba con vida, la atención solía recaer en la soñadora y dulce Arabella, o en la necesitada y exigente Penelope. Ella siempre fue serena, evitaba generar problemas. Luego su madre falleció y, de un momento a otro, quedaron bajo el cuidado de su horrible padre, quien intentó moldearlas a su antojo con métodos violentos y opresivos.

No era una mujer asustadiza; nunca le tuvo miedo a nadie ni a nada. Sus hermanos le enseñaron a ser fuerte y valiente. Por eso, ver cómo la determinación de Augustus y Penelope comenzaba a tambalear por culpa del conde de Warrington empezaba a sacarla de quicio.

Ahora sabía cómo murió su padre. Su hermano se lo había confesado hacía poco. Pero jamás culparía a Augustus por nada. Él le hizo un favor a la humanidad al deshacerse de un hombre tan despreciable como lo fue el antiguo duque de Richmond. Sin embargo, era muy consciente de que, si el conde maldito revelaba el secreto, nadie vería las cosas de esa manera. Comprendía el poder que aquel hombre tenía sobre ellos, pero no por eso aceptaba que las cosas siguieran así.

Estaban a una semana de la boda de su hermana, y Charlotte vio cómo Penelope huía de casa, ante los ojos de su hermano, con

ayuda de Olivia y lady Aldrich. Y lejos de seguirla, Augustus solo tomó a Olivia y se la llevó al despacho.

¿Qué estaba pasando?

Tal vez todo sería más fácil de comprender si la incluyeran en lo que estaba sucediendo.

«No te toman en cuenta porque pocas veces te preocupas por los demás», le dijo una vocecilla, y ella tragó con fuerza. Claro que se preocupaba por los demás… solo que no era dada a expresar sus emociones.

Aguardó con impaciencia el regreso de Penelope. Pero cuando el reloj marcó las tres de la mañana, supuso que era momento de preocuparse e ir por ella. Se dirigió al despacho de su hermano para hacerle notar la ausencia de su hermana… y que llevaba demasiado tiempo reteniendo a Olivia.

Su paso se ralentizó, recordando el lamentable estado en que Olivia llegó a Richmond House después del viaje a Escocia. Un viaje que había hecho contra su voluntad, y con su hermano. Ladeó el rostro con frustración al imaginar todo lo que pudo haber pasado durante esos días.

No era tonta. Desde su regreso, Augustus había actuado de forma extraña, y Olivia buscaba cualquier excusa para evitarlo. Su amiga le temía, lo que la llevaba a una sola conclusión.

Cuando llegó al despacho, no se molestó en llamar. Abrió la puerta muy lentamente… y se encontró con una escena profundamente alarmante: Augustus estaba hincado en una rodilla, cernido muy lentamente sobre los labios de la mujer que dormía profundamente.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Augustus se incorporó de golpe y contuvo el aliento cuando sus miradas se encontraron. Su nerviosismo lo delató.

—¿Qué haces fuera de tu cama a esta hora? —respondió con otra pregunta, y Charlotte alternó la mirada entre su hermano y la castaña.

—Penelope no ha vuelto. ¿No te preocupa?

—Está con el hombre que ama. Nada malo le sucederá.

—¿Una mujer está a salvo al lado del hombre que ama? —inquirió con dureza. Su dejadez respecto a Penelope le resultaba intolerable.

—Solo si es correspondida —aclaró él, y Charlotte miró a Olivia.

—Ella nunca estuvo a salvo a tu lado.

Su hermano palideció.

—¿Cómo dices?

—Tú le disparaste, ¿verdad?

Augustus apretó la mandíbula. Una vez más, ella sería su hermana menos favorita. Siempre tenía algo que decir, preguntas que hacer y una razón para oponerse.

—Guarda silencio y regresa a tu habitación, Charlotte —ordenó con voz peligrosa, y ella cerró las manos en dos puños.

—Ella necesita un esposo y lo sabes. ¿Por qué…?

—Porque no se puede —soltó con impotencia.

—Pero la amas.

¿Tan difícil era reconocer que se había enamorado de una plebeya?

Tenían dinero de sobra, podían casarse con quien quisieran. ¡La nobleza nunca les dio razones reales para ser felices!

—Esa no es razón suficiente para hacerla mi duquesa —respondió con voz tensa y negó con frustración.

—Voy a despertarla. Ella debe regresar a su habitación, y…

—Lárgate. Ella se quedará a mi lado hasta que Penelope regrese.

Charlotte lo miró con desconfianza.

—Estuviste a punto de besarla en contra de su voluntad. Ella te tiene miedo.

Augustus cerró los puños y, decidido a demostrar su autoridad, tomó a Olivia en brazos y salió del despacho.

Charlotte quiso seguirlo, pero se quedó petrificada al ver que su hermano se encerraba en su habitación… con Olivia, dormida.

¿Qué diantres estaba pasando con sus hermanos?

¿Por qué sentía que Augustus y Penelope estaban actuando como si fueran otras personas?

¿En qué diablos estuvieron pensando al enamorarse?

¡Era como si el buen juicio los hubiera abandonado!

Diez minutos más tarde, con los nervios a flor de piel, el aire volvió a sus pulmones al ver cómo Penelope regresaba por uno de los pasillos.

No obstante, se le juntó la angustia al verla con la mirada gacha y el aspecto desaliñado.

—Pen, ¿estás bien? —corrió hacia ella, alarmada, y todas sus alarmas se encendieron al ver su rostro cubierto de lágrimas—. Hermana…

Se puso tan rígida como una vara cuando la abrazó —no eran dadas a demostrarse afecto—, y no pudo decir nada al escucharla romper en un llanto desgarrador.

¿Tan enamorada estaba de Travis Spinster?

Cerró los puños. Esa casa necesitaba a alguien racional. Claramente, su hermano y Penelope no podrían serlo nunca más.

Ellos estaban tontamente enamorados.

***

Olivia se removió en su lugar, sin comprender del todo por qué se sentía tan cómoda, y contuvo el aliento al percibir la fragancia de Augustus envolviéndola en un trance agradable. Muy lentamente, abrió los ojos y se incorporó con cuidado.

¿Cómo había llegado a esa cama?

Él le había quitado los zapatos, pero seguía completamente vestida.

—Penelope ya regresó —le informó con aspereza, exigiendo su atención. Se enderezó al verlo junto al hogar.

Ya no llevaba abrigo, chaleco ni pañuelo. La camisa remangada hasta los codos le daba un aire más varonil que de costumbre. Olivia apartó las sábanas e hizo el ademán de levantarse.

—Espera.

Ahogó un jadeo al ver cómo la alcanzaba, y su corazón se encogió cuando se sentó junto a ella para acunarle el rostro.

—Augustus…

—Quédate conmigo esta noche —pidió él, helándole la sangre, y todo su cuerpo tembló cuando unió sus labios con suavidad—. Te necesito, Livy… déjame hacerte mía.

Ya era suya. Pero él no tenía por qué saberlo.

—No —apartó el rostro y lo empujó, pero él afianzó su cintura con firmeza.

—¿Por qué no? ¿Acaso no sientes lo mismo que yo?

Negó con la cabeza.

—Mírame a los ojos, Livy. Mírame y dime que no me amas.

La visión se le cristalizó. Por mucho que lo amara, jamás se aprovecharía de su ignorancia para llevarlo a cometer un pecado tan grande.

Eran hermanos. Lo suyo jamás podría ser.

Quizá, con el tiempo, él dejaría de sentirla como suya.

—No te amo —conectó sus miradas, y él abrió los ojos, sorprendido—. Nunca fuiste nada más que el hermano mayor de mi mejor amiga —mintió, pero se armó de valor para no perder la compostura—. Así que, por favor… ya para —suplicó, conteniendo un jadeo cuando él presionó su agarre.

—Me estás mintiendo —soltó apasionadamente—. Yo sé que me amas.

Olivia abrió los labios para rechazarlo otra vez, pero un suave gritillo brotó de su garganta cuando él se cernió sobre su boca y la besó con brusquedad, como si quisiera castigarla por todas las mentiras que acababa de decirle.

Intentó luchar por su libertad. Se resistió durante breves segundos. Pero incluso así, terminó tendida sobre el colchón, con el pelinegro sobre su cuerpo, moldeando sus costados mientras se rendía a sus besos y las fuertes arremetidas de su lengua.

¿Cómo algo tan malo podía sentirse tan bien?

—Mmm… —jadeó con sorpresa cuando liberó sus pechos de un tirón, rasgando la tela de su escote, y se arqueó cuando apresó un pezón con su boca—. Augustus… —gimió, conteniendo el aliento cuando él le cubrió la boca con la mano.

¿Por qué?

¿No quería oírla?

—¡Mmm! —se agitó, mientras él chupaba su piel con ansia.

Por eso lo evitaba. Porque cada encuentro con él llevaba el deseo a un nuevo extremo. Porque Augustus no tenía frenos.

—No… para —rogó cuando le separó las piernas con las rodillas y se posicionó entre ellas.

—Ya que no quieres decirme la verdad, haré que tu cuerpo hable por ti —jadeó, estirando el cuerpo para tomar algo del cajón de su mesa de noche. Olivia, cegada hasta ese momento por el placer, no se dio cuenta de lo que pretendía… hasta que el lazo de seda se posó sobre sus labios. La levantó con cuidado y lo ató tras su nuca.

—¡Mmm! —trató de sujetar sus manos, pero él apresó sus muñecas y las llevó por encima de su cabeza para atarlas al cabezal.

No. ¿Qué estaba haciendo?

O peor aún, ¿por qué le gustaba tanto que la atara de esa manera?

—Me deseas —musitó él, seguro, con la mirada fija en su cuerpo. Terminó de abrir su vestido y acunó sus pechos endurecidos con maestría.

—Mmm —blanqueó los ojos, extasiada.

Augustus subió las faldas hasta la altura de la cintura femenina y Olivia se estremeció cuando acarició sus muslos. La sostuvo bajo los glúteos para elevar su cadera y juntar sus pelvis.

Su centro palpitó con necesidad. Espasmos le recorrieron el vientre bajo, y se removió con urgencia.

—¿Más? —sonrió con malicia, y ella asintió—. Aquí tienes más —gruñó, arremetiendo contra ella.

El lazo no logró amortiguar todos sus gemidos. Sus suspiros quebrados y lastimeros se colaban por los bordes, mientras él se mecía con habilidad.

—Puedo olerte, Livy. Sé que me deseas —susurró. Ella negó con la cabeza, desesperada—. Si tanto insistes, tendré que comprobarlo de otra manera.

Se apartó y ella ahogó el aliento al sentir cómo le retiraba los interiores. Tiritó al oír su gemido y percibir su respiración entrecortada. Lo buscó con la mirada, sin entender por qué él parecía tan ansioso y… tan necesitado.

—Necesito probarte —murmuró.

Olivia dejó de pensar cuando su lengua la poseyó con maestría. La recorrió de maneras impensables, entrando y saliendo con una intensidad abrasadora. Y si pensó que nada superaría eso, se equivocó cuando la penetró con un dedo, separando su estrecha piel.

—¡Mmm! —algo colapsó dentro de ella, recorriéndole el vientre con violencia e impactando directamente con la lengua del hombre que amaba.

«Mi medio hermano».

Ese pensamiento la golpeó como un látigo y la visión se le cristalizó.

«Esto es un pecado y aun así lo deseo».

Sollozó con impotencia al comprender lo irracional que había sido al dejar que todo llegara tan lejos.

Él lo notó al instante. Se incorporó y la buscó con la mirada.

—Livy… —el pánico lo invadió. Toda su excitación se evaporó.

Olivia no se dio cuenta del dolor en sus brazos hasta que él la liberó del lazo y la ayudó a sentarse. Le quitó la tela de los labios con una ternura casi desesperada.

—Yo… lo siento. ¿Te he hecho daño? —se oía angustiado.

Por más que lo intentara, no podía dejar de llorar.

¿Por qué tenía que amarlo tanto?

Él acarició sus muñecas, marcadas por el roce de la seda.

Ella supo que no habría mejor momento que ese para ponerle fin a la locura.

—Me asustas —mintió. La tensión que se apoderó de él fue inmediata, tan palpable, que le hizo sollozar—. Yo nunca te pedí esto. ¿Por qué me hiciste algo así?

¿No se daba cuenta de que si la besaba de esa manera y le mostraba todos sus secretos, ella no haría más que amarlo con mayor intensidad?

Él se apartó, horrorizado, y ella se apresuró a abotonarse el vestido.

—Lo siento… —su voz apenas fue un susurro—. No pude controlarme. Te amo tanto… siempre lo he hecho, y…

—Olvídame —ordenó con frialdad—. Nunca seré tuya. —Lo desafió con la mirada—. Al menos no por voluntad propia.

Salió huyendo de la habitación, descalza, y solo necesitó llegar al pasillo para romper en un llanto desgarrador… y silencioso.

Ese era su final.

Pero era lo mejor.

Los hermanos no podían hacer esas cosas.

Hizo el ademán de ir a su habitación, pero se detuvo en seco al ver a una pálida Charlotte frente a ella.

—Livy… ¿estás bien?

—Hoy no, Charlie —suplicó, y la pasó de largo para refugiarse en su dormitorio.

Una vez que Penelope se casara, se iría con Lilias.

Le pediría un puesto fijo en Diamantes.
Richmond House jamás sería su hogar.

Capítulo 15

"Según fuentes cercanas, la relación entre la familia Lacey y los Humphrey no es tan buena como ellos quieren aparentar. Se dice que las hermanas del duque no soportan en lo más mínimo a su futuro cuñado.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

«No te amo. Nunca fuiste nada más que el hermano mayor de mi mejor amiga».

Augustus no podía dejar de temblar. Le resultaba simplemente imposible sacar esas palabras de su cabeza. Aún podía ver el rostro de Olivia, lleno de temor frente a él.

«Olvídame. Nunca seré tuya. Al menos no por voluntad propia».

¿Qué tan lejos estaba dispuesto a llegar con tal de conseguir el amor de Olivia?

Dios santo… ¿en qué estuvo pensando al someterla?

¡Ella jamás aceptaría algo así!

Le había mostrado su lado más oscuro y, como era de esperarse, solo recibió su rechazo.

«Me asustas. Yo nunca te pedí esto. ¿Por qué me hiciste algo así?»

Enterró el rostro entre las manos. Finalmente, tuvo que aceptar la realidad: todo este tiempo fue él quien la acorraló, quien la forzó a una relación desigual y se rehusó a ver las señales.

Si Olivia lo hubiera amado, no habría buscado un esposo. Y, sobre todo, lo habría aceptado la noche en que él cometió el error imperdonable de cruzar una línea muy peligrosa.

Ya habían pasado seis días desde entonces, y la boda de su hermana se acercaba rápidamente. Igual que la partida de Olivia.

Porque sí, sabía que quería marcharse. Y no era para menos.

La amordazó, la maniató y la tocó sin su consentimiento. Vio con sus propios ojos las marcas en sus muñecas. Le hizo daño al creer que someterla sería una forma de amarla.

Pero en aquel momento no pensaba en nada más que en tenerla. En lo mucho que la deseaba.

Su parentesco había dejado de importarle hacía tiempo, pero tal vez ya era hora de considerar los sentimientos de Olivia… y de sus hermanas.

Todo este tiempo le había pedido ayuda a Penelope porque temía dejar a sus hermanas solas. ¿Quién cuidaría de ellas si él faltaba? Pero ahora… ahora Travis Spinster le había demostrado que era más que un vecino: era un hombre capaz de sacrificarse por amor.

Estaba seguro de que Spinster sería un excelente tutor para Charlotte y Arabella.

Ellas ya no estaban solas. Y aunque el escándalo las alcanzara, por fin podrían liberarse de las cadenas invisibles que conllevaba ser una Humphrey.

Podrían abandonar Inglaterra. Buscar un futuro nuevo.

Spinster tenía dinero, inteligencia y carácter. Podría protegerlas.

Lo más sensato era que él se entregara.

Augustus asintió para sí mismo.

Su vida nunca había tenido valor real. Lo único que poseía era su título, y eso solo lo hacía útil como pieza del ajedrez nobiliario. Nada más.

Olivia no lo amaba. Y tal vez eso era lo mejor. Porque él no debía amarla ni desearla de esa manera.

Así que no tenía mucho sentido seguir viviendo.

Tarde o temprano, Olivia encontraría otro hombre a quien sí pudiera amar… alguien con quien formar una familia.

Porque entre ellos, eso nunca sería posible.

Una vez tomada la decisión más acertada —o al menos la más honorable—, Augustus abandonó Richmond House y se dirigió a casa de su vecino: el hombre que su hermana amaba, y quien acababa de enseñarle que no existía mayor prueba de amor que el sacrificio.

Sabía que Spinster había ofrecido su fortuna y hoteles a Warrington. El mismo conde se lo había confirmado. También sabía que Spinster había intentado por todos los medios conseguir a una mujer que aceptara casarse con él en lugar de Penelope.

No lo había logrado. Por eso, la boda seguiría adelante al día siguiente.

Anunció su presencia al llegar, pero no esperó al mayordomo. Hizo lo que haría cualquier duque desesperado: se dirigió al despacho por cuenta propia.

Allí estaban. Spinster, y… Olivia.

Ella lucía algo pálida. Era evidente que su presencia la incomodaba. Pero ya no podía dar marcha atrás. Lo que debía decirle al castaño era demasiado importante.

—Señor… —El mayordomo titubeó. Estaba visiblemente angustiado.

—No te preocupes, Daniel —dijo Spinster con serenidad—. Todos saben que el duque hace lo que quiere.

Y por esa razón, justamente por esa maldita razón, Augustus había cometido el error de herir a Olivia. Un error que jamás volvería a repetir.

—Quiero hablar con usted —dijo con firmeza. Luego fijó la atención en la joven—. No sé qué te trajo hasta aquí —aunque sospechaba que Penelope la había enviado—, pero me alegra que estés presente. Debes escuchar lo que voy a decirle a Spinster.

—¿Qué? —susurró ella, con asombro, y él esperó a que el mayordomo se retirara.

—¿De qué se trata, Richmond?

—Quiero que te lleves a Penelope esta noche lo más lejos que puedas.

La conmoción fue tan grande que Spinster soltó el sobre que tenía en las manos.

—Pero…

—Asumiré mi responsabilidad —agregó sin mirarla—. Dejaremos al conde plantado y luego seré juzgado por mis crímenes.

Ella trastabilló y se aferró a la silla más cercana para mantenerse en pie.

—Sin embargo —continuó—, quiero que me prometas que cuidarás de mis hermanas… y de la señorita Fletcher… hasta el último día de tu existencia.

Porque si él moría, Spinster sería lo único que sus hermanas y Olivia tendrían.

La garganta se le cerró al ver cómo ella negaba con la cabeza. Pero no se atrevió a mirarla.

Esto era lo mejor para todos.

—Sus hermanas sufrirán mucho con su partida —dijo Spinster con voz grave.

Durante años lo había juzgado. Pero ahora ese americano le estaba dando una lección de humildad.

¿Por qué no aceptaba su oferta y simplemente lo entregaba al conde?

—Lo que necesitan es encontrar un hombre que las ame y valore. Y mientras el conde exista, eso nunca sucederá.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si Penelope no cumple con su tarea, irá por Charlotte. Y después, por Arabella.

Spinster abrió la boca para responder, pero no llegó a decir nada. El bullicio los alertó de inmediato.

Un lacayo irrumpió en el despacho, sin llamar.

—¿Qué sucede? —inquirió Augustus. Era uno de sus empleados.

—Su excelencia, debe venir con nosotros cuanto antes.

—¿Qué pasó? —preguntó, alarmado.

—Se trata de sus hermanas.

Por todos los santos… ¿por qué sentía que Charlotte había alcanzado el tope de su paciencia?

***

Penelope quería detener a su hermana. Realmente lo deseaba.

No veía nada de malo en que el conde de Warrington quisiera llevársela de Londres después de la boda.

Pero ni ella ni Arabella lograron alcanzarla cuando Charlotte pasó de largo al mayordomo del conde y se adentró en el salón de

entrenamiento, donde el rubio practicaba esgrima con el duque de Somerset.

Esto era malo.

El duque era un hombre muy influyente en sus círculos, y nunca aprobaría una escena tan desmedida como la que estaban a punto de presenciar.

Y si alguna vez pensaron que Charlotte ya no podía hacer algo más impulsivo… se equivocaron.

Solo necesitó identificar a su objetivo para gritar:

—¡Usted es un desgraciado!

Y se abalanzó sobre el conde con toda la furia contenida.

Le propinó varios golpes en el pecho antes de que él pudiera reaccionar. Warrington tuvo que sujetarla de las muñecas, girarla sobre su eje y, con rapidez, inmovilizarla con su cuerpo.

—¡Cálmese! —ordenó con voz firme.

Penelope se tensó cuando los ojos verdes del conde se posaron en ellas.

No era un mal hombre… pero estaba desesperado.

Y eso lo convertía en alguien peligroso.

—¡Basta, Charlotte! —suplicó Penelope, angustiada.

El duque de Somerset se alejó de la escena, observándola desde la distancia con un deje de fascinación.

—¡Suélteme! —gritó Charlotte, enviando un codazo hacia atrás que impactó en las costillas del conde. Cuando recuperó la libertad, no dudó un segundo antes de propinarle una sonora bofetada en la mejilla.

«Esto es una locura… estamos perdidas».

¡Warrington podría reaccionar de la peor manera!

—¡Usted no tiene perdón! —Charlotte se abalanzó sobre él de nuevo, y esta vez ambos cayeron al suelo enmoquetado, forcejeando mientras sus gritos aumentaban en intensidad.

Fue en ese momento cuando Augustus irrumpió en el salón, seguido de Travis y Olivia.

Penelope dio un paso atrás, abatida.

¿Por qué tenía que aparecer justo ahora?

Ya se habían dicho adiós.

Se habían dado todo el amor que les fue posible.

Verlo y no poder abrazarlo dolía más que nunca.

—¡¿Qué haces, Charlotte?! —el potente grito de su hermano la hizo reaccionar, pero no fue suficiente para detenerla.

Charlotte seguía golpeando el pecho de Warrington con furia desmedida.

Augustus la apartó con facilidad, dejando en claro que el conde había sido bastante paciente y generoso con su hermana.

Penelope sintió un escalofrío de gratitud.

Charlotte había hecho todo eso para defenderla.

—¡Suéltame! ¡Quiero matarlo! —chilló Charlotte, pataleando en brazos de su hermano—. ¡Él no merece piedad! ¡Es el conde maldito!

Warrington se incorporó lentamente, sin dejar de observar a la castaña y luego reparó en todos los presentes.

—¿Podrías calmarte? —siseó Augustus.

Pero su hermana no cedió.

—¡Lo odio, Warrington! —espetó con tanta fuerza que la tensión en la sala se volvió insoportable—. Si algo llega a sucederle a mis hermanos por su culpa, tenga por seguro que me vengaré.

El silencio fue sepulcral. Todos contenían el aliento.

Finalmente, el conde habló:

—Váyanse… y olvidaré todo.

Augustus no esperó más. Comenzó a arrastrar a su hermana fuera del salón.

—Mientras yo exista, ¡siempre tendrá una enemiga, ¿me entiende?! —gritó Charlotte, con la voz quebrada.

Penelope fue quien se encargó de cerrar la puerta.

Estaba completamente horrorizada por la escena que acababan de protagonizar.

—Penelope… —La voz de Travis la sacudió.

Hizo lo único que pudo: bajó el rostro y salió corriendo detrás de sus hermanos.

Olivia no dijo nada. No la detuvo.

Pero no le pasó por alto que tanto ella como Spinster decidieron quedarse atrás, mientras Augustus las obligaba a subir al carruaje. Lo más probable era que el duque quisiera tener una seria conversación con ellas.

Capítulo 16

"Me informan que una de las hermanas del duque de Richmond ha salido huyendo de su hogar a primeras horas del día. Me pregunto si el conde de Warrington podrá casarse el día de hoy.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Augustus quería entregarse, Charlotte acababa de agredir físicamente a un noble y Penelope había salido huyendo del señor Spinster como una cobarde. Era evidente que esa temporada no fue la mejor para los hermanos Humphrey, pero suponía que no había nada que ella pudiera hacer para cambiar el presente. Sin embargo...

—¿A dónde va? —sujetó a Spinster del brazo.

—Quiero alcanzarlos, él está muy molesto —espetó con voz neutra, mirando a la nada. El rechazo de Penelope no le había sentado nada bien—. Creo que lady Humphrey necesitará mi ayuda.

Augustus no se equivocó al decir que ese hombre podría cuidar de sus hermanas, pero no había necesidad de buscarle un reemplazo.

—Quiero hablar con usted, sígame —tiró de Spinster calle abajo e hizo que un carruaje de alquiler se detuviera.

—¿De qué se trata? —preguntó al subirse tras ella, con el ceño fruncido. Una vez dentro, lejos de los ojos curiosos, Olivia tomó el control de la situación.

—No podemos permitir que el duque se entregue —Spinster abrió los ojos con sorpresa—. Penelope nunca se lo perdonará, y mírelas: ellas no podrán salir adelante sin su hermano.

Dios santo, Charlotte había golpeado a un conde en su propia casa.

—Creo que tiene razón —torció los labios, dudando—. Pero Richmond parece muy convencido y la boda es mañana.

—Yo ocuparé el lugar de Penelope —soltó sin dudar, y el hombre se tensó—. Usted mismo me lo dijo: Warrington quiere una esposa fuerte, capaz de lidiar con un parto. Empezó a mirarme con otros ojos desde que recibí un disparo. Para él soy perfecta para parir a su heredero.

—¿Cómo? —frunció el ceño—. ¿No es mejor informarle al duque que piensa ocupar el lugar de su hermana?

«Nunca dejaré que seas de nadie más. Eres mía y lo mejor para ti es empezar a aceptar esa verdad», recordó, y negó con la cabeza.

—Él no lo tomará de buena manera.

—Pero…

—Hagámoslo a mi manera, por favor —lo cortó, y Spinster la observó con sabiduría.

—¿Por qué?

—Porque lo amo —dijo sin vacilar. Él abrió los ojos con sorpresa —. No permitiré que se sacrifique. Tiene mucho por hacer y tres hermanas que cuidar. Lo que hizo fue por ellas; no merece ser castigado por ello. El difunto duque era despreciable.

—Es correspondida.

—¿Cómo lo sabe? —la inquietud le recorrió el pecho.

—Él no solo me pidió por sus hermanas, sino por usted.

Su corazón se encogió.

—Lo nuestro nunca podrá ser.

—Yo pensé lo mismo de Penelope y mírenos ahora, luchando por nuestro amor.

—Es diferente —sonrió con amargura.

Ellos no eran hermanos.

—¿Cree que él podrá soportarlo? —La piel se le erizó—. Si se casa con Warrington, puede morir en el parto. ¿Cómo vivirá Richmond con esa culpa?

—No moriré —afirmó, apretando los puños sobre la falda de su vestido—. Le aseguro que todo estará bien. No piense en mí.

—Me salvaste la vida, Olivia —dijo, dejando a un lado las formalidades—. Eres la mejor amiga de la mujer que amo y claramente amas a los Humphrey. ¿Cómo me pides que no piense en ti?

—Porque quiero hacerlo —soltó con impotencia—. Porque mi vida no es nada al lado de la de ellos.

—Estoy seguro de que, para ellos, vales mucho.

—Solo ayúdeme, por favor. Penelope nunca abandonaría a Augustus, y su muerte podría destrozarla —sollozó. Él se tensó, pero finalmente asintió—. Necesitaré un somnífero, algo que lo mantenga dormido unas cinco horas.

—¿Por qué cinco?

—No puede llegar al desayuno nupcial.

—Entiendo el plan, pero ¿podrá sola?

—Le pediré ayuda a Charlotte.

—¿De verdad quiere drogarlo?

—¿Cree que hay otra manera más eficiente de dejarlo fuera del fuego por unas horas?

—Tienes razón —hizo una mueca—. Richmond puede ser un gran dolor de cabeza cuando se lo propone.

—Consígalo para esta noche.

—Y Penelope…

—Nosotras nos encargaremos de que todo esté listo.

—Está bien.

—Dígale que consiguió otra novia, pero no le mencione que soy yo.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—A Warrington House.

—¿Qué? ¿Va a golpearlo de nuevo?

—No —se rió—, pero necesitaré su ayuda para llegar a la iglesia.

—¿Le informará del cambio?

—No. Lo mejor es mantener todo en secreto.

El señor Spinster cumplió su deseo y la dejó en la casa del conde.

—¿Qué quiere ahora, señorita Fletcher? —siseó el rubio, furioso—. ¿No cree que ya me han causado suficientes problemas por hoy?

Ella reparó en el gran rasguño que tenía en la mejilla. No se vería nada bien para una boda.

—Lady Charlotte estropeó todas las ruedas de los carruajes —mintió, y él abrió los ojos—. Necesitamos que usted mande el transporte de la novia.

—Esa loca —farfulló, pero asintió—. El carruaje estará a las nueve. No tienen que preocuparse por nada.

Eso era perfecto. Augustus no pensaba enviar transporte porque ninguna novia llegaría a la iglesia. Mientras se retiraba, lo siguiente que escuchó la hizo detenerse.

—No quiero a Charlotte Humphrey en la iglesia ni en el desayuno nupcial. ¿De acuerdo?

—Claro —respondió con naturalidad.

Él no debía preocuparse. Ningún Humphrey iría al evento.

***

—¡¿Pero qué diablos tienes en la cabeza, Charlotte?! —bramó Augustus cuando tuvo a sus hermanas en el despacho, sin prestar atención al hecho de que Olivia prefirió quedarse con Spinster.

—¡Quiere alejar a Penelope de nosotros, hermano! —exclamó, sorprendiendo a Augustus—. Lo odio. Odio que quiera manejar su vida a su antojo —su voz se quebró, y bajó la guardia al ser abrazada con fuerza por la pelinegra.

No lo entendía. Charlotte no solía preocuparse por los demás, pero había actuado con total imprudencia por defender a Penelope. ¿Cuántas otras cosas no supo ver en ellas?

«Solo falta que Arabella sea lady Berricloth», pensó. Y se le erizó la piel.

—Descuida, Charlotte. Estaré bien —susurró Penelope.

Era hora de decir la verdad.

—Penelope se irá con Spinster esta noche. Se casarán en Escocia —dijo, y las tres mujeres lo miraron con incredulidad—. Bendeciré su unión. No quiero ser la causa de su desdicha.

Penelope se acercó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y el conde…?

—Asumiré las consecuencias. —Las tres palidecieron—. Pero quiero que él también caiga. Para eso, debemos dejarlo plantado en el altar.

—No puedes entregarte —dijo Penelope, aferrándose a él—. Te necesitamos.

—He sido egoísta contigo, Pen —le acarició la mejilla—. Si alguien debe morir, ese soy yo.

Arabella intervino, y tras la revelación, las tres lo abrazaron con fuerza. Augustus jamás imaginó que ese sería su último abrazo grupal. Había pasado tanto tiempo enfocado en el ducado, que olvidó que su familia era lo único irremplazable.

—No me iré con Travis. Nunca te abandonaré —dijo Penelope.

—Él cuidará de ustedes.

—Vámonos de Londres —sugirió Charlotte—. Estaremos bien, siempre y cuando estemos juntos.

—Ya es tarde. La boda es mañana.

Arabella lo abrazó de nuevo y él dejó un beso en su coronilla.

—Les prometo que todo estará bien.

Aunque sabía que estaban a un paso de perderlo todo.

***

Olivia llamó a la puerta de Charlotte antes de la hora de la cena y, al no recibir respuesta, entró con cautela. Sonrió con ternura al verla junto al hogar, mirando fijamente las llamas.

—¿Todo en orden?

—No —su voz se quebró. Olivia se sentó a su lado y la rodeó por los hombros—. Mi hermano quiere entregarse, estoy a punto de perder a mi familia y no hay nada que pueda hacer para evitarlo — se frotó los ojos con impotencia.

—No perderás a nadie —musitó con suavidad—. El señor Spinster y yo llegamos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó Charlotte, mirándola con el ceño fruncido. Olivia apartó una lágrima rebelde de la pálida mejilla de su amiga.

—Warrington le dijo que liberaría a Penelope del compromiso si le conseguía otra novia.

—¿Consiguió a alguien más? —su voz sonó débil y Olivia asintió.

—Necesito un esposo —confesó, y lejos de alegrarse, Charlotte se tensó—. Jamás permitiré que Penelope ni tu hermano se sacrifiquen. Ustedes son demasiado importantes para mí.

—¿Y su maldición…?

—Sobreviví a un disparo. Un parto no será nada.

—¿Mi hermano lo sabe?

—No, y nadie debe saberlo. Ni siquiera Penelope —musitó, con la voz temblorosa pero firme—. Spinster me traerá un somnífero esta noche. Me encargaré de drogarlo en la mañana para impedir que se entregue, y necesitaré tu ayuda para mantenerlo en Richmond House durante buena parte del día.

—¿Por qué harías algo así? Es tu vida la que está en juego —susurró Charlotte, conmocionada. Olivia la besó en la coronilla con ternura maternal.

—Ustedes necesitan a Augustus. Él no merece ser castigado por la muerte del tirano de tu padre. Actuó desde el amor. Merece otra oportunidad.

—¿Tanto lo amas? —la pregunta la erizó y no pudo evitar que la vista se le nublara.

—Sí —confesó con voz débil—. Lo amo tanto que me rehúso a perderlo de esta manera.

Charlotte la abrazó con fuerza, agradeciendo en silencio su valentía. Luego, respiró hondo y la miró con decisión.

—¿Qué debo hacer?

—Por ahora, bajemos a cenar con tu hermano. Él no puede quedarse solo esta noche.

Durante la cena, Olivia se sintió abrumada al ver la calma con la que Augustus se comportaba. Estaba tratando de ser amable y fraternal, como si supiera que esa sería su última cena con ellas.

Esbozó una débil sonrisa. Si tan solo él pudiera ver lo feliz que era cuando se reunía con sus hermanas…

«Empezará a notarlo a partir de ahora», determinó.

Augustus no se entregaría. Ella lo impediría. Porque todas las mujeres sentadas en esa mesa lo necesitaban con vida.

Tres horas más tarde, Olivia abrió la puerta de servicio y no se sorprendió al ver a Spinster allí.

—¿Trajo lo que le pedí? —inquirió, y él metió la mano en su abrigo. Pero sus movimientos cesaron cuando alguien más se unió a la conversación.

—Penelope no quiere bajar —dijo Charlotte, situándose a su lado.

Era la primera vez que interactuaba con el hombre que amaba a su hermana. Él dudó unos segundos, pero ella asintió con firmeza.

—Charlotte lo sabe.

Spinster le entregó un pequeño paquete que contenía un polvo blanco.

—Si quieren dormirlo cinco horas, usen solo la mitad.

—¿No le causará daño? —preguntó Charlotte.

—No, siempre y cuando usen la dosis correcta.

—Penelope no bajará por voluntad propia. Tienes que ir por ella —dijo Olivia, entregándole el paquete a Charlotte—. Lo mejor será que tú lo custodies. Estoy demasiado nerviosa. Iré por el duque para avisarle que estás aquí.

—¿Crees que querrá venir conmigo?

—Ya te lo dije: dile que conseguiste otra novia, sin decir mi nombre.

Spinster asintió y entró a la propiedad sin mirar atrás.

—¿En serio vas a buscar a mi hermano? —preguntó Charlotte.

—Claro que no. Si Penelope lo ve, no querrá irse —siseó, haciéndole una seña—. Debemos seguirlo. Ella no se irá por voluntad propia.

—Eres escalofriante… ¿cómo puedes estar tan consciente de todo?

—Crecimos juntos —espetó, con obviedad—. Los conozco más de lo que me gustaría —susurró.

***

La sola idea de irse con Travis y abandonar a su hermano le resultaba desquiciante. No había forma de que eligiera ese camino de lágrimas y dolor. Por eso, Penelope se negó a salir de su habitación cuando Augustus mandó a llamarla a las once y media de la noche.

—Dígale a mi hermano que no iré a ningún lugar —le indicó a la doncella. Pero si pensó que él iría a buscarla, se equivocó.

La persona que ingresó fue Travis.

Penelope lo observó en silencio durante varios segundos y luego rompió en llanto.

—Tranquila, mi amor. Todo estará bien —se arrodilló frente a ella y le tomó las manos para brindarle su apoyo.

—No puedo, Travis. No lo dejaré solo.

—Te doy mi palabra de que nada malo le sucederá —apretó su agarre—. He conseguido una novia para el conde. Tu familia ya no corre peligro.

—¿Lo dices en serio? —empezó a respirar con dificultad. ¿Podría ser feliz sin sacrificar a su hermano?

—Te prometo que, cuando volvamos, tu hermano estará bien.

—¿Él lo sabe?

—Lo saben las personas necesarias.

—Travis… —musitó, temblando.

—Jamás te mentiría con algo así. Aunque no lo creas, admiro a tu hermano. Me habría encantado ser la mitad de buen hermano que él.

La puerta se abrió de golpe, y Olivia y Charlotte entraron.

—Deben irse. El carruaje está listo —anunció Charlotte. Penelope se levantó con lentitud—. Augustus estará bien, Pen —musitó, abrazándola—. Vete con Travis. Nadie mejor que él para hacerte feliz.

—Gracias, Charlotte —susurró con suavidad. Luego miró a Olivia —. Por favor, cuiden de Augustus. Díganle que todo estará bien.

—Así será —Olivia le sonrió con ternura, guiándolos hacia las escaleras de servicio.

Estaba sucediendo. Al final, ella y Travis sí habían conseguido su milagro.

—¿Dónde está? —preguntó Penelope antes de subir al carruaje y Olivia la empujó suavemente por los hombros.

—Está algo tenso, pero sabes que te desea lo mejor.

—Me habría gustado despedirme.

Olivia agradeció que se cerraran las puertas del carruaje y observó en silencio mientras el primer paso de su plan se cumplía a la perfección.

Penelope estaba fuera de peligro.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó Charlotte, algo sorprendida de que todo hubiera salido tal como lo habían planeado.

—Solo queda esperar. Me reuniré con tu hermano en su despacho a primera hora para impedir su partida —extendió la mano—. Entrégame el somnífero.

—No lo tengo.

—¿Qué? —la miró con horror.

—Está en mi alcoba —explicó con naturalidad, luego la invitó a entrar en la casa y cerró la puerta detrás de ellas—. ¿Por qué no me esperas en tu dormitorio? Pronto te lo llevaré. De todas formas, debemos prepararte para el acontecimiento de mañana.

—Apenas es medianoche —comentó Olivia con melancolía.

—¿Planeas dormir? —Charlotte la miró divertida.

—No. Sé que no podré cerrar un solo ojo —admitió.

Charlotte le dio una suave palmada en el brazo.

—Pronto me reuniré contigo. Jamás tendré cómo pagarte todo lo que estás haciendo por mi familia.

—No representa un gran sacrificio —respondió Olivia, mirando hacia el piso.

Después de todo, de cierta manera… su vida ya no tenía sentido para ella.

Capítulo 17

Augustus apartó la vista del hogar cuando la puerta del despacho se abrió y forzó una débil sonrisa al ver a Charlotte asomarse.

—¿Ya se fue?

—Sí —musitó ella, avanzando con cautela hacia el sillón que estaba frente al suyo—. ¿Podemos hablar?

—Nada me hará cambiar de parecer —dijo con una firmeza dolorosa, sin mirarla directamente—. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Siempre fue tu favorita —murmuró ella con amargura—, pero nunca imaginé que llegarías tan lejos por ella.

Él rió, apenas.

—Penelope no es mi favorita. Solo que siempre me ha sido más fácil entenderme con ella… al igual que con Arabella —matizó, consciente del efecto que sus palabras tendrían—. Te adoro igual que a ellas, Charlotte. Para mí sería imposible elegir una favorita.

Ella asintió, cabizbaja.

—Lamento haberte causado tantos problemas. No debí ir a la casa del conde, ni mucho menos agredirlo.

—Hiciste bien —replicó él de pronto, y ella lo miró con sorpresa—. Hablaste por nosotros. Hiciste lo que todos deseábamos hacer, aunque no nos atreviéramos. Así que… gracias.

—¿De verdad crees que hablará?

Warrington no parecía un hombre cruel. Incluso había tolerado sus golpes sin represalias.

—No puedo tentar a la suerte —respondió Augustus.

—¿No te interesa saber quién fue el que divulgó nuestro secreto? ¿Qué razón tuvo para hacerlo? —Charlotte frunció el ceño—. Podría haberte pedido dinero, chantajearte por años, pero solo usó esa información para entregarte al conde.

Él se tensó.

—Sí… me gustaría saberlo —admitió—, pero ya no tengo tiempo para averiguarlo.

—Esa persona debe odiarnos —murmuró con la mirada perdida—. No buscó fortuna ni posición. Solo quiso vernos arruinados.

Augustus suspiró.

—No quiero que nuestra última conversación gire en torno a alguien que solo quiere nuestra ruina. Quiero que vayas a descansar.

—¿A qué hora te irás mañana?

—Todo está programado para las nueve. Supongo que saldré un poco antes.

—Me gustaría abrazarte de nuevo —susurró, con las mejillas sonrojadas.

Él se levantó al mismo tiempo que ella y la estrechó entre sus brazos.

—Todo estará bien, Charlie —le prometió con ternura—. Eres una mujer fuerte e inteligente. Sabrás cómo manejar lo que venga.

—Te prometo que cuidaré de Arabella.

La visión se le nubló, pero contuvo las lágrimas. Aquello era lo que más necesitaba escuchar: que pasara lo que pasara, sus hermanas estarían bien.

—Muchas gracias —besó su coronilla y le apartó una lágrima—. Ahora ve a descansar, por favor.

Charlotte lo miró una última vez antes de salir en silencio. Augustus cerró los ojos. Ellas encontrarían su felicidad… y su sacrificio, esperaba, no sería en vano.

***

Charlotte ingresó al cuarto de la alacena y dejó la vela sobre uno de los estantes, buscando con apremio lo que necesitaba tener entre manos. Rebuscó entre tarros, cestos, frascos, hasta que finalmente sonrió al encontrar el recipiente de harina.

—Lo siento mucho, Olivia —susurró, sacando el pequeño paquete que Spinster les había entregado minutos atrás.

Con sumo cuidado, lo abrió y derramó más del noventa por ciento de su contenido en el suelo. Luego, lo rellenó con harina hasta imitar el aspecto del original.

Drogar a su hermano era una locura. Sí. Pero también era su única salida. Hablar con él lo habría llevado a encerrar a Olivia. Hablar con Olivia, a hacerla desistir. Y entonces… todo se iría al demonio.

—Llevarlos al límite es la única forma —susurró para sí.

—¿Qué haces aquí?

—¡Dios! —dio un respingo y giró, sobresaltada. Arabella estaba de pie bajo el umbral de la puerta—. Guarda silencio —pidió con premura, mientras escondía el pequeño paquete.

—Charlie…

—¿Qué haces despierta? —fingió ignorancia, empujándola suavemente fuera de la alacena.

—¿Crees que podría dormir? —Arabella señaló el bolsillo donde guardó el empaque—. Dime qué tienes ahí o iré por Augustus.

—No —chilló, sabiendo que no tenía opción. Tendría que contarle parte de la verdad.

—No es justo —sollozó Arabella con la voz rota—. ¿Acaso estamos destinados a perder a uno de los nuestros?

—No me pasará nada —murmuró Charlotte, acariciándole la coronilla—. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

No lo estaba. Pero, curiosamente, tampoco tenía miedo.

—Augustus ha hecho mucho por nosotras. Se merece ser feliz.

—¿Y Olivia lo quiere?

Charlotte se rascó la nuca, divertida.

—Eres algo distraída. Olivia lo ama, y él a ella. No necesitamos saber más, ¿no crees?

Arabella ladeó la cabeza, confusa.

—Pero… ¿crees que él podrá despertar después de tomar ese somnífero?

—Lo hará. Estaremos ahí para ayudarlo a reaccionar. Pero para eso, no podemos perder ni un minuto.

Arabella se recompuso y escuchó con atención la explicación. El plan era simple: Olivia administraría el somnífero y regresaría a su habitación a arreglarse. Mientras tanto, Charlotte se vestiría para la boda y Arabella ayudaría a su hermano a despertar, lentamente.

—Te ayudaré. Pero con una condición —dijo con firmeza.

—¿Cuál? —preguntó Charlotte, inquieta.

—Iré contigo a la iglesia.

—¿Qué? —se alarmó—. Eso causará un escándalo. Podría arruinar tus oportunidades de matrimonio, y no quiero exponerte.

—No pienso dejarte sola, Charlie —la abrazó con fuerza—. No te preocupes por mi futuro. Aún es pronto para pensar en eso.

Charlotte cerró los ojos, más tranquila. No le habría gustado casarse sin uno de sus hermanos presentes.

—Está bien —concedió con una sonrisa.

—¿Crees que Olivia notará la diferencia? —preguntó Arabella mientras salían del cuarto.

—Claro que no. No tiene cabeza para nada en este momento.

¿En qué estuvo pensando Olivia al creer que el paquete estaba en su habitación si durante ese lapso ni siquiera se separaron?

***

Cuando el reloj marcó las ocho de la mañana, Olivia se volvió hacia Charlotte, que llevaba más de una hora caminando de un lado a otro, dominada por el nerviosismo.

—Es hora —susurró.

Charlotte se detuvo en seco.

—¿No crees que es temprano?

—No puedo bajar totalmente arreglada —explicó con suavidad—. Una vez que esté dormido, subiré a terminar de alistarme.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —respondió con rapidez.

Era su despedida. Según había entendido, el conde planeaba salir de viaje tan pronto terminara el desayuno nupcial. Necesitaba ese último momento a solas con Augustus.

Apretó el pequeño empaque entre sus dedos. Solo tenía una oportunidad. Si algo salía mal, si calculaba mal la dosis, ella sería la única responsable de su muerte.

«Todo irá bien», se dijo, y se dirigió al despacho del duque.

No se molestó en llamar. Ingresó con paso decidido, conteniendo el temblor de sus manos al verlo de pie detrás del escritorio.

Él alzó la mirada, frunciendo el ceño.

—¿Qué haces vestida así?

Había algo en su expresión… una sospecha. Ella sabía que notaba algo diferente y no pudo evitar que el corazón se le encogiera.

—Hay algo que quiero hablar contigo —dijo con firmeza.

Sin esperar su respuesta, se dirigió al aparador, tomó una botella de coñac, y mientras su espalda quedaba a salvo de sus ojos, abrió con discreción el empaque y dejó caer parte del polvo blanco en una de las copas. El resto lo tiró detrás del mueble. Servir las bebidas le tomó apenas unos segundos.

Ni siquiera sabía si había calculado bien la cantidad. Tras entregar la copa a Augustus, solo pudo observar cómo él la vaciaba de un solo trago. La garganta se le cerró, la parte más importante de su plan acababa de efectuarse. No había marcha atrás, ahora sólo debía esperar que el somnífero hiciera efecto.

—¿Cambiarías de opinión si te pidiera que no te entregues? —preguntó con voz baja, conteniendo las lágrimas—. No quiero que vayas. Quédate con tus hermanas.

—No huiré del conde, no soy ningún cobarde. —Augustus dejó la copa sobre su escritorio y retrocedió un paso. La punzada fue inmediata—. Diablos…

Se llevó una mano a la cabeza y terminó sobre una rodilla, murmurando unas cuantas maldiciones. Olivia corrió a su lado.

—¿Qué sucede? ¿Te sientes bien?

Había olvidado preguntar a Spinster cómo reaccionaba el somnífero.

¿Era normal ese efecto tan inmediato o exageró en la dosis que le suministró?

—No sé qué me pasa —se llevó una mano a la cabeza, adolorido —. Estaba en perfecto estado antes de… —su voz fue muriendo y la sujetó de los brazos con fuerza—. ¿Qué me diste? —la zarandeó y ella lo miró con fijeza—. Habla, Olivia, ¿qué tenía esa bebida?

—Necesitas descansar, han sido días difíciles para ti —susurró, ayudándolo a apoyarse en la silla más cercana.

Él aún intentaba resistirse.

—¿Por qué? —logró preguntar.

—Penelope, Charlotte y Arabella te necesitan, no puedes dejarlas tan pronto.

—Tú no lo entiendes… no puedo permitir que el conde se case con ninguna de mis hermanas…

Olivia sacó las sogas que ocultó bajo el sillón la tarde anterior.

—Trata de calmarte. Tengo el plan perfecto para quitarte al conde de encima.

—¿Qué…?

—Te aseguro que nadie vendrá por ti —se arrodilló frente a él y acunó su rostro—. La razón por la que vine a hablar contigo, además de darte un somnífero —agregó apenada—, es para informarte que tomaré el lugar de Penelope.

Las palabras apenas lograron llegar a él. Su cuerpo ya no le respondía.

—No quiero que sientas culpa por nada. Ella merece estar con el hombre que ama y yo jamás podría permitir que te entregues, eres

demasiado importante para mí.

La respiración masculina se hizo más lenta.

—Sé que lo hiciste por obligación —musitó, acunando su rostro—, pero gracias por cuidar de mí todo este tiempo.

Lo besó con ternura, comprendiendo que ese sería el último beso que compartirían.

—Te prometo que dejaré de ser un estorbo para tu familia. Por favor, no me odies mucho.

Los párpados de Augustus se cerraron.

«Está hecho», pensó, limpiándose las lágrimas justo cuando la puerta se abrió.

—El carruaje del conde acaba de llegar —informó Charlotte, con los ojos puestos en el cuerpo dormido de su hermano—. Se molestará mucho cuando despierte.

—¿Qué? —la voz de Olivia fue apenas un susurro—. Aún falta para las nueve.

—Ya les informaron que no estás lista. Tienes que terminar de arreglarte —añadió Charlotte, algo exaltada.

—Entiendo —respondió.

Subió a su habitación con el corazón acelerado. La doncella de su amiga se encargó de retocar su peinado y maquillaje. Todo parecía avanzar, hasta que Charlotte regresó… vestida con un elegante traje color marfil.

La piel de Olivia se erizó.

—¿Qué haces vestida así? —exclamó.

—Quiero ir contigo. No puedo dejarte sola —dijo con pesar.

—No lo harás —negó Olivia, con firmeza—. Vas a quedarte con tu hermano y te asegurarás de que no salga de Richmond House. Ese

era nuestro acuerdo.

Charlotte agachó la mirada, avergonzada.

—¿Puedo al menos ponerte el velo?

Olivia se lo entregó, conmovida por la petición.

—Lo siento, Charlie. Pero ustedes deben quedarse. Estarán mejor aquí.

Charlotte le colocó el velo con sumo cuidado.

—Estás lista.

—Sí… —la voz de Olivia tembló.

Bajaron juntas al primer piso.

—¿Dónde está Arabella?

—Debe seguir dormida.

—¿Penelope te dijo exactamente qué planea el conde?

—Solo mencionó que quiere concebir a su heredero fuera de Londres.

—Lo que significa que… quizás no volvamos a vernos.

Charlotte palideció.

—Quiero que les digas algo a tus hermanos —Olivia se detuvo—. Los amo. Son la familia más hermosa que pude tener. Y gracias… gracias por haber regresado a mi vida hace más de cinco años.

Charlotte torció los labios, conteniendo las lágrimas.

—No me digas esas cosas… vas a hacerme llorar.

Se fundieron en un firme abrazo.

—Cuida de ellos. Eres la más fuerte de todos —le guiñó un ojo y salió con paso firme.

El carruaje que aguardaba por ella no tenía flores, el cochero parecía impaciente y ni siquiera estaba decorado con la insignia de los Warrington.

Pero ¿qué más podía esperar?

A esas alturas, ese hombre solo deseaba una cosa: tener por fin a su futura condesa bajo su poder.

Capítulo 18

"Un duque puede hacer todo lo que desee, pero me pregunto si lo que sucedió el día de ayer es algo que puede pasarse por alto con tanta facilidad. La ruina de los Humphrey ha llegado, pero ahora no puedo hacer más que preguntarme qué hermano es el más escandaloso.
Después de todo lo ocurrido, doy por sentado que Arabella Humphrey ahora pertenece al club de las solteronas"
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth.

¿Por qué su cuerpo se sentía tan ajeno?

Sabía que llevaba días sin dormir, pero aquella pesadez mental y ese zumbido detrás de los ojos, eran distintos. Su respiración se sentía ralentizada, como si cada aliento costara el doble.

Lo peor era ese dolor sordo en los muslos, como si alguien lo hubiera golpeado o frotado con violencia mientras dormía.

¿Qué demonios le estaba pasando?

—¡Despierta, Augustus! —La voz lejana de Charlotte empezó a hacerse más presente. Inhaló con dificultad, y en contra de su voluntad, empezó a toser—. Si no despiertas, no llegarás a tiempo para impedir la boda.

¿La boda?

«Tomaré el lugar de Penelope».

Las palabras de Olivia estallaron en su cabeza, y luchó con todas sus fuerzas por abrir los ojos. Al principio, solo distinguió siluetas, pero luego los rostros de sus hermanas ganaron nitidez.

—¡Hermano! —Arabella se alegró al ver que despertaba y él tragó con dificultad—. Bebe un poco —le acercó un vaso y lo instó a beber el contenido.

¿Leche?

—Debes volver en ti. Olivia te dio un somnífero —dijo Charlotte, atropelladamente, y Augustus la buscó con la mirada—. Lo hizo por ti —añadió con desesperación—. Te ama tanto que no podía permitir que te entregaras.

El corazón le latió sin control alguno.

Ella lo había drogado.

No podía creerlo… y al mismo tiempo, lo entendía.

El dolor en el pecho no venía del somnífero, sino del golpe seco de la verdad: ella estaba dispuesta a perderlo todo con tal de salvarlo.

Ella quería casarse con Warrington para protegerlo.

«Antes muerto», pensó con fiereza, y se incorporó con lentitud, odiando el temblor de sus extremidades. Debía ir por ella.

Se inclinó hacia la ventana, luchando contra las náuseas, y su cuerpo expulsó la droga con esfuerzo.

—Ten —Arabella le pasó un paño y él se limpió el rostro. Luego aceptó el vaso de agua y el polvo dental que ella le ofreció.

¿Por qué diablos estaban tan preparadas?

Un nuevo vaso de agua le devolvió algo de claridad. En pocos minutos, logró recuperar el control de su cuerpo.

—¿Dónde está? —pasó una mano por su cabello revuelto, conteniendo un sinfín de emociones.

—De camino a la iglesia.

—Debo ir por ella —declaró con seriedad, y Arabella se interpuso en su camino, desesperada por mantener a sus hermanos intactos.

—Si vas, el conde te acusará.

—Yo me casaré con él —soltó Charlotte, helándole la sangre.

—¿Cómo dices? —la miró con asombro, aún tiritando.

—Ve por Olivia. No te preocupes por mí, pronto llegará el carruaje nupcial.

—¿Qué…?

—La envié en uno de nuestros carruajes. Su equipaje ya está allí. El cochero sabe que debe seguirte, y tu caballo está listo.

—Traicionaste su confianza —murmuró, sorprendido.

—Creo que si tú y Penelope están enamorados, lo mejor para ambos es casarse con quienes aman.

Augustus no podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo podía Charlotte estar dispuesta a semejante sacrificio?

—Pero…

—Si nos quedamos aquí, se nos hará tarde —le urgió con voz firme, justo cuando el sonido del carruaje nupcial retumbó afuera—. Muévete, Augustus.

—Jamás tendré cómo pagarte esto —susurró finalmente—. Muchas gracias, Charlie.

Charlotte asintió, y él se despidió de ambas con un beso en sus coronillas. En menos de tres minutos, ya cabalgaba a todo galope rumbo a la iglesia, decidido a impedir aquella locura.

Olivia Fletcher no era su hermana. Nunca lo fue.

Y esta vez, haría lo correcto para ambos.

Olvidaría las palabras de su difunto padre, de una vez por todas.

***

Drogar a un duque era, posiblemente, un crimen muy grave.

Sin embargo, para Olivia Fletcher fue la más grande prueba de amor que podía ofrecer. Lo hizo para evitar que Augustus se entregara a la justicia por haber matado a su padre siete años atrás, en un acto desesperado por salvar a su hermana de un matrimonio terrible.

La garganta se le cerró.

Él era tan noble… como idiota. Y por eso lo amaba.

Sabía que el único culpable de las desgracias de los Humphrey era el conde de Warrington, quien tenía a la familia amenazada y por eso Olivia tomó la decisión de ocupar el lugar de Penelope en el altar.

A cambio de una esposa, él los dejaría en paz.

—Es lo mejor —se susurró, intentando convencerse mientras esbozaba una sonrisa temblorosa—. Augustus debe cuidar de sus hermanas, Penelope está junto al hombre que ama y yo… necesito un esposo dispuesto a protegerme, pese a mi pésima situación.

Estaba sola. Su tía había muerto hacía tres meses, y no le quedaba un solo penique. Casarse con el conde era la única vía para sobrevivir.

«Pero morirás, él es el conde maldito», le recordó esa vocecilla cruel y tragó con fuerza.

Nadie la extrañaría. No tenía nada que perder.

El carruaje se detuvo frente a la iglesia y al mirar por la ventanilla, vio al conde de Warrington esperándola, acompañado por no más de seis personas. Él había dicho que sería una ceremonia discreta, pero no imaginó algo tan… vacío.

Por un instante, quiso huir. Pero sus impulsos se congelaron cuando el rubio se acercó con el ceño fruncido y abrió la puerta con brusquedad.

—¿Qué significa esto? —espetó, escudriñándola con ojos filosos.

Olivia tembló.

Además del arañazo en la mejilla, también tenía un hematoma en el labio.

—Usted dijo que Penelope sería libre si Spinster encontraba otra novia —respondió con voz baja.

—Eso lo sé —replicó con sequedad, examinándola de arriba abajo. Luego asintió, conforme—. Me refiero al carruaje. Este no es el coche nupcial que envié.

La tensión se intensificó, pero Olivia se dejó guiar cuando él la tomó del brazo para ayudarla a bajar. El día estaba empezando y no pudo evitar preguntarse cuántas sorpresas más le aguardaban.

—¿No está molesto? —preguntó en un susurro, sin atreverse a mirarlo directamente.

—Solo necesito una esposa lo bastante fuerte como para darme un hijo —siseó con frialdad y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Warrington era conocido como el conde maldito porque perdió a tres esposas durante el parto, ¿ella sería la cuarta o realmente podría darle el hijo que tanto deseaba?

—¿Ah, sí? —musitó, arrastrando las palabras.

—Adoras a los Humphrey. Recibiste el impacto de una bala para impedir que Richmond matara al hombre que su hermana ama —añadió con desdén. Ella reprimió un espasmo al recordar aquella noche sangrienta en la que Augustus perdió el control—. Y ahora estás aquí. Tiene sentido.

—Entonces… ¿procedemos?

—Sí. Quiero acabar con esta farsa cuanto antes.

—Yo también —susurró.

Él le tendió el brazo, como dictaba el protocolo, y ella lo contempló en silencio. Sujetarlo sería caminar hacia su perdición, pero ¿qué opción tenía?

Augustus nunca podría ser suyo. No después de drogarlo y traicionarlo.

Estuvo a punto de posar la mano sobre el brazo del conde cuando una voz rasgó el aire como un trueno:

—¡Olivia!

El corazón de Olivia dio un vuelco, como si hubiese olvidado cómo latir durante semanas.

No podía ser.

Lo había dejado inconsciente en su despacho. ¿Cómo era posible que estuviera de pie, montado en su caballo, con la furia de un huracán en los ojos?

—No puede ser… —susurró, helada.

Augustus galopaba a toda velocidad, montando su semental como un hombre que no temía morir.

—Maldición —farfulló el conde, y antes de que pudiera cubrirla con su cuerpo, el duque subió las escalinatas con rabia imparable. Olivia se apartó instintivamente de Warrington, y el hombre terminó lejos de su alcance.

—Debes irte, Augustus —tiritó ella cuando él descendió del caballo y la sujetó del brazo con fuerza contenida.

—¿Cómo te atreviste a traicionarme? —escupió él, y su mirada la atravesó como un puñal.

Su alma se encogió, él estaba muy molesto.

—No quiero que te entregues —la voz se le quebró.

Él no respondió. Simplemente la alzó con decisión y la montó sobre su caballo, sin darle oportunidad de resistirse.

—¡¿Qué estás haciendo?! —bramó Warrington.

Olivia forcejeó, pero Augustus se colocó tras ella, rodeándola con su brazo firme como el acero por la cintura.

—Este no es tu carruaje nupcial. Tu futura esposa está en camino —soltó el duque con voz helada.

El conde vaciló.

—¿Qué? —musitó Olivia, atónita.

¿Otra mujer? ¿Quién en su sano juicio aceptaría casarse con Warrington?

—Si me estás engañando, juro que estaré en primera fila el día que te cuelguen —espetó el conde.

La amenaza le revolvió el estómago y comenzó a forcejear con desesperación.

—¡No! ¡No me iré! ¡Yo…!

—Tú vienes conmigo —dictaminó él, y el frío de su voz le caló hasta los huesos.

Warrington intentó ponerse en su camino, pero entonces se oyó el galope de otro caballo acercándose. El sonido confirmó que Augustus no mentía: esa mañana, el conde conseguiría una esposa.

Warrington no dijo más. Selló los labios en una fina línea y les lanzó una mirada cargada de advertencia.

«Si me engañan, los mataré», decían sus ojos.

Olivia gritó cuando Augustus espoleó al animal, ignorando al rubio, y el caballo se alejó de la iglesia a todo galope.

Cerró los ojos con fuerza.
Aquello sería un escándalo.
Y se suponía que los Humphrey nunca protagonizaban uno.

Capítulo 19

"Lady Penelope eligió a un americano, lord Richmond a una mujer sin título ni fortuna, y lady Charlotte al conde maldito. Los Humphrey no parecen ser tan listos después de todo.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Olivia no tenía la menor idea de en qué lugar se encontraba, pero todo su cuerpo se estremeció cuando Augustus se adentró por el portón de una modesta casa de tres pisos. Por encima de su hombro vio cómo los lacayos corrían para cerrarlo, y el aire se le atoró en los pulmones cuando él tiró de las riendas con elegancia, haciendo que el animal se calmara.

—¿Dónde estamos? —observó la propiedad con inquietud y no opuso resistencia cuando él bajó del semental y la ayudó a hacer lo mismo, pero el pánico la invadió cuando él trastabilló y cayó sobre la pequeña escalinata.

—¡Augustus! —se arrodilló junto a él, con el cuerpo tembloroso—. Estás pálido, ¿qué te sucede?

—Sucede que me drogaste —la acusó con la mirada, mientras empezaba a sudar frío—. No me siento bien —su voz bajó una octava.

—¡Su excelencia! —Un hombre adulto, quien debía ser el mayordomo, salió de la casa principal y avanzó hacia ellos con paso apresurado—. ¿Qué le sucedió?

Olivia quiso hablar, pero dio un respingo cuando Augustus le sujetó la muñeca con firmeza.

—No puedes abandonarme, Livy —pidió, molesto consigo mismo por no tener la fuerza necesaria para ponerse de pie. Luego miró a su criado—. Ella no puede salir de aquí y nadie debe saber nuestro paradero. Un carruaje llegará pronto, déjenlo entrar.

La garganta se le cerró. Nunca se imaginó que el somnífero le sentaría tan mal, pero aún no entendía cómo logró despertarse tan rápido.

Los criados actuaron con rapidez para lidiar con su patrón, y Olivia, sin considerar siquiera la idea de escapar, los siguió para cuidar de él.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al mayordomo una vez que Augustus estuvo en cama.

—En la residencia de soltero de lord Richmond.

Así que ese era su otro hogar. Barrió la habitación con la mirada. Era tan elegante como Richmond House, pero más modesta y acogedora.

¿A cuántas mujeres habría llevado a ese lugar?

«Deja de pensar en esas tonterías», se reprendió a sí misma.

—Me quedaré a su lado. Yo velaré por su bienestar.

El mayordomo debió verlo como una ventaja: no necesitarían vigilarla, y se retiró sin más.

Olivia se quitó el velo con cansancio, lo mismo que los zapatos. Estaba tan agotada que no dudó un segundo en recostarse junto al pelinegro. Después de todo lo vivido, lo único que deseaba era dormir un poco.

Sabía que pronto tendrían una conversación inevitable. Una boda sería lo más sensato, pero ella jamás permitiría que él cometiera un pecado tan grande.

Su amor no era tan egoísta.

***

La noche ya había caído sobre la ciudad y una figura emergió de las sombras frente a la residencia del duque de Richmond.

—¿Qué harás ahora? Lady Penelope huyó con el americano, y Richmond sacrificó a su otra hermana —espetó su acompañante.

Ella frunció los labios, irritada.

—¿Warrington te dio la paga?

—Sí. Pero quiere venganza. Su nueva esposa no le gustó nada, y ahora debe cuidar también de su cuñada.

—Así que canceló su viaje —dedujo la mujer.

—El desayuno nupcial fue privado, pero al parecer el conde no está de buen humor porque nada salió como tenía previsto.

—Quería una esposa y ahora la tiene. ¿Cuál es el problema? —farfulló—. ¿Le dijiste que mantenga la boca cerrada respecto al secreto del duque?

—Sí, y todo indica que no tiene deseos de ventilarlo.

Mejor así. No había lanzado esa verdad para ver a Richmond colgado, sino para verlo arder lentamente.

—Ve por los demás —ordenó—. Esta noche conseguiré lo que quiero.

—¿Ahora? ¿Estás segura?

—¿No crees que es el momento perfecto? —enarcó una ceja, entretenida—. La chismosa dirá que se fueron a Escocia y por ende nadie se molestará en buscarlos.

—Estás demente —suspiró su amigo y se marchó en silencio, con resignación.

De más estaba decir que esa noche, nadie se interpondría en los planes de Rebecca Blackwood.

***

Augustus abrió los ojos, exaltado, y lo primero que hizo al percatarse de que estaba en una habitación, la cual estaba a una agradable temperatura gracias al fuego de la chimenea, fue buscar a Olivia.

El alivio se extendió por todo su cuerpo al ver que estaba junto a él, totalmente dormida.

—No me dejaste —musitó más tranquilo y se frotó el rostro, abatido.

¿Qué hora sería?

No le sorprendía que se hubieran dormido la mayor parte del día, los últimos días habían sido agotadores. Abandonó la cama con mucho cuidado y tiró del cordón para solicitar un baño. Eran las diez de la noche, una hora muy poco apropiada para pedir una tarea tan morosa, pero debido a su condición física, sólo un chapuzón lo haría recuperar la cordura.

Tiró de las cortinas del dosel cuando llamaron a su puerta y ordenó que hicieran sus labores en silencio.

—Su excelencia… —su mayordomo demandó su atención.

—¿Qué se sabe? —se frotó los ojos, cansado.

Mucha gente vio como irrumpió en la boda del conde para robarse a Olivia, por lo que no le sorprendería que ahora mismo su familia fuera considerada como una de las más escandalosas de Londres.

—La boda de su hermana con el conde de Warrington se efectuó de manera exitosa —la piel se le erizó en respuesta—. El desayuno nupcial fue un acontecimiento privado, pero los lacayos llegaron a escuchar que el conde de Warrington no hará ningún viaje por el momento.

Perfecto, prefería tener a su hermana en Londres.

—Mañana iré a visitarlos. —Su criado abrió los ojos, sorprendido —. No iré a Escocia, conseguiré una licencia especial.

—Pero, si me permite…

—Charlotte me necesita, no puedo dejarla sola en un momento como este.

Al diablo con el escándalo, su hermana se sacrificó por su felicidad y él encontraría la manera de rescatarla del conde maldito.

—Entiendo —se limitó a decir—. ¿Gustará que alguien lo ayude?

—No. —Podía bañarse solo, lo menos que necesitaba era que la gente invadiera su espacio.

Una vez que estuvo solo, se despojó de su ropa sin perder un solo segundo y agradeció en silencio que el agua ardiente envolviera sus músculos entumecidos y le permitiera sentir un poco de tranquilidad.

¿Cómo estaría su hermana ahora mismo?

¿El conde estaría siendo generoso con ella?

Él…

—¿Por qué permitiste que ella ocupara mi lugar? —un escalofrío recorrió su espina dorsal y dirigió la mirada hacia la cama.

Las cortinas no le permitieron enterarse de que Olivia ya había despertado.

—Porque ella estaba muy segura de su decisión.

Y aunque él se hubiera negado, nadie habría detenido a Charlotte.

El silencio reinó en la habitación por breves segundos y él agradeció por dentro al escuchar como Olivia abandonaba la cama. No demoró mucho en aparecer en su campo de visión, su peinado estaba hecho un desastre, al igual que su maquillaje, pero incluso así se veía preciosa.

—Ven, toma un baño conmigo —su voz bajó una octava y pudo percatarse del temblor en sus hombros—. Ven, Livy, tú y yo tenemos mucho que hablar.

Por ejemplo: ¿en qué diablos estuvo pensando al drogarlo?

Como ella lo conocía muy bien, decidió facilitar las cosas y se acercó a la bañera con pasos titubeantes, mientras abría muy lentamente los botones de su vestido. La prenda terminó arremolinada en el suelo y ella se quitó el corsé y los interiores con movimientos nerviosos.

Augustus no objetó cuando terminó frente a él con la camisola puesta, así que le tendió la mano y ella la aceptó con un deje nervioso, para después sentarse entre sus piernas y recostarse contra su pecho.

—Fuiste una tonta —musitó finalmente y la abrazó con fuerza, mientras dejaba un casto beso en su coronilla.

—No podía permitir que te entregaras.

—¿Por qué no? —susurró y ella posó una mano en su pecho, acariciando sus vellos oscuros.

—Tus hermanas te necesitan.

No era la respuesta que quería, pero por el momento no la presionaría.

Empezó a quitarle los pasadores del cabello con paciencia, para después humedecer un paño y limpiarle el rostro, y le sorprendió la

docilidad que demostró durante su baño; mas no le gustó esa tensión latente que ella desprendía.

¿Por qué estaba tan renuente?

La piel se le erizó al recordar cómo la asaltó en su habitación y tragó con fuerza al comprender la situación. Ella le tenía miedo, la última vez la lastimó al someterla y por esa razón ahora debía ser más suave.

«Pero a ti no te gusta que las cosas sean suaves», le aclaró una voz con desdén, pero él la ignoró.

Amaba a Olivia y cambiaría por ella. Lo único que le importaba era que ella se sintiera bien en sus brazos.

—¿Por qué me mientes? —dejó su labor de lado y se cernió sobre ella para besar su mejilla, sonrió con satisfacción cuando ladeó el rostro, brindándole mayor acceso a su cuello—. Me amas, siempre ha sido así.

—Augustus…

—Y yo te amo a ti —le cortó y acunó sus pechos dentro del agua, con necesidad.

—Ah —gimió, y se removió en su lugar, quedando como piedra al sentir su dura excitación, y antes de que pudiera apartarse la sentó sobre su miembro para friccionarse contra ella—. Mmm… —se aferró a los costados de la bañera, ansiosa.

—Esto es inevitable, todo el mundo vio cómo te robé —susurró con esfuerzo, ansioso por ejercer fuerza contra el diminuto cuerpo, pero se contuvo a sí mismo y clavó los labios en su espalda—. Vamos a casarnos, vas a ser mía y…

—No…

La sangre se le congeló cuando ella escapó de su cautiverio con movimientos torpes y no le gustó que saliera de la bañera con tanta prisa y nerviosismo, pero sí que disfrutó de la vista.

La camisola estaba adherida a su hermoso cuerpo, como si se tratase de una segunda piel.

—No puede ser —susurró ella y sujetó una toalla para cubrirse.

—¿Por qué te resistes? —quiso saber y salió de la bañera, importándole muy poco la sorpresa que destelló en los ojos femeninos al verlo totalmente desnudo.

—No te aceptaré —desvió la mirada de su cuerpo y Augustus sujetó una toalla para secarse, con fingido desinterés.

—Tu cuerpo me desea y mis besos te derriten por dentro.

—Eso es mentira —gruñó y cuando se plantó frente a ella, tuvo que sujetarla del brazo para impedir que se apartara—. Augustus…

—Te hará frío —se limitó a decir y abrió los botones de la prenda, para después deslizarla por sus hombros.

Ella contuvo el aliento al quedar totalmente desnuda y Augustus se hizo de su toalla con bastante facilidad, para después admirar todo lo que siempre quiso y ahora por fin podría tener.

—Eres tan hermosa —acarició su mejilla y los ojos cafés lo miraron con lujuria, miedo e incertidumbre—. ¿Por qué no puedes disfrutar de esto? —preguntó con cierta frustración.

¿Tan difícil era aceptar que lo quería?

—Yo…

No la dejó hablar, simplemente tomó posesión de sus labios y dejó que su cuerpo y corazón hablaran por ella. La besó con suavidad, esperando un rechazo o una negativa, pero ella respondió a sus caricias y lo abrazó por el cuello, dejándole ver lo afectada y

excitada que estaba, pero cuando la abrazó por la cintura y juntó sus pieles, ella reaccionó con temor y rompió el beso con violencia.

—No —lo empujó por el pecho y una vez más se hizo de la toalla para cubrir su desnudez—. Esto no puede continuar, no me casaré contigo.

Para ese momento, la paciencia de Augustus ya había llegado a su final.

—¿Por qué no? —gruñó—. Tú me amas, hiciste todo lo que hiciste por mí y ahora te rehúsas a aceptarme —masticó sus palabras, temblando de la pura rabia.

Esa mujer era experta a la hora de sacarlo de quicio.

—Soy una plebeya, la hija de una criada —chilló, tratando de hacerlo entrar en razón.

—Eres la mujer que amo —farfulló.

—Lo nuestro nunca podrá ser —negó desesperadamente con la cabeza y él la miró con inquietud.

—¿Por qué haces esto?, ¡¿por qué lo complicas todo?! —perdió los estribos y avanzó hacia ella peligrosamente, pero lo siguiente que escuchó lo hizo parar en seco.

—Soy tu media hermana —musitó con voz suave, helándole las entrañas.

Ella lo sabía.

—Esto es un pecado, no podemos continuar.

—¿Quién diantres te dijo eso? —exigió saber, ¿por qué nunca le mencionó que estaba al tanto de la situación?

—Mi tía me informó todo antes de morir —lo miró con lágrimas en los ojos—, ¿ahora entiendes por qué no puedo aceptarte?

Claro que la entendía, él vivió con ese sentimiento por años, hasta que al final de todo decidió creerle a su corazón.

—Acabemos con esto, puedes llevarme a Rosemoor Hall, me quedaré ahí una larga temporada hasta que los rumores cesen y…

—¿No quieres casarte conmigo porque crees que eres mi media hermana? —preguntó con voz oscura, odiando que el enojo y la impotencia empezaran a carcomerlo por dentro.

—Somos medio hermanos —aclaró y él sonrió con malicia—. Augustus… —dio un paso hacia atrás.

—Por qué no me dices algo que no sepa… o que me importe —siseó y se abalanzó sobre ella, para besarla con mayor intensidad.

Porque para él, el único pecado era perderla.

Capítulo 20

"Con sus dos hermanos en Escocia, me pregunto qué lugar será más apropiado para lady Arabella: ¿la casa de su hermana, recién casada, o la casa de la marquesa viuda de Carisbrooke, donde su hermano solía dejarla cuando el deber lo obligaba a salir de la ciudad?

***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

No importaba cuánto lo deseara y amara, su deber era rechazarlo, pero… ¿por qué la besaba?

¡Acababa de decirle que eran medios hermanos!

Lo golpeó en el pecho, deseosa de obtener su libertad y hacerlo volver en sí, pero ni sus golpes, ni su forcejeo, ni el sentido común lo ayudaron a entrar en razón.

Al final de todo, ella se rindió a sus sentimientos y respondió a su beso con avidez, rodeándolo por el cuello para obtener la estabilidad en las piernas que estaba perdiendo.

¿A quién quería engañar?

Necesitaba abrazarlo, besarlo y fundirse en sus brazos para recuperar su tranquilidad. Él estuvo a punto de entregarse, dispuesto a morir por su familia, y ella… quiso sacrificarse por ese hombre.

La intensidad de sus sentimientos nunca podría esconderse, ellos debían encontrar su liberación.

Sus lenguas se entrelazaron con desespero, buscando una salida que no encontrarían de esa manera, y Olivia no opuso resistencia

alguna cuando él la sujetó de los glúteos y la instó a saltar para rodearlo con las piernas por la cintura.

—Mmm… —gimieron al unísono por el agradable choque de sus cuerpos, y Olivia tiró la cabeza hacia atrás, rompiendo el beso, cuando él la tendió sobre el mullido colchón y se recostó sobre ella —. Augustus…

—No eres mi hermana —gruñó, dejando claro que no le dejaría tocar ese tema justo ahora—. Jamás te sentí ni vi de esa manera, por lo que no creeré en las palabras de un padre que amaba verme infeliz —zanjó, y empezó a regar un camino de besos por su rostro, cuello y…

—¡Ah! —aferró su pecho entre sus dientes, torturándola con una desesperación latente e inquietante, y Olivia enterró las manos en sus negros cabellos—. Ah, sí —separó las piernas, brindándole una posición más cómoda para que sus cuerpos pudieran rozarse mejor, y miró el techo del dosel con desespero.

Su respiración cada vez era más lenta y jadeante, mientras que las pulsaciones de su corazón no hacían más que acelerarse.

—Tan perfecta —farfulló él, lamiendo su vientre con necesidad, y Olivia se aferró a la almohada cuando los labios masculinos llegaron a sus muslos internos y empezó a chupar su piel con ansia.

—¡Ah! —gritó, sumergida en una ráfaga de placer, y negó con la cabeza al darse cuenta de que nada ni nadie los detendría—. Augustus —lloriqueó al sentir esa intensa inquietud en la unión de sus piernas.

—Lo siento mucho, Livy, pero dudo que esto pueda alargarse —confesó con aspereza y contuvo el aliento cuando regresó a su

rostro para besarla con necesidad—. Detenme —rogó entre besos—, dime que pare e intentaré hacerlo.

La garganta se le cerró y acarició su rostro con ternura.

—No quiero que te detengas —se abrió para él y estiró el cuello para besarlo con vehemencia. Era verdad, ella nunca lo vio ni lo sintió como un hermano—. Te necesito, Augustus.

—Yo también —confesó, y Olivia se estremeció cuando sus dedos acariciaron sus lugares más secretos—. ¿Cómo puedes estar tan húmeda? —gimió contra su boca y ella se tensó—. No, no, tranquila —rogó angustiado—, solo déjame tocarte un poco.

—¡Ah! —se arqueó, sintiendo cómo un dedo dividía su piel, y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el pulgar masculino presionó su frágil y duro botón—. Sí, sí —suspiró, jadeante, clavando las uñas en la fuerte espalda de su hombre—. Por favor, Augustus —lo buscó con la mirada, él estaba tan tenso como una vara, y por un momento pudo ver la incertidumbre en su semblante.

Estaba dudando.

¿Podría ser que él no quisiera continuar?

Ella debería sentirse igual, después de todo, compartían la misma sangre, y ambos lo sabían.

—Para —gimió con esfuerzo y él se tensó—. No quieres esto, ¿verdad?

—¿Qué? —la miró con asombro—, ¿de dónde sacas eso?

Ella sonrió con amargura y odió que los dedos masculinos abandonaran su recinto.

—Estás lleno de incertidumbre —reconoció, y cuando quiso cerrar las piernas, él no se lo permitió y posó su glande contra su entrada.

—¿Eso crees? —siseó y ella tragó con fuerza—, ¿qué te dice mi rostro ahora mismo?

—Estás atormentado —soltó con rapidez y él se tensó, pero eso no impidió que comenzara a sumergirse en su interior, para marcar sus vidas—. Augustus…

—Siempre serás mi mayor tormento, Livy, jamás podré cambiar eso —confesó con aspereza, separando su piel con lentitud, y Olivia se aferró a él con firmeza, dispuesta a todo con saberlo totalmente suyo y viceversa—. Pero ahora me urge que seas solamente mía —sentenció y empujó contra su interior, robándole un agudo gemido que la llevó a arquearse en su lugar.

La penetración fue dolorosa y abrumadora, pero Olivia no reparó en esas sensaciones, sino en el hecho de que eran uno, de que, por primera vez en la vida, ya no eran únicamente sus almas las que estaban conectadas.

Lo abrazó por el cuello, odiando que la visión se le cristalizara, y él se estremeció en respuesta.

—¿Te duele mucho? —Negó con la cabeza—. ¿Entonces qué sucede?

—Te amo, Augustus —confesó con aspereza, y él tiritó en sus brazos—. Te amo tanto, ¡ah! —se arqueó al sentir cómo iniciaba un suave vaivén contra su centro—. Sí, sí, ¡ah!

¿Cómo era posible que esto pudiera sentirse tan bien?

Él se aferró al dosel de la cama con una mano, como si de pronto quisiera tenerla en cualquier otro lugar que no fuera su cuerpo, mientras que con la otra rodeó su muslo derecho para levantarlo aún más y brindarse una mejor posición para entrar y salir de ella.

—Ah —gimoteó, sintiendo cómo sus pechos bamboleaban en respuesta, y el placer y su excitación no hicieron más que incrementarse. Pero con el pasar de los minutos se dio cuenta de que no estaba sucediendo lo mismo con él.

Estaba tenso.

Sus ojos no brillaban con lujuria, sino con tormento, y eso la llevó a preocuparse.

—No, no te cierres —rogó él, con aspereza, y cambió el ritmo de sus arremetidas por uno corto y certero, que le robó suaves gemidos lastimeros—. Sí, joder —gimió, y repitió la acción una y otra vez, captando su atención.

A él no le gustaba ser suave, él…

Recordó la primera vez que visitó su habitación, cuando rodeó su cuello y lo presionó con lujuria, al igual que la noche que la maniató y amordazó en su cama, disfrutando con creces del encuentro.

Él necesitaba más que tenerla ahí, rendida a su contacto.

—Augustus —se colgó a su brazo, ese que se aferraba al cabezal de la cama, y él la buscó con la mirada—. Quiero más —pidió, y él se tensó—. No es suficiente —reconoció—, tócame, por favor.

La incertidumbre brilló en su semblante y Olivia gimió cuando rodeó su seno con dureza, pero se percató de cómo el cuerpo masculino reaccionó con entusiasmo.

Con el cuerpo sudoroso y el aliento entrecortado, lo rodeó con las piernas con necesidad, deseando terminar con ese suplicio de una vez por todas. Podía sentir las olas de placer en su vientre bajo, había algo que ansiaba salir, pero era muy consciente de que tanto Augustus como ella necesitaban algo más.

Aferró la muñeca masculina e hizo que acariciara la piel de su torso hasta llegar a su cuello.

—Livy… —se liberó de su agarre y posó su mano en su mejilla.

—Más, por favor —lloriqueó con cansancio y lo sintió tensarse—. Esto no es suficiente.

Él la buscó con la mirada, pero en ningún momento dejó de mecerse sobre ella, y Olivia se estremeció cuando acarició su mejilla.

—¿Quieres más? —inquirió con aspereza, y la piel se le erizó cuando rodeó su cuello con firmeza—. ¿Te gusta así? —empujó contra ella con dureza y presionó su cuello, llevándola a gemir por lo alto, mientras aceleraba sus movimientos y no aflojaba el agarre sobre su cuello.

—Sí —gimoteó con voz rota, percatándose de cómo él empezaba a gemir por lo alto—. ¡Ah! —tiró la cabeza hacia atrás, no debería gustarle, pero la falta de aire y los movimientos del pelinegro hacían que las sensaciones en su vientre bajo se multiplicaran—. Sí, sí, ¡ah! —algo colapsó en su interior, deslizándose por su vientre bajo, y él tomó posesión de sus labios con dureza, al tiempo que encontraba su liberación y una furia ardiente recorría sus entrañas.

—Mmm —suspiró con cansancio cuando liberó sus labios y muy lentamente soltó su cuello, para desplomarse junto a ella, en una posición en la que le daba la espalda.

Lo hicieron.

Incluso sabiendo que no podían, ambos sucumbieron en la lujuria.

Una lágrima se deslizó por su mejilla e hizo lo mismo que el pelinegro: giró sobre su costado para darle la espalda.

Suponía que en un momento así, lo mejor que podían hacer era fingir demencia.

¿En qué tipo de pecadores se habían convertido?

***

Decir que Augustus se sentía atormentado era poco para describir cómo se sentía en realidad. Por todos los santos, tomó a su media hermana, no le importó que compartieran la misma sangre paterna, y por si eso no fuera lo suficientemente malo, dejó que su lado más oscuro saliera a la luz y la sometió una vez más a sus deseos

La garganta se le cerró.

Se suponía que debía controlar sus deseos más bajos y tomarla con cuidado y pasión desmedida; pero no. Si bien estar dentro de su cuerpo fue placentero y lo más maravilloso que le pasó en años, él no estuvo ni cerca de alcanzar su orgasmo hasta que rodeó su cuello y escuchó sus gemidos ahogados.

«Soy un monstruo», pensó con amargura y se cubrió los ojos con el antebrazo.

Olivia era el ser más puro y bondadoso que conoció en la vida, ¿cómo diablos iba a pedirle que aceptara su lado más oscuro cuando, para ella, él era un hombre perfecto y correcto?

¿Se atrevería a marcar su piel, cuando ella fue lo más maravilloso de su infancia y un consuelo en los días oscuros?

Intentó contenerse, no dejó que el placer y la oscuridad lo gobernaran, pero cuando ella le pidió más, dejó de ser racional y simplemente rodeó su hermoso cuello y alcanzó nuevos límites.

La lujuria lo gobernó, las sensaciones se intensificaron y fue él mismo.

Un hombre que podría asustar a la mujer que amaba si se atrevía a salir a la luz.

No estaba listo para enfrentarla, necesitaba acomodar sus ideas y determinar qué haría con ella de ahora en adelante. Hablarle de su secreto y sus preferencias hacia el sadismo podría complicar mucho su dinámica.

¿Qué tal si se asustaba y huía de su lado? ¿O empezaba a verlo como un fenómeno?

Se frotó el rostro con una mano, inquieto.

Comprendía que fue un poco grosero al no decirle nada después del acto, pero la vergüenza lo estaba gobernando.

¿Cómo pudo ser tan rudo con la mujer que amaba?

¡Eso no tenía sentido!

No tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba así, pero sabía que ya había pasado más de una hora desde su encuentro pasional, por lo que dedujo que ella estaba totalmente dormida y…

—Muy bien. —La sangre se le congeló al oír una extraña voz en la habitación, y tanto él como Olivia se sentaron en su lugar, totalmente desnudos, y él la cubrió con las sábanas con rapidez, pese a que las cortinas del dosel los estaban protegiendo.

—Augustus… —su voz tembló, al igual que su delicado cuerpo, y la abrazó con fuerza.

—Tranquila —pidió con aspereza, no muy seguro de cómo hizo ese hombre para entrar a la habitación.

—Les dejaré unas mudas de ropa y ambos se vestirán para venir conmigo —indicó, y la garganta se le cerró.

—¿Quién diantres eres? ¿Cómo hiciste para entrar a mi casa y…?

—Sigue mi orden o tu mujercita sufrirá las consecuencias.

¡Maldita sea!

Una cosa era que se metieran con él, pero claramente ese hombre sabía cuál era su talón de Aquiles y cómo debía manejarse si quería que colaborara. Sin embargo, no lograba entender qué estaba sucediendo.

¿Quién diablos lo mandaría a secuestrar?

Se suponía que su único enemigo era Spinster.

«Claro que no, aún no sabes quién le habló de tus secretos a Hereford y Warrington».

La garganta se le cerró y sujetó las prendas oscuras para entregárselas a Olivia.

—Todo estará bien.

Aunque le habría encantado que no la metieran en eso.

Capítulo 21

Olivia nunca se imaginó que su día terminaría de esa manera: maniatada espalda con espalda con Augustus, amordazados en un carruaje, bajo la atenta mirada de un individuo con ropas oscuras y el rostro cubierto por una horrible máscara, con dos ojos negros y una boca curveada hacia abajo.

No era el mismo hombre que los había amenazado, ni uno de los tres vándalos que acudieron en ayuda del secuestrador para contener la ira de Augustus. Este era alguien diferente. Alguien con poder. Bastó un solo gesto suyo para que sus secuaces subieran a otro carruaje.

Llevaban más de dos horas dentro del vehículo y Olivia ni siquiera sabía si el hombre que los acompañaba estaba despierto. Desde que subieron, él no había pronunciado una sola palabra, y por la tensión que podía sentir en su espalda, fue fácil deducir que Augustus estaba tan ansioso como ella.

Olivia extendió los dedos con inquietud y movió la mano tanto como pudo hasta alcanzar la de Augustus. Él respingó, pero ella le dio un apretón, un mensaje silencioso: *estoy bien, no te culpo por nada*.

Eso tenía que pasar.

Existía una clara razón para que ambos hubieran terminado en esa situación.

—Yo que ustedes dormiría un poco. —El aire se le atoró en los pulmones, y tanto ella como Augustus enderezaron la espalda.

Era una mujer.

—¡Mmm! —gruñó él con enojo, y empezó a removerse en su sitio.

Suponía que la situación no le resultaba nada agradable.

—Aún faltan un par de horas para llegar a nuestro destino. —Se cruzó de brazos con suficiencia, y Olivia la observó de reojo.

La máscara cubría todo su rostro, y el atuendo negro —idéntico al que llevaban Olivia y Augustus— no dejaba vislumbrar ni la piel de su cuello. Fue entonces que se dio cuenta de que la capucha tampoco permitía distinguir el color de su cabello.

¿Por qué se ocultaban con tanta precisión?

—Si te sigues moviendo, lastimarás a tu mujercita —lo amenazó, y él se petrificó.

Ella quiso objetar, porque en realidad no le estaba haciendo daño, pero estaba amordazada y le pareció más sensato no enfadar a su captora.

—Veo que hicimos bien al traerla con nosotros —canturreó con descaro, y Olivia tragó con fuerza—. Gracias a ella seguiste a mi gente sin pelear, escribiste una carta para tu mayordomo para que no intentara buscarte, y ahora harás todo lo que yo diga.

¿Quién era esa mujer? ¿Por qué existía tanto odio en su voz cuando se dirigía a Augustus?

—No me gusta hablar sola —reconoció, e inclinándose sobre el pelinegro, le retiró el paño de la boca.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él apenas pudo hablar—. Deja a Olivia fuera de esto, ella…

—Ella es un cebo perfecto —lo interrumpió—. ¿Acaso olvidas cómo la trataste hace más de un mes?

Olivia odió que su cuerpo tiritara. Augustus, por su parte, miró a la mujer con una creciente preocupación.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes eso?

—Sé todo lo que pasa en tu vida, su excelencia —se mofó con malicia.

—Te daré cuanto dinero quieras, pero por favor, no le hagas nada —rogó él con desesperación, encogiéndole el corazón—. Olivia solo es una víctima. Yo la robé de su boda esta mañana y…

—No me interesa nada de lo que puedas decirme —lo cortó con frialdad—. No cambiaré de parecer.

Él inhaló con pesadez.

—¿Qué es lo que quieres? —insistió, frustrado.

—No te diré nada por el momento. Primero llegaremos a un lugar seguro para mi gente.

—¿A dónde nos llevas?

La mujer soltó una risa seca, casi desquiciante, y se inclinó sobre Augustus para volver a amordazarlo.

¿Qué tipo de juego era ese? ¿Por qué sentía que estaba jugando con él y sus nervios?

A los pocos minutos, el cansancio empezó a apoderarse de su cuerpo, y Olivia cerró los ojos con lentitud, comprendiendo que lo único que podía hacer por el momento era escuchar a su cuerpo.

Siempre pensó que ese día llegaría en cualquier momento, pero nunca imaginó que sería tan pronto. Ni justo ahora, cuando lady Richmond se encontraba tan delicada de salud. Aun así, a pesar de la conmoción y la tristeza que la embargaban, utilizó todo su esfuerzo para saludar correctamente a la mujer que supuestamente era su tía.

—Mucho gusto —musitó, un tanto inquieta por lo que vendría a continuación.

—Honoria Wood cuidará de ti a partir de ahora —espetó el duque con frialdad, observándola con desdén—. Ya pedí que empacaran tus cosas. Te irás con ella hoy mismo.

—¿Qué? —La garganta se le cerró—. Pero…

—No quiero que te despidas de mis hijas ni de mi esposa.

Porque él sabía que lady Richmond nunca permitiría que fuera despachada de su hogar de esa manera.

—Se lo ruego, su excelencia —los ojos se le llenaron de lágrimas —. Solo quiero despedirme y…

—¿Quién te crees? —escupió con enojo—. Eres una simple criada. Una plebeya que recibió la generosidad de un duque. —Su corazón se encogió. ¿Era necesario que fuera tan cruel?—. Tu lugar nunca será junto a mis hijos. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. No te quiero cerca de ninguno. Eres una sanguijuela con privilegios.

¿Por qué no le sorprendían sus insultos?

El duque nunca fue amable, ni siquiera con su propia familia.

—La señora Wood te criará como corresponde —siseó, y se dirigió a la recién nombrada—. Con su estatus y dinero, puede hacerla una señorita.

Honoria Wood asintió, cabizbaja.

¿Era normal que le tuviera tanto miedo al duque?

—Si me entero de que buscaste a mis hijos o intentaste escribirles algo, juro que te encontraré y te hundiré junto a tu tía.

¿Qué? ¿Cómo podía amenazar a esa pobre mujer de esa manera?

¡Ella no merecía algo así!

—No lo hará, su excelencia —intervino atropelladamente la señora Wood—. Le prometo que Olivia aprenderá a vivir sin sus hijos y se adaptará a la nueva vida que la espera lejos de Londres.

¿Por qué le estaban haciendo eso? ¿Cómo podían alejarla de los Humphrey?

Ni siquiera pudo ver a Augustus por última vez. ¿Cómo tomaría él el deterioro de salud de su madre? ¿Quién lo consolaría cuando lady Clara partiera?

Ella… ella… no pudo decirle que lo amaba.

«Y por esa razón, el duque de Richmond te está sacando de su vida», le susurró una voz interior, indicándole que ese hombre siempre supo lo que sentía. Y por eso mismo la creía una gran amenaza para el linaje de su familia.

***

Augustus observó con ira contenida cómo un hombre se hacía de Olivia, que estaba totalmente dormida, y la guiaba al interior de la casa. La propiedad estaba en medio de la nada, pero tenía todos los muebles que un hogar debía tener.

—Avanza —ordenó el vándalo que llevaba un cañón contra su espalda.

Augustus obedeció en silencio, odiando que las piernas le comenzaran a tiritar al darse cuenta de dónde los estaban llevando.

¿Hace cuánto que no lo encerraban en un sótano?

Ya habían pasado muchos años desde la última vez, pero incluso así, seguía teniendo un miedo irracional a la oscuridad. Vio cómo dejaban a Olivia sobre un pequeño diván y logró mantenerse en pie cuando lo empujaron hacia el interior de la estancia.

—Tengan una feliz noche —siseó la mujer que ahora mismo quería asesinar con sus propias manos, y contuvo el aliento cuando ella cerró la puerta sin una pizca de duda, dejándolo en una horrible penumbra.

La garganta se le cerró. Por varios segundos, no pudo moverse ni un ápice. Comprendía que su miedo era irracional, que la oscuridad no lo lastimaría ni traicionaría. Pero la odiaba. Odiaba el encierro, y odiaba no saber dónde estaba.

Su respiración comenzó a alterarse. Por más que tiró de sus brazos, no logró soltarse de las sogas que lo mantenían maniatado por la espalda. El paño solo le cubría la boca, pero en ese momento sentía que no le permitía respirar con normalidad.

Gotas de sudor se deslizaron por su rostro y la visión se le cristalizó.

Era un duque, maldita sea. ¿Cómo algo así podía hacerlo sentir tan vulnerable?

Dio un paso hacia atrás, más mareado y abrumado de lo que debería, y se preguntó si podía ahogarse.

El aire que ingresaba a sus pulmones era cada vez más escaso.

Él…

La fragancia femenina inundó sus fosas nasales y agradeció en silencio que Olivia hubiera juntado sus cuerpos para brindarle su apoyo. No podía abrazarlo —estaba tan maniatada como él—, pero no necesitaba sus manos para saber que lo estaba sosteniendo con su presencia.

Ella se había dado cuenta de su estado.

«Posiblemente siempre conoció tu miedo irracional a la oscuridad», le dijo la voz de la razón, y él tragó con fuerza,

agradecido de que su respiración comenzara a regularizarse.

Ella restregó su rostro contra su pecho, como si fuera un pequeño gatito en busca de afecto, y él se cernió sobre su cabeza para dejar un casto beso en su coronilla, a pesar de la tela que separaba sus labios de su piel.

Olivia levantó el rostro con timidez, y aunque no podían verse, lograron unir sus labios.

Todo estaría bien mientras estuvieran juntos.

Ella lo rodeó, tomándolo por sorpresa, y por alguna razón que no comprendía, él decidió confiar en lo que fuera que tuviera en mente.

Respingó al sentir sus labios contra la palma de su mano y abrió los ojos, intuyendo su petición.

Intentaría desatarlo con sus dientes, y para eso, él debía quitarle la tela que cubría su boca.

La tarea no parecía sencilla, pero después de unos minutos, ella pareció comprender mejor el tipo de nudo con el que se estaba enfrentando, y su corazón dio un vuelco al sentir cómo la presión en sus muñecas disminuía poco a poco.

Se soltó de un tirón, más tranquilo que nunca, y se bajó el paño con rapidez antes de volverse hacia ella.

—Muy bien, mi amor —musitó, y comenzó a desatarla. Luego acunó su rostro con ambas manos—. Lo siento tanto, Livy. Nunca quise meterte en esto —juntó sus frentes, frustrado—. Yo...

—¿Estás bien? —lo abrazó por el vientre, y él se tensó—. Sé que no te gusta la oscuridad. Yo… pensé que te desmayarías.

Estuvo a punto de hacerlo.

—Tu sola presencia fue de mucha ayuda —confesó, y le respondió el abrazo con timidez—. Siempre lo fue. Eras un rayo de luz y

esperanza cuando mi padre me sometía a sus horribles castigos.

—¿Qué haremos? —ambos se sentaron y se apoyaron en la pared más cercana—. Esa mujer parece odiarte mucho. No quiero que te lastime.

¿Por qué se preocupaba por él?

¡Era ella quien corría verdadero peligro, rodeada de tantos hombres!

—No podemos huir. Ni siquiera sé dónde estamos. Burlar su seguridad podría ser un suicidio —fue sincero, y ella se recostó contra su pecho.

—Livy, perdóname por mi actitud de esta noche —recordó el tema que lo atormentaba y posó una mano en su cintura—. Mi padre me lo dijo después de tu partida.

Ella se tensó.

—Por eso intenté mantenerte lejos cuando nos reencontramos. Yo… no podía controlarme. Siempre fuiste especial para mí, y tenerte tan cerca era desquiciante.

—Augustus…

—Cuando conocí a una de mis medias hermanas, supe que era ella desde el primer momento —admitió con voz ronca, agobiado—. ¿Cómo lo supe? No lo sé. Solo lo sabía. Sus ojos me hablaban de una conexión. Pero contigo… contigo nunca sentí otra cosa que no fuera amor. Y una pasión intensa.

—¿Siempre lo supiste? —inquirió con voz rasposa, y rompió el abrazo.

—No le creo —soltó con seguridad, y contuvo el aliento cuando ella se sentó sobre su regazo y lo abrazó por el cuello.

—Yo tampoco quiero creerle —confesó, y unió sus labios con suavidad, provocando que una incómoda presión se alojara en su ingle.

—No es un buen momento, Livy —gimió, aferrando sus caderas, y ella negó con la cabeza.

—Pero te necesito —se restregó contra él, y luego le subió el paño a la altura de la boca para amordazarlo de nuevo—. Seremos silenciosos —prometió, e hizo lo mismo con la pañoleta de su cuello.

Augustus bajó los pantalones femeninos, agradecido de que ella levantara una pierna para apartar la prenda, y luego alzó la cadera para bajarse los suyos.

Todo estaba oscuro. No podía ver absolutamente nada, pero su cuerpo pareció saber exactamente dónde pertenecía. Encontró la entrada de Olivia con sorprendente facilidad y se hundió en ella con necesidad.

—Mmm… —lloriqueó ella, instándolo a cubrirle la boca con una mano. Con la otra, aferró su cadera para iniciar un vaivén lento, pero firme. Aun así, no fue suficiente.

Abrió los ojos con sorpresa cuando ella comenzó a cabalgarlo con más violencia, y sus gemidos ahogados le erizaron la piel, enviándole un espasmo feroz por la columna que terminó por hacerlo perder el control.

Dejó que su simiente se deslizara por su estrecho canal y echó la cabeza hacia atrás justo cuando ella alcanzó el clímax, provocando que sus esencias se mezclaran.

Esto era una locura. ¿En qué demonios estaban pensando al hacer algo tan peligroso?

«En la adrenalina del momento», pensó, con la respiración jadeante. La ayudó a recomponer su ropa y luego hizo lo mismo con la suya.

—Descansemos —pidió ella, tirando de él con suavidad. Augustus dejó que lo guiara en medio de la oscuridad hasta el diván, donde se recostó tras de ella y la envolvió por la cintura.

—Te sacaré de esto, mi amor.

—Lo sé —musitó finalmente, y ambos cayeron profundamente dormidos.

Fue el sonido de la cerradura lo que lo obligó a abrir los ojos con lentitud y se tensó al ver cómo la puerta se abría, dejando entrar un halo de luz que confirmaba que ya era de día.

—¿Cómo hicieron para desatarse? —preguntó la mujer, resguardada bajo su máscara, con evidente sorpresa.

Augustus se incorporó con lentitud, agradeciendo que Olivia ya hubiera despertado.

—¿Ahora sí me dirás qué es lo que quieres?

Un segundo hombre se unió a ellos y clavó la vista en las sogas.

—¿Los atamos de nuevo?

—No. Están rodeados, no tienen a dónde ir. Y si corren, ambos llevarán un disparo.

La tensión de Olivia fue inmediata. Entrelazó sus manos con rapidez y tragó con fuerza.

—Síganme —ordenó la mujer. Cuando Augustus se levantó, uno de los hombres le apuntó con el cañón y los invitó a seguir a su jefa.

Se sintió bastante aliviado al salir finalmente del sótano. Esta vez estudió la sala con mayor claridad. La casa era pintoresca, ni siquiera parecía la vivienda de unos vándalos.

—¿Ahora sí me dirás qué es lo que quieres? —La mujer se volvió hacia él y puso las manos en jarras, molesta—. ¿Por qué me secuestraste? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué siento que eres la principal responsable de todos mis problemas?

—Porque soy la responsable de tus problemas —respondió con ira contenida, generándole una horrible sequedad en la garganta.

—¿Por qué? —preguntó con aspereza.

—Porque nada de esto te habría pasado si me hubieras buscado desde el principio —se quitó la máscara y bajó la capucha, revelando una sedosa cabellera negra y larga.

Augustus sintió cómo la tensión se le instalaba en el cuerpo.

No la conocía, pero…

—Pero a ti solo te importan tus hermanas legítimas. —Su corazón empezó a bombear sin control alguno—. ¿Verdad, hermano?

Era la tercera hija de su padre.

Esa mujer que no pudo encontrar.

Esa a la que había buscado durante meses… el año pasado.

Capítulo 22

La mujer que tanto había estado buscando durante los últimos meses —antes de que Penelope fuera secuestrada— estaba por fin ante él… y era todo lo opuesto a lo que se había imaginado.

No era una joven temerosa e inofensiva, sino una mujer que debía rondar los veinticinco años, con una presencia imponente, más dueña del mundo que cualquier noble que conocía.

Era hermosa. Y, sin lugar a dudas, una Humphrey de verdad.

—Yo… —boqueó, aturdido, y luego negó con la cabeza para despabilarse—. Te busqué durante meses, pero no sabía por dónde empezar y…

—Me buscaste porque me consideraste una amenaza, no porque te importara.

La sangre se le congeló. ¿Cómo contradecirla cuando eso era, en efecto, la única verdad?

—Querías encontrarme porque el conde de Warrington te estaba amenazando —añadió, cuadrando los hombros con altanería—. Yo le conté tu secreto… en realidad, se lo vendí por un precio bastante sustancioso —le regaló una sonrisa descarada.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber, pero ella no le dio una respuesta.

—¿No negarás mis palabras?

Él torció los labios con disgusto.

—Sospecho que mentirte podría salirme caro —reconoció con sinceridad.

Ella lanzó una risa amarga.

—No me buscaste cuando Hereford te habló de tus tres hermanas.

—¿Qué? —la miró con incredulidad—. ¿Tú…?

—Sí. Él también me pagó muy bien —siseó con malicia, cerrando los puños con rabia contenida.

—Por tu culpa, el vizconde rompió su compromiso con Penelope —soltó él, y Olivia lo miró con sorpresa—. No fue por Spinster. Rompió todo porque se enteró de la existencia de tres bastardas.

—Cuida tus palabras, Richmond —farfulló la pelinegra, helándole las venas—. Y sí. Si yo era infeliz, tu linda y tierna hermana también debía serlo.

Estaba demente.

—Penelope también es tu hermana —espetó, aún incrédulo.

Pudo percibir la tensión en los hombros de la mujer, pero esta se recompuso de inmediato.

—Nunca pensaste en buscarnos. Ni en darnos seguridad. Ni en cuidarnos —lo acusó con dureza—. Pero por tus otras hermanas, estabas dispuesto a dar la vida —escupió con desprecio, y Olivia abrió los ojos, sobresaltada.

—Me crie con ellas. A ti ni siquiera te conozco —admitió él, bajando la guardia cuando Olivia le tomó el brazo.

—¡Pero soy tu hermana! —le gritó, dejando en evidencia lo que él no quería ver.

Estaba celosa.

Se frotó el rostro, abatido.

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó finalmente y ella lo observó con fijeza—. ¿Dinero, prestigio, una posición social?

Rebecca desvió la mirada hacia el hombre que escuchaba la conversación desde la distancia. Suponía que los otros tres debían estar vigilando la casa.

—Quiero que me digas dónde está mi hermana.

Su corazón empezó a latir con fuerza y dio un paso hacia atrás.

—No hablo de Penelope, Charlotte, Arabella ni Graciela —aclaró con calma helada. Ya estaba al tanto de su parentesco con la hija del conde de Warrington—. Hablo de la tercera hija que nuestro padre tuvo.

La garganta se le cerró.

—¿Para qué quieres saberlo? —arrastró las palabras y miró de reojo a Olivia, que parecía al borde del colapso.

—Porque yo cuidaré de ella. Me aseguraré de que esté bien. Haré lo que tú no estás dispuesto a hacer por nosotras —escupió con desprecio, congelándole la sangre.

Si le decía que su media hermana —según el difunto duque— era Olivia, ella lo mataría con sus propias manos. Estaba al tanto de todo lo que sucedió entre ellos antes del secuestro.

—No sé dónde se encuentra —musitó con voz débil.

—No te creo.

—¿Por qué no? —se irguió con firmeza, y la reprendió con la mirada—. No conocía tu paradero. Ni siquiera sé tu nombre. ¿Por qué sabría algo de mi otra hermana? El duque las mantuvo muy bien ocultas.

Olivia bajó el rostro, inquieta, atormentada más de lo que debía.

—Entonces llévame con Aurora.

Olivia dio un paso hacia atrás.

—¿Cómo sabes de ella? —susurró ella, con la voz temblorosa, y la pelinegra por fin la miró directamente.

—Ella era la madre de mi hermana. Trabajaba para mi padre. Quiero verla.

—¡Olivia! —Augustus la sujetó justo a tiempo, al verla perder el control sobre su cuerpo. La alzó en brazos y la recostó sobre el sofá. Sabía perfectamente lo que estaba pensando. De nada servía no sentirlo su hermano si la verdad seguía siendo una sola.

Apretó la mandíbula, suplicándole en silencio que no dijera nada.

Olivia cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué le sucede a tu novia? —Su hermana se sentó sobre el espaldar del sillón, mirando a la morena con curiosidad—. ¿Nuestro padre llegó a conocerla? —preguntó con fingida inocencia.

—¿Por qué lo preguntas? —farfulló Augustus.

—Odiaba a la gente de color.

Se tensó. ¿Cómo sabía algo así?

—Aurora falleció hace muchos años —le informó, y la pelinegra se tensó—. Y su hermana partió hace unos meses, así que…

—Ella no tenía hermanas —escupió, como si hubiera conocido muy bien a la mujer. En ese momento, Olivia se incorporó con lentitud, presionándose las sienes—. Llévame a Rosemoor Hall. Quiero recaudar tanta información como me sea posible.

Si los criados reconocían a Olivia, su gran pecado no tardaría en salir a la luz.

—¿Por qué simplemente no la dejas tranquila? —farfulló Augustus, y contuvo el aliento cuando la mujer lo apuntó con su pistola.

—Harás lo que te digo. Y no porque estés secuestrado junto a tu noviecita —espetó con frialdad, imponiendo su autoridad—, sino porque aún no te perdono por haber matado a mi padre, Humphrey.

La sangre se le heló.

—¿Llegaste a conocerlo?

—Él siempre estuvo a mi lado, así que me debes más que una hermana. Me debes un padre —musitó con dolor, tomándolo completamente por sorpresa.

¿Ella amaba a su padre? ¿Cómo era eso posible?

¡Alaric Humphrey fue un hombre cruel y déspota!

—Yo…

—Si no me ayudas a encontrar a mi hermana, será tu fin.

—No —musitó Olivia, plantándose frente a él.

La pelinegra bajó el arma con rapidez. ¿Odiaba amenazar a las mujeres?

—No le hagas nada. Él…

—Él me quitó a mi padre, y nunca fue un buen hermano. Así que más le vale ser inteligente si no quiere una muerte repentina —farfulló, girando sobre su eje—. Saldremos de viaje en una hora. Pronto les servirán el desayuno, y por su bien, no intenten nada peligroso.

Augustus sabía que no podía huir. No solo porque ella poseía información vital, sino porque no soportaba que lo odiara con tanta intensidad. Ni mucho menos saber que la muerte de su padre la había dejado sola y desprotegida.

Bajó el rostro, abatido.

Era una ladrona. Su hermana ni siquiera tenía recursos para vivir con dignidad.

Debía hacer algo por ella.

—Mi nombre es Rebecca —se limitó a decir antes de subir al segundo piso, dejándolos bajo la vigilancia de su mano derecha.

—Augustus… —susurró Olivia, nerviosa, y él la abrazó con fuerza.

—No digas nada. Tiene que haber un error.

Quizá Rebecca lo ayudaría a descubrir todos los secretos que su padre se llevó a la tumba.

***

Rebecca no solo había mencionado a su madre, sino también el hecho de que tía Honoria no era realmente su familia. Y eso la estaba inquietando más de lo que quería admitir.

¿Cómo podía saber tanto sobre Aurora?

¿Podía ser que la hubiera conocido antes de su partida?

No tenía sentido. Nunca antes había visto a esa mujer y, si no compartían exactamente la misma edad, apenas debía ser unos años mayor.

Le dio un sorbo a su taza de té y miró al hombre que seguía apostado junto a la ventana, nervioso.

¿Por qué sus máscaras blancas tenían que ser tan feas?

—Come un poco —pidió Augustus, acercándole un plato con pan y jamón. Ella lo miró con súplica—. No tengo idea de qué tan lejos estamos de Sussex. No dejaré que viajes con el estómago vacío —decretó, con tono suave pero firme.

Ella inhaló con pesadez.

Tenía razón.

Además, ninguno de los dos tenía la menor idea de cuál sería el próximo paso de Rebecca, ni qué clase de trato estaba dispuesta a

ofrecerles. Por el momento, los tenía bajo su control porque conocía el secreto de Augustus. Un secreto del que, al parecer, nunca podrían escapar.

Rebecca había dicho que el difunto duque estuvo a su lado… lo que significaba que estuvo dispuesto a criarla.

Ese perfil no encajaba con el padre de Augustus.

Ese hombre siempre fue inhumano. Con todos.

—¿Crees que en algún momento querrá soltarnos?

Rebecca jamás encontraría a la tercera hermana que tanto ansiaba conocer porque, desgraciadamente, todo apuntaba a que ella era esa mujer.

Y si eso era cierto, no podían permitir que lo descubriera.

Se ruborizó.

Todos los presentes en esa casa sabían que su amor con Augustus ya había sido consumado. Y aunque hasta ahora parecía no importarles… nada sería igual si se enteraban de que lo hicieron sabiendo que existía la más mínima posibilidad de que fueran medio hermanos.

Le dio un mordisco al pan, angustiada.

Amarlo era un error, pero… ¿por qué no se sentía horrible?

Cuando estaba con él, entre sus brazos, besándolo con ternura, se sentía como en el cielo. Como si, por fin, hubiera encontrado su lugar en el mundo.

Y sabía que para él no era diferente.

—No lo sé —musitó en voz muy baja, y ella tragó con fuerza.

—Hay algo que no te conté —miró de reojo al hombre que los vigilaba. Parecía distraído.

Augustus asintió, y ella se acercó tanto como pudo para susurrarle:

—Tu padre contrató a Honoria para que me llevara lejos. No era mi tía de sangre.

La tensión se cernió sobre el cuerpo masculino, y ella lo observó con preocupación.

—Aurora no tenía familia. Ella no se equivocó...

Augustus le dio un sorbo a su taza de té, y Olivia alcanzó a ver el temblor en sus manos.

Esto empezaba a complicarse.

Estaban peligrosamente cerca de descubrir la verdad.

O mejor dicho… de confirmar lo que ambos ya sabían.

¿Y si habían cometido incesto? ¿Si realmente eran hermanos?

¿Cómo enfrentarían lo que había ocurrido entre ellos?

La puerta de la pequeña casa se abrió de golpe, sacándola de su letargo. Olivia se levantó de un salto —Augustus la cubrió con su cuerpo— al ver a dos hombres enmascarados entrar. No podía verles el rostro, pero la preocupación en sus movimientos era casi palpable.

—¿Qué sucede? —inquirió el hombre que debía vigilarlos. Unos pasos en el piso superior le indicaron a Olivia que Rebecca pronto bajaría.

—La guardia real nos está buscando. El último collar que robamos era de una marquesa, y ella nos denunció.

¿Qué?

¿La guardia real estaba tras ellos?

—Alisten los carruajes —ordenó Rebecca desde las gradas, como si fuera lo más normal del mundo—. Ya inspeccioné la casa, no hay nada de valor.

¡¿Qué?!

Olivia sintió que las piernas le temblaban.

—¿Esta no es tu casa? —siseó Augustus, perplejo, y la pelinegra soltó una carcajada.

—¿Por qué la pandilla de salteadores más temida de Londres tendría una casa? —lo miró con obviedad—. Solo la tomamos prestada.

La sangre se le congeló.

¿Ellos eran los que llevaban asaltando caminos desde hacía más de tres años? ¿Aquellos que elegían a sus víctimas con precisión quirúrgica, robando siempre lo más valioso?

Ahora todo encajaba y entendía cómo habían podido entrar en la residencia de soltero de Augustus sin ser detectados.

—Llévenlos al carruaje. Pronto los alcanzaré —ordenó Rebecca mientras se colocaba su máscara y subía la capucha.

—No están atados —protestó uno de los vándalos, con voz seca.

—No irán a ningún lado. El duque ama tener su cabeza en su sitio —respondió ella, y Augustus se tensó, pero no dijo nada—. Iremos a Sussex. Él les dirá exactamente a dónde.

Subió al segundo piso, y Olivia se aferró al brazo de Augustus cuando los hombres se acercaron.

—No la toquen —ordenó él, con frialdad.

Su gélida mirada fue suficiente para que los cuatro se detuvieran en seco.

—Solo dígannos adónde tenemos que ir —espetó finalmente, y uno de los hombres le hizo una seña para que lo siguieran.

Dios.

Tal vez no les habían hecho un daño real, pero era imposible no sentirse en peligro en manos de esos bandidos.

¿Cómo demonios hacía Rebecca para convivir con ellos?

Cuando partieron rumbo a su nuevo destino, todos sus planes se desmoronaron a unas millas de distancia, cuando les informaron sobre un riguroso control en las postas.

—¿Y ahora qué? —preguntó uno de los hombres, con la voz crispada, mirando por la ventanilla.

—¿Cómo que "y ahora qué"? —siseó Rebecca, sin molestarse en disimular su irritación—. Es hora de dividirnos. Cada uno tomará una ruta distinta.

—¿Y los disfraces? —insistió otro, señalando su atuendo negro.

—Quítense esa porquería de inmediato —masculló ella—. Lo último que necesitamos es llamar la atención. Vístanse como lo que son…

Augustus percibió su duda y no apartó la mirada cuando sus ojos verdes se encontraron.

—…O como puedan pasar desapercibidos —finalizó ella, rompiendo el contacto visual.

Augustus miró a los hombres. Solo uno hizo el ademán de quitarse la capucha raída.

¿Podía ser… que ya los conociera?

Además, ¿por qué unos salteadores de camino se moverían en carruajes?

Se suponía que para ellos todo sería más sencillo sobre sus sementales.

Capítulo 23

Augustus observó en silencio al hombre que vigilaba fuera del carruaje. Ahora podía apreciarlo con más calma, y algo en su aspecto llamó su atención. Era demasiado joven, pero parecía tener una gran confianza con Rebecca, pues hacía todo lo que ella pedía.

—¿De verdad crees que podremos pasar las postas sin ningún problema? Te reconocerán —susurró Olivia, agobiada.

Él se volvió hacia ella para entrelazar sus manos, pero la sangre se le congeló cuando ella apartó la suya con rapidez.

—Livy…

—¿Qué harás si somos hermanos?

La garganta se le cerró. No pensaba considerar ese panorama.

—No lo somos, ya te lo dije.

—Deja de engañarte, Augustus —pidió con amargura—. Cometimos un terrible error, nos dejamos llevar, pero creo que aún estamos a tiempo de remediar las cosas.

—¿Eso crees? —apretó la mandíbula—. ¿Estás segura de que podrás borrar de tu mente y corazón todo el amor que sientes por mí? —Ella palideció—. ¿O que podrás olvidar lo maravilloso que es todo cuando hacemos el amor?

—Para, por favor —suplicó, angustiada, y él acunó su rostro para besarla con dureza.

—No somos hermanos —afirmó contra sus labios, y jugueteó con las puntas de sus narices—. Deja de pensar en eso, por favor.

—Si ella lo descubre…

—Aún podemos fingir ignorancia. Ante cualquier situación, tú y yo no sabemos nada.

Sabía que su sugerencia era baja, pero ¿qué más podía hacer ahora mismo?

Olivia era suya. Jamás la dejaría ir. No había manera de que él renunciara a la mujer que amaba con cada fibra de su ser.

Eso sería matarse en vida.

La puerta del carruaje se abrió y Olivia se liberó de su agarre con rapidez.

—¿Podrían dejar de enamorarse en mi carruaje? —siseó Rebecca, irritada, llevando un lindo pero modesto vestido de viaje color lila. Les lanzó dos mudas de ropa—. Baja a cambiarte, Richmond. Ella se cambiará en el carruaje.

Cierto… había olvidado que sus ropas no eran nada convencionales.

—¿De dónde conseguiste esas ropas?

—¿Cómo que "de dónde"? —lo miró con diversión. Al parecer, su humor era un tanto retorcido—. Las saqué de tu casa. Debía tomar previsiones.

—Es verdad, este es mi vestido —confirmó Olivia, y luego miró a su hermana—. Y ese también.

Rebecca le guiñó el ojo a la castaña, y Augustus salió del carruaje a regañadientes.

—¿Dónde están tus amigos?

Ahora solo estaban ella y su mano derecha.

—Tomaron otro camino. Ya no los necesito.

Porque ahora que conocía su secreto, podía manejarlo a su antojo.

Augustus no le dio una respuesta y se dirigió al árbol más cercano para cambiarse de prendas. Esto era una verdadera locura. ¿Qué harían una vez que llegaran a Rosemoor Hall?

Ni siquiera sabía si guardaron las cosas de Aurora en algún depósito. Nunca se le ocurrió pensar que ahí podría encontrar algo que lo ayudara a confirmar la declaración de su padre.

Sea como sea, debía encontrar la manera de callar a su servidumbre.

Si ellos decían que Olivia era la hija de Aurora, tenía la leve sospecha de que Rebecca intentaría alejarla de su lado para siempre.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó una vez que estuvo listo y le indicó sus ropas negras—. ¿Qué haremos con esto?

—Lo guardaremos, por supuesto —dijo con obviedad y se hizo de las prendas—. ¿Crees que somos ricos? —metió todo en un saco de tela, y el castaño la miró con aburrimiento.

Él ni siquiera quería estar ahí.

—Dado que eres muy conocido, iré como la dama de compañía de tu noviecita y Dorian pasará como ayudante del chofer.

Era muy astuta. Nadie estropearía el viaje de un duque.

—Entiendo.

Barrió el bosque con la mirada. Sus camaradas se habían ido en el otro carruaje.

Tres hombres que no quisieron darle la cara.

¿Quiénes serían?

—¿Por qué tus amigos huyeron? —curioseó, y ella respingó en su lugar.

—¿Por qué deduces que huyeron? —le respondió con otra pregunta.

—Él no dudó ni un segundo en quitarse la capucha, pero ellos…

—Yo no le tengo miedo a nada —espetó Dorian, captando su atención, y Augustus lo observó con ojo crítico.

Esa arrogancia le recordaba a alguien.

—Como sea —Rebecca se acercó al carruaje y golpeó la puerta con fuerza—, ¿ya estás lista, futura duquesa? —se mofó, y Augustus se preguntó si la situación le parecería tan divertida cuando descubriera que ella era la hija de Aurora.

«No tiene por qué saberlo», determinó.

—Mi nombre es Olivia —siseó su mujercita desde el interior del carruaje, y él sonrió con satisfacción—. Sí, ya estoy lista.

Rebecca abrió la puerta y subió al carruaje sin decir más, dejando claro que era hora de partir.

—No quiero sorpresas —dijo una vez que el carruaje se puso en marcha, y sus miradas se encontraron—. Si me traicionas, ambos seremos colgados el mismo día.

—No te traicionaré.

Lo menos que quería era que su hermana fuera atrapada por la justicia. Sin embargo…

—Pero me gustaría que dejaras de dedicarte a esto —confesó con sabiduría, y ella lo miró con incredulidad—. Puedo darte una posición en sociedad, diré que eres una prima y…

—No quiero nada de ti —gruñó con rencor, y Augustus se tensó.

—¿Por qué no? Yo…

—Porque no vas a comprarme con tu dinero —afirmó apasionadamente, helándole las venas.

—No quiero comprarte. Quiero darte una mejor vida.

—¿Por qué lo harías? Nunca te importé.

Eso no era del todo cierto.

—Rebecca, no sabía de ti y…

—Me ofreces estabilidad porque sé tu secreto. Pero no te preocupes, mientras me ayudes a encontrar a mi hermana, nadie se enterará de tu crimen.

Augustus se frotó los ojos, agotado.

¿Por qué tenían que parecerse tanto?

¡Así nunca podrían llegar a un acuerdo!

—¿Y qué harás si descubres que tu hermana es feliz con su vida? —la pregunta de Olivia disipó la tensión del ambiente e hizo que Rebecca dejara de ensañarse con él.

—Dejaré de preocuparme —admitió, con un deje amargo en el rostro.

—¿De la misma manera que lo hiciste con Graciela Lacey? —inquirió él, y su hermana asintió.

—Ella ni siquiera sabe que es bastarda. Su medio hermano la adora a pesar de su pasado, y no veo razón alguna para arruinar su vida perfecta —dijo aquello con nostalgia y genuino cariño, lo que lo llevó a sentirse más miserable.

¿Qué tan dura fue su vida después de la muerte de su padre, que estaba tan encaprichada con encontrar a su otra hermana?

—¿Cuál es tu apellido?

Ella se tensó y lo miró con recelo.

—¿Por qué te lo diría? Ni siquiera sabes si te di mi verdadero nombre.

Augustus abrió los ojos con sorpresa. Ella tenía razón.

¿Qué tal si solo le dio un nombre al azar para seguir escondiendo su identidad?

Después de todo, era una de los salteadores de camino más buscados de Londres.

Cuando llegaron a la posta, Augustus dejó que lo interrogaran y se mantuvo tan sereno como de costumbre mientras respondía a dónde se dirigían, logrando que el policía bajara la guardia y finalmente los dejara pasar.

Rebecca no dijo nada al respecto, pero él pudo percatarse de cómo el rubor volvía a sus mejillas una vez que estuvieron lejos del peligro.

No iba a delatarla. ¿Qué clase de monstruo lo creía?

Ella era su hermana.

Llegaron a Rosemoor Hall dos horas después, y él agradeció en silencio que la pelinegra lo dejara ir por delante. Al parecer, ya había entendido que no había necesidad de ejercer presión ni violencia.

—Su Gracia —jadeó su mayordomo al verlo ahí, y él lo miró con fijeza, enviándole un claro mensaje con la mirada.

«Haz todo lo que te digo».

—Fue un viaje repentino —espetó—. Me gustaría saber si guardaron las cosas de Aurora Wood en el ático. Su sobrina desea buscar algo —señaló a Rebecca, y la pelinegra estudió la casa con interés, ignorando al mayordomo.

—Déjeme ver si puedo encontrar algo —musitó, y miró a Olivia—. Srta. Fletcher.

—Niels —susurró ella, con inquietud.

—¿Gusta que prepare las habitaciones?

—Cuatro, por favor.

Miró a Dorian de reojo, el muchacho no parecía estar muy dispuesto a dejar a Rebecca sola.

***

Jackson Sterling, conde de Pembroke, tenía razones de sobra para empezar a odiar su trabajo y el hecho de ser uno de los mejores detectives de la ciudad como espía de la corona. Estaba harto de que siempre lo desviaran de la investigación que le urgía concluir, y al parecer no podría hacerlo, porque en esta ocasión fue la misma reina quien lo mandó a buscar.

—¿Es que no pueden hacer nada sin mí? —farfulló, viendo cómo el barón de Mountevans y Watchmeister intercambiaban un par de palabras en voz muy baja.

—Veo que a ti también te mandaron a llamar —silbó Watchmeister, entretenido.

—No creas que nosotros queremos estar aquí. Se supone que los salteadores de camino son tarea sencilla, pero al parecer estamos rodeados de incompetentes —siseó Mountevans, generándole un deje de inquietud.

Si los convocaron a los tres, cuyas trayectorias eran majestuosas, eso solo podía significar una cosa.

—¿Saben de qué se trata?

¿Podría ser que le tuvieran nuevas noticias sobre…?

La garganta se le cerró.

—Es bueno verlos reunidos de nuevo, muchachos —espetó Harrison, el hombre que los entrenó, con una seriedad escalofriante mientras se adentraba al salón.

—¿Por qué nos mandaron a buscar? Estoy en medio de una misión importante y lo sabes.

—Sí, sé que cada vez aumenta el número de víctimas femeninas, pero me temo que este asunto es de suma importancia, y ese depredador puede esperar un poco.

Él no pensaba de igual manera.

—¿Y bien? —el barón fue directo al grano—. ¿Qué tan difícil es atrapar a unos salteadores de camino?

—El problema no es que sigan robando en las carreteras —explicó el hombre adulto con cansancio.

—¿Entonces? —Watchmeister frunció el ceño.

—Todo indica que raptaron al duque de Richmond.

Los tres hombres se quedaron mudos, incapaces de emitir palabra alguna.

—¿Por qué crees eso? —inquirió Jackson, indeciso—. Él se robó a la prometida de Warrington el día de ayer y partió hacia Escocia con la dama en cuestión.

—Su mayordomo vino a buscarme hace unas horas. Me dijo que su desaparición fue muy repentina, y que una noche antes él le había dicho que conseguiría una licencia especial. En un principio dudó un poco en poner la denuncia, no deseaba que esto saliera a la luz, pero al final utilizó la razón y vino a informarme de la situación.

—Pero…

—Le dejó esta carta. —Les tendió la hoja.

—Dice que se fue a Escocia. ¿Qué está mal con eso?

—Que un duque nunca les da explicaciones a sus empleados, y en esa misiva insiste en el hecho de que nadie debe preocuparse por él, ni ir a buscarlo.

Jackson torció los labios.

Odiaba que Harrison tuviera razón. Lo menos que quería era ir detrás del hombre que torturó a Spinster por tanto tiempo. Sin embargo, este no era un caso que pudiera tomarse a la ligera.

Estaban hablando de un duque.

—Y eso no es todo —añadió con cautela.

—¿Qué más tienes?

—Si bien la búsqueda de los salteadores inició por el collar de una marquesa, toda la investigación se desvió cuando hace una hora nos llegó el informe de una de las postas.

—¿Qué informe?

—Esta mañana, Richmond pasó por una posta en un carruaje sospechoso y se comportó de una manera muy amable a la hora de responder las preguntas.

Jackson frunció el ceño.

—¿Y si realmente está de camino a Escocia?

—Iba directo a Sussex, algo que contradice su carta —indicó con paciencia—. Y en ese carruaje, además de la Srta. Fletcher, había una mujer que supuestamente era la dama de compañía de la dama.

—¿Qué dijo el mayordomo al respecto? —inquirió Watchmeister con sequedad.

—Que Richmond nunca contrató una dama de compañía para Fletcher.

—A ver —Jackson perdió la paciencia—, ¿por qué estás tan seguro de que se trata de los salteadores de camino? Ellos…

—Una indigente fue testigo de cómo unos hombres con horribles máscaras vigilaban la residencia de soltero del duque la noche que desapareció.

Y ellos eran conocidos por las horribles máscaras que utilizaban para esconder su identidad.

—Está bien. Es hora de ir por el duque y su novia —bromeó Watchmeister, entusiasmado, y él lo fulminó con la mirada—. ¿Y ahora qué hice?

—Esto no es gracioso, Andrew —siseó—. Tómalo con seriedad.

—Pembroke —miró a Harrison con dureza—. Completa esta misión y te prometo que ya no estarás solo en tu búsqueda. Ellos te ayudarán a develar el misterio.

—¿Qué misterio? —inquirió Mountevans.

—Solo vámonos.

Lo último que deseaba era que sus amigos descubrieran todo lo que estuvo haciendo estos meses. Sabía que eran buenos en su trabajo, hicieron equipo por muchos años e incluso ahora los convocaban para que trabajaran juntos, pero esto era… algo más personal y vergonzoso.

***

Olivia ingresó al ático donde se encontraban las cosas de su madre en distintos baúles, y se preguntó por qué nunca pensó en ellos en el pasado. Ese debería ser su más grande tesoro.

—Bien, ayúdame a buscar algo —ordenó Rebecca. Era igual de mandona que Augustus, y ella observó de reojo al hombre que se apoyó en el marco de la puerta.

—No me habla a mí —aclaró el tal Dorian.

—Lo sé —musitó, y rezó en silencio para que Augustus pudiera controlar las habladurías de sus criados.

Nadie debía mencionar el parentesco que tenía con su madre.

Eso solo arruinaría al duque y sacaría de quicio a la pelinegra, que no era nada cuidadosa a la hora de vaciar los baúles y estudiar el contenido con bastante atención.

Rebecca quería encontrarla, y en vez de ayudarla, estaba ahí para retrasar sus objetivos.

La culpabilidad la carcomió por dentro. La pelinegra solo quería encontrar a su media hermana para darle una buena vida —aunque no tenía la menor idea de cómo lo haría si su trabajo no era decente ni seguro—, y Augustus y ella le estaban escondiendo una verdad que merecía saber.

Capítulo 24

Rebuscar entre las cosas de su difunta madre hizo que Olivia viajara al pasado, a esos días en los que siempre la seguía, pisándole los talones y acatando cada una de sus indicaciones. Aurora siempre fue paciente, comprensiva, generosa y cariñosa.

Nunca le permitió sentirse inferior ante los hijos del duque y, quizá por esa razón, pudo conectar muy bien con los Humphrey. En un principio, para ella todos eran iguales. Por supuesto, eso cambió con el paso de los años; no obstante, para ese entonces, eran Augustus y Penelope quienes siempre la defendían y le recordaban que era igual de importante.

Sonrió con melancolía y sujetó uno de los desgastados vestidos de su madre.

No lo entendía. ¿Por qué habían guardado todo eso?

—¿De verdad conociste a la señora Wood? —preguntó, observando a Rebecca, quien removía las prendas de vestir sin cuidado alguno.

—Sí, parecía una buena mujer.

«Lo era», pensó con melancolía, y dio un respingo al notar una penetrante mirada sobre ella.

Giró el rostro hacia Dorian. El hombre tenía los ojos puestos en ella y no parecía estar dispuesto a apartarlos.

Tragó con fuerza. Tal vez tendría que empezar a actuar con mayor soltura.

—¿Qué es exactamente lo que buscas? —preguntó con fingida calma, y Rebecca la miró de reojo—. No somos los malos de la

historia —se vio obligada a decir—. Creo que todos fuimos víctimas de las circunstancias.

—¿Por qué los quieres tanto? —dejó su búsqueda de lado y se centró en ella—. Entiendo tu amor por el duque, aunque llegaste a su vida de una manera muy repentina —añadió, con un deje pensativo.

—¿Qué? —la miró ceñuda.

—Di con él en la presentación de Penelope —confesó sin pudor alguno—, y poco a poco empecé a percatarme de que él siempre seguía tus pasos.

—¿Estuviste espiando a Augustus todo este tiempo? —la miró, afligida.

—¿Qué? ¿No se puede? —parpadeó varias veces, tranquila—. Él saboteaba tus compromisos y visitaba clubes cuestionables. Lo que yo estaba haciendo no era peor.

¿Clubes cuestionables?

—La cuestión es que estuviste dispuesta a proteger a Penelope para que pudiera casarse con el apuesto americano y a dar la vida por Augustus. ¿Por qué eres tan fiel a ellos?

—Porque los quiero —fue sincera—. Penelope es mi mejor amiga y Augustus… siempre lo amé. Es mi primer y único amor.

—¿Siempre? —Dorian interrumpió la conversación, pensativo—. ¿Hace cuánto se conocen?

Su respiración se ralentizó; estaba hablando más de lo que debía.

—Hace mucho —se limitó a decir, y clavó la vista en los baúles—. ¿Qué es lo que quieres? Siento que estás buscando algo en específico.

—Aurora siempre llevaba un collar con un medallón consigo. —Sacó una cadena que se encontraba debajo de su vestido y le mostró el dije—. Muchas familias suelen tener su propio medallón. Este es el que mi padre me regaló cuando nací.

Olivia no tuvo tiempo de inspeccionar el medallón de Rebecca. En ese momento, su cabeza estaba trabajando a mil por hora y todo porque sí podía recordar el medallón de su madre, pero…

—Su hija tenía uno igual. Siento que, si encuentro el medallón, podré dar con mi hermana.

Imposible. Si de algo estaba segura, era de que su madre nunca le dio un medallón como ese. Ella lo habría atesorado, y ahora mismo lo tendría consigo.

Un momento, ¿dónde estaba ese medallón?

En esos baúles solo había ropas, documentos que no servían de mucha ayuda y...

Clavó la vista en los armarios de la duquesa.

Clara y Aurora eran grandes amigas. Siempre se contaban todo, y estaba segura de que la duquesa se quedó con el medallón de su madre después de su muerte.

¿Por qué?

¿No habría sido más lógico entregárselo?

Como si Dorian pudiera leerle la mente, se acercó a uno de los armarios que llevaba el nombre de la duquesa y tiró de las cosas que estaban dentro sin cuidado alguno.

—Busca aquí, Beck —pidió con sequedad, y Olivia palideció—. El polvo no me está sentando bien, sigan su búsqueda. Volveré dentro de poco —les informó, y salió del ático con paso seguro, generándole a Olivia una horrible inquietud en el pecho.

¿Por qué sentía que ese hombre les generaría más problemas de los esperados?

—Ash, es tan debilucho —siseó Rebecca, y se acercó a las cosas de la duquesa.

Olivia intentó iniciar la búsqueda, pero la pelinegra le hizo una seña con la mano.

—Yo buscaré aquí. Tú revisa los baúles de Aurora.

¡No!

Se suponía que su intención era ver si podía encontrar el medallón primero, para así esconderlo e impedir que Rebecca diera con él. Tal vez, solo tal vez, si ella no encontraba nada, abandonaría la idea de buscar a la hija de Aurora.

Hizo el ademán de buscar entre las cosas de su madre, y no apartó la vista de la espalda de Rebecca, quien se veía muy entretenida mientras husmeaba entre las cosas de la difunta duquesa.

—Oh, pero qué lindo collar —musitó la pelinegra, sacando una joya delicada de una pequeña caja—. Me lo quedaré. —Se lo guardó en el bolsillo y Olivia la miró con incredulidad.

Claramente, nunca podría dejar sus malas mañas de lado.

—¿No crees que eso debería pertenecerles a las hermanas Humphrey? —comentó distraídamente, incorporándose con lentitud.

—Ellas ya tienen a su perfecto hermano. No necesitan más —decidió ignorarla, y ella esbozó una débil sonrisa.

Curioso… No entendía cómo los objetos de valor podían llenar el gran vacío emocional que Rebecca tenía.

—¿Puedo ir al tocador? —Estaba claro que no conseguiría nada ahí.

—Sí, no es que estés siendo de mucha ayuda.

¡Era una grosera!

Olivia salió del depósito, y lo primero que hizo fue dirigirse al despacho de Augustus, pero, lastimosamente, la estancia estaba vacía.

—Niels, ¿dónde se encuentra lord Richmond? —preguntó nada más vislumbrar al mayordomo.

—Fue a los establos, señorita Fletcher. Dijo que necesitaba un poco de aire fresco y quería ver al nuevo potrillo.

—Entiendo.

Salió por la puerta de servicio con paso apresurado, casi corriendo, y agradeció en silencio que Augustus estuviera lo suficientemente lejos de la casa principal. Lo menos que necesitaban era que Rebecca o Dorian los escucharan.

—Augustus… —quiso gritar, pero luego lo pensó mejor.

—¿Qué sucede? —salió de uno de los establos, y ella corrió hacia él.

—Tenemos que hablar.

Ambos miraron a los alrededores, y él entrelazó sus manos para llevarla hacia uno de los establos que estaba vacío.

—¿Encontró algo? —inquirió él, nada más cerrar la puerta, y ella tragó con fuerza.

—Quiere el medallón de mi madre. Está segura de que su hermana tiene uno igual, pero eso no es así —soltó atropelladamente—. No entiendo de dónde sacó esa información, pero hizo que me cuestionara muchas cosas —admitió.

—¿El medallón está contigo?

—No —soltó con impotencia—. Nunca nadie me lo entregó. Ni siquiera sé dónde está, y en ese momento lo último que pensé fue en la joya —presionó sus sienes, abatida—. No entiendo qué sucedió. Lo correcto habría sido que tu madre me la entregara, ¿no crees?

Él se frotó el mentón, inquieto, y ladeó el rostro con frustración. Solo llevaban un día con Rebecca y ya los estaba sacando de quicio. ¿Cómo era posible que una extraña les hubiera hecho recordar una joya tan importante para su madre?

—Supongo que no nos afectará mucho si se hace del medallón —Olivia lo miró con incredulidad—. Ella cree que tú tienes uno igual, pero eso no es así.

—Augustus —inhaló profundamente—, si ella encuentra una joya tan importante para mi madre, lo último que querré será que se la lleve.

¡Ese medallón era suyo!

—Pero no tenemos otra opción, Livy. Ella no puede enterarse de que tú eres la hija de Aurora. Nosotros…

—¿Podrías dejar de ser tan egoísta? —explotó; la situación la estaba sacando de quicio.

—¿Cómo dices? —apretó la mandíbula.

—Es el recuerdo de mi madre, y Rebecca solo quiere encontrar a su media hermana. ¿Por qué no puedes pensar en nuestros sentimientos? —la voz se le quebró—. ¿Crees que es fácil para mí fingir que todo está bien? Nosotros…

—Tú eres la mujer que amo, y no te perderé por una mentira de mi padre.

—Sabes perfectamente que no es una mentira —susurró, y una lágrima se deslizó por su mejilla—. ¿Por qué no hablar con la verdad? Rebecca se está arriesgando mucho, ella solo quiere encontrarme y…

—Si se entera, intentará separarnos —la sujetó de los brazos con fiereza—. No quiero permitirlo. Tú y yo nos amamos.

—Pero alguien debe ser racional —soltó con impotencia e intentó liberarse de su agarre—. Suéltame, por favor. Desde un principio sabíamos que las cosas terminarían así.

—Estás demente si crees que renunciaré a ti —siseó, y sin previo aviso abordó sus labios, poseyéndolos con más brusquedad de la esperada.

Por un momento, quiso empujarlo y buscar su libertad, pero finalmente lo abrazó por el cuello y respondió a su beso con avidez.

—No, para… —tiró la cabeza hacia atrás, permitiendo que él bajara el escote de su vestido, y no opuso resistencia cuando la apoyó contra la madera y le levantó una pierna para que lo abrazara por la cadera—. Augustus…

—Todo será más fácil para ti cuando aceptes que nunca dejarás de ser mía.

—¡Ah! —gimió cuando apresó su pecho entre sus dientes, y clavó las uñas en su abrigo.

¿Por qué siempre quería imponerse?

O, peor aún, ¿por qué le encantaba que lo hiciera?

Él la obligaba a vivir un vaivén de emociones: la hacía sentir bien, pero horrible al mismo tiempo. Y por más que quisiera resistirse, entrar en razón y rechazarlo, alejarse de su lado era simplemente imposible.

—Para, por favor.

—No, tú…

Unos aplausos en el exterior de la caballeriza hicieron que ambos entraran en una terrible tensión. Augustus se enderezó con rapidez, justo cuando la puerta se abrió de una patada, y Olivia dejó que él le subiera el escote del vestido.

—Nunca creí que pudieras caer tan bajo, Richmond —espetó Rebecca con voz oscura, y él se volvió hacia su media hermana, decidido a enfrentarla—. Está claro que solo planeas ser un buen hermano para las tres Humphrey.

—Todo tiene una explicación —espetó él con seriedad—. Olivia y yo…

—¡No! —gritó Olivia al ver cómo apuntaba a Augustus con su cañón, y se puso frente a él para cubrirlo con su cuerpo—. No lo hagas, por favor, él no hizo nada malo.

—Te lavó el cerebro y te hizo pecar. Claro que hizo algo malo —gruñó Rebecca con profundo dolor en la voz, y Olivia se tensó cuando el sonido de unos cascos llegó a sus oídos—. Encontré el medallón de tu madre, pero supongo que ya no lo necesitaré —le enseñó la joya, y ella se tensó.

—Gracias por buscarme. Jamás pensé que podrías preocuparte por mí, pero…

—Tttt… —chasqueó la lengua y le hizo una seña para que avanzara en su dirección.

—¿Qué?

—Tú te vienes conmigo, Olivia.

—No, por favor —suplicó con desespero, y ahora fue Augustus quien la cubrió con su cuerpo.

—No te llevarás a Olivia a ninguna parte —gruñó con ira contenida—. Ella y yo nos amamos, nosotros…

—Son medio hermanos —le cortó con dureza, y al darse cuenta de que él no se movería, siseó un juramento—. Al parecer no entrarás en razón tan fácilmente.

—No lo haré —aseveró él—. Si quieres llevarla contigo, tendrás que matarme.

En ese momento, Olivia vio la incertidumbre en la pelinegra.

Ella no quería lastimar a Augustus.

—Mejor vienes con nosotras —dijo de repente, aceleradamente. Estaba improvisando—. Siento que este ya no es un lugar seguro, y no tengo nada que hacer aquí.

Augustus intentó sujetarla de la mano, pero Rebecca espetó:

—Si la tocas, te lastimaré. No dejaré que juegues con su vulnerabilidad.

¿Vulnerabilidad?

Rebecca no estaba entendiendo nada.

Su amor por Augustus nunca nació de la vulnerabilidad, sino del simple hecho de que, desde que tenía uso de razón, él siempre fue perfecto para ella.

«Solo sigue sus órdenes, está armada», le advirtió una vocecilla, y Olivia avanzó hacia la pelinegra.

—Está bien, iremos contigo, pero no lo lastimes —suplicó, y Rebecca la miró con inquietud.

Era de lo más normal que la situación la tuviera horrorizada. Para ella tampoco era fácil asimilar que estaba enamorada de su medio hermano e, incluso conociendo la verdad sobre su parentesco, aceptó entregarse a él y compartir una vida a su lado.

Capítulo 25

Olivia observó en silencio como Rebecca caminaba de un lugar a otro en su habitación, porque sí, ella decidió que dormirían juntas en esa posada, y se mordió la lengua con impotencia al comprender que más allá del enojo, ella estaba decepcionada respecto al nuevo descubrimiento.

—Rebecca…

La pelinegra paró en seco y posó sus ojos verdes en ella.

—¿Lo sabías? —La visión se le cristalizó, y finalmente asintió—. Dios santo, ¿te das cuenta del pecado que están cometiendo? —se sentó en el diván que estaba frente a ella y Olivia bajó el rostro, apenada—. Yo… necesito que me expliques, dame una sola razón para creer que ustedes no son horribles.

¿Por qué si odiaba tanto a Augustus, necesitaba escuchar más versiones?

Otra persona sólo lo condenaría.

—Nos criamos juntos, crecí con los Humphrey.

—Por eso Penelope es tu mejor amiga.

—Sí.

—¿Y no pudiste dejar a Richmond como tu mejor amigo? —preguntó con desespero.

—En el corazón no se manda —musitó—, nuestra dinámica siempre fue diferente. Él me protegía y yo lo protegía a él.

—Dios, te saca una cabeza y media, y es dos veces más ancho que tú. ¿Cómo podrías protegerlo?

Ella se rió, pero su risa fue seca y amarga.

—Cuando el duque lo castigaba, siempre lo encerraba en un sótano. —Rebecca cuadró los hombros, tan tensa como una vara—. Él le tiene miedo a la oscuridad, no es bueno lidiando con los encierros, y por esa razón yo empecé a escabullirme para hacerle compañía durante sus castigos.

La pelinegra la miró con fijeza.

—En ese momento creí que sólo era cariño fraternal, pero cuando los años avanzaron y él se fue, me di cuenta que ese sentimiento y la agonía que sentía ante su ausencia, no venía únicamente de un amor fraternal. Yo lo quería, ansiaba su regreso y extrañaba todo de él.

—Pero sabías que era tu medio hermano.

—No, yo me enteré de todo hace tres meses —musitó con congoja—. Cuando mi tía, Honoria Wood murió.

—Aurora no tenía familia.

—Lo sé, ella me lo confesó antes de morir. —Rebecca la miró con sorpresa—. Todo indica que el duque la contrató cuando yo tenía quince años porque ya no quería que estuviera cerca de sus hijos.

Rebecca no le dijo nada al respecto.

—Ella me pidió que me alejara de Augustus porque somos medios hermanos.

—Todo es muy reciente —susurró ella, pensativa, y Olivia asintió —. Incluso así, no debiste continuar con ese juego.

Olivia no pudo hacer más que llorar en silencio.

—¿Y él, desde cuándo lo sabe? —No quiso darle una respuesta, no quería que pensara lo peor del duque—. Sin mentiras, tenme un poco de consideración —pidió más tranquila y ella tragó con fuerza.

—El duque se lo dijo poco después de la muerte de su madre.

—¡Se aprovechó de ti! —concluyó y se incorporó con rapidez, Olivia hizo lo mismo y la sujetó del brazo.

—Hicimos hasta lo imposible por alejarnos, él se resistió tanto como pudo, pero…

—Pero ¿qué? —se exasperó.

—Augustus cree que su padre lo engañó.

—¿Y cómo puede estar tan seguro? —frunció el ceño.

—Porque nosotros nunca nos sentimos, ni nos vimos como hermanos —explicó con voz suave y Rebecca se tensó—. Es una conexión difícil de explicar, pero…

—Yo tampoco siento nada respecto a ti —fue sincera—, con Augustus las cosas son diferentes. Sólo necesité mirarlo para saber que era el medio hermano que estaba buscando.

—Existe la posibilidad de que el duque le haya mentido para mantenerlo lejos de mí, él conocía nuestros sentimientos.

Rebecca se frotó el rostro, abatida, y luego le entregó el medallón de su madre. Ella se lo agradeció en silencio.

—Me resulta complicado verte como la hija de mi padre —admitió de pronto, captando su atención.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

—Él no soportaba a la gente oscura —soltó con sinceridad, helándole las venas. Era verdad, el difunto duque tenía ciertos perjuicios, pero los disimulaba en sociedad—. Tú tono de piel es peculiar, ni muy oscura, ni muy clara, pero estoy segura de que nunca fuiste de su agrado por eso.

—¿A dónde quieres llegar?

—Si te pareces a tu madre —porque claramente ella no tenía nada de Alaric Humphrey—, ¿por qué ella le gustaría?

En ese momento, Olivia miró a Rebecca con seriedad y ella respingó en su lugar.

—¿Qué sucede?

—Dijiste que conociste a mi madre.

—Lo hice —su voz tuvo un matiz nervioso.

—Mi madre y yo no nos parecíamos —se vio obligada a decir y recordó la piel blanca y hermosa de Aurora, al igual que su peculiar cabellera castaña con destellos rojizos.

Rebecca cerró las manos en dos puños y negó con la cabeza.

—Hasta que esto no se resuelva, no permitiré que él se acerque a ti.

Era lo justo y quizá más sensato, pero ahora sus dudas no habían hecho más que incrementarse y Olivia empezó a ser más objetiva en cuanto a la situación, todo indicaba que Augustus acababa de ganar un punto a su favor.

¿Cómo era posible que no se pareciera a su padre, ni a sus supuestos hermanos?

Rebecca se parecía a Augustus y lady Lacey tenía un aire de Arabella, por lo que, de cierta manera, la sangre hacía más que llamarlos, sino que les demostraba parte de su parentesco.

—¿Está segura que la Aurora que conociste era mi madre? —quizás estaban hablando de otra mujer, ¿cuántas Aurora había en Londres?

—Claro que sí —soltó ofendida—. Ahora espérame aquí, iré a hablar con ese idiota.

Salió de la habitación con paso apresurado y Olivia rezó en silencio para que Augustus y Rebecca tuvieran una conversación

decente y tranquila, ellos eran tan parecidos que sentía que podrían generar todo un revuelo si se lo proponían.

***

—No eres de muchas palabras —espetó con sequedad, y Dorian no apartó la vista de la ventana de su habitación—. No necesito una niñera, puedo dormir solo —farfulló, y el castaño esbozó una cruel sonrisa—. ¿Tu obsesión por seguir sus órdenes es por algo en concreto? —curioseó—. Te ves mucho más joven que ella.

—No todos somos tan cerdos como tú —escupió—. ¿Desde hace cuánto estás al tanto de que es tu hermana?

—No es mi hermana —farfulló.

—Es la hija de Aurora, ¿qué otra prueba necesitas?

—No hablaré contigo sobre el tema.

Ni siquiera sabía quién era, por lo que no había razón alguna para ensañarse con él.

—Déjame a solas con el duque, Dorian —dijo Rebecca, adentrándose en la habitación sin llamar a la puerta, y Augustus enarcó una ceja al ver cómo el idiota la obedecía sin dudar—. Es hora de que hablemos.

—Olivia no es nuestra hermana —espetó con seguridad, y ella se tensó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Alaric nos odiaba —confesó con aspereza—. Él disfrutaba de nuestra infelicidad —se vio obligado a aclarar—. Debió darse cuenta de lo mucho que la amaba, y no solo se encargó de arrancarla de mi lado, sino que me dio una noticia que me obligaría a mantener una gran distancia entre nosotros.

—Si lo dices así, suena coherente… pero siempre existe la posibilidad de que estés equivocado.

—¿Crees que es nuestra hermana? —No recibió respuesta—. Me mantuve lejos de ella por años, traté de rechazarla y aceptar que nunca sería mía, pero todo cambió cuando Warrington me amenazó.

—¿Qué tiene que ver el conde en esto? —gruñó.

—Perdí el control. Ya no podía lidiar con la presión, el miedo y mis sentimientos. Necesitaba liberar lo que estaba sintiendo, y ella estaba muy cerca.

—Tal vez solo te estás autoengañando para justificar tu pecado —siseó.

—No —afirmó con total seguridad—. Olivia no es nuestra hermana.

—¿Entonces quién? —preguntó con impotencia.

—¿Cómo puedes estar segura de que son tres bastardas? —quiso saber—. ¿Fue el mismo Alaric quien lo dijo? —Ella no le respondió—. No sé qué tipo de vida tuviste con él, pero para nosotros fue un verdadero suplicio.

—¿Lo dices en serio? —inquirió con voz débil, y él dedujo que, al final de todo, Alaric solo fue cruel con sus hijos legítimos.

—Soporté sus castigos, sus golpes e insultos por años —suspiró, soltando la inquietud que sentía en el pecho—, pero no pude tolerar que se metiera con mis hermanas. Eran tres niñas, y por eso hice lo que hice.

—Lo mataste —musitó con dolor.

—Quería entregar a mis hermanas en matrimonio a hombres desagradables. Ellas solo eran tres niñas.

—Pero incluso así…

—No me arrepiento —confesó, y Rebecca abrió los ojos con sorpresa—. Por mis hermanas haría eso y más.

Ella cerró los puños, furiosa.

—Por mí no hiciste nada.

—No sabía de ti —extendió las manos, exasperado—. Yo…

—Cuando te enteraste de nuestra existencia, no nos buscaste.

—Sí que lo hice —soltó con enojo—. Te busqué por meses. Incluso me reuní con las antiguas amistades de mi padre, pero nadie quiso darme ninguna información al respecto.

—Pero me buscaste por tu conveniencia y…

—No podía amarte porque ni siquiera te conocía —reconoció con pesar, y odió ver cómo la tristeza resplandecía en sus ojos verdes. Ellos eran muy parecidos, y sabía que muchas cosas habían cambiado con su repentina llegada a su vida—. Cuando me enteré de que mi padre tuvo tres bastardas, lo único que sentí fue más decepción hacia él.

—A ti te reconoció, te dio un techo y su título. ¿Qué más puedes pedir? —soltó con voz débil, conteniendo su dolor.

—No habría estado mal ser su orgullo, recibir su afecto y aprobación.

Tiempo atrás, decir eso en voz alta lo habría quebrado, pero ahora era diferente. No necesitaba ni quería el amor de su padre. Con el de sus seres queridos era más que suficiente.

Rebecca no pudo darle una respuesta inmediata, y cuando abrió los labios para hacerlo, no alcanzó a emitir palabra alguna, porque Dorian ingresó a la habitación, exaltado.

—¿Qué sucede? —inquirieron ambos al unísono.

—Pembroke, Mountevans y Watchmeister están de camino a Rosemoor Hall. —La tensión en los hombros de su hermana fue casi palpable—. No podemos quedarnos aquí. A estas alturas, ellos deben saber que el duque de Richmond está secuestrado y no demorarán mucho en tener una descripción física de nosotros.

—Maldición —siseó Rebecca, y él la sujetó de la muñeca para impedir que abandonara la habitación—. ¿Y ahora qué quieres?

—No dejaré que te atrapen.

Él iba a protegerla.

—No creas que te dejaré en libertad. No puedo permitir que tú y Olivia se queden solos —siseó con desespero. Claramente quería desligarse de ellos y del secuestro, pero su moralidad le impedía hacerse la desentendida respecto al tema.

Iría con ella. No tenía problema alguno en seguir sus órdenes, pero tendrían que pensar una mejor estrategia para que Pembroke y su gente dejaran de seguir su rastro.

Lastimosamente, él llamaba mucho la atención.

***

En las oscuras calles de Whitechapel, un barrio sumido en pobreza, crimen y desesperación en la ciudad de Londres, una imponente figura se alzaba entre las sombras, obligando hasta a los más peligrosos vándalos a esconderse dentro de los callejones.

Blandía su bastón como si estuviera en la zona más tranquila de la ciudad, disfrutando del sol y de un día radiante.

Él sabía que era el rey de la oscuridad, que allí nadie osaría tocarlo, y por eso ingresó a su casa con tal confianza y seguridad

que, lastimosamente, se fue disipando al ver quién lo estaba esperando.

—No me genera tanta satisfacción verte en mi casa a esta hora —se vio obligado a reconocer, y el castaño levantó una hoja doblada en cuatro—. ¿Y ahora qué hizo?

—Meterse en nuevos problemas —espetó con voz oscura.

—Pues que se las arregle sola —gruñó.

—Secuestró al duque de Richmond, y la corona envió a los tres mejores espías de la ciudad a por ella.

Su brazo se quedó a medio camino, ni siquiera pudo sacarse el sombrero, y una vez más se vio soltando un suave suspiro de resignación.

Esa mujer era experta en meterse en problemas.

—¿Están al tanto de la situación?

—No, pero él hizo bien en escribirnos.

—¿Por dónde están?

—Vagando por Sussex. —El silencio hizo que el tictac del reloj sobre la pared del recibidor empezara a exasperarlo—. ¿Qué haremos?

—Ella no es mi problema.

—Puede que no sea tu problema —dijo el otro hombre—, pero es lo único que realmente te importa. Si ella cae, tú también.

Capítulo 26

¿Hace cuánto tiempo que no se daba unos minutos para admirar el cielo estrellado?

Los últimos años habían sido tan caóticos que Olivia había dejado de apreciar las pequeñas cosas que podían brindar gran felicidad.

—¿Qué tanto miras? —Rebecca se puso a su lado y también levantó la vista al cielo, con las manos en jarras—. ¿No te duele el cuello?

Ella carcajeó, una risa fresca y sincera.

—¿No te parece que el cielo está muy lindo? —inquirió, y a pesar de la escasa luz de la noche, pudo distinguir su mueca.

—Está igual que todas las noches.

¿Eso quería decir que ella siempre lo observaba o simplemente que no le importaba?

—¿Dónde están Augustus y Dorian?

—Fueron por leña. Hay que prender una fogata para no congelarnos.

—¿Qué? ¿Se llevaron una linterna o algo?

—Sí, le dije a Dorian que tuviera cuidado.

—¿Que tú qué? —chilló, horrorizada—. ¡No te conté el secreto de Augustus para que se lo dijeras a tu mano derecha!

—Necesita estar acompañado. Por eso le pedí que no hiciera bromas pesadas —replicó con sequedad, logrando tranquilizarla un poco.

—Tú no lo odias —afirmó, y Rebecca permaneció en silencio—. ¿Sientes afecto por él?

—¿Cómo puedo querer a alguien que no conozco? —su voz sonó débil y herida.

—Fácil. La conexión que tienen es más que suficiente.

Rebecca negó lentamente con la cabeza.

—Él me odia. Lo metí en muchos problemas, y ahora ni siquiera sé qué quiero conseguir con todo esto.

—Protegernos —le posó una mano en el hombro, y ella se tensó —. Y dudo mucho que Augustus te odie. Diría que está preocupado por ti.

—No me quiere. Me dijo que no puede amar a alguien que no conoce.

Así que por esa razón estaba tan triste y apagada.

—Pero ya te conoce —musitó con ternura, y Rebecca pareció tambalear por dentro—. Y te aseguro que nunca más dejará que te alejes de él. ¿Quieres saber un secreto? —preguntó en tono confidencial.

Rebecca la miró con interés y asintió.

—Son muy parecidos.

—¿Eso crees?

¿Fue felicidad lo que percibió en su voz?

—Claro. Eres tan impulsiva, problemática y mandona como él.

—No seas tonta —gruñó, zafándose de su agarre. Olivia lanzó una encantadora carcajada mientras se abrazaba el vientre por la risa.

—Lo ves, son idénticos —se secó las lágrimas de los ojos, divertida, y recuperó la compostura—. ¿Qué te sucede?

—No quiero que se hagan más daño —la piel se le erizó—. Si realmente eres nuestra hermana, ¿cómo diablos viviré con esta culpa ahora que sé lo que hicieron?

—Lo siento —la voz le tembló—. Yo… yo… —bajó el rostro, apenada—. Hemos sido muy egoístas. Nuestro deseo de buscar revancha contra el mundo y el destino nos llevó a cometer muchas imprudencias.

—Quiero encontrar la verdad. Pero por ahora, lo único real es que eres la hija de Aurora.

—Tienes razón.

—Prométeme que mantendrás tu distancia hasta que descubramos la verdad.

—Te lo prometo.

Rebecca era simplemente alguien que, en ese momento, luchaba contra su propia moral con tal de proteger a su hermano mayor. Un hecho que reforzaba la teoría de Olivia: ante ella no había una villana, sino una mujer que deseaba atención y cariño.

—¿Qué edad tienes, Rebecca?

—Veintisiete —respondió, y Olivia asintió.

—Yo tengo veintitrés.

—Lo sé.

—¿Tú no le tienes miedo a la oscuridad?

Esta vez, Rebecca soltó una risa seca.

—Llevo años viviendo en ella. Estoy a un paso de reinarla.

¿Por qué? ¿No se suponía que vivió junto a su adorado padre?

El duque jamás la habría hecho vivir con carencias ni en penumbras, ¿verdad?

—Te ves como el tipo de mujer que podría reinar donde quisiera.

—¿Qué? —sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Eres fuerte, valiente, hermosa e inteligente. Cualquier corona está a tu altura.

No le mintió. Pero con esas palabras quiso mostrarle que no siempre debía quedarse en la oscuridad. Existían panoramas más claros y acogedores.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Augustus y Dorian regresaban al improvisado campamento, y le hizo una seña.

—Regresaron.

—Sí —susurró ella, perdida en sus pensamientos.

Olivia notó que no tenía intenciones de unirse a ellos. Así que hizo lo que le pareció más sensato y, curiosamente, también deseaba: permaneció a su lado, contemplando una vez más el cielo estrellado.

A veces se preguntaba si estaba lista para descubrir la verdad.

Si el duque no era su padre, ¿entonces quién lo era y por qué la había abandonado?

¿Y si resultaba ser alguien peor… o más cruel?

Sujetó el medallón de su madre y se mordió el labio inferior con inquietud.

¿Por qué ella nunca tuvo uno propio? ¿Cómo era posible que jamás hubiera sabido la importancia de ese medallón, mientras que Rebecca —una completa desconocida— sí?

«¿Qué es lo que me falta saber? ¿Por qué me siento tan perdida?»

***

—¿Puedes darme tu palabra de que este lugar es seguro para acampar? —insistió Augustus. La idea de dormir al aire libre no le gustaba en lo más mínimo.

¡Nunca había hecho algo así!

—Claro que no —respondió Dorian como si nada, como si estuvieran sirviéndose dos copas de coñac.

—¿Estás bromeando? Tenemos a dos mujeres bajo nuestra protección. ¿Qué haremos si…?

—Rebecca se cuidará sola. Y, en el camino, cuidará de ti y de Fletcher —respondió con diversión, como si acabara de contar un chiste espléndido.

—¿Cómo supiste que los detectives estaban llegando a Rosemoor Hall? —quiso saber Augustus—. Fue todo muy repentino…

—Nunca nos separamos. Los demás sólo nos están escoltando. Ahora ellos se encargarán de desvincularnos de tu secuestro.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa—. ¿Y por qué no dan la cara?

Eso solo reforzaba sus sospechas: eran personas que podría reconocer.

—Somos una banda vandálica, ¿por qué te mostraríamos todas nuestras caras? —se mofó, y Augustus ahogó un juramento.

—¿Hay algún tipo de convenio entre ustedes? —El castaño dejó de acomodar la leña y lo miró con fijeza—. ¿Reglas, protocolos de entrada y salida?

—¿Por qué te interesa?

—Quiero cuidar de Rebecca —respondió con firmeza.

La sorpresa en el rostro de Dorian fue palpable.

—¿Por qué?

—Es mi hermana. Sé que puedo cuidar de ella.

Rebecca parecía alguien que necesitaba mucha atención.

—Olvídalo. Ella nunca te seguirá.

—Aún es pronto para decir algo así —comentó distraídamente, observando a las dos mujeres que miraban el cielo—. ¿Tú crees que Olivia es nuestra hermana?

—No —contestó Dorian. A Augustus se le erizó la piel: al fin alguien que estaba de acuerdo con él—. Por tu bienestar físico y mental, espero que no —añadió, y esa frase drenó toda su alegría.

—¿Qué tan peligrosos pueden ser esos hombres? —preguntó Augustus, dejándose caer de espaldas en el suelo.

Dorian lo imitó.

—Tenemos un tipo de conflicto. Llevamos años jugando al gato y al ratón. Conocemos sus movimientos, y ellos los nuestros.

¿Años?

¿Cuántos años llevaba Rebecca metida en eso?

¿Y por qué era la única mujer del grupo?

—Entonces dormiremos aquí —determinó finalmente, resignado.

—Mañana buscaremos un lugar más apropiado —susurró Dorian, mirando hacia la pelinegra—. Hoy ya no tuvimos tiempo. Nos tocó improvisar.

«¿Cuántas veces tuvo que improvisar?», se preguntó Augustus con inquietud y una agobiante presión se instaló en su pecho.

Su hermana merecía más que esto.

***

Jackson inhaló profundamente mientras escuchaba cómo, en la mesa contigua, hablaban de que los salteadores de camino habían atacado la carretera la noche anterior. Se preguntó si realmente ellos estaban detrás del secuestro del duque de Richmond.

Nunca mataban, ni hacían daño a las personas.

Ellos solo iban por el dinero.

—Algo no cuadra —espetó Watchmeister, y Mountevans le dio un sorbo a su taza de café.

—Se supone que son inofensivos.

—Y nunca dan la cara —acotó Jackson.

—Pero, según el mayordomo, el duque llegó con la señorita Fletcher y dos jóvenes que se tomaron la molestia de buscar algo en los baúles del ático.

—Los baúles no tenían más que ropas sucias y documentos inservibles —siseó Watchmeister.

—Andrew… —el recién nombrado se enderezó—. ¿Dices que solo revisaron las cosas de la difunta duquesa y su dama de compañía?

—Así es —asintió el castaño.

—¿Qué opinas, Seamus?

—Que puede tratarse de un asunto familiar, y estamos metiendo las narices donde no deberíamos. —El barón fue directo y sincero.

—Pero Harrison nos envió porque Richmond podría estar en peligro. Nuestro trabajo es servir a la corona y, por ende, al duque. Además, su desaparición fue repentina. Quizá encontraron lo que tanto querían y luego se fueron.

Sin embargo… ¿qué era lo que tanto querían?

Un grito femenino los puso en alerta. Lo siguiente hizo que todas sus alarmas se encendieran.

Uno de los salteadores irrumpió en el comedor, disparó dos veces al techo —aparentemente con la vista fija en ellos, aunque la máscara le impedía ver sus ojos—, y todos se lanzaron al suelo.

—¡Huirá!

—No, claro que no —siseó Jackson, y los tres corrieron tras el hombre, escuchando las quejas del posadero mientras lo dejaban atrás.

No llegaron a robar nada.

Lo que quería decir que vinieron por ellos.

Jamás pensó que volvería a esos andares con los salteadores, pero quizá era hora de cerrar ciclos y encarcelarlos de una vez por todas.

Estaba harto de que le vieran la cara de estúpido.

Capítulo 27

Seis días más tarde, Olivia podía dar por sentado que odiaba acampar; casi siempre despertaba con dolor de espalda y frío, pero suponía que eso era mil veces mejor que seguir adentrándose en casas desocupadas como si fueran delincuentes.

«Por el momento, lo somos», le dijo la voz de la razón, y ella tragó con fuerza.

—Muy bien —espetó Rebecca después de revisar toda la casa, sonriente—. Podemos quedarnos.

Le gustaba la idea de tener un techo y una cama, pero...

—Dorian vigilará, Olivia y yo prepararemos la comida y tú… —miró a Augustus, no muy segura—. Puedes hacer lo que sea que hagan los duques —hizo gestos con las manos para despachar a su hermano.

—¿Lo que sea que hagan los duques? —farfulló el pelinegro, irritado.

—Puedes hacer guardia con Dorian —le dio una opción.

—Estoy bien solo —espetó el castaño, y cubriéndose el rostro con la máscara, salió de la casa sin duda alguna.

—Puedes prender el fuego en los cuartos —dijo Rebecca de pronto, y Augustus palideció—. ¿Qué?, ¿parece que viste un fantasma?

Claro que no le gustaba la idea de prender el fuego en las habitaciones, primero porque todo estaba oscuro y, segundo...

—¿No sabes prender las chimeneas? —preguntó Rebecca con una sonrisa maliciosa en el rostro.

Augustus se ruborizó.

—No.

La pelinegra puso las manos en jarras, levemente sorprendida.

—¿Estás seguro de que no quieres hacer cosas que hacen los duques?

—Haré guardia con Dorian —farfulló, se puso la máscara y salió de la pequeña cabaña sin mirar atrás.

En los últimos seis días, apenas habían podido hablar, ya que Rebecca se encargaba de mantenerlos separados y ella también estaba poniendo de su parte. Sin embargo, no podía negar que el distanciamiento empezaba a afectarle.

—Vamos a prender las chimeneas —espetó Rebecca, y no dudó en seguirla.

—Sabes que no sé hacerlo, ¿verdad?

—¿Cómo terminaste viviendo de una manera tan cómoda? —inquirió, guiándola hacia la primera habitación—. Eras la hija de una criada.

—El difunto duque contrató a una mujer para que se hiciera pasar por mi tía y nos dio el dinero suficiente para vivir decentemente.

—Cierto, me dijiste algo al respecto.

No fue difícil para Rebecca prender el fuego, pero tuvo que volver al primer piso por más carbón.

—Los dueños de la cabaña debieron salir de viaje; el lugar no está abandonado —observó una vez de regreso, y Olivia tragó con fuerza—. Debió ser agradable vivir como burguesa —el matiz de su voz encendió las alarmas.

¿Era más agradable vivir como burguesa o bajo el cuidado de un duque?

Estudió a Rebecca con la mirada. ¿Por qué era tan buena prendiendo chimeneas? ¿Por qué su vida parecía tan dura? ¿Y qué hacía relacionada con una banda criminal?

¿No se suponía que su amado padre siempre estuvo a su lado?

—Dime algo, ¿qué sucedió contigo después de que el duque muriera?

Silencio. Estaba dejando claro que había temas que no pensaba abordar.

—¿Nunca te casaste?

Rebecca se incorporó y avanzó hacia la cómoda para abrir los cajones.

—Oh, joyeros —canturreó con alegría y empezó a reunir las cajas.

—¿Qué haces? No puedes robarles.

—¿Por qué no? —parpadeó, desconcertada—. Soy una ladrona.

Por todos los cielos.

—¿Hiciste esto en las otras casas?

—Claro, ¿con qué crees que conseguí comida estos días?

Su mandíbula se desencajó. ¿Cómo podía hacer esa aclaración con tanta tranquilidad?

¡Eso era un crimen!

—¿Cuántas casas más piensas saquear hasta que te descubran? —preguntó, abrumada. Pero, como era de esperarse, Rebecca la ignoró.

—Sigamos —la pasó de largo con todos los joyeros en mano—. Trae el carbón —le recordó, y Olivia fue por el balde.

En situaciones como esta, no tenía la menor idea de cómo debía reaccionar. Conocía muy poco a Rebecca, y su silencio le había

dejado claro que aún guardaba muchas cosas que no estaba lista para compartir.

***

—Ya son tres casas ocupadas y saqueadas durante la noche. Se llevaron joyas valiosas y dinero —informó Mountevans, impertérrito.

—Solo han pasado seis días. ¿Cómo pueden causar tanto caos en tan poco tiempo? —gruñó Jackson, frustrado.

—En ninguno de los casos fueron vistos con el duque o la señorita Fletcher —añadió Watchmeister.

Lo que sugería que, posiblemente, sus captores eran otros.

O, una vez más, intentaban distraerlos.

—Quizá los tienen encerrados en el carruaje —musitó Watchmeister, cruzado de brazos.

—Muéstrame el mapa —ordenó Jackson. Extendió la hoja gastada sobre la hierba—. Están dando vueltas en el mismo lugar —gruñó, señalando los puntos marcados con cruces y luego uno que permanecía despejado—. Este será su próximo destino.

Los otros se acercaron, interesados.

—¿Por qué estás tan seguro? —inquirió el barón, curioso, y luego señaló otro punto cercano—. También podrían acampar aquí.

Jackson se tensó. Estaba tan ansioso que casi pasaba por alto aquella opción.

—Hay que dividirnos. Nos encontraremos en esta posada —indicó el punto medio.

—De acuerdo —dijo Mountevans—. Yo iré al segundo punto.

—No —replicó Jackson con frialdad—. Tú investiga la cabaña con Watchmeister.

Mountevans estaba demasiado distraído para tomar una tarea tan delicada, y existía la posibilidad de que los raptores del duque hubiesen elegido el sitio más cómodo.

—Bien —accedió el barón—. Entonces el plan está definido. —Montó su caballo—. Nos vemos en la siguiente posada en unas horas.

Y si todo salía bien, Richmond y la señorita Fletcher estarían finalmente bajo su custodia.

***

Augustus empezó a cuestionarse si seguir los planes de Rebecca seguía siendo lo más sabio de su parte. Habían vuelto a sus trajes de vándalos y, en esta ocasión, tanto él como Olivia estaban obligados a ocultar su identidad. Pero ¿qué más podía hacer si Rebecca se negaba a seguir sus consejos?

Abandonarla no era una opción.

Ella no quería volver a Londres ni permitir que él se mostrara públicamente con Olivia, lo que complicaba aún más la situación, ya que, como era de esperarse, sus criados notaron su repentina desaparición.

—¿Por qué no me ayudas a hacerla entrar en razón? —inquirió de pronto, y Dorian dio un respingo en su sitio antes de volverse hacia él con sigilo—. Para alguien que debe hacer guardia, te mostraste muy asombrado —se cruzó de brazos y escuchó su gruñido bajo la máscara.

—¿Crees que es fácil para ella? Te follaste a tu media hermana.

Ese muchachito empezaba a irritarlo.

—Olivia no es mi media hermana, y no pienso hablar del tema contigo.

No estaba de buen humor. Rebecca apenas le permitía acercarse a la castaña, y eso estaba acabando con su paciencia. Olivia calmaba la tempestad en su pecho, y tenerla tan cerca, pero a la vez tan lejos, era devastador.

—Si me mostrara, todos dejarían de buscarme y se desmentiría el hecho de que fui secuestrado.

—Todos esperarán que te cases con Fletcher.

La comprensión lo golpeó con fuerza. Su hermana no quería que consolidara nada hasta estar realmente segura de que Olivia no era su media hermana.

—¿Y no crees que es lo mejor? Ella y yo…

—Los hermanos no se casan —siseó, dándole la espalda.

—Corremos un gran peligro. Los mejores detectives de la ciudad están tras nosotros.

—Siempre estamos en constante peligro —espetó Dorian, indiferente—. Esto no es nuevo para nosotros.

—Si los atrapan…

—Nunca lo harán. No son tan hábiles ni tan tramposos como nosotros.

Augustus soltó una suave carcajada.

—¿De qué te ríes? —gruñó Dorian.

—Nunca antes había escuchado a un tramposo tan orgulloso de sí mismo.

—Ni yo a un depravado tan tranquilo con sus bajezas.

Ese niño sí que sabía cómo irritarlo. Pero no le prestó atención. Ya se había acostumbrado a que, dijera lo que dijera, Dorian y Rebecca

hicieran oídos sordos y pensaran lo peor de él.

Cuando ingresó a la modesta cabaña, paró en seco al ver a Rebecca revisando unos joyeros sobre la mesa. Parecía una niña con un juguete nuevo.

—¿De dónde sacaste eso? —farfulló, mientras ella continuaba examinando las joyas con soltura.

—Parecen caras. Me las quedaré —respondió, guardándolas sin pudor en los bolsillos de sus pantalones.

—Nada de eso. Pon todo en su lugar —le ordenó, avanzando hacia ella.

Pero Rebecca sujetó el joyero más grande y lo pegó contra su pecho.

—Es mío. Yo lo encontré.

—No puedes robar. Yo te compraré lo que quieras —siseó, iniciando un forcejeo—. Maldición, dijiste que nuestro padre siempre estuvo a tu lado. ¿Es que acaso nunca te dio una joya?

Ese comentario hizo que Rebecca soltara el joyero de golpe. Por primera vez desde que sus caminos se cruzaron, simplemente abandonó su sitio y subió al segundo piso sin decir una sola palabra.

—¿Y ahora qué hice? —susurró Augustus, frustrado.

Dejó el joyero sobre la mesa y se alborotó el cabello con ambas manos.

¿Era normal que siempre terminara discutiendo con sus hermanas?

Hasta ahora, la única con la que nunca había tenido un enfrentamiento era Arabella.

—Fuiste muy duro. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y se volvió hacia Olivia. Por fin estaban solos.

—Livy… —avanzó hacia ella y acunó su rostro con ternura para besarla, pero ella se apartó e impuso algo de distancia entre ambos.

Augustus frunció el ceño, frustrado.

—¿Es en serio?

—Debemos volver a Rosemoor Hall —declaró Olivia. Él se quedó mudo unos segundos—. Mi madre tenía un diario y estoy segura de que está entre las pertenencias de la tuya.

—¿Cómo puedes estar…?

—El medallón estaba entre las cosas de la difunta duquesa, no en las de mi mamá.

Augustus se tensó. ¿Podría ser que su madre se hubiera ido sin darles una información crucial?

—Ahora mismo Rosemoor Hall debe estar siendo vigilada. Volver sería muy riesgoso.

Ella lo miró con pesar, y fue entonces cuando reparó en su estado: se veía pálida, ojerosa y delgada. La situación la estaba afectando profundamente.

—¿Qué sucede?

—Quiero descubrir la verdad —confesó con voz débil, y él la rodeó con los brazos—. Quiero saber de dónde vengo, confirmar si soy la bastarda del duque o descubrir quién es mi verdadero padre y por qué me abandonó —sollozó, helándole las entrañas—. ¿Por qué me siento tan perdida? No me gusta vivir con esta incertidumbre.

—Lo descubriremos, pero trata de calmarte —pidió, acunándole el rostro entre las manos—. No le hagas caso a Rebecca, ella…

—¿Alguna vez te has puesto a pensar en qué tipo de vida tuvo tu hermana? —Sus palabras le generaron una horrible presión en el

pecho—. Entiendo que estás molesto con ella, pero Rebecca no está mejor que nosotros.

—Livy…

—Hasta el momento, soy la única verdad que existe, y ella sabe que nosotros… —no pudo terminar la oración—. ¿Tienes idea de lo abrumada que está?

—No —confesó con pesar—. Soy un idiota —bajó los brazos, lentamente.

—Ella dijo que conoció a mi madre, pero es mentira —Olivia apartó las lágrimas de su rostro con los dedos.

—¿Cómo sabes eso?

—Me dijo que éramos parecidas, y eso no es verdad —Augustus se irguió, inquieto—. ¿Qué tal si todo este tiempo solo nos ha dicho mentiras?

—¿A dónde quieres llegar?

—Ella te quiere. Por eso sigues vivo y nunca te ha lastimado —Su corazón se encogió—. Te ve con anhelo, y todos sus reproches se resumen en el hecho de que tú nunca la cuidaste ni hiciste nada por ella.

—No lo había notado. Yo… ¿ella te dijo algo?

—Siento que no la pasó mejor que tú y tus hermanas —admitió con suavidad, y él se tensó—. Tu padre era un monstruo. ¿Si quiera sabía lo que era el amor?

Augustus sintió cómo el aire se le atoraba en los pulmones. Por breves segundos no pudo emitir palabra alguna. Solo se dejó caer sobre el diván más cercano, tratando de regular su respiración.

—Graciela fue adoptada por el difunto conde de Warrington y tiene hermanos que la adoran. Yo me quedé con mi madre y fui feliz,

a pesar de las dificultades. Pero Rebecca…

Cerró los ojos con fuerza. Quizá ella solo llenaba sus vacíos con todo aquello que podía robar.

—Por respeto a ella, debemos mantener nuestra distancia.

—Entiendo —susurró, con aspereza.

No podía ser tan egoísta. Ella y Dorian solo estaban haciendo lo que era moralmente correcto.

—Tal vez… debería ir a hablar con ella —abandonó su lugar y subió pensativo al segundo piso.

Su hermana llevaba tiempo pidiéndole a gritos atención, y él había sido incapaz de escucharla.

Llegó a la puerta de su habitación y se detuvo al oír su canto. No sonaba como alguien deprimida o decepcionada. Giró el pomo con cuidado y abrió la puerta lentamente, encontrándola bailando frente a un espejo, con un exceso de joyas colgando del cuello, las muñecas y los dedos.

Dios… había robado muchas cosas en los últimos días, y él no podía dejar de preguntarse en qué momento lo hizo.

Ingresó en la estancia, provocando que ella lo mirara a través del reflejo y cerrara los labios en una fina línea.

—¿Qué quieres? —se giró hacia él, molesta.

—¿Cómo hiciste para robar todo eso? —se cruzó de brazos, y ella le sonrió con suficiencia—. ¿Piensas devolver lo que tomaste?

—Tengo un don —respondió, acariciando los collares, encantada. Él esperó pacientemente a que se quitara las joyas y las depositara en una pequeña bolsa negra.

Claramente no pensaba devolver nada.

—Lo siento —dijo de pronto, y ella palideció.

—¿Qué dices? —la inquietud destelló en sus ojos—. ¿Por qué te disculpas?

—Porque no estuve para ti desde el principio —se acercó a ella con cautela, y Rebecca lo observó con un dejo de expectación y nerviosismo—. No sé qué tipo de vida tuviste junto a nuestro padre. Lamento si su muerte te afectó. Yo nunca quise...

—Él me arruinó la vida —confesó con un hilo de voz, helándole las entrañas. Todo rastro de felicidad y vanidad se esfumó de su hermoso rostro—. Me enteré de su muerte porque nunca llegó con el hombre que sería mi futuro esposo.

Él la abrazó con fuerza. Al final de todo, Alaric solo había tenido planes de destruir a todas sus hijas.

—Jamás me arrepentiré de lo que hice —sentenció, y besó su coronilla con firmeza—. Perdóname, Rebecca. Debiste buscarme desde un principio.

Ella tiritó, pero no se dejó llevar ni intentó abrazarlo. Simplemente se quedó allí, recibiendo su calor.

—Ven conmigo a Londres. Diré que nunca fui secuestrado y te presentaré como una prima.

—¿Qué? —lo miró con sorpresa.

—No puedo decir que eres mi hermana, pero…

—Media hermana —murmuró con voz débil.

—Es lo mismo —dijo él, apartando con delicadeza un tirabuzón negro de su rostro—. Deja que cuide de ti. Te prometo que seré mil veces mejor que nuestro difunto padre.

—Yo… —percibió su duda—. Puede que no haya sido del todo sincera contigo —confesó de pronto, generándole un deje de inquietud.

—¿A qué te refieres?

—Nosotros…

La verdad de Rebecca se quebró antes de emerger porque su confesión se vio interrumpida por el disparo que retumbó en el exterior, seguido del rugido adolorido de Dorian.

Capítulo 28

El peligro relampagueó ante ellos como una tormenta feroz, y el emotivo momento llegó a su fin. Ambos bajaron corriendo al primer piso, con la tensión crepitando en el aire y Augustus solo pudo pensar en una cosa.

—Olivia —susurró con urgencia. Gritar sería imprudente.

—Augustus —salió de la cocina y corrió hacia él—. Lastimaron a Dorian, debemos ir por él —dijo con desesperación. Observó de reojo a Rebecca, que ya se colocaba la capucha raída y la máscara.

—¿Y si decimos que todo fue un malentendido? Diré que nunca me secuestraron y...

—Reacciona —lo cortó Rebecca con un siseo exaltado—. Llevamos días allanando casas y robando, y estás vestido como uno de nosotros. Podrían vincularte a la banda delictiva. Eso sería tu fin.

Él ahogó una maldición. Tenía razón.

—Encárguense de desenganchar a los caballos. —Debían irse sin el carruaje si querían escapar—. Yo iré por Dorian —ordenó, cubriéndose el rostro. No podía abandonarlo. A pesar de todo, el mocoso le caía bien.

—Augustus… —Olivia lo tomó del brazo, alarmada—. Está muy oscuro.

La sostuvo por un segundo, como si ese contacto pudiera mantenerla a salvo de lo que se avecinaba.

—No lo dejaré atrás —murmuró. Estaba harto de huir de la oscuridad, no quería seguir actuando como un cobarde—. Por favor, ve con Rebecca.

—Está bien —susurró ella.

Él se volvió hacia su hermana.

—Si algo sale mal, huyan sin mirar atrás.

Para él, revelar su identidad aún era una opción. Para ellas, sería una sentencia.

—Pero...

—No hay tiempo —decretó, y usó la ventana para salir de la casa, corriendo hacia donde yacía Dorian—. Ey, mocoso, ¿estás bien? —preguntó, fingiendo serenidad. Pero su corazón latía como un tambor ante la idea de que él estuviera muy herido.

¿Por qué le preocupaba tanto? ¿Cuál era su urgencia de alejarlo del peligro?

—¿Qué haces aquí? —gruñó Dorian, incorporándose con dificultad. No le pasó por alto como aferraba su brazo derecho. Estaba herido—. La bala solo rozó mi brazo. Podemos irnos. —Lo ayudó a levantarse, pero se congeló al ver dos sombras acercarse entre los árboles.

Su pulso se ralentizó. Maldita oscuridad.

—¿Quién lo diría? —espetó Andrew Watchmeister, emergiendo con una sonrisa torcida.

Augustus sintió el alivio de tener ante él un rostro conocido… pero solo por un segundo.

—¿Cuándo pasaron de robar baratijas a atacar nobles? —La voz del detective se tornó oscura, peligrosa—. Su crimen no se tomará a la ligera.

—No secuestramos a ningún duque —gimió Dorian. Augustus tragó saliva. Hablar sería arriesgado, ¿qué tal si ellos lo reconocían?

— Rompieron un pacto importante —continuó, adolorido—. ¿Olvidaron que está prohibido atacarnos con armas de fuego?

¿Qué diablos? ¿Los detectives tenían pactos con los vándalos?

—Hay testigos. Sabemos que ustedes tienen al duque y a su prometida —añadió el barón de Mountevans con una sonrisa cruel.

Augustus pensó en revelar su identidad, pero la voz de su instinto fue clara: es una pésima idea.

—No te preocupes por el pacto —añadió Mountevans—. Ya no necesitamos armas. Nuestros puños bastarán.

Dorian se apartó cuando ambos hombres se abalanzaron sobre ellos. Augustus bloqueó el primer golpe del barón con una precisión milimétrica, agradecido por el entrenamiento recibido. Respondió con una combinación rápida: puño al costado, giro y rodillazo directo al estómago. Mountevans cayó de espaldas.

—¡Arg!

«Mi heredero no puede perder. La derrota nunca será una opción para ti». Las crueles palabras de su padre retumbaron en su cabeza y gruñó en respuesta. Nunca antes había luchado por su vida o una situación de suma importancia, por lo que era la primera vez que se sentía en deuda con su padre.

El grito de Dorian le indicó que Watchmeister no había sido tan fácil. El detective aprovechó la herida de su brazo y le dio un puñetazo brutal en la mandíbula. Augustus giró, pero antes de intervenir, el barón lo sujetó de la pierna, tirándolo al suelo.

La pelea se volvió cuerpo a cuerpo. Augustus esquivó, bloqueó, y atacó con fuerza. Le dolía cada hueso, pero estaba decidido a ganar. Con un puño certero al mentón, envió al barón rodando hacia atrás.

Un relincho captó su atención. Una silueta apareció galopando desde la oscuridad.

Rebecca.

No tenía la menor duda de ello porque Olivia jamás cabalgaría de esa manera.

Augustus la vio levantar un palo de madera y golpear con fuerza a Watchmeister en la cara, alejándolo de Dorian. El detective cayó sobre la hierba, noqueado, y Rebecca se bajó del animal con maestría. Se incorporó con rapidez para ayudarla con Dorian, el muchacho no se movía y no le pasó por alto el temblor que se suscitó en las manos femeninas.

—Está inconsciente —jadeó ella en voz baja—. Súbelo al caballo, por favor —rogó—. Debemos huir, si lo atrapan lo colgarán.

Augustus obedeció, alzando a Dorian con esfuerzo y acomodándolo sobre el animal. Se subió tras de él, para evitar que cayera. Pero no le pasó por alto que Olivia aún no salía de los establos con el segundo semental.

—¿Dónde está? —inquirió con urgencia.

Mountevans y Watchmeister seguían en el suelo. Aún tenían tiempo. O eso pensó… hasta que vio al último reincorporarse y correr hacia ellos.

Pensó en bajar del caballo, pelear… pero Rebecca golpeó al animal con fuerza.

—¡No! —bramó, sujetando a Dorian mientras el caballo partía a todo galope.

Al mirar atrás, vio a Watchmeister sujetar a su hermana.

¿Dónde demonios estaba Olivia?

Entonces vio la sangre.

El pelaje blanco del caballo se teñía de rojo. La herida de Dorian no era una insignificante.

«Ponlo a salvo y luego vuelve por ellas».

***

Todo era su culpa.

Rebecca sabía que ella era la única responsable de que Dorian estuviera herido y su hermano y Olivia estuvieran a un paso de la ruina social.

Su inmadurez los había arrinconado a ese momento y si no quería que las cosas empeoraran, lo mejor que podía hacer era cooperar.

—Contigo bastará —siseó Watchmeister, tomándola del brazo con rudeza.

No forcejeó, sólo miró los establos de reojo. Olivia no había salido y por el cómo se dieron las cosas, dedujo que no pudo desenganchar al semental.

«Solo espero que sea buena escondiéndose».

—No me compliques la tarea —dijo él. Y antes de que pudiera reaccionar, le asestó un golpe seco y calculado en la sien con la empuñadura de su arma.

Rebecca se desplomó sin emitir un sonido.

***

Augustus llegó a la posada más cercana con el corazón en la garganta. Su máscara y la de Dorian estaban ocultas, por lo que eso les ayudó a pasar levemente desapercibidos.

—¿Quién es usted? —preguntó el posadero, receloso.

—Necesito un médico. Nos asaltaron en el camino —dijo con autoridad. El hombre se tensó, pero no siguió su orden—. Soy Augustus Humphrey, duque de Richmond.

El posadero dudó… hasta que Augustus se quitó el guante y mostró su anillo. El brillo de la joya bastó para que el hombre irguiera la espalda y lo mirara con fascinación.

—Llamaré a alguien para cuidar de él —dijo y él mismo hizo que sus lacayos subieran a Dorian a una habitación.

—Le pagaré muy bien por su discreción —añadió Augustus.

Los ojos del posadero brillaron.

—¿Qué tan buena será la paga? —preguntó, ilusionado.

—Cincuenta libras, pero no hable de esto con nadie.

—Lo estaré esperando, su excelencia.

Augustus dejó a Dorian bajo el cuidado de tres criadas y en esta ocasión no se preocupó por el oscuro camino que tendría que volver a atravesar totalmente solo. Lo único que quería era llegar a su destino y rescatar a su hermana y la mujer que amaba.

Estaba por montar su caballo cuando escuchó una voz.

—¡¿Cómo que Mountevans y Watchmeister no llegaron?!

El conde de Pembroke estaba en la posada.

La adrenalina lo sacudió. Subió a su caballo y cabalgó de regreso. No importaba la oscuridad. No importaba el miedo.

Su padre lo crió para gobernar.

Y, sin siquiera preverlo, para proteger.

***

Media hora.

Había pasado media hora desde que Watchmeister arrastró a su amigo y a Rebecca dentro de la cabaña, y Olivia aún no tenía el valor de abandonar su escondite en los establos.

¿De verdad actuaría como una cobarde?

Por todos los santos, la hermana de Augustus estaba en peligro y ella era la única que podía ayudarla.

Miró al caballo de reojo, sentía que la bestia se estaba burlando de ella.

En su vida se había sentido más estúpida, ¿por qué no pudo desengancharlo?

La visión se le cristalizó, pero inmediatamente negó con la cabeza y se incorporó con lentitud.

Aún podían huir.

Uno de ellos estaba noqueado.

«Rebecca también lo está», le recordó una vocecilla.

Pero no podía dejar que la entregaran, ellas eran amigas.

Olivia se acercó al semental y una vez más intentó desengancharlo. Sin embargo, en esta ocasión hizo las cosas con calma y no permitió que el miedo la gobernara. El resultado no fue inmediato, pero esbozó una débil sonrisa de satisfacción cuando logró liberar al animal.

—Perfecto —musitó y lo condujo al establo. Abrió la puerta e hizo que entrara—. Ahora espérame aquí, ¿sí?

No pensaba dejar a Rebecca sola.

No esta vez.

Capítulo 29

Andrew siseó un juramento y una vez más evaluó el pulso de Seamus. Dios santo, ¿cómo pudo distraerse de esa manera? ¿Desde cuándo esos vándalos peleaban tan bien? Era la primera vez que se atrevían a pelear cuerpo a cuerpo, en el pasado solo eran buenos escabulléndose como cucarachas.

—¿Por qué no despiertas? —farfulló, y estudió la habitación con inquietud.

El vándalo seguía en el piso, inconsciente y desplomado, y como estaba maniatado, ni siquiera se preocupó por él. Aprovechó el momento para revisar los cajones en busca de unas sales aromáticas. Normalmente siempre traía todo eso consigo, pero no podía tomarse la molestia de ir por sus cosas. Quizá fue un error dejar a los caballos tan lejos.

Después de inspeccionar el lugar, Andrew puso las manos en jarras y negó con la cabeza. Jackson llegaría en cualquier momento, a estas alturas ya debió percatarse de que no llegaron a la posada como habían acordado, y esperaba que él sí tuviera unas sales consigo.

Miró al vándalo de reojo. Se había dicho que esperaría a que todos estuvieran juntos para revelar su rostro, pero estaba tan aburrido que no tenía nada más interesante que hacer. Se acuclilló frente al hombre y levantó la máscara con lentitud, quedando como piedra al detectar un mentón puntiagudo, unos labios llenos y delicados, y finalmente…

Una mujer.

La piel se le erizó y, en esta ocasión, metió la mano por debajo de su cuello para quitarle la capucha. Su cabellera oscura y sedosa encontró su libertad y por alguna extraña razón las piernas le temblaron.

¿Quién era?

Ella tenía media cara manchada de sangre. Como un estúpido, fue por nuevos paños, los humedeció en agua, y empezó a apartar la sangre del pálido rostro.

¿Por qué sentía que la había visto antes?

Cuando el rostro quedó totalmente despejado, Andrew tomó a la mujer en brazos y la tendió sobre un diván.

—¿Quién eres? —frunció el ceño, acariciando la herida que le había hecho. Dios santo, ¿cómo pudo dañar su hermosa piel?

Una vez más, se acuclilló frente a ella para estudiar su rostro. No era tan joven, pero…

«Siento que la conozco».

—Iré por las sales —musitó, urgido por hablar con ella, y se tomó la molestia de cubrirla con la capucha y regresar la máscara a su lugar. Si Seamus despertaba, no quería que se centrara en su aspecto.

El crujido de la madera en el piso inferior hizo que todas sus alarmas se activaran y apretó la mandíbula.

¿Había alguien en casa?

Sacó su pistola, dispuesto a todo con tal de atrapar al vándalo que lastimó a Seamus, y salió de la habitación con sigilo. El pasillo estaba oscuro, pero vacío, así que siguió hacia las escaleras para observar el primer piso desde ahí.

No había nada.

Pero no era razón suficiente para bajar la guardia.

Bajó las escaleras, alerta, y cuando llegó al recibidor, vio todo en calma. Ladeó el rostro. Era imposible que el vándalo hubiera regresado tan pronto.

Un nuevo crujido lo alertó y, al levantar el arma, dio un respingo al oír el relincho de un caballo.

Se acercó a la ventana y se alivió al ver a Jackson ahí.

—Por fin —abrió la puerta principal y el moreno lo reprendió con la mirada.

—Dijimos que nos veríamos en la posada, no que invadirían una morada.

—Lastimaron a Seamus y tengo a uno —dijo con total tranquilidad, cruzándose de brazos—. ¿Tú tienes algo? —ironizó.

—Como siempre, los idiotas huyeron.

—Hoy uno no solo peleó con nosotros, sino que noqueó a Seamus.

Jackson se tensó.

—¿Cómo? —frunció el ceño—. Eso es imposible, ellos jamás estarán a la altura de nuestras habilidades. —En ese momento reparó en su rostro—. ¿A ti también te atacaron?

Acarició su mejilla, pero negó con la cabeza.

—Fue un golpe de suerte —mintió. La pequeña malhechora lo había noqueado con un palo, pero supuso que sus habilidades jamás lo habrían afectado en demasía.

La mujer era débil, pero tenaz, pero el otro hombre… ese sí le preocupaba.

—¿Tienes sales aromáticas? Seamus no reacciona y quiero interrogar al vándalo.

No quiso decirle que su rehén era una mujer. Algo le decía que debía guardar ese secreto por el momento.

—Están entre las cosas de Seamus.

—Bien, iré por ellas. Quédate y vigila la situación.

—De acuerdo —dijo Jackson, acercándose a la ventana.

***

Olivia llevaba más de quince minutos en el segundo piso, resguardada en la habitación contigua a la que Watchmeister estuvo ocupando todo este tiempo, y no sólo tuvo la suerte de encontrar unas sales aromáticas, sino que ahora tenía un bastón consigo que podría servirle de arma en caso de que la necesitara.

Desde la ranura de la puerta pudo ver como el detective se perdía en el primer piso y esperó un breve lapso antes de abrir la puerta e ingresar a la habitación contigua, inquieta.

El barón seguía inconsciente y ella no esperó un solo segundo a la hora de acercarse a su amiga, desatar sus manos y quitarle la máscara. Estaba herida y eso le generó una gran inquietud en el pecho, sólo esperaba que no le quedara una cicatriz.

Se arrodilló, posando el bastón junto a ella, y pasó las sales por su nariz con desespero, esperando la más mínimas de las reacciones, y su corazón empezó a bombear con fuerza cuando ella frunció el entrecejo.

—Un poco más —rogó y todas sus alarmas se prendieron al percibir un leve movimiento en la cama.

Cubrió el rostro de Rebecca, como si hubiera visto venir lo que sucedería, y ahogó un gritillo cuando el barón de Mountevans se abalanzó sobre ella de un salto.

Contuvo un jadeo adolorido, comprendiendo que no podía delatarse, y al notar cierto aturdimiento en el hombre, hizo lo que le pareció más sensato y dobló su pierna con firmeza, provocando que su rodilla impactara en sus partes nobles.

—¡Arg! —el rugido del barón le anunció que estaba en problemas. Estaba segura que no sólo retumbó por la casa, y cuando intentó gatear lejos de su alcance en lo que se retorcía de dolor, él la sujetó del tobillo y tiró de ella con violencia—. Esto no se quedará así —escupió y Olivia giró sobre su lugar, viendo como su puño descendía hacia ella, pero lo siguiente que sucedió hizo que el aire regresara a sus pulmones.

El hombre se desplomó sobre su cuerpo.

No por obra de magia, ni por gracia del señor.

Rebecca estaba de pie y lo había golpeado en la nuca con el bastón que trajo consigo.

—Ven —le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ambas se tensaron cuando la puerta de la habitación se abrió con violencia.

Esto era malo.

Tanto Olivia como Rebecca dieron un paso hacia atrás. Comprendían la complejidad del momento. Ante ellas estaba el mejor espía de la corona, un hombre que no se tocaría el corazón a la hora de atacarlas.

El conde de Pembroke las había encontrado y por el como su semblante se ensombreció al ver a su amigo inconsciente, Olivia dedujo que ese sería su fin.

Rebecca levantó el bastón para desafiarlo y la sangre se les congeló cuando él las apuntó con su pistola. Sin embargo, la

amenaza fue efímera porque una sombra emergió detrás del conde y se encargó de enviarlo al piso con una firme patada en la espalda.

Augustus…

Quizá estaba con la máscara, pero no había manera de que lo confundiera.

El conde soltó su arma y Rebecca se hizo de la misma, pero Olivia tuvo que quitársela al darse cuenta que eso podía terminar muy mal si el arma caía en las manos equivocadas.

No podían matar a nadie.

—Dámela —siseó y ella la lanzó por la ventana.

Rebecca quiso discutir, pero entonces ambas se vieron obligadas a ver como Augustus y el conde de Pembroke iniciaban una pelea cuerpo a cuerpo.

***

Había llegado a tiempo.

Pero quizá lo mejor habría sido llegar unos minutos antes.

Pembroke no sería un rival sencillo.

A decir verdad, sus habilidades eran lo suficientemente buenas como para intimidarlo, pero en esta ocasión, él tenía un propósito para ganar y eran las dos mujeres que estaban en esa habitación.

—¿Cómo es posible? —bramó el conde, furioso, y Augustus esquivó su puño y le propinó un codazo en el rostro—. ¿Desde cuándo pelean como mercenarios? —escupió, con sangre en la nariz, y él no le dio una respuesta.

En esta ocasión el golpe del moreno logró alcanzarlo y no le gustó que la máscara de Dorian empezara a partirse. Delatar su identidad

sería condenarse, estaba yendo contra la guardia real y Olivia y Rebecca habían lastimado a un barón.

Lo más sensato era salir de ese lugar cuanto antes.

Pembroke corrió hacia él para embestirlo, pero Augustus giró, deslizándose dentro de la habitación, y aferró la silla del tocador para lanzarla hacia el conde.

—¡Mierda! —rugió cuando la madera se destrozó contra su espalda, pero se volvió hacia él con ira contenida.

No le sorprendió su resistencia, estaba lidiando con el mejor espía de la corona.

—Después de esto, haré que los cuelguen a todos —masticó sus palabras, humillado, y el sonido de la puerta principal abrirse le anunció que Watchmeister estaba de regreso.

—Salgan de aquí —ordenó con voz gutural y el conde volvió a iniciar una pelea cuerpo a cuerpo, y él vio con alivio como Olivia y Rebecca lograban salir de la habitación antes de que Watchmeister reparara en su presencia.

El puño de Pembroke se dirigió a él con ferocidad y Augustus logró esquivarlo. Lo sujetó del brazo y empleó su cuerpo como soporte para tirar del moreno y hacerlo girar en el aire. Su cuerpo terminó tendido en el piso, pero él no pudo celebrar su triunfo porque Watchmeister lo atacó por detrás.

—Mierda —gruñó cuando se golpeó contra el tocador, pero el reflejo del espejo le informó sobre el nuevo ataque del hombre y lo esquivó a tiempo. Lo sujetó de la nuca y empotró su rostro contra el mueble.

El detective rugió y Augustus retrocedió, tambaleante.

Tanto el conde como el castaño estaban heridos y jadeantes, pero incluso así seguían dispuestos a luchar.

El cuerpo le dolía, pero su determinación le impedía dar marcha atrás.

«Necesito más espacio».

Abandonó la habitación y se dirigió al primer piso, esperando que Olivia y Rebecca ya estuvieran en los establos, y al ver que lo estaban siguiendo, sujetó uno de los divanes y lo lanzó en su dirección.

Le dio a Watchmeister, pero el conde logró alcanzarlo y una vez más empezaron a pelear, pero en esta ocasión con los muebles interponiéndose en su camino.

—Jamás perderé contra un vándalo como tú —gruñó y él se rió con sorna.

No perdería contra un vándalo, sino contra el duque de Richmond.

Augustus sujetó su rostro con brutalidad y sin miedo a nada le dio un firme cabezazo, para después lanzarlo contra la pequeña mesa del recibidor.

El conde de Pembroke estaba fuera del combate.

—Estás muerto.

Se volvió hacia Watchmeister y se petrificó en su lugar al ver que lo estaba apuntando con su pistola. Por un momento pensó que el disparo no demoraría en llegar, todo apuntaba a que el hombre sería certero; no obstante, no fue más rápido que Rebecca, quien reventó un plato de porcelana en su cabeza, al tiempo que Olivia también le brindaba un fuerte golpe con el bastón.

El castaño cayó al piso, boca abajo.

Augustus sintió la imperiosa necesidad de revisar a ambos hombres, pero entonces Olivia corrió hacia él y lo sujetó del brazo.

—Vámonos, por favor —rogó, angustiada, y él asintió.

Se dirigieron hacia las caballerizas y en esta ocasión él subió a ambas mujeres al caballo, y les pidió que fueran por delante.

Nunca se imaginó que podría sentirse tan seguro dentro de la oscuridad.

Al final de todo, sí logró llegar a ellas; pero, curiosamente, sentía que ellas lo habían salvado a él.

Sonrió por lo bajo y se quitó la máscara para tirarla en el camino.

¿Por qué no lo sorprendía?

Olivia siempre hacía eso y más por él.

A pocas millas de la posada, Augustus agradeció que Rebecca y Olivia se quitaran sus máscaras y rezó en silencio para que Dorian estuviera mejor. Sin embargo, todas sus alarmas se prendieron cuando un enorme carruaje, totalmente negro, se interpuso en su camino.

Esto no podía ser cierto.

No. No podía estar pasando. ¿Qué nuevo demonio los aguardaba ahora?

—No puede ser —musitó Rebecca, tan pálida como una hoja, y Augustus se posicionó delante de ellas, viendo como la puerta del vehículo se abría.

—Dorian —espetó alarmado, el mocoso estaba dentro del carruaje, totalmente inconsciente, y por ende se vio obligado a bajar la guardia al ver como cuatro hombres armados emergían de la oscuridad.

—Suban, sus caballos serán enganchados en el carruaje —ordenó un hombre desde el interior, y él dudó, pero…

Vio de reojo como Rebecca y Olivia eran obligadas a bajar de su semental y él hizo lo mismo, acercándose a ambas para impedir que esos hombres las tocaran.

—¿Algún plan? —miró a su hermana y ella bajó el rostro, avergonzada.

—De verdad lo siento, Augustus.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y observó en silencio como subía al carruaje. Su mirada se encontró con la de Olivia y entrelazó sus manos con firmeza, no tenía idea de en qué nuevo problema los había metido su hermana, pero tenía la leve sospecha de que en esta ocasión no corrían tanto peligro.

Capítulo 30

No era aún la hora del alba, pero Augustus reconoció al instante el distrito en el que habían entrado. El carruaje atravesó un portón negro y silencioso, adentrándose en un terreno amurallado que contrastaba con el caos exterior de Whitechapel.

El duque sintió un nudo en el estómago.

¿Qué demonios hacían ahí?

Ese no era lugar para Olivia. Ni para Rebecca.

Apretó el cuerpo de Olivia contra el suyo, protegiéndola incluso dormida, mientras lanzaba una mirada escrutadora al hombre que tenía enfrente. El castaño permanecía impasible, con un aire de desgano, como si aquel viaje no mereciera ni su fastidio.

El carruaje se detuvo frente a una enorme construcción de ladrillo ennegrecido, con rejas de hierro forjado que daban al exterior una apariencia más cercana a un cuartel que a una residencia. Las ventanas estaban protegidas por postigos de madera cerrados desde dentro, y el silencio que rodeaba la entrada principal resultaba inquietante. La casa tenía una fachada severa, apenas ornamentada.

—¿Cómo está? —preguntó Rebecca con voz temblorosa, refiriéndose a Dorian.

El hombre la miró con frialdad, justo cuando el carruaje se detenía del todo.

—Por tu bien, esperemos que mejor.

A juzgar por el modo en que lo trasladaban, Dorian había sido atendido en la posada.

—Yo…

Rebecca no pudo terminar. El castaño descendió con elegancia del vehículo y de inmediato ordenó traer más lacayos y una camilla para trasladar al joven.

Augustus se volvió hacia su hermana, contenido.

—¿Qué es esto, Rebecca? —le preguntó con voz baja, pero firme —. Nunca me dijiste que había más vándalos. Ni que podían ser peligrosos.

—No les harán daño —respondió ella, derrotada.

—¿Y a ti?

Rebecca no contestó. Bajó del carruaje con lentitud y se situó junto al desconocido, como si aceptara un destino inevitable.

«¿Cómo demonios voy a sacarlos de aquí?», pensó Augustus, con la mirada fija en Dorian.

¿Por qué no despertaba? ¿Tan grave era su estado?

—Augustus… —Olivia se removió ligeramente junto a él.

La abrazó con fuerza, como si así pudiera protegerla de lo que fuera que los aguardaba.

—No te asustes, te sacaré de aquí —le susurró con ternura.

Para su sorpresa, ella no discutió. Se irguió con lentitud, valiente a pesar del miedo. Había regresado por Rebecca, aún sabiendo que ponía en riesgo su vida. Como siempre, había cuidado de todos… incluso de los hijos del hombre que tanto daño le hizo.

La admiración le llenó el pecho.

Cuando cruzaron el umbral de la propiedad, el contraste con el exterior fue evidente.

Por dentro, el lugar era de una elegancia insospechada. Candelabros de cristal colgaban de los techos altos, las alfombras eran gruesas y mullidas, y el mobiliario —aunque oscuro— tenía

detalles en dorado y marfil. Cada estancia parecía limpia hasta el exceso, con un orden casi obsesivo. No obstante, había algo que desentonaba: la sensación de vigilancia constante.

Era una belleza que no ofrecía consuelo, sino una amenaza sutil, como si la riqueza no fuera un signo de bienvenida, sino de advertencia.

—Escolten al duque y a su novia a una habitación. Nadie abandona esta casa hasta que él regrese y todo se aclare —ordenó el desconocido con voz autoritaria.

Augustus se tensó.

¿Quién era *él*?

—Ni se les ocurra tocarlos —advirtió, entrelazando su mano con la de Olivia—. Exijo saber quién eres. ¿Por qué debería obedecerte?

El castaño sonrió con desdén. Era más joven, sí, pero su aplomo revelaba poder.

—Mi nombre es Cyrus —dijo con un dejo de aburrimiento—. Y si no quieres que el secreto más oscuro de tu familia vea la luz, más te vale hacer lo que te digo.

El corazón de Augustus dio un vuelco.

«¿La muerte de mi padre?»

Buscó a Rebecca. Ella ya había cedido, como si supiera que no podían hacer nada más.

—Está bien —cedió él con frialdad—. Muéstrenme la habitación.

Ingresó a la habitación junto a Olivia, cargando con el peso de su vigilancia interior, pero no pudo evitar fijarse en el entorno. Lo que encontró le causó un estremecimiento.

La habitación era sorprendentemente lujosa. Cortinajes pesados caían de lo alto de las ventanas, sofocando cualquier posible brisa.

Las paredes estaban forradas de paneles de madera barnizada y tapices bordados, mientras que el suelo, cubierto por alfombras orientales, amortiguaba hasta el más leve paso. El mobiliario era sobrio, elegante, incluso más refinado que algunas salas de Richmond House.

«De no estar en el barrio más turbio de Londres, juraría que esta casa rivaliza con cualquier residencia aristocrática», pensó con desconfianza.

—Estás herido —musitó Olivia, sentándose junto a él—. Déjame curarte.

Una criada, joven y silenciosa, entró sin mirarlos directamente y encendió la chimenea con eficacia. Otra se acercó poco después con un cesto de paños limpios y varios frascos de ungüentos.

—Le prepararemos un baño. La señora Blackwood ya dio la orden —anunció, con formalidad.

¿Señora Blackwood?

Augustus frunció el ceño.

Claro. Rebecca.

La idea de que su hermana fuera tratada como una anfitriona le provocó una sensación desagradable. ¿Estaban en casa de un esposo? ¿De un aliado? ¿De un enemigo con modales?

No se fiaba de nadie.

La criada salió dejándolos a solas y Augustus giró hacia Olivia con un impulso que no pudo contener. La rodeó con los brazos, atrayéndola con fuerza hasta que sus labios se fundieron en un beso desesperado, casi hambriento.

—Creí que no lo lograríamos —murmuró ella entre besos, con la voz quebrada por el llanto que por fin lograba liberar.

Era normal. Estaba asustada y agotada.

Las mujeres como Olivia no estaban hechas para ese mundo. Pero ahí estaba ella, intacta y valiente, sosteniéndose por todos.

—Ya pasó, amor —susurró él, acariciándole la frente con los labios —. Fuiste increíble al regresar por Rebecca.

—No pude desenganchar el caballo... Todo fue mi culpa.

—No —le cortó con firmeza, sosteniéndole la mirada—. No fue culpa tuya. Tú fuiste arrastrada a una situación imposible, y aun así, diste todo. Estoy orgulloso de ti, Livy.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, tocando su mejilla con ternura.

—Ellos te lastimaron —rozó la piel inflamada, y él se estremeció —. ¿Te duele mucho?

—Es apenas un rasguño —mintió, restándole importancia. Pero sus pensamientos regresaron a Dorian—. Lo que me preocupa es cómo sacaré a Rebecca y a ese mocoso de aquí.

—¿Ya no es sólo Rebecca? —preguntó con una sonrisa cansada.

Él negó lentamente, sin admitir en voz alta que aquel chico le despertaba una extraña inquietud.

Llamaron a la puerta y Augustus se incorporó, pidiéndole a Olivia que esperara en el diván. La criada volvió, esta vez trayendo un conjunto de ropas limpias. También dejó más paños y agua caliente sobre una mesa baja, sin decir una palabra.

Él apenas reparó en la calidad de las prendas.

No eran suyas. Ni ese atuendo, ni ese vestido. Todo estaba preparado.

Y esa idea le desagradaba.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

La criada se sobresaltó... y salió de la habitación sin responder.

Augustus lanzó un juramento por lo bajo. Nadie parecía dispuesto a darle respuestas.

«No, no hasta que *él* regrese», pensó, furioso.

Cuando habilitaron la bañera caliente y el último sirviente se retiró, caminó hasta la puerta y giró la llave. No podía permitirse más sorpresas.

Menos con Olivia ahí dentro.

—Ven, te limpiaré el rostro antes de que el agua se enfríe —musitó Olivia con dulzura.

Lo hizo sentarse en el diván, fue por un paño limpio, lo humedeció y luego se posicionó entre sus piernas. Comenzó a limpiar las heridas de su rostro con una delicadeza que le heló el pecho. Cada caricia suya parecía hecha para aplacar los demonios que lo atormentaban.

Cuando terminó, él le quitó el paño de la mano y lo dejó a un lado. Luego, con una lentitud que traicionaba su urgencia, deslizó los dedos hasta el cinto negro que sujetaba su cintura.

—¿Qué haces? —preguntó ella, tensa.

—Vamos a tomar un baño —dijo sin apartar la mirada.

Desabrochó el cinturón y dejó que los pantalones cayeran a sus pies. Augustus tragó saliva al ver la suavidad de sus piernas bajo la luz trémula del fuego. Se incorporó, indeciso.

—Livy, nosotros…

—Nosotros nos amamos —lo interrumpió, llevando las manos a su camisa negra. Olivia se la quitó sin vacilar y la arrojó sobre la cama —. Te necesito. Y sé que tú también me necesitas.

No le respondió con palabras. En su lugar, él se desnudó y juntos se metieron a la bañera.

El contacto con el agua caliente les arrancó un suspiro a ambos. Fue un instante de respiro. De alivio.

Pero no por mucho.

Los labios de Augustus encontraron los suyos con una vehemencia que desató el deseo contenido. Se besaron como si hubieran estado al borde de perderse. Porque lo estuvieron.

—Augustus —gimió ella, acariciándole la nuca, enredando los dedos en su espesa cabellera.

Él descendió hasta sus pechos, los lamió, los mordisqueó con ansias, mientras Olivia se las ingeniaba para enjabonarle el cabello y masajearle el cuero cabelludo entre jadeos y temblores.

—Déjame lavarte —pidió, sin dejar de acariciarlo.

Él asintió, y mientras ella recorría su cuerpo con jabón, él deslizó los dedos entre sus piernas, penetrándola con dos de ellos y deleitándose con el gemido que escapó de su garganta.

—Ah… mmm —se aferró a sus hombros, temblando—. Es tu turno.

Se incorporó y le dio la espalda. Augustus se quedó fascinado al ver su piel desnuda iluminada por las llamas de la chimenea. Con suavidad, empezó a lavarle el cabello, pero cuando el deseo lo superó, sujetó su cabellera con firmeza y la inclinó hacia su pecho.

—Ah —jadeó ella, excitada, y él le besó el cuello, la mejilla y el lóbulo de la oreja.

—Me muero por estar dentro de ti —murmuró entre besos—. Quiero tomarte con dureza, como me lo imagino cada vez que sueño contigo… tomarte desde atrás, ponerte de rodillas, atarte…

—Sí —rogó con desesperación, y él se detuvo.

—¿Sí? —preguntó con la voz cargada de incredulidad.

—Me encanta que seas rudo —confesó, con el rostro encendido—. Quiero que me tomes con fuerza.

Su control se rompió. Salió de la bañera y la ayudó a salir también, empapados ambos, pero ajenos al frío. La llevó hasta la alfombra frente al fuego.

—¿Estás segura?

Ella no respondió. En cambio, lo besó con hambre.

Él la guió hasta que se arrodilló en la alfombra. Besó su espalda, luego su hombro. Y con una mano, recogió su melena mojada para tirar suavemente de ella.

—Dijiste que te asustaba —recordó la vez que la había atado y amordazado en su habitación.

—Tenía que detenerte —susurró ella—. Pero ahora sé lo que quiero.

Él gruñó bajo, poseído por el deseo.

—Me gusta dominar, Livy —le dijo, con voz ronca—. Este juego… si decides jugarlo, siempre será así.

La inclinó hacia adelante. Olivia apoyó las palmas en la alfombra, presentándose para él. Augustus se relamió los labios y besó su columna hasta llegar a su cintura. Se humedeció los dedos y la acarició suavemente entre las piernas.

Ella gimió, húmeda y receptiva.

—¿Puedes sentir lo lista que estás para mí? —susurró. Apartó sus dedos y se deslizó lentamente en su interior.

El grito ahogado de Olivia fue música para él. La tomó con ambas manos por la cintura, bombeando con fuerza, con ritmo creciente,

sintiendo cómo su cuerpo lo recibía sin reservas.

—Ah, Augustus…

—No me detengas. Tócate tú —le ordenó con ternura áspera.

Olivia llevó una mano a su pecho, otra entre sus piernas. Augustus la guió, acariciando con ella el propio clítoris, mientras la embestía con fuerza.

Ella se corrió con un gemido casi suplicante.

Él la sostuvo cuando su cuerpo se contrajo alrededor de él. Luego la giró boca arriba, le abrió las piernas y volvió a entrar, llevándolos a un clímax conjunto. Sin salir de su interior, la sentó sobre su regazo y volvió a mecerse, suave esta vez, fundiéndose en ella como si no quisiera soltarla jamás.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz ronca.

—Fue perfecto —susurró Olivia, apoyando la cabeza en su hombro.

La llevó a la cama con cuidado, la arropó y la besó en la frente.

Pero cuando creyó que el momento íntimo había terminado, ella gimió suavemente al moverse. No de dolor… sino de deseo aún latente.

—¿Te duele?

—No… —susurró.

—Déjame revisar.

Se deslizó entre las sábanas, separó sus piernas con cuidado y bajó hasta su centro. Olivia se arqueó, sorprendida, al sentir su lengua en su intimidad. Y entonces lo supo:

No habría descanso esa noche.

***

En toda su vida, Jackson Sterling jamás se había sentido tan humillado.

¿Cómo era posible que un simple vándalo los hubiera derrotado?

«No era un simple vándalo y lo sabes», murmuró una voz burlona en su mente. Apretó los dientes, maldiciendo mientras Seamus atendía la nariz sangrante de Andrew Watchmeister, que gruñía por lo bajo, igual de indignado que él.

—Te juro que cuando los atrape, los mataré a todos —masculló, quitándose el paño de la cara. Al menos ese bastardo no le había roto la nariz.

—A mí solo me interesa uno —dijo Watchmeister con voz helada, frotándose la mandíbula.

—¿Cómo se volvieron tan buenos? —intervino Seamus, sin entender del todo lo que acababa de ocurrir.

El silencio que siguió fue denso. Y luego, Jackson abrió los ojos con un destello de comprensión.

—Olvidamos al duque… —musitó, helado—. Debemos ir tras ellos. No pudieron haber llegado lejos y…

—Creí que teníamos un acuerdo con respecto a los salteadores de caminos, Pembroke —interrumpió una voz grave, desde las sombras.

El corazón de Jackson se detuvo por un instante. Reconocía ese tono.

Una figura alta y poderosa emergió de la penumbra. Su sola presencia infundía respeto… y miedo.

Lo que le faltaba.

Jackson levantó la mano, ordenando a sus hombres que se mantuvieran quietos. Sabía que, si aquel hombre decidía actuar, podría acabar lo que el otro solo había empezado.

—Secuestraron a un duque —farfulló—. No podemos dejarlo pasar, ¡mira cómo nos dejaron!

—No secuestraron a tu duque —replicó la figura con firmeza—. Richmond está en Londres. Entero.

El silencio cayó como una losa.

Jackson sintió cómo el sudor frío le recorría la espalda.

—Aun así, nos atacaron. Eso no puede quedar impune…

—Si vuelves a atacarlos, todo Londres sabrá tu secreto —lo interrumpió el hombre, sin levantar la voz.

El miedo, ese sentimiento que pocas veces lo visitaba, se instaló en sus entrañas.

—¿De qué estás hablando?

La respuesta fue peor de lo que esperaba.

—Tus sospechas son ciertas, Pembroke. —El hombre se giró hacia él, con un brillo frío en los ojos—. Él es como un fantasma. Nunca se deja ver. Observa a sus presas durante semanas. Y cuando ataca… nunca falla.

Jackson se quedó sin palabras.

Watchmeister tragó con fuerza, y Seamus bajó la vista, como si estuviera ante una fuerza que escapaba de su entendimiento.

—¿Por qué los proteges? —gruñó el conde—. Siempre se meten en problemas. No siguen las reglas…

—La decisión es tuya —lo interrumpió nuevamente, dándose media vuelta—. Pero recuerda algo: yo nunca me toco el corazón.

El sonido de sus pasos alejándose fue más amenazante que cualquier advertencia.

Jackson sintió el ardor de la derrota. Se mordió el interior de la mejilla, furioso.

Al parecer, esta vez no habría venganza.

Atacar a los salteadores de caminos era equivalente a cavar su propia tumba.

Capítulo 31

Un silencio espeso dominaba la casa de Whitechapel.

Afuera, el barrio bullía con vida caótica, pero en ese rincón oculto de la ciudad, todo parecía suspendido, a la espera. Augustus estaba sentado en un sillón junto a la cama, ya vestido, con el cabello aún húmedo por el baño, observando a Olivia dormir entre las sábanas. La paz que irradiaba su rostro contrastaba con el huracán que rugía dentro de él.

Sabía que no quedaba mucho tiempo.

Rebecca no había ido a verlos, Cyrus aún no los mandaba a llamar, y Olivia… Olivia estaba en el centro de un secreto que apenas comenzaba a vislumbrar.

No había duda: esa casa era un nido de respuestas. Y también de enemigos.

—Augustus… —su suave ronroneo le brindó un deje de tranquilidad y esbozó una débil sonrisa al ver como se sentaba sobre su lugar.

Era suya, su mujer, y eso le brindaba una gran felicidad en el pecho.

—¿Qué hora es? —se frotó el rostro, cansada.

—No estoy seguro —reconoció—, ¿por qué no te alistas? —sugirió.

No quería que nadie la viera en un estado tan majestuoso.

Olivia asintió y abandonó la cama sin vergüenza alguna, enseñándole su desnudez.

Pasó saliva.

No era un buen momento para desearla, una vez que se casaran, tendría muchas horas, como muchos días, para hacerla suya.

Olivia se lavó el cuerpo con rapidez y luego se puso el vestido que la criada les trajo la noche anterior.

Era una prenda oscura, de un tono azul que podría competir con el negro.

¿Es que en esa casa no conocían el color?

—¿Qué sucede? —frunció el ceño al ver como acariciaba su larga cabellera castaña.

—No tengo nada para atarme el pelo.

«Mejor», pensó para sí mismo, pero luego barrió el lugar con la mirada y captó el cinto de sus trajes de vándalos.

—Esto servirá —le dio una palmadita al espacio vacío en el sillón y él se encargó de hacerle un moño bajo—. En realidad, esto podría servirnos incluso más tarde —ronroneó con picardía y ella se estremeció.

—Puede ser.

Augustus sintió una agradable presión en el pecho.

Ella lo aceptaba, incluso con su lado más oscuro y perverso.

—Estás lista —susurró y Olivia se incorporó, decidida.

—Vamos a ver a Dorian, quiero saber dónde está Rebecca —exigió y él siguió sus movimientos.

Comprendía que estaban en calidad de rehenes, o al menos eso creía, pero nunca fue dado a seguir las órdenes al pie de la letra, por lo que la sujetó de la mano y la guió hacia la puerta. Giró la llave, nervioso, pero parpadeó varias veces, consternado, al ver que nadie estaba escoltando la habitación.

¿Qué significaba todo esto?

—Ven —salieron al oscuro pasillo y la voz femenina de Rebecca les indicó el camino.

—De verdad lo siento, Dorian, todo es mi culpa, nunca debí llevarte conmigo. Yo…

Augustus se acercó a la puerta, estudiando la escena desde la ranura, y el castaño le dio un breve sorbo a su taza de café antes de regalarle una sonrisa amable a la pelinegra.

—No tienes la culpa de nada, fui porque quería seguirte.

Su hermana sollozó y eso fue suficiente para que Olivia se soltara de su agarre e ingresara a la habitación.

—Dorian —corrió hacia la cama y el castaño miró a la mujer, sorprendido—. Qué bueno que estés bien, nos diste un susto de muerte —susurró ella y posó una mano en el hombro de Rebecca.

La pelinegra miró a Olivia y luego lo miró a él. Una vez más la vergüenza inundó sus facciones.

—Gracias por volver —se vio obligado a decir Dorian, y sus miradas se encontraron—. Por un momento pensé que tendría que recurrir a otros medios para rescatarla. —Alborotó la cabellera de Rebecca y Augustus asintió.

—Es mi hermana, jamás la abandonaría.

Dorian lo observó con curiosidad y cuando intentó decirle algo, Augustus respingó cuando un niño de cabellera castaña, de unos diez años, lo pasó de largo con una bandeja de chocolates en la mano para acercarse a Dorian.

—Esto es para ti —espetó el niño con seriedad, y elegancia, y luego reprendió a Rebecca con la mirada—. Tú no tienes nada.

Augustus se tensó, ¿quién era ese niño?

Miró a Dorian y Rebecca, ¿podría ser que ellos fueran pareja?

¿Qué edad tenía el mocoso?

—Gracias, Quentin. —Dorian acarició la coronilla del niño, pero le dio un chocolate a Rebecca—. No seas duro con ella —pidió y Olivia lo miró con inquietud.

—Me pregunto si algún día alguno de ustedes hará lo que se les pide —espetó una voz oscura, autoritaria, y Augustus giró inmediatamente sobre su lugar, quedando como piedra al ver como un hombre de cabellera oscura, e imponente, ingresaba a la habitación seguido de Cyrus.

Él era el hombre que estuvieron esperando.

Dorian se enderezó, Rebecca abandonó su lugar de un salto y el niño que respondía al nombre de Quentin avanzó hacia el recién llegado para brindarle un abrazo fraternal.

¿Era su hijo?

—¡Dijiste que no demorarías, Alaric!

Augustus sintió que el mundo se detenía.

¿Alaric?

¿Ese hombre llevaba el nombre de su padre?

El recién llegado lo miró directamente. Luego posó su mano sobre la cabeza de Quentin y pronunció con voz firme:

—Hester.

Un hombre apareció en la entrada.

—Llévate a Quentin. Debe empacar sus cosas. Regresa a la escuela.

Dios mío.

¿Qué estaba sucediendo?

«Sabes lo que está sucediendo», le susurró una voz en su mente.

—Nunca fueron tres bastardas, Richmond —dijo Alaric, cruzando los brazos con solemnidad—. Somos siete.

Olivia se posicionó junto a él para sujetar su mano con firmeza, y Augustus alzó la mirada, sin un atisbo de sorpresa.

—Eso ya lo suponía —replicó, sereno pero tajante—. Mi padre no se caracterizaba por su moderación.

—Lo siento tanto, Augustus —dijo Rebecca con voz débil, mirando a Alaric con preocupación—. Nunca pensé que las cosas se saldrían de control.

—No se salieron de control —replicó Augustus—. Simplemente llegaron al punto que evitaste durante años.

Cyrus entrecerró los ojos.

—Tú también los evadiste, Humphrey.

—Porque tenía cosas que perder —respondió sin titubear—. Algo que tú jamás entenderías.

—No íbamos a meternos —aclaró Cyrus, molesto—. Pero si la guardia real los está buscando, es complicado hacernos los desentendidos.

Augustus posó la vista en Dorian y el castaño le sostuvo la mirada.

Por eso nunca pudo dejarlo atrás y siempre se le hizo familiar.

Él también era su hermano.

Saber que lo había rescatado alivió sus extremidades, pero…

—¿Por qué tardaron tanto en aparecer? —preguntó, dirigiéndose a Alaric con voz firme—. ¿Por qué ahora, justo cuando todo amenaza con estallar?

Alaric enarcó una ceja y le pidió que fuera más claro.

—Descubrí de la existencia de mis tres hermanas porque el vizconde de Hereford me amenazó, luego fue el conde y…

—Ah, sobre eso —le cortó Alaric—. Descuida, ellos están avisados: no pueden abrir la boca.

Augustus se tensó.

—¿Sólo sobre eso? —quiso saber y Cyrus miró a Rebecca con dureza.

—Ella divulgó muchos secretos, siempre hace cosas estúpidas, pero no debes preocuparte. Nunca estuviste en un peligro real.

Cerró las manos en dos puños, furioso.

—¿Saben que mi hermana se casó con el conde maldito por culpa de ese estúpido chantaje? —bramó, impotente.

—¿Por qué nos reprochas a nosotros? —contraatacó Alaric—. Fue ella quien provocó todo —se refirió a Rebecca y él se tensó—. Ya veo… —musitó con interés—. Le agarraste cariño.

Inhaló con pesadez y en esta ocasión se volvió hacia Rebecca.

—Quise entenderte, Rebecca —dijo él, serio—. Creí que actuabas por dolor, por soledad. Pero ahora veo que solo lo hiciste por rabia. Rabia contra un padre muerto, contra el mundo... y ahora contra nosotros.

—Nunca me sentí parte de este mundo —reconoció, cabizbaja—. Quería conocerte, saber más de mis hermanos y buscar el lugar donde pertenezco.

—¿Y por qué arruinaste el compromiso de Penelope? ¿Por qué dejaste que Charlotte terminara así? ¿Te preocupas por una de nuestras hermanas, pero qué con ellas? —insistió, sin levantar la voz, pero dejándola sentir cada palabra.

—Augustus…

Quizá estaba siendo duro con Rebecca, pero ya no podía pasar por alto el hecho de que sus acciones llevaron a Charlotte a una situación complicada.

—Quiero entender.

—Yo… yo… —No pudo brindarle una respuesta—. De verdad lo siento, te juro que cuidaré de Charlotte tanto como me sea posible. Yo… jamás creí en la maldición de Warrington.

Él se frotó el rostro, abatido.

—¿Cómo se conocieron? —se volvió hacia Alaric y el pelinegro se rio, entretenido.

—Somos hermanos de los mismos padres —aclaró con frialdad, y la sangre se le congeló—. Sí, Richmond, somos los hijos del verdadero y el único amor del difunto duque.

Y por esa razón siempre los odió, ¿verdad?

Alaric y él parecían rondar la misma edad, lo que quería decir que su madre llegó a la vida de su padre para alejarlo de su amada y por eso su progenitor siempre fue cruel con sus hijos legítimos.

—Si tanto amó a tu madre, ¿por qué tuvo otras dos hijas? —farfulló, dolido, y en esta ocasión fue Cyrus quien respondió.

—Porque no era un santo. —Se encogió de hombros—. Tuvo uno que otro desliz.

Para ellos resultaba bastante sencillo asimilar que su difunto padre fue un ser despreciable.

—La cuestión es que nunca quisimos meterte en problemas. —Alaric retomó la palabra, parecía desesperado por zanjar el asunto—. Lamento que Rebecca haya usado nuestro secreto familiar para hacerte pasar un mal momento y —elevó la voz, reprendiéndola— conseguir dinero.

Olivia recordó un punto de suma importancia.

—¿Por qué roba? —quiso saber y los hermanos más grandes se rieron—. ¿Ella no tiene dinero?

—¿Qué no tiene dinero? —Alaric la miró con diversión—. Nuestro padre nos dejó una gran fortuna, cada hermano tiene su propia casa, fideicomiso y…

—¡Eso no es verdad! ¡El duque no me dejó nada! —explotó Rebecca, dolida.

Tanto Augustus como Olivia la buscaron con la mirada.

—Mi padre me odiaba, al igual que a todas sus hijas mujeres. Para él su único amor fue Alaric —señaló al moreno y para él fue inevitable no sentir envidia—. Por esa razón lo dejé y no tomé nada de lo que me ofrece, porque no quiero su caridad y estoy harta que él sea igual que nuestro padre.

—¿Cómo dices? —farfulló el aludido con enojo y Augustus cubrió a Rebecca con su cuerpo—. Jamás seré igual que él, yo…

—¡Nunca me ayudaste a buscar a mi hermana!

Augustus se estremeció. Así que, después de todo, Rebecca siempre había querido encontrar a la hija de Aurora.

—Pero ya nada importa, ya la encontré.

Tanto él como Olivia se tensaron y contuvo el aliento cuando Rebecca los señaló.

—¿Estás contento? Tu silencio hizo que ellos se enamoraran y…

—Ella no es la hija de Aurora —interrumpió Alaric, y Olivia perdió el equilibrio.

Augustus la sostuvo con ambos brazos, firme.

—No importa quién te parió —susurró, mirándola a los ojos—. Eres la mujer que Aurora crió, la que amaron mis hermanas y la que

amo yo. Eso no va a cambiar.

Ella no podía dejarse consumir por la tristeza, él vio lo mucho que Aurora la amó y esa era la única verdad que existía.

—Estás equivocado —espetó Rebecca—. Ella vivió con ellos durante muchos años, se criaron juntos y…

—Tú nunca conociste a Aurora ni a su hija —dijo Alaric con frialdad.

—¿Qué? —Augustus lo miró desconcertado y luego a Rebecca—. Pero ella dijo...

—Dijo lo que yo le conté —interrumpió, molesto—. ¿Ahora entiendes por qué me saca de quicio?

—¿Por qué dices que no soy hija de Aurora? —Olivia se liberó de su agarre y dio un paso hacia Alaric—. Yo me crié con ella, nosotras...

—Lo siento —murmuró el pelinegro, con el rostro compungido—. Pero tú no eres la hija de Aurora.

Ella cerró los ojos con fuerza.

¿Ahora ni siquiera tenía una madre? ¿Quién diablos era?

—Livy… —la voz de Augustus captó su atención y lo buscó con la mirada—. Tuviste una madre, nosotros somos tu familia y eres lo que más amo —musitó, como si pudiera leerle la mente, y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Encontremos la verdad, pero sin olvidar tu valor, ¿de acuerdo? —pidió con ternura y ella asintió, más confiada.

—¿Cómo estás tan seguro de lo que dices? —preguntó con voz ronca.

—Conocí a la niña —explicó Alaric, indiferente—. Mi padre la reconoció con nuestro apellido y mi madre debía criarla, pero ella no

soportó la traición de mi padre y dijo que la regalaría si él no pensaba hacerse cargo de ella.

Dios santo, esa mujer no debió ser nada amorosa.

—¿Entonces qué sucedió? —miró a Olivia de reojo.

—Como nuestro padre no quería una bastarda en su casa, hizo un intercambio con la hija de otro hombre, y Aurora tuvo que conformarse con la niña que se le entregó a cambio de que su hija fuera bien criada dentro de otra familia. —Un tenso silencio se cernió sobre ellos—. Lo siento mucho. Quizá no es la noticia que esperabas recibir, pero... es mejor así. Es mejor que no seas la media hermana del hombre que amas.

Ambos se miraron. No se equivocaron. No eran hermanos, pero...

—¿Entonces mi hermana…? —susurró Rebecca, abatida.

—Nunca te dije nada respecto a ella porque la hija de Aurora no desea relacionarse con nosotros.

Olivia palideció.

—¿La conoces?

—La encontré hace unos años, robé el diario de Aurora y fui a buscarla.

—¿Qué? —Augustus se sorprendió—. ¿Entraste a mi casa y…?

—Es lo de menos —le cortó Alaric, indiferente.

—¿Sabes quién es mi padre? —inquirió Olivia, temerosa, y Augustus la abrazó con fuerza.

—No creo que la noticia vaya a gustarte —fue sincero.

—Quiero saber de quién se trata.

No porque quisiera su aceptación o una validación, ella ya sabía a qué lugar pertenecía, pero no se quería quedar sin respuestas.

—Eres la hija del difunto vizconde de Hunt.

—Ya veo… —musitó ella y agradeció que Augustus presionara su abrazo—. Me gustaría conocer a la hija de mi madre.

Aurora era su madre, siempre la vería de esa manera, pero… ella debía devolver el medallón a su dueña.

—Le envié una carta esta mañana, no sé si vendrá —fue sincero —. Ella es… diferente.

Augustus podía sentir los lazos familiares que existían entre los hijos de su padre, pero cuando una hora más tarde una mujer ingresó al salón de té, él pudo percatarse de que su aura no era la misma.

Ella odiaba estar ahí.

Esa mujer de cabellera color fuego no se parecía a ninguno de ellos. Era hermosa, pero había algo en su mirada… algo que gritaba que jamás quiso pertenecer a esa familia.

Capítulo 32

Olivia agradeció en silencio que los hermanos de Rebecca hubieran podido llevarse a la pelinegra —que con solo mirar a la recién llegada, supo que no era en lo absoluto lo que esperaba—, y estudió el hermoso rostro de la pelirroja con atención.

Era muy parecida a su madre, pero su cabellera era aún más roja e intensa. La garganta se le cerró.

Ella era la hija de su amada madre, la niña que le fue arrebatada injustamente y que ahora se presentaba como una mujer que, seguramente, habría llenado de orgullo el pecho de Aurora.

La tristeza la carcomió por dentro. Durante muchos años se sintió insegura por su aspecto, por la diferencia que existía entre ellas, y ahora todo tenía más sentido. Sin embargo…

—Olivia, cariño, ¿qué haces? —inquirió su madre a su espalda, y la niña dio un respingo, exaltada.

—Nada —respondió, escondiendo el pequeño espejo bajo su cuerpo.

Aurora se sentó junto a ella en el diván. Como toda madre que conoce bien a su hija, estiró la mano con la palma hacia arriba, esperando aquello que intentaba ocultar. Olivia se ruborizó.

—No es nada malo —suplicó con la mirada, entregándole el espejo con lentitud.

—Si debes esconderlo de mí, entonces lo es —respondió Aurora con una sonrisa tierna.

Observó el objeto con desconcierto.

—¿Y esto?

—¿Algún día seré tan bonita como tú? —preguntó Olivia con timidez, y Aurora se tensó—. Eres tan bella, mamá… yo solo…

—Olivia —la sentó en su regazo y la envolvió con sus brazos—, tú eres más linda que yo —dijo con dulzura, aunque su voz se quebró ligeramente.

Olivia la miró con duda.

—Pero mi piel…

—Tu piel fue besada por el sol. Es una piel hermosa, cuidada con amor, y no todos tienen la dicha de poseer algo tan especial —respondió con firmeza, ayudándola a enderezar la espalda—. ¿Alguien te dijo algo? —preguntó con cautela.

Olivia negó con la cabeza.

—Es solo que Penelope y Augustus son… —miró sus propias manos.

—Ellos se parecen. Tú eres distinta.

El corazón de Olivia comenzó a latir con fuerza.

—Eres lo más hermoso que tengo, cariño —dijo Aurora, dejando un beso en su mejilla—. Me gustaría que te ames tanto como yo te amo, ¿de acuerdo?

Olivia esbozó una pequeña sonrisa, y en silencio se prometió no volver a dudar de su belleza.

Su madre nunca le permitió dudar. Siempre le enseñó a amarse, y quizá por esa razón los Humphrey lograron aceptarla sin percibir la gran diferencia social y física que existía entre ellos.

La pelirroja dio un paso en su dirección, instándola a abandonar su letargo, y Olivia la miró con un deje de inquietud.

—Blackwood suele respetar mis decisiones y su carta me tomó por sorpresa —reconoció ella con voz neutra, estudiándola con la mirada—. Pero cuando leí sobre ti, Olivia Fletcher, supe que quería venir.

Se tensó.

—¿Me conoces?

—Estás en muchas páginas del diario de mi madre —confesó y sacó un pequeño cuaderno del bolsillo de su falda—. ¿Alguna vez lo leíste?

La visión se le cristalizó y negó con la cabeza. Se mordió el labio inferior con impotencia, sabía que no podía hacerlo, pero… la sangre se le congeló cuando ella se lo tendió.

—¿Te gustaría leerlo?

Ella boqueó, lo sujetó no muy segura, y finalmente habló:

—¿Cuál es tu nombre? Me temo que nunca escuché hablar de ti y para mí este descubrimiento es totalmente nuevo.

La pelirroja le sonrió con ternura y luego miró a Augustus, quien se mantuvo al margen de la situación y prefirió guardar silencio.

Ella decidió pasarlo por alto; ese era un momento para las dos.

—Hannah. Mi nombre es Hannah Blackwood. —Incluso su nombre era bonito—. Deberías leerlo un poco, siento que lo necesitas —juntó sus manos detrás de su espalda, haciéndole reparar en su atuendo que no era costoso, sino más bien simple, pero incluso así se veía presentable.

Olivia abrió el cuaderno despacio, dejando que las primeras palabras la envolvieran como una caricia.

"Una niña llegó a mí, y ahora soy la única madre que tiene. Temo no ser suficiente, no saber cómo hacerlo… porque en el fondo sigo

extrañando a mi hija, la bebé que me fue arrebatada injustamente. Pero espero que mi niña llegue a ser tan amada… como lo será mi Olivia."

Una lágrima se deslizó por su mejilla. No había sido un deber. Nunca fue una obligación para Aurora.

Siguió hojeando, con el corazón agitado.

"¿Es posible amar tanto a una criatura que no diste a luz? Olivia me ha dado paz y amor, y a veces siento culpa por mi pequeña… de quien sigo sin saber nada. El duque parece haberla olvidado. Lady Clara me asegura que está bien, pero en el fondo sé que todo es incierto."

Lady Clara siempre lo supo. Y aun así, nunca le habló con la verdad.

"El duque odia a mi hija. Quiere arrancarla de mi lado una vez más. Pero Lady Clara no está dispuesta a permitirlo. Ella sabe que mi vida ya no sería vida sin Olivia."

Olivia rompió en sollozos, aferrándose al cuaderno como si su alma se sujetara a él. Aurora la amó. La eligió. Sí llegó a ser su hija. Fue una niña deseada, y profundamente querida.

Aunque su madre no supiera el nombre de sus verdaderos padres, la vio como el regalo que le trajo consuelo. El duque, probablemente, nunca le permitió obtener más información, y por eso nunca llegó a saber nada de Hannah.

—Ella me quiso —musitó con un hilo de voz, y la pelirroja asintió.

Augustus llegó a ella por detrás y la abrazó con fuerza. Lo necesitaba; él siempre lograba estabilizar sus emociones.

—Me amaba, Augustus —se volvió hacia él y lo abrazó por la cintura—. Mi madre…

—¿Cómo pudiste dudarlo?

Era verdad. Fue una tonta al creer que Aurora se resignó a cuidarla por obligación. Su madre le enseñó a amarse y a amar, como también le enseñó lo que era el verdadero amor. Nunca la dejó.

—Siempre sentí la imperiosa necesidad de aclarar la situación, pero luego me di cuenta que no estabas al tanto de nada —Hannah demandó su atención—. No me acerqué porque estabas bien, no había necesidad de alterar nada porque mi madre siempre dejó claro el gran amor que sentía por ti.

—¿Tú…?, ¿siempre lo supiste?

Hannah negó con la cabeza.

—Alaric me encontró cuando tenía quince años —confesó, pensativa—. Se podría decir que su llegada hizo que el antiguo vizconde de Hunt se mantuviera al margen de todo.

—¿Qué? —ambos fruncieron el ceño—. ¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Nuestros padres eran unos cerdos. —Olivia miró de reojo a Augustus; para su sorpresa, él asintió—. Creyeron que sería entretenido jugar con la hija del otro una vez que cumplieran la mayoría de edad y por eso nos intercambiaron.

La sangre se le congeló. Jamás pensó que la maldad del difunto duque podría llegar tan lejos.

—Pero todo salió mal para ellos porque sus respectivas esposas nos acogieron con cariño.

—¿Nunca llegó a lastimarte?

—No precisamente —admitió—. Alaric llegó un poco después de la muerte de la primera vizcondesa y no sé a qué acuerdo llegó con el

vizconde, pero él nunca más volvió a prestarme atención y luego llegó con su nueva esposa, quien me protegió a capa y espada de su desagradable esposo.

Olivia no sabía mucho de esa familia.

—Violet, ahora la señora Fenton, es la mujer para la que trabajo y con quien vivo —dijo con cariño—. Estoy bien, me siento tranquila con la vida que tengo.

—Pero si quisieras más… —intentó decir Augustus, pero ella negó con la cabeza.

—No quiero más, y tampoco quiero saber más de ustedes —fue sincera, y ella comprendió su situación. Toda la vida estuvo sola; nunca tuvo una familia y no sabía cómo lidiar con una.

—Sabes que, pase lo que pase, podrás buscarnos cuando quieras, ¿verdad? —espetó Augustus, con seguridad, y ella asintió.

—Alaric me dijo lo mismo.

Porque ellos eran muy parecidos.

—Muchas gracias por todo, Hannah —la llamó por su nombre de pila y le devolvió el diario—. Acabas de quitarme un gran peso del pecho y hay algo que tengo para ti. —Metió la mano en el bolsillo de su falda, dado que por alguna extraña razón nunca tuvo el valor de ponérselo, y sacó el medallón de su madre—. Ten, esto es tuyo.

Sujetó su mano y le entregó la joya.

Hannah respingó y estudió el medallón con cariño, para después mostrarle el que llevaba puesto.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Eran iguales. Rebecca no se equivocó: la hija de Aurora siempre tuvo uno.

—¿Por qué me lo das? —la miró con sorpresa.

—Era de Aurora y…

—¿No sería sensato que cada hija tenga uno? —Le entregó el collar a Augustus y su corazón empezó a bombear sin control alguno cuando él le puso el medallón sin dudar.

—Es tuyo.

—Pero…

—Ambas somos sus hijas, Olivia.

—Muchas gracias —sollozó, abrazando la joya contra su pecho—. Yo… la quise tanto.

—Me alegra saberlo —susurró. Luego miró a Augustus—. No tienes que sentirte en deuda conmigo. Tengo la vida que quiero.

Él frunció los labios, inquieto.

—Pero eres una dama de compañía. Si tú me lo permites…

—Estoy feliz así —respondió con una sonrisa—. Si algún día cambio de parecer, los buscaré.

Hannah abandonó el salón sin decir más, incapaz de mostrar más afecto del que sentía, y Olivia abrazó a Augustus con emoción contenida. Ella no necesitaba buscar más respuestas. Pertenecía a ese lugar y era donde pensaba quedarse: con los Humphrey.

—Ahora que ya sabemos la verdad —él demandó su atención y sus miradas se encontraron—, ¿por fin aceptarás casarte conmigo?

Ella se rio por lo alto y asintió.

—Sí, sí quiero casarme contigo.

Sus labios se unieron con avidez, y por primera vez en años, dio por sentada su felicidad. Recuperó al hombre que amaba, ese que por un momento se atrevió a ver distante, y todo indicaba que junto a él su vida sería simplemente perfecta. Porque era correspondida. Siempre lo fue.

FIN

Epílogo

¿Alguien puede explicar por qué el conde de Warrington inició una pelea en su propia casa? Según fuentes cercanas, su esposa pasa más tiempo del debido con su primo político
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Augustus obtuvo una licencia especial tres días después. Aunque no estaba seguro si fue por su influencia o por la de Alaric.

Debieron quedarse en Whitechapel durante ese tiempo. Dejarse ver en sociedad sin estar casados solo empeoraría su situación, y aunque a él le importaba poco, debía cuidar su reputación por el bien de Arabella. Aún tenía una hermana a la cual casar.

Y ahora, por fin, un vicario pronunciaba en voz alta que él y Olivia eran marido y mujer.

Su padre no pudo salirse con la suya.

La verdad salió a la luz, los pecados se repararon, y el amor triunfó. Como si eso no bastara para agitar la tumba de su padre, los testigos de la ceremonia fueron los Blackwood. Sus hermanos.

Unos con los que mantendría una relación a distancia por el bien del ducado.

—Muy bien, ya se casaron —interrumpió Alaric, sin brindar sus felicitaciones—. Espero que no le guardes mucho rencor a Rebecca por todo lo ocurrido.

—No la odio —dijo Augustus, y Olivia negó con la cabeza para reafirmarlo.

—Nosotros también la cuidaremos —continuó Alaric—. Dudo que una maldición sea más fuerte que Charlotte.

—¿Las conoces?

—Lo suficiente como para saber que te darán dolores de cabeza —se mofó.

Augustus suspiró.

—Es fácil para ti, lidias con puros hombres.

No hubo respuesta. Solo una media sonrisa.

—Debo irme. Quiero saber cómo se encuentra.

—Ya son esposos. Pueden volver a su casa cuando lo deseen —Alaric señaló la puerta. Un carruaje los esperaba—. Pero no cuentes conmigo si lady Berricloth decide escribir otra de sus notas.

—Ya hiciste bastante lidiando con Hereford y Warrington.

Quizá ahora podían anular ese matrimonio.

—¡Augustus! —La voz de Rebecca lo detuvo antes de que lograra subir al carruaje y giró sobre su eje. Ella corrió hacia él y lo abrazó con fuerza—. De verdad lo siento.

—Solo deja de meterte en problemas —acarició su coronilla—. Si estuvieras bajo mi cuidado, ya te habría buscado un esposo.

Ella se tensó.

—Por eso no me voy contigo —siseó, rompiendo el abrazo—. Adiós, Olivia. Cuídate y aprende a desenganchar caballos.

Olivia se ruborizó, y Augustus subió al carruaje con el corazón liviano.

—Está hecho —murmuró ella.

—¿Por qué estás tan pálida?

—Nos despreciarán. No nos invitarán a fiestas y...

—Y seremos felices. Porque estamos juntos. Eso es lo único que debe importarte, mi amor —la besó con ternura.

—¿Iremos a Richmond House?

—En realidad… —dudó.

—Deberíamos ir a Warrington House, Charlotte debe saber que estamos de regreso y no la dejaremos sola.

Le regaló una enorme sonrisa.

—Por eso te amo.

Cuando llegaron a Warrington House, Augustus no supo qué pensar al ver la puerta principal abierta, pero no dudó a la hora de adentrarse al lugar al oír los gritos de su hermana.

Charlotte estaba ahí. Pero nadie la estaba atacando.

Ella estaba junto a un hombre, seguramente el hermano menor de Warrington, mientras el conde peleaba cuerpo a cuerpo con un castaño.

—¡Basta! —gritó Charlotte.

Augustus no lo pensó dos veces. Entró y separó a los hombres con firmeza, como si apartar individuos fuera algo que hiciera cada mañana.

—Hermano... —susurró Charlotte, corriendo hacia él. Pero Warrington se adelantó y la rodeó por la cintura, como si quisiera marcar territorio.

—No irás a ninguna parte —gruñó, sin apartar la vista de Augustus—. ¡Saca a ese idiota de aquí! —le ordenó al otro rubio, que suspiró como si fuera la rutina del día y arrastró al castaño fuera de la casa.

Augustus observó en silencio. No entendía del todo lo que había ocurrido, pero supo algo con certeza: Charlotte estaba en medio de un incendio que no había empezado ella… pero que bien podía consumirla.

—Déjame saludar a mi hermano —siseó ella, zafándose del agarre, y lo abrazó con fuerza. Luego hizo lo mismo con Olivia, aunque su mirada seguía cargada de tensión.

—Necesito hablar contigo —dijo Augustus, mirando al conde.

Y sin más, se encerraron en el despacho.

—No esperaba que fuera ella, Richmond.

—Pediste a una Humphrey. Y cumplí con lo prometido —respondió, con tono seco—. ¿Por qué te enoja? Querías una mujer hermosa, con linaje y dinero.

—No quería que fuera Charlotte.

Augustus abrió los ojos, sorprendido.

—No es tan joven. Tiene veinte años —replicó, aunque notó el tormento en los ojos del conde—. ¿Consumaste la unión? —se atrevió a preguntar, y el respingo del hombre encendió todas sus alarmas.

¿Podían anular el matrimonio?

—Ni siquiera lo pienses —farfulló el conde, como si pudiera leerle la mente—. Sé tu secreto —añadió con frialdad.

—Y si abres la boca, los Blackwood te matarán. ¿No es así?

La palidez de Warrington fue su única confirmación.

Nunca estuvo en verdadero peligro.

Rebecca, incluso Alaric, no lo habrían permitido.

—Claro que consumé mi matrimonio —se vio obligado a decir, pero Augustus captó su nerviosismo—. Yo...

—Quizá pueda buscarte otra esposa —sugirió.

El rubio lo miró con desdén, como si la idea fuera insultante.

—Ya tengo una —zanjó—. Despídete de Charlotte porque como pudiste ver, cuando llegaste, ya me ha generado un par de

problemas. Tengo asuntos pendientes con mi esposa.

Era un hombre desagradable, pero quizá aún existía la posibilidad de liberar a su hermana de su maldición.

—Si le haces daño, no necesitaré a los Blackwood para destruirte.

Warrington lo ignoró, pero su gesto lo delató: él no tenía el control.

***

—No lo entiendo, ¿por qué no podemos buscarlos? —farfulló Andrew, furibundo, y Jackson acomodó los gemelos de su abrigo con fría calma, observando al castaño por el reflejo del espejo.

—¿Cuál es tu problema? Nunca te interesaron tanto —frunció el ceño y miró a Seamus.

Su amigo se encogió de hombros.

— Era… una mujer —dijo Andrew finalmente, helándole las entrañas. Se volvió hacia él con rapidez—. El vándalo que atrapé esa noche, era una mujer.

Imposible.

Tenía que haber un error porque de ser así… ¿a quién estaba protegiendo Blackwood?

—Vamos por ella —espetó el barón y sus alarmas se prendieron.

—¡No! —ordenó con rapidez y sus amigos lo miraron, curiosos.

—¿Por qué no? —achicaron los ojos y él supo que era momento de hablar con la verdad.

—¿Recuerdan la misión que tuve que interrumpir por buscar a Richmond?

Los dos asintieron.

—Estoy buscando al responsable de todas los asesinados de las mujeres que estuvieron apareciendo en los últimos meses.

—¿Te designaron ese caso? —Seamus lo miró con interés.

—Yo lo pedí, pero me dijeron que es delicado —admitió Andrew y él tragó con fuerza.

—Blackwood confirmó mis sospechas. —Sus amigos lo miraron con fijeza—. El hombre que está causando todo ese mal es mi hermano.

Silencio.

—Pero él está…

—No, Lionel nunca murió. Él sólo fingió su muerte porque para él es mil veces mejor ser un asesino que un conde.

—Si eso sale a la luz…

—Por eso estamos pidiendo discreción —se frotó el rostro, cansado—. ¿Ahora entienden por qué tengo tanta urgencia de resolver ese caso?

—Muéstranos qué tienes y empezaremos la búsqueda contigo —determinó Andrew y él asintió.

—Pueden revisar la documentación en mi despacho.

—¿Vas a algún lado? —inquirió Seamus, curioso—. Estás más arreglado de lo normal.

Él se tensó, pero finalmente asintió.

—Iré a pedir la mano de Katherine Devine en matrimonio.

El silencio reinó en la estancia.

Era la mujer a la que su hermano había destruido… y ahora él iba a pedir su mano para devolverle su vida.

***

En el silencio de su habitación, Augustus agradeció que la mano femenina rodeara su vientre y cerró los ojos con fuerza.

—Todo saldrá bien, ella te lo aseguró.

Sí, Charlotte era fuerte.

Pero ¿eso bastaría para ganarle al conde?

—No sé qué haría sin ti, Livy —besó su mano con ternura y ella se rió, ansiosa.

—Posiblemente tendrías una reputación intachable.

—Y sería un duque atormentado hasta el último día de mi vida.

Porque sin esa mujer a su lado, él jamás habría logrado encontrar la verdadera felicidad.